



L-5  
30





B.P. de Soria



61024734

D-1 1140









1024734

D-1  
1140







El Primogénito

DE ALBUQUERQUE.

97209  
MozEB







*El Primogénito*

**DE ALBURQUERQUE.**

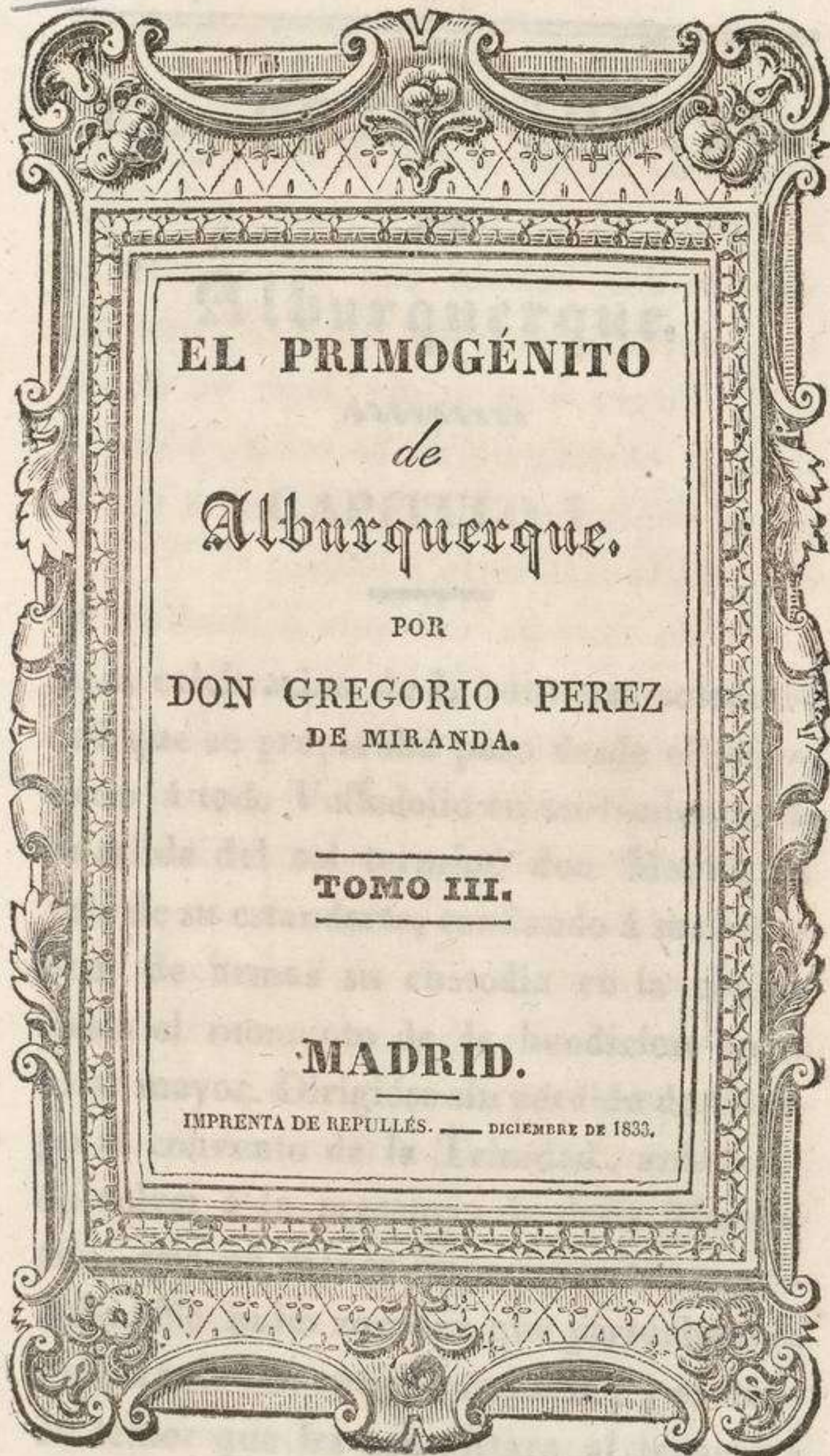


ALBINO P. B.

DE ALBINO P. B.



R. 13594



EL PRIMOGÉNITO

de

Albuquerque.

POR

DON GREGORIO PEREZ  
DE MIRANDA.

TOMO III.

MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS. — DICIEMBRE DE 1833.



EL PRIMOGÉNITO

de

Alfonso

Por

DON GREGORIO PEREZ

DE MIRANDA.

TOMO III.

MADRID.

IMPRESA DE BELLAVERDE. — LUGAR DE LOS



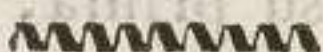
---

---

# EL PRIMOGÉNITO

DE

Albuquerque.



## CAPITULO I.

---

**L**A celebracion de la suntuosa solemni-  
dad que se preparaba puso desde el ama-  
necer á todo Valladolid en movimiento. A  
la salida del sol terminó don Martin la  
vela de su estandarte, confiando á sus hom-  
bres de armas su custodia en la capilla  
hasta el momento de la bendicion en el  
altar mayor. Dirigióse sin pérdida de tiem-  
po al convento de la Trinidad, anhelan-  
do volver á la presencia de doña Marga-  
rita, que no menos impaciente le aguar-  
daba. No hubo zozobra que perturbase la  
dulzura de tan ansiada reunion, y el úni-  
co temor que les contristara al separarse



en san Juan de Luz tuvo por objeto la inflexible voluntad que manifestó doña Blanca de hablar al rey en favor del gran maestre y contra Leví el judío; pero convencido don Martin por Trastamara en la conferencia del dia anterior, que refirió íntegra á su prima, lejos ya de vituperar el designio de la reina, aconsejó por el contrario á doña Margarita que la compeliere á llevarlo á cabo.

Todo sucedia en tanto á medida de sus deseos, pues en la velada anterior la reina habia recibido el mas amoroso mensaje en nombre de don Pedro, que resolvió no verla sino en el mismo instante de conducirla al altar, porque desengañado ya de sus errores y de su humillante passion, queria ofrecer á su digna esposa un corazon que esclusivamente la perteneciera. Por otra parte, Alburquerque, aun mas condecorado, proseguia en la posesion de los honores y ventajas, unidos á su rango de primer ministro. Regocijábanse los dos amantes al considerar el freno que ponía á la ambicion de aquel privado la



vuelta del conde de Trastámara, que era precursora de la de don Fadrique; y cada vez mas aficionados uno de otro, veían abierta ante sus ojos la mas brillante carrera, sin cansarles la repetida enumeración de las dichas que les aseguraba el alhagüño porvenir. No era el menor de los motivos de su contento la caída de María de Padilla: don Martín, aunque naturalmente bondadoso, no podía ser insensible al placer de esta venganza, y Margarita contemplaba en el castigo y profunda humillación de tan peligrosa favorita una nueva prenda de seguridad para su amiga Blanca de Borbon. Acercábase empero la hora de la ceremonia, y precisados á terminar su sabrosa conferencia, separáronse bien á pesar suyo.

Era ya Valladolid una de las ciudades mas considerables de la española monarquía, y su estension, muy superior á la de Burgos y Toledo, capitales de las Castillas vieja y nueva, decidió el ánimo del rey á señalarla para la celebracion de su real enlace. Contábase en ella gran

:



número de conventos, monasterios, capítulos y abadías, cuyos edificios, según el uso de aquel tiempo, se hallaban dispuestos de tal forma, que permitían á los monges y religiosas dispensar lucrativa hospitalidad á los nobles y á las damas de la primera gerarquía. Los caballeros que acudían á millares de todos los ángulos del reino, así como los oficiales de la real servidumbre, se iban alojando en las casas de los vecinos. Toda esta nobleza montó á caballo en el lujoso traje de gala, y se reunió á la comitiva de rey, siguiéndola hasta el convento de las Benedictinas de la Trinidad. Apeóse don Pedro á la puerta de la iglesia con sus dos hermanos, el conde de Alburquerque, los infantes de Aragon, los gran-maestres de Alcántara, Calatrava y Montesa, el príncipe de la Cerda, don Fernando y don Alvaro de Castro y los demás ricos-hombres, entre los cuales tomó don Martín su lugar.

Entraron poco después en una espaciosa galería, donde Blanca de Borbon



(5)

aguardaba ya á su esposo, puesta de pie entre la reina madre y la dama de Montluzon. Doña Margarita de Lara permanecía detras de su ama, lugar que, segun la etiqueta de la corte de Castilla, no debia abandonar la dama de honor en todo el dia hasta el momento en que la escelsa esposa fuese conducida al nupcial lecho. El vizconde de Narbona y los caballeros franceses formaban dos filas á derecha é izquierda del grupo de las señoras.

La belleza de Blanca, la gracia y dignidad de su aspecto maravillaron á aquella lucida asamblea, mucho mas que el esplendor de sus atavíos, que deslumbraban la vista. En el punto que vió al rey salió á su encuentro; pero agitando él su paso, llegó á alcanzarla con la anticipacion precisa para impedirle que acabase de doblar la rodilla. Por el ademan de don Pedro pudieron todos conjeturar que participaba de la universal admiracion, á pesar de que solo la reina, las damas y los franceses veían su rostro, oculto á los castellanos que quedaban á su espalda;



mas encontrándose con los de don Martín los ojos de Margarita, le anunciaron que se hallaba satisfecha.

Dichas y contestadas entre los esposos algunas palabras que nadie alcanzó á oír, el rey presentó el conde de Trastámara y don Tello, señor de Vizcaya, á Blanca, quien los recibió amistosamente, y luego, levantando la voz, dijo en tono de la mayor sorpresa: — Yo aguardaba, señor, encontrar también en este día al gran maestre de Santiago, vuestro hermano, que fue quien primero me enseñara á honrar y distinguir como debo á los individuos de mi nueva familia.

El rostro de Margarita, que reflejaba la espresion del de don Pedro, se cargó repentinamente de obscura nube, que desapareció casi con igual presteza; é inquieto don Martín, prestó atento oído á la respuesta del rey, mas no pudo percibirla.

— Mucho placer me dareis en ello, señor, repuso la reina con acento tan modesto como decidido. Despues de la dicha de contemplarme á vuestro lado, nada



(7)

puede lisonjearme mas que el veros entre todos aquellos que bien me quieren, y lejos de mis enemigos; pues fuerza es decirlo, mi padre el duque me ha participado que un vil judío, cuyo nombre empañaría la pureza de mis labios, osó pronunciar el mio sin aquel profundo respeto debido á la esposa de su rey. A este punto el rostro de Margarita hizo un gesto de espanto que se trasmitió á toda la sangre de don Martin; pero algunas palabras del rey, casi inarticuladas, restituyeron á la doncella su serenidad y la calma á su prometido. Entonces comenzó á hablar el conde de Narbona, presentando al rey, en nombre de su soberano, los caballeros de su corte. Terminadas estas formalidades, condujo el rey á Blanca hasta la puerta del monasterio, donde aguardaba la hacanea, y luego que hubo montado en ella, tomaron el conde y don Tello las riendas guiándola á pie, y los infantes de Aragon dirigian del mismo modo la mula de la reina madre. Ocupaba el rey el lugar intermedio entre las



dos, oprimiendo un generoso caballo blanco. Dirigióse la comitiva hácia la iglesia de Santa María la Nueva, donde el arzobispo de Toledo dió á los esposos la bendición nupcial.

La ceremonia fue magnífica, pero larga; y don Pedro, aunque no dejaba de manifestarse risueño, se quejó distintas veces de la pesadez de sus reales vestiduras, pues hacia escesivo calor.

Concluido todo, dijo á la reina madre que iba á volverse á la abadía de Santander para despojarse de sus incómodos atavíos, rogándola que acompañase á la reina Blanca hasta el convento de las Agustinas de Santa Clara, donde se habia dispuesto el festin real, y ofreciendo presentarse allí en trage mas cómodo y galan. En el mismo instante montó á caballo sin decir á su esposa una sola palabra, y partió al galope escoltado de un solo page.

No dejó de parecer extraño este incidente, pues hubiera sido mas sencillo disponer que sus vestidos se llevasen al convento



de Santa Clara, muy inmediato á la abadía, en el cual se habia dispuesto la habitacion para su madre; mas acostumbrados los cortesanos á las extravagancias de aquel fantástico genio, no admiraron la presente. Las reinas y su comitiva continuaron su marcha, cruzando toda la ciudad entre una poblacion cuyo júbilo se exhalaba en aclamaciones mil veces repetidas de ¡viva Blanca de Borbon!

Al llegar, retiróse ésta á la cámara de la reina madre para despojarse tambien de sus riquisimos adornos, cuyo peso la abrumaba. Aquella en tanto permaneció en el salon, recibiendo los homenajes de la esplendente corte, que por vez primera, despues de largos años, veía completa y reunida en torno suyo. La vengativa y altanera viuda del rey Alfonso aborrecia los bastardos de Leonor de Guzman, y mas á Trastamara, que no la execraba menos. Lanzábanse uno á otro fieras miradas, en que el odio y la desconfianza iban envueltos con la alegría del triunfo.



— ¡Cuánto le aborrezco! dijo la reina en tono bajo á Alburquerque, mientras el conde conversaba misteriosamente con don Tello, los dos Castros, la Cerda y don Lope de Avendaño. — Vedle cuál forma sus pandillas: no lo dudeis, conde, él fomentará bien pronto la revuelta.

— Tranquilizaos, señora, repuso Alburquerque, que ya se ha visto en la precision de ceder el campo, aconsejando al rey que transigiese conmigo; y si logró que me quitase el mando de las compañías, contar podemos con el infante de Aragon, á quien lo ha dado. Además, estoy al frente de las mias, y las fortalezas que tengo en la frontera de Portugal son inexpugnables, y se hallan bien provistas. Solo el temor contendrá á nuestros enemigos, pues tenemos de nuestra parte á la reina Blanca y el apoyo de la Francia. Todo dependia de este matrimonio por tanto tiempo retardado...

— Al fin se celebró, dijo la reina respirando con fuerza. Sí, vencimos el ma-



yor obstáculo; Samuel y los Padillas han caído; ¡pero el conde, pero esos aborrecidos bastardos! librenos Dios de ellos.

Mientras que reinaba la mayor inacción causada por la ausencia del rey, y encerrada la reina con la dama de Montluzon, su dueña, aguardaba que apareciese, don Martin y Margarita hablaban de sus amores en el cercano gabinete, pues debía celebrarse su casamiento con la mayor pompa á la mañana siguiente, como una de las fiestas de la coronacion. Embriagábanse con la dulzura de este pensamiento, cuando entreabriéndose la puerta, presentóse inopinadamente Juan Cavedo, el escudero del gran maestro, trayendo pintados en sus facciones la palidez y el desfallecimiento. — ¿Qué es esto? preguntóle don Martin corriendo hácia él con la mayor inquietud: ¿dónde se halla don Fadrique?

— Oculto en la ciudad, respondió el escudero en voz muy baja; venid á hablarle, pues en ello se interesa la seguridad de la reina.



— ¡Virgen santa! exclamó Margarita estremeciéndose.

— Silencio, interrumpió don Martín; aguardadme aqui, que pronto daré la vuelta.

Y salió rápidamente con Juan Cavedo.

En tanto, todos cuantos se hallaban en el salon descubrian el asombro que les causaba la larga tardanza del rey, pues llegada la hora del banquete, comenzaron á servirlo. El rostro de la reina madre, y tambien el de Alburquerque, se iban obscureciendo por instantes, al paso que el del conde se ostentaba mas risueño. Animaba éste la alegría de los caballeros que le rodeaban con picantes ponderaciones de la pasion del rey á su bella esposa, y del ardiente deseo que mostraba de complacerla gastando tan largo tiempo en atildarse y embellecerse, sin olvidarse de divertir á sus amigos haciéndoles notar la confusion y gesto sombrío de la reina madre y de su favorito el nuevo conde. Uno y otro oían estas mofas; pero forzados á



devorar la afrenta guardaban serio continente.

Apareció de improviso la dama de Montluzon, y dijo algunas palabras al oído de la reina madre, que se sobresaltó, y llamando á Alburquerque, entró en su cámara con él y doña Urraca. Grande fue con este motivo la agitacion de los caballeros circunstantes: todos se hacian mútuas preguntas en voz baja, notándose en medio del general asombro la serenidad del conde y del grupo que le cercaba. Poco despues volvió á presentarse Alburquerque: sus facciones estaban fuertemente alteradas, pero procuraba sonreirse, ordenando que se concluyese el banquete. Al mismo tiempo, unos pages que se solazaban en el balcon de un aposento inmediato, repararon que la reina madre y doña Urraca salian del monasterio solas y á pie, tomando el camino de la abadía de Santander: corrió de boca en boca esta noticia, dando lugar á nuevo y mayor murmullo. — ¿Qué será esto? preguntaban los caballeros; ¿habrá enfermado el rey?



¿se halla en algun peligro? Vamos á verlo...

— Nadie se mueva, señores, dijo en alta voz el conde de Trastamara. El rey, mi hermano, ha mandado formalmente que nadie entre en la abadía de Santander, donde mis compañías, que ya son tuyas, le guardan de todo riesgo.

— ¡Vuestras compañías! exclamó Alburquerque extraordinariamente sorprendido; ¿pues no recibieron orden de alejarse ayer mismo de Valladolid al propio tiempo que las demas?

— Ayer, lo mismo que hoy, repuso el conde, han obedecido la voluntad del rey, su señor y el mio.

— ¿Y por ventura, replicó Alburquerque con ímpetu, no sois vos, señor conde, quien le inspiró semejante voluntad?

— ¡Cómo! señor mio, exclamó Trastamara encendido de cólera, ¿con que es tan fácil dirigir la voluntad del rey? Yo lo ignoraba, y me complazco en saberlo, pues ya no debo echar en cara á mi her-



mano todos los males que yo y los míos hemos sufrido por tan largo tiempo: ahora conozco que cedía entonces al deseo de otro, y yo sé quién es éste.

A las primeras palabras de la imprevista querrela, habíanse separado los caballeros en dos bandos distintos colocados en número casi igual detras de Trastámara y Alburquerque. El vizconde de Narbona con sus franceses, los prelados y los abades, formaban un grupo intermedio en el centro de la sala: ambos partidos se dirigian ya miradas de amenaza, y hasta palabras de desafío. Esforzábbase el arzobispo en apartar á Alburquerque, y el vizconde, llamando á un lado á Trastámara, comenzó á decirle en voz baja: — Señor conde, todo esto es muy extraño, no puedo menos de confesarlo, y la reina Blanca me ha participado los consejos que en vuestro nombre le dió don Martín: por ellos se ha atrevido á hablar á su real esposo del gran maestre, vuestro hermano, y contra el judío Samuel. Sin embargo, he notado con pesar que des-



de aquel momento el rostro del rey no dejó de espresar el mayor descontento, y durante toda la ceremonia, y aun despues, no ha dirigido una sola palabra á la reina, ni tampoco á mí. Por el contrario, casi siempre hablaba con vos, y parecia cada vez mas irritado. ¿Qué debo augurar de tal conducta?

— Os agradezco, repuso el conde tranquilamente, que provoqueis esta esplicacion, pues mi mayor deseo es el de conservar la amistad del rey de Francia, á quien honro y quiero servir. Fue objeto de mi conversacion con don Pedro, nuestro hermano el gran maestre, contra el cual tiene motivos de queja independientes de las ocurrencias de San Juan de Luz. Apenas conozco al rey, pero le amo, y quisiera verle reinar libremente y exento del yugo que algunos servidores malévolos le han impuesto, reduciéndole á aliarse con Aragon y Portugal, mas bien que con la Francia, cuyo enojo provocaban insolentes. Ellos son los que resolvieron y ejecutaron el asesinato de mi madre y tantos otros crí-



menes, acaso menos atroces, pero no menos dignos de igual execracion. Ellos los que retuvieron afrentosamente á la prima del rey Juan por dos años enteros en la frontera de Castilla, contra la voluntad de su esposo.

— ¿Y cómo conciliaremos semejante voluntad con la helada acogida que la princesa recibió de él esta mañana? repuso el vizconde. Por sus cartas, dirigidas á San Juan de Luz, hubiérase dicho que desconocia ó despreciaba las calumnias del judío; mas hoy, su reservado continente para con la reina, sus miradas coléricas, todo ostentaba la injuriosa sospecha cuya aclaracion evita con esmero. Solo á esta causa puedo atribuir la tardanza que la sobresalta; y la reina madre, no menos sorprendida de la dilatada ausencia de su hijo en el momento del festin, ha tomado el partido de ir en persona á ver lo que puede detenerle.

— Pero señor, dijo el conde sonriéndose, ¿podrá ser ese un motivo de tanto sobresalto? Yo lo tomo por empacho de



un jovencillo algo avergonzado de sus extravíos ; alguna mohina de niños que reclama la intervencion de una madre...

— No veo en lo que pasa materia alguna para chanzas , interrumpió amostazado el de Narbona : aqui se trata de la dignidad de una princesa de Francia , cuyo honor permanece aun bajo mi salvaguardia , y lo pasado me hace temer...

— ¿ Pero qué temor formal podiais concebir ahora ?

— ¿ Qué sé yo ? Todos dicen que el rey no se ha apartado enteramente de la Padilla...

-- ¿ Adónde , adónde va estraviándose vuestra volcánica imaginacion francesa ? díjole el conde sonriéndose. ¿ Fundariais en este momentáneo nublado el presagio del abandono de la reina y de la reconciliacion con aquella muchacha?...

— ¡ Vive Dios , señor conde , exclamó irritado el embajador , que no hay imaginacion tan ardiente que tocar pueda á idea tan extravagante , y que yo me avergonzaria de detenerme en ella un momen-



to solo ! ; Abandonar á la reina !... ; á mi vista !... ; tan sangrienta ofensa al rey de Francia, cuyo representante tengo el honor de ser !...

— Tranquilizaos, señor mio, repuso el conde con calor ; tampoco creo yo que un caballero castellano, un príncipe, un gran rey, pueda nunca concebir la idea de violar unos juramentos sagrados que pronunciara al pie de los altares, unos juramentos de que ha sido testigo la caballería del reino todo, y de que sabrá responder aun á costa de su sangre.

— Por Dios vivo que mientras hierva una sola gota en las venas del último caballero francés no quedaria sin venganza tamaño ultrage hecho al rey Juan y al honor del pais.

— Solo Dios lee en los corazones, señor vizconde, respondió Trastamara bajando la voz ; y yo no alcanzo ciertamente á prever la conducta de mi hermano el rey para con la princesa Blanca de Borbon ; pero acordaos bien de las palabras que voy á deciros, y permanezcan siem-

:



pre grabadas en vuestra memoria. Si llegamos á ver la desgracia que temeis, entonces, suceda lo que quiera, y véame ó no obligado á decir ú obrar á impulso de la necesidad de mantenerme en el favor del rey contra mis enemigos y los suyos, que lo son tambien de la Francia, estad persuadido, señor vizconde, de que nunca separaré mis intereses de los de la reina Blanca y de vuestro amo: de ambos soy con alma y vida, en todo lugar y tiempo.

A esta sazón entraba en la sala la reina madre seguida de doña Urraca y gritando desafortadamente: — A caballo, nobles castellanos: seguid volando las huellas de vuestro rey fugitivo. Mi hijo acaba de partir.

— ¡Cómo! ¡el rey! ¿y adónde va? exclamó Trastamara aparentando la mayor sorpresa.

La reina Blanca entró precipitadamente con Margarita y don Martin.

— Va á reunirse con María de Padilla, respondió doña Urraca. Al oirlo,



lanzó la princesa un grito lastimero dejándose caer en los brazos de Margarita, que ayudada por don Martín la llevó hasta el sillón mas inmediato.

-- ¿Qué dices, hermana? replicó Alburquerque con suma turbacion; esa noticia no puede menos de ser falsa.

-- Yo misma, gritó la reina fuera de sí, yo misma le he visto montar en una mula del abad de Santander, y partir acompañado de don Diego García de Padilla...

-- ¡Padilla! repitieron todos los caballeros con el acento de la indignacion.

-- Y del judío Samuel... añadió doña Urraca.

-- Conde de Trastamara, exclamó la reina madre, los fugitivos han tomado el camino de Toledo; vuestras tropas se hallan en él; corred, aun será tiempo de detener á mi hijo.

-- Mas bien irá á escoltarle, grito Alburquerque con voz de trueno.

-- ¿Y por qué no? repuso el conde



con fiereza ; ¿sois vos , señora , quien me manda detener al rey ? ¿osais prescribir este acto de rebelion al mismo á quien hace tres años estais acusando de revolucion y felonía porque defendió su vida y la de sus hermanos no contra el rey , sino contra vos , que asesinásteis á una madre , contra vuestro favorito Albuquerque , cuyos pérfidos consejos han emponzoñado el espíritu y el corazon de un príncipe bueno y apacible ! ¿ Y á mí es á quien encargais que conduzca á vuestros pies la víctima encadenada ! ¿ á mí , su hermano , que acabo de jurarle amor y fidelidad ! ¿ Habéis acaso olvidado que entrambos me obligasteis á entregarle mis fortalezas y compañías ? ¿ Qué puedo hacer ya , despojado por vosotros de mi fuerza ? pero no siento haberla perdido , y aunque solo me quedan los ruegos y las súplicas , sabré emplearlos cuando se trata del honor de una hermosa princesa que ya miro como hermana , de la paz entre dos reyes poderosos , de mi palabra empeñada al noble vizconde de Narbona. Par-



to al momento , y sígame quien se tenga por leal vasallo del rey.

Dicho esto salió de la sala ; y tras él don Tello , los grandes maestros de Alcántara y Montesa , y considerable número de caballeros , aun de aquellos que pertenecian al partido de Alburquerque.

-- Huye , monstruo de malicia y deslealtad , gritó la reina madre ahogada de furor , anda á empujar al desdichado Pedro hasta el borde del abismo en que ansías precipitarle... Vosotros al menos permaneceréis conmigo , sobrinos míos , nobles infantes de Aragon ; vos , la Cerda , príncipe de la sangre de Castilla ; vosotros tambien , valientes primos don Fernando y don Alvaro de Castro ; y no menos cuento con vos , gran maestro de Calatrava. No , vosotros no abandonareis á dos reinas desventuradas que fian desde hoy á vuestros brazos toda su esperanza , la defensa de su honor , y acaso la de su vida.

-- Señora , ¡ ayúdeos el cielo ! dijo el marqués de Tortosa , el mayor de los in-



fantes de Aragon : yo he aceptado el mando de las reales compañías para servir al rey mi primo , y no para rebelarme contra él. Mi puesto está á la cabeza de ellas en Dueñas , adonde su alteza me mandó enviarlas , y allá voy á aguardar sus órdenes. Sígueme , hermano Juan.

-- Alabo tanta prudencia , dijo la reina madre conteniendo su indignacion al verlo salir ; pero...

-- Dejadlos , señora , interrumpió Alburquerque con ímpetu , no comprometais inútilmente vuestra dignidad y la mia. Ahora , ahora podreis ver bien claro que todo esto era una trama concertada tiempo hace : algun dia los vereis venir á implorar mi auxilio y el vuestro contra su mismo rey , á quien han vendido , contra el de Castilla , á quien se proponen vender del mismo modo ; ; pero en vano han de humillarse ! Bástannos los amigos que nos quedan : con su apoyo...

-- ¿ Contasteis por ventura con el mio , señor de Alburquerque ? dijo la Cerda con amarga sonrisa : ¿ dónde estan las ciu-



dadelas, las posesiones, las compañías que podré unir á vuestras fuerzas? pedídselas á la hija de la Padilla, á quien el rey dotó en la cuna con la herencia de mi suegro Fernandez Coronel, que me pertenecía, y que vos pudiérais haberme restituido; pero escitaba vuestra codicia, y solo os negabais al justo fallo con el designio de arrebatár mis riquezas. ¿Qué fruto sacasteis de tan inicua doblez? esas riquezas, ese poder, para vos perdidos, y que hoy pudiera yo emplear en defensa de las dos reinas y en la vuestra, han pasado á manos de vuestros enemigos, y van á volverse contra vos mismo. Yo, que de la altura de príncipe en que me hallaba he descendido, gracias á vuestras artes, á la infelicidad de un pobre caballero, ¿de qué podría serviros?... Voy á preguntárselo al rey.

-- Esta es, señora, mi profesion de fé, dijo á la reina madre don Fernando de Castro. Declaro en alta voz que la conducta del rey es desleal, y que mas hubiera convenido á su dignidad rehusar la



mano de la princesa de Francia, proclamando la causa que á ello le indujera, sosteniéndola en justicia, de su cuenta y riesgo, en pro y contra todos, con su lanza y espada, ó si llegase el caso, á la cabeza de sus nobles y compañías contra el ejército del rey Juan. Con todo, aunque vitupero al caballero descortés, no me rebelo contra el rey por mas que me haya ofendido personalmente; y mientras aguardo la satisfaccion que tengo derecho de pedir, renuncio el cargo de su mayordomo mayor. Llévome conmigo á mi hermana doña Juana, y me retiro á mis posesiones de Galicia. ¿No me imitarás, hermano Alvaro?

-- Yo soy el único que permanezco á vuestro lado, dijo el gran maestre de Calatrava á las dos reinas.

-- Bastantes somos os repito, acudió Alburquerque con exaltacion. Reunidas nuestras fuerzas, aumentadas con los auxilios del rey de Francia, balancearán á las del enemigo...

-- ¿Qué enemigo? interrumpió in-



dignado don Martin. ¿Por tal teneis á vuestro rey y señor? ¿Con qué razon le declarais la guerra en desprecio de los mas solemnes juramentos y de la fé prometida en los altares? ¿Seguirán vuestros vasallos la bandera de Alburquerque cuando la convirtais en estandarte de revolucion? No esperéis al menos que se una jamas con ella la de Cea, húmeda todavía de agua bendita, y perfumada con el incienso que la purificó.

-- ¡Y qué! don Martin, ¿tambien vos me abandonais? exclamó doña Blanca con el acento del pesar y vertiendo amargas lágrimas.

-- No señora, replicó vivamente don Martin: yo consagro toda mi sangre al servicio de vuestra alteza: yo defenderé vuestro honor, mas sin perder el mio haciendo armas contra mi rey. Él os ha burlado, ¡ah! y nadie lo siente mas que yo; ¿pero acaso podrá mi padre volveros su corazon con la punta de la espada? No, señora, no es ese modo de contendér vuestra causa, sino perderos arrebatandoos el



firme apoyo de la justicia que os asiste. Creedme, se trata de emplear vuestro nombre para distinto objeto que el que inspira vuestra situación...

-- ¿Qué objeto? acudió la reina madre irritada. Acaba, Martín, habla como buen amigo de los bastardos.

-- No queráis que lo diga, señora, respondió don Martín conteniéndose, cuánto ha de resentirse vuestra gloria.

-- Eso es ya demasiado, hijo mio... repuso furioso el señor de Alburquerque.

-- No sirve á la reina quien quiere asociar su causa á la de la rebeldía, dijo don Martín tranquilamente.

-- ¿Te atreves á dar tal nombre?...

-- De la rebeldía, lo repito, y conjuro al gran maestro de Calatrava que declare por sus cañas si me equivoco.

-- Bien hablasteis, caballero, respondió el gran maestro; y juro en presencia de Dios que al ofrecer á mi amigo Alburquerque mi poder en servicio de ambas reinas, no pude proponerle una liga ofensiva. Mi designio es reunir el núme-



ro de vasallos y caballeros de mi orden que considero necesarios para mi propia defensa ; haga otro tanto Alburquerque, y partamos juntos á encontrar al rey , á echarnos á sus pies...

— ¿Qué lenguaje es ese, gran maestro? interrumpió asombrada doña Urraca. Mi sobrino ha hablado como un necio, pero vos como una dueña. Id, si asi os place, á entregaros á un enemigo implacable. Mi hermano se guardará bien de seguiros, y no arriesgará con su vida el mas precioso recurso. Guerra, guerra antes que ceder.

-- Sí, repitió exasperada la reina madre, guerra, guerra. El rey Juan de Francia nos sostendrá. Trastamara le ha vendido traidoramente...

-- Señora, dijo el vizconde de Narbona, el inaudito ultrage que la augusta hija de San Luis acaba de recibir en un pais cristiano va á sublevar la Francia toda, y á falta de solemne reparacion se lavará en arroyos de sangre. Mas yo he venido á Castilla con pacífica mision



y sin poderes para declarar guerra en nombre del rey de Francia al de Castilla. La orden que traje era de conducir á esta corte la princesa Blanca, verla coronada, y dejarla bajo la proteccion de su esposo. Hoy le niegan esta proteccion, hoy la desprecian, y yo me ofrezco gustoso á acompañarla á París...

-- No señor, interrumpió Blanca con dignidad, yo soy reina de Castilla y esposa de don Pedro; mi puesto se halla al lado de mi rey y bajo el techo de mi marido: yo sabré reclamarlo primero que confesar huyendo que me acusaron justamente. Como inocente, debo quedarme, pedir justicia, saber sufrir, morir si es necesario. Pero no quiero ser pretesto de una guerra: déjenme sola entregada á mi suerte, escudada con mi derecho, y protéjame Dios y su Santísima madre.

-- Pues yo me retiro en el momento, acudió el vizconde: el embajador del rey Juan no puede permanecer mas en esta corte sin deshonorarse. Admiróos, y os compadezco.



Y besando la mano de la reina, se ausentó con todos sus caballeros.

-- Señora, estais mal aconsejada, dijo á la reina madre el gran maestro de Calatrava. Ni yo ni mis caballeros queremos guerra. Guárdeos Dios, añadió dirigiéndose á doña Blanca y desapareciendo del salon.

Entonces todos los caballeros que habian permanecido indecisos abandonaron el partido de Alburquerque, y siguieron los pasos del gran maestro con el clero, quedando solos en la estancia los vasallos de aquel, el cual, volviéndose á ellos repentinamente, les dijo: — Amigos, id á tomar las armas y á montar á caballo. Es fuerza salir de Valladolid sin perder momento, pues las compañías del conde pudieran sorprendernos. Retirémonos, señora, añadió dirigiéndose á la reina madre, los proyectos que nos cumple concertar exigen prontitud y el mayor secreto; y ya veis que me persigue la traicion, y que se introduce hasta dentro de mi propia casa. Vamos, hermana.



Tomó en esto de la mano á la reina madre, y salieron de la estancia acompañados de doña Urraca: dispersáronse tambien los caballeros de Alburquerque, quedando sola doña Blanca con su amiga Margarita, en tanto que don Martin, inmóvil á su espalda, continuaba abismado en exaltadas reflexiones.

-- ¡Qué soledad! ¡qué abandono! prorumpió doña Blanca derramando ardientes lágrimas. ¡Oh! madre mia, cuál se oprimirá tu corazon cuando sepas que tu hija se mira despreciada, aborrecida sin merecerlo... tratada con tanta indignidad... sola, lejos de tí... en un pais donde solo ve enemigos...

-- ¡Y yo, Blanca, y yo!... exclamó sollozando Margarita y cayendo á los pies de la reina.

-- Sí, tú quedas conmigo, Margarita, pero no tardarán en arrancarte de mis brazos. Ni un corazon, ni uno solo compadece nuestros dolores: esos hombres bárbaros, enteramente entregados á sus feroces odios...



— No me confundais con ellos, dijo don Martin.

— ¡Ah! ¿ahí estabais, don Martin?

— Sí señora, yo os he visto llorar, y estoy llorando con vos. No digais que todos los corazones son insensibles á vuestro infortunio. Os lo juré, continuó poniendo en el suelo una rodilla, y repito ahora mi juramento: toda mi sangre es vuestra, y la derramaré hasta la última gota para defender vuestra persona y vengar vuestro honor; disponed de mi lanza y de mi espada en pro y contra todos, excepto el rey mi señor.

-- Pues bien, respondió Blanca levantándole del suelo, yo acepto vuestra palabra, leal caballero. ¿Pero cual será entre tanto la suerte del gran maestro de Santiago?...

-- No os acordeis de él, dijo don Martin bajando los ojos, no pronunciéis mas su nombre.

-- ¡Que no me acuerde de él! replicó la reina con entusiasmo: ¡que no me acuerde de él, cuando por mí le persiguen! Ni



él ha labrado mi desgracia, ni yo puedo echarme en rostro la suya, y sin embargo son comunes nuestras penas y temores, penas sin duda dolorosas, pero exentas al menos de remordimiento: y cuando podemos ofrecerlas á Dios sin ruborizarnos, ¡qué valen los juicios de los hombres!

— ¡Ah! Blanca, exclamó Margarita sin levantarse del suelo, por mi amistad siquiera no pronuncieis mas su nombre: esos juicios de los hombres, que tan animosa arrostrais, pueden costar la vida al pobre don Fadrique.

— Yo callaré, Margarita; sí, te lo prometo; pero asegúrame al menos que no corre riesgo alguno... ¿Le visteis, don Martin?

— Sí señora; mas conteneos.

— ¿Hoy? ¿Estaba, está aun en Valladolid? ¿volvereis á verle?

— ¿Para que, señora?...

— ¡Ah! Don Martin, es preciso que sepa que mi primer afan era descubrir en cualquier ocasion mi desprecio á las indignas calumnias de que él y yo fuimos



víctimas; que en esto menos obedecía á la orden espresa de mi padre que á la inclinacion de un carácter cuya fiereza no podrá amansar ni el temor de la misma muerte; mas ya que va en ello su vida, decidle, don Martin, que en adelante guardaré silencio. Hasta que lleguen dias mas serenos, si el cielo quiere concedérselos, no pronunciaré su nombre sino en presencia de Dios y del angel de mi guarda, que sabe la inocencia de nuestra fraterna amistad. Aseguradle que sus dulces y afectuosas palabras estan siempre presentes en mi memoria, y que este recuerdo constituye el mas plácido consuelo de mi vida. Si la enemistad de los perversos nos condena á no vernos mas en la tierra... nos veremos en otro mundo mas puro... alli encontraré tambien á mi madre... á mi buena madre y á don Fadrique... ¡ Ah! esta esperanza sola dulcificará los horrores de la muerte... ¡ quiera el cielo enviarla pronto!

No pudiendo resistir á las vivísimas sensaciones que despertaron en su alma

;



estas lúgubres ideas, ahogaron su voz los sollozos y ocultó entre las dos manos el bello rostro, en tanto que Margarita, ayudándola á caminar, la fue conduciendo hácia la habitacion de la reina madre. Dirigióle don Martin una mirada de dolor, y se retiró lentamente con el pecho oprimido, que en vano intentaba esplayarse en prolongados suspiros.





---

---

**CAPITULO II.**

---

**E**RA un día de mercado en Toledo: los aldeanos de las cercanas poblaciones ostentaban sus frutas, flores y yerbas en la plaza de Zocodover. Elevábanse en torno varios edificios de formas y magnitudes diferentes. Al lado de la elegante y ligera columnata de morisca construcción se veían los rebajados arcos del gótico edificio y los informes pilares de una casa moderna. Sin embargo, el conjunto de los peristilos é irregulares fachadas formaba una galería cubierta, que solo interrumpían las entradas de las dos calles de Santa Leocadia y de los Latoneros, únicas que daban salida á la plaza.

Un gran número de judíos habia colocado bajo estos arcos sus tiendas ambulantes; otros mas ricos se hallaban establecidos en anchurosas lonjas, donde no se atrevían á trasportar sino una escasa parte de sus preciosas mercancías, que



guardaban en sus almacenes de su barrio, fuerte ciudadela inmediata al puente de San Martín. Un tropel de gente afanosa se precipitaba en aquella mañana en toda la estension de la galería del Zocodover obstruyendo el paso. Desalojados de su habitual refugio y ansiosos de novedades, reuníanse los ociosos á la sombra que proyectaban hácia un rincón de la plaza los macizos paredones y las altas torres del antiguo palacio de Meneses, y guarecidos allí de los ardientes rayos del sol de julio, conversaban de los negocios de aquel tiempo.

Escondido tras un lienzo que flotaba á la parte de afuera de un balcon del cuarto bajo, escuchaba atentamente sus discursos el dueño del edificio, que era nuestro amigo don Martín, á quien su buena madre legara aquella noble habitacion. Habia llegado por la mañana bajo pretesto de tomar posesion de ella, sin mas comitiva que el page Zafiro, y ocupaba el cuarto de su mayordomo, antiguo criado que estaba encargado de guar-



dar secreto con todo el mundo acerca de la venida de su amo. El objeto de la conversacion de los haraganes que platicaban junto al balcon interesaba á don Martin en el mas alto grado.

-- Sí, decia uno de ellos, no queda la menor duda: el señor de Alburquerque ha sido cogido y muerto en Maqueda. La persona que me ha comunicado tan buena nueva...

-- ¿Y la llamas buena? interrumpió otro con el acento de la indignacion. Llévese el diablo á la persona que te la dió, Domingo, y clavara las garras en la muger del alcalde mayor, bruja mas fea y mas perversa que toda la diablería junta.

-- Amigo barbero, repuso Domingo fieramente, yo te enseñaré á hablar con mas respeto de una noble señora...

-- Dí mas bien de una dueña vieja, amigo ballestero. Si crees que tus bigotes y daga han de infundirme temor, solemne chasco te llevas. Mira tú qué me importará á mí que tu Felipa Tellez y su marido el alcalde mayor con sus amigos los



prohombres y todos los ballesteros y alguaciles de la ciudad esteis en el bando de los bastardos, de los Padillas, de los judíos y del infierno, mientras que los caballeros, escuderos, hidalgos, artesanos, jornaleros y mercaderes estemos, vive Dios, por la reina Blanca, y mientras tengamos de nuestra parte á los doctores. Esta es la causa de Dios y de su santa religion. Anda, espía, anda si quieres á contárselo á tu hermosa desdentada.

-- Amigo Sanchez, replicó el valentón, yo te cortaré por la garganta esa lengua de víbora...

-- La tuya sí que tiene veneno, y bien merecerías que el verdugo te la arrancase en mitad de la plaza por las infamias que hace ocho dias vas propalando en todas las tabernas contra la reina Blanca y el gran maestre de Santiago. Esas calumnias de los judíos...

— Confúndalos el cielo y á toda su maldita casta, exclamó un fraile franciscano que acababa de agregarse al corro, y proteja á la santa reina, ya que toda su



desdicha procede de haber querido librar á nuestra Castilla de aquella peste infernal. Solo un judío ó un mal cristiano podria hablar contra la reina doña Blanca de Borbon.

El respeto impuso silencio á Domingo, que se retiró acompañado de los silbidos del concurso y de las injurias del implacable barbero: -- Anda, repetia éste, anda á llevar el cuento á tu linda Felipa Tellez. ¡Razon tiene para estimar á los judíos, que le dan muy buenos paraguantes en cambio de la proteccion que el carnero de su marido les dispensa con perjuicio de los cristianos viejos! Pero si la dueña desuella á los hebreos, bien sabes tú desollarla á ella.

— Haya paz, Sanchez, haya paz, dijo el fraile.

— Qué paz ni qué alforjas, si ese borrachon se está regodeando con la muerte del señor de Alburquerque, único defensor de la reina Blanca.

— No ha muerto, hijos míos, replicó el franciscano, en torno del cual se



agrupó la turba inmediatamente, no ha muerto, tranquilizaos. Este digno varón se ha encerrado con inmensas fuerzas y con todos sus tesoros en su ciudadela de Carvajales, junto á la frontera de Portugal y á la ciudad de Toro, donde se han refugiado las dos reinas. El que pereció miserablemente en Maqueda fue el gran maestro de Calatrava, cuya noticia acaba de recibir el arzobispo.

— ¡Cómo, padre nuestro! ¿el venerable don Juan de Prado? Todos decían que no se había rebelado contra el rey.

— Así es la verdad, repuso el franciscano. El gran maestro de Calatrava, ¡téngale Dios en descanso! se hallaba en Valladolid el día en que abandonando el rey á doña Blanca, con quien acababa de casarse, huyó para reunirse con María de Padilla en Montalvan. Los bastardos, los ricos-hombres y un tropel de caballeros no tardaron en reunirse con él por odio al señor de Alburquerque; mas lejos de dejarse arrastrar por tan mal ejemplo, reunió sus caballeros el noble don



Juan de Prado, púsose á su cabeza, y vino á arrojarse á los pies del rey, suplicándole que escuchase la voz de Dios y no la de perversos consejeros, y que hiciese justicia á la inocente reina doña Blanca de Borbon. Al saber que el gran maestro don Juan se hallaba cerca, envióle el rey al judío Samuel para que le diese muestras de su amistad, y le rogase que entrara en Montalvan, donde le aguardaba impaciente. Pero al mismo tiempo llegó á manos del gran maestro una carta, no se sabe de quién (1), en que se le daba aviso de que si ponía los pies en el castillo, seria encadenado y muerto en el mismo instante; por lo cual huyó y se refugió en Almagro, que es una de las ciudades de su orden. Estos últimos dias, yendo el rey á Segovia con María de Padilla y toda la corte, debia pasar junto á Almagro; hizo que digieran á don Juan de Prado que queria verle y darle boca

(1) De María de Padilla.



á boca la seguridad del restablecimiento de su favor. El gran maestro salió, pues, de la ciudadela con poca comitiva, y se presentó al rey, quien mandó prenderle y conducirlo á Maqueda, bajo la guarda de Diego García de Padilla. Apenas llegaron, Diego le ha degollado...

— ¡Degollado! repitieron con asombro todos los circunstantes.

— Con su propia mano, hijos míos...

— ¿Y no le ha castigado el rey?

— El rey ha nombrado á Diego García gran maestro de Calatrava en lugar del difunto...

Un murmullo de horror confundió á este punto la voz del religioso. — Por mas que le haya nombrado, padre nuestro, dijo en alta voz un hidalgo, jamas será reconocido por los caballeros de Calatrava, únicos que tienen derecho á elegir su gran maestro; y por cierto que ninguno dará su voto á un asesino infame; ademas de que es casado...

— Señor don José, replicó el fraile, los caballeros de Calatrava, reunidos el



domingo último en capítulo en la catedral de Segovia, han recibido del rey la orden de elegir á don Diego García de Padilla, y le han elegido. Andad, si que-  
reis, al palacio arzobispal, y alli vereis la carta que con este motivo escribe al arzobispo el canciller de la puridad.

— Dios y sus santos nos ayuden, dijo el hidalgo santiguándose repetidamente; vivimos en un tiempo en que de nada debemos admirarnos.

— De nada, repitió friamente el franciscano. El mismo dia concedieron el oficio de camarero mayor al comendador Hinestrosa, tio de la María, y aun otros tres Padillas, sacados del lodo, se han visto elevados á los primeros puestos de la casa real, de que se ha despojado á los amigos de Alburquerque.

— Parece increíble, observó el hidalgo consternado. Pero, ¿y el conde de Trastamara?...

— El conde y su hermano Tello se han llevado un solemne petardo, señor don José; aseguran tambien que comienzan á



arrepentirse de haberse declarado contra Alburquerque, pues creyendo trabajar para sí mismos, solo han servido para engrandecer á los Padillas, que ya se mo- fan de ellos, consolidando ademas el crédito y favor del infame Samuel y los ju- díos...

— ¡Oh pícaros judíos! ¡oh condena- dos! ¡oh abominables réprobos! murmu- raron todos los circunstantes; líbrenos Dios de ellos y tambien de la Padilla.

— Dios solo ayuda á los que saben ayudarse, dijo el fraile con acento som- brío y volviéndoles la espalda.

La atencion que don Martin prestaba á esta escena se convirtió entonces á Za- firo, que entraba en el aposento. ¿Qué te- nemos? díjole precipitadamente: ¿has ha- llado á Paloma ó á Matías? ¿por qué no vienen contigo?

— Ya no estan en Toledo, respon- dió el page.

— ¡Cómo, pues! exclamó consterna- do don Martin; ¿cuándo se fueron?

— Seis semanas ha.



— ¿Y dónde están ahora? ¿Qué te han dicho en casa del platero Perez Cuellar?

— No he podido hablarle, porque el pobre anciano ha perdido la cabeza justamente por culpa de Paloma y de Matías. Apenas pronuncié allí su nombre, cuando su nieto Perico me ha asegurado por las espaldas, y furiosamente me ha lanzado fuera la puerta de la tienda. Todo era en ella confusión, pues acababan de recibir una orden del alcalde mayor mandando comparecer inmediatamente al platero en la casa del Ayuntamiento, donde el tesorero mayor Samuel Leví ha establecido esta mañana su tribunal.

— ¿Samuel! repitió don Martin perdiendo el color: ¿Samuel ha mandado comparecer á Perez Cuellar? ¿y por qué motivo? ¿no has podido saber nada en la vecindad?

— Me lo dijeron, respondió el page; pero no supe comprenderlo bien. A mas de esto andan mil hablillas en cuenta de la honra de aquel rancio pecador.



-- ¡De la honra! ¿Qué significa esto, Zafiro?

-- ¡Oh! poca cosa, repuso el page riéndose. Figuraos que hace dos ó tres años, á lo que entiendo, que el tal Cuellar hizo una peregrinacion al sepulcro del apostol Santiago en compañía de Paloma y su marido Matías. Este viaje, que solo dura siete ú ocho semanas, les ha entretenido mas de diez meses fuera de Toledo. El ciego y su muger habian partido á pie, pobres y pordioseando por todo el camino. Pero á la vuelta llegó Paloma en una linda litera, con un hermoso niño á quien atetaba, y Matías en una valiente mula, alta como un dromedario. Aun hay mas: Perez Cuellar les alquiló en la Solana de San Andrés una preciosa casa alhajada como para la muger de un rico-hombre, con sillas de respaldar, cortinas de sarga encarnada en la alcoba y ventanas...

-- ¿Pero y el niño?

-- El platero iba á verle cada dia, y todas las mañanas pasaba horas mortales entretenido con sus inocentes juegos: en-



viaba los mejores bocados de su mesa á la nodriza, y abundantes provisiones de toda especie para Matías, con buenos vestidos y largos maravedises para triunfar sin hacer nada, cual si fuese un hidalgo. Todo esto puso en movimiento las lenguas de las comadres de la Solana, que pasan por las mas habladoras de toda la ciudad, y que no dejaron de hallar asombrosa semejanza entre el niño y el platero. Hirvió con estos chismes la andaluza sangre de Matías, pues es tan zeloso de su honor como cualquier cristiano viejo, y de su muger como un moro. En un momento de cólera declaró que el niño no era de Paloma; y que siendo asi, las habladurías que andaban circulando en perjuicio suyo contra ella y el platero carecian de fundamento. Pero no se contuvo la maledicencia, pues las dueñas del barrio, que se reunen comunmente en casa de la muger del alcalde mayor, sintieron mas ardientes deseos de averiguar el cómo y el por qué, y la alcaldesa mandó llamar á Matías para que le esplicase la histo-



ria de aquel niño sin padre ni madre.

A este punto de la relacion de Zafiro encendióse el rostro de don Martin, y esforzándose en disimular su turbacion, preguntóle sonriéndose: — ¿Y qué contó el ciego á tan venerables dueñas?

— El ciego, repuso el page, creyó salir del apuro forjando una aventura de cierto caballero andante que un dia dejó al niño, llamado Enrique, en los brazos de Perez Cuellar en un bosque inmediato á Saldaña...

— ¿Y no nombró al tal caballero?...

— Matías no dió mas señas de él, ni tampoco hubiera podido, porque iba inventando el caballeresco encuentro que nadie ha querido creer, y su necia mentira ha confirmado mas y mas á las dueñas en la conviccion de que el niño era de Perez Cuellar y de Paloma. Charló tanto sobre este asunto la muger del alcalde mayor, que el platero se vió en la necesidad de esplicarse con ella y de repetirle el cuento del caballero y del niño hallado en el bosque de Saldaña. Pero to-



das las dueñas se han mofado de él en unos términos, que el pobre anciano, cuya edad de ochenta y dos ó mas años ha debilitado su cabeza, salió medio loco de aquella conferencia. Por otro lado Matías, á quien silbaban por las calles, iba cada dia á la tienda del platero amenazándole con decirlo todo...

-- ¡Decirlo todo! repitió don Martin con espanto. ¿Luego sabe el ciego?...

-- Sabe que el buen hombre es el padre del niño, respondió Zafiro riéndose; y queria asustar al vejete, que es jurado de su corporacion, y teme el escándalo y la deshonra mas que la muerte: no era otra la intencion del ciego que la de sacarle alguna buena dosis de moneda; pero referida á la alcaldesa la amenaza, empeoró el negocio de tal modo, que Perez Cuellar, abrumado ya de burlas, hizo desaparecer á Paloma, al niño y á Matías.

-- ¿No se sabe dónde estan?

-- Nadie ha podido descubrirlo, ni la misma alcaldesa, cuya comezon de mur-

:



murar llegó desde aquel momento á tal punto, que el pobre Cuellar se ha vuelto enteramente loco. Él presume que quieren darle tormento para arrancarle el secreto concerniente al niño, y cuando hace poco fueron á buscarle de parte del alcalde, gritaba como un espirituado que se dejaría hacer pedazos antes que confesar cosa alguna; que había jurado por su salvación guardar secreto; y mil otras majaderías semejantes que toda la gente reunida frente su casa va repitiendo á carcajadas. Desde aquí podeis verlos: la tienda del platero es la tercera á la derecha de la casa del ayuntamiento, allí delante de aquel palacio.

-- No puedo concebir, dijo don Martín tartamudeando, qué interés pueden tener el alcalde mayor y el tesorero en averiguar cuál sea el padre del niño.

-- No creais que para eso le han llamado al ayuntamiento, sino porque se trata de un negocio de dinero, que me han explicado, y que, como dije al principio, no he podido comprender. Si que-



reis venir á meteros entre la turba que está hablando de ello en la plaza, junto á la casa de Perez Cuellar, pronto quedareis enterado.

-- No es posible, Zafiro: ya te he dicho que no quiero ser visto, pues solo permaneceré aqui pocas horas...

-- Vaya, vaya, ¿quién ha de reparar en vos entre tanta gente? Por otra parte, erais tan jóven cuando dejasteis á Toledo, y saliais tan pocas veces del alcázar, que nadie podrá conoceros en el dia. Yo que jugaba mañana y tarde en el Zocodover con las muchachas del barrio, ni una sola he podido hallar que se acuerde de mi cara; y ya veis que siendo tan negra, no me parece fácil de olvidar. ¿Y nada hemos de haber mudado en mas de cuatro años?

Incapaz de dominar por mas tiempo su impaciencia, mandó don Martin que le trajeran la capa parda y la montera de su mayordomo, y cubriéndose con ellas lo mejor que pudo, bajó solo á la plaza. Sanchez y sus amigos habian abandonado



la sombra del palacio de Meneses para acercarse á la tienda de Perez Cuellar, donde la agitacion de la multitud prometia nuevo pasto á su curiosidad. Nuestro caballero descubrió al momento en medio de la turba la grotesca figura del barbero que habia observado ya en el primer grupo junto á su balcon. Dirigióle algunas preguntas, que el barbero comenzó á satisfacer con su acostumbrada proligidad.

-- Señor forastero, díjole, lo que estais admirando es tambien motivo de asombro para muchos habitantes de Toledo, que no estan como yo al corriente de todos los acontecimientos. Es fuerza que sepais que la semana última el rey se solazaba en el castillo de Montalvan, jugando á los dados con el conde de Trastamara... Y esto, señor forastero, es la pura verdad, porque lo sé de boca del señor alguacil mayor, á quien acabo de rasurar, y que todo lo ha visto con sus ojos y oido con sus oidos. Pues señor, tenia el rey, segun costumbre, colocadas al rededor las cajas de plata y oro que el te-



sorero mayor, Samuel Leví, dispone vayan en mulos detras de su alteza cuando viaja. Echó el rey los dados, y comenzó á decir: -- Conde, si hoy pierdo contra tí, puedes ganar toda la hacienda del rey de Castilla y de Leon, pues juro á Dios que no tengo en el mundo ni una meaja mas que esos veinte mil doblones encerrados en las cajas, ruin tesoro de un soberano que, segun dicen, posee el mas rico reino y el tesorero mas hábil que ha nacido de madre. En tanto miraba el rey á Samuel con aquella risita que hace temblar á los mas atrevidos. Erizáronse los cabellos del judío, y sus dientes castañeaban como si hubiera sentido ya que el verdugo le pasaba el dogal en torno del cuello. Concluida la partida, acercóse Samuel á don Pedro, haciendo mil *salamaliaka*, con corbetas hasta el suelo: -- Amo y señor mio, le dijo, la voluntad de vuestra alteza fue de declarar ante los príncipes sus hermanos y toda la corte que no poseía otros bienes que estos pobres veinte mil doblones. Bien conozco que



estas palabras eran hijas de la cólera contra mí y proferidas para acusar la negligencia ó la poca fidelidad de vuestro tesorero mayor. Pero considerad, señor, las continuas guerras, los estorbos de todas clases que han sido obstáculo á la recaudacion de los dineros hasta el dia, y cesará el motivo de rencor contra vuestro súbdito. Todo el mal procede del señor de Alburquerque...

-- ¡Pícaro miserable! interrumpió don Martin.

-- ¿Qué es esto? preguntó el barbero hecho una pieza. ¿Hablais del señor de Alburquerque?

-- No, no, amigo mio, hablo del judío perverso, cuya malicia confunda Dios.

-- En hora buena, repuso el barbero, porque aqui todos somos partidarios del señor de Alburquerque y de la reina Blanca, y enemigos de la canalla de los Padillas, que ahora van á una con los bastardos y los judíos. Bien lo sabe el rey, pues nosotros no nos atamos la lengua, y



por esto se ha guardado bien de traer al alcázar su barragana. Pero oid el fin de mi historia. Pues señor, el judío continuó diciendo: — Ahora que vuestra alteza se halla libre de la tiranía de Alburquerque y puede mandar como dueño, cuento con medios muy seguros para llenar las arcas, de modo que mil como estas cargadas en quinientos mulos no podrian contener la octava parte del oro. Y quiero que todas estas riquezas entren en el real tesoro sin abrumar á los pueblos ni escederme de los impuestos concedidos por las últimas cortes de Valladolid.

— ¡Cómo así! exclamó el rey soltando la carcajada: ¿y harás tú ese milagro, leal Samuel, sin pedir prestada la vara de Moisés, ó al menos la de los mágicos de Faraon?

— Yo lo haré, repuso Samuel, si vuestra alteza se digna poner á mis órdenes los hombres de armas que sean necesarios para proteger mi persona contra los antiguos deudores del rey su padre, pues pre-



tendo obligarles á pagar lo que vuestra alteza tiene derecho de exigir segun las leyes y la justicia. He estudiado profundamente la materia, y segun mis cálculos, es tan considerable el dinero que han de producir estas restituciones, que no cabria en mi casa; ademas, siendo algo revoltosos los habitantes de esta capital, considero que tan lindo tesoro estaria espuesto en ella. En consecuencia propongo á vuestra alteza que me designe dos fortalezas en Castilla, y antes de un año las llenaré de oro y plata, si place al Altísimo inspiraros el deseo de ser el soberano mas rico de la cristiandad. — ¡Santo Dios! dijo el rey maravillado, ya tengo yo ese deseo. ¿Y qué fortaleza quieres para eso, amigo Samuel? — El alcázar de Trujillo en Estremadura, replicó el judío, y el castillo de Hita, con una fuerte guarnicion en cada uno y cien hombres de armas de vuestra guardia á mis órdenes. — Hágase asi, dijo el rey, yo lo quiero y lo mando. Hé aqui, señor forastero, continuó el rapista, cómo se aprovechó el



judío de la desgracia del señor de Alburquerque, elevándose hasta ser el mas poderoso señor del reino. Por este triunfo está hoy tan insolente esa canalluza de judíos que mirais debajo de los arcos.

— Pero, interrumpió don Martin, ¿qué relacion tiene esa historia con la orden que acaban de dar á Perez Cuellar para que se presente en el ayuntamiento?

— Voy á decirlo: el medio que Samuel ha hecho adoptar al rey para que entren en el tesoro tantas sumas es el siguiente: en cada ciudad manda comparecer ante el ayuntamiento al recaudador de los dineros reales, encargado tambien de los pagos asignados á su caja en libranzas del rey, firmadas por el tesorero mayor. El recaudador trae sus registros, y Samuel, despues de examinarlos, le manda jurar por la cruz y los evangelios que pagó enteramente y sin retener cosa alguna las cantidades que en ellos van estampadas. Entonces dispone que se presenten las personas á cuyo favor fueron espendidas las libranzas. Ordénales en



nombre del rey que hagan igual juramento de decir verdad, y luego les pregunta qué cantidad han recibido del recaudador, advirtiéndoles que de aquellas que se les hayan retenido fraudulentamente percibirán la mitad, siendo la otra para el rey. Como todos estos recaudadores poseen mucha hacienda y casas, y se trata de las cuentas de todo el reinado anterior, la operacion de Samuel ha de tener indispensablemente los resultados que prometió al rey.

— ¿Con que Perez Cuellar, preguntó don Martin, fue recaudador del rey Alfonso?

— Al contrario, respondió el barbero; fue platero del alcázar, y á este título recibió por muchos años sumas considerables á cuenta de sus suministros. Si le traen hoy al ayuntamiento solo es por su bien, pues de sus cuentas con el tesorero ha de resultar una restitucion muy cuantiosa, que duplicará su fortuna; pero el pobre viejo se ha vuelto loco, y persuadido de que todavia quieren hablarle



del niño que el año último tuvo de una linda muchacha de la ciudad, el buen hombre se niega obstinado á obedecer la orden del alcalde mayor.

— No se niega, Sanchez, dijo una vecina metiendo su cucharada; Perez Cuellar está malo en la cama, y no puede tenerse de pie. Además, le ha dado un acceso, y no comprende lo que quieren decirle. Perico su nieto ha ido á conferenciar con el alcalde mayor, mas el tesorero mayor ó el diablo del infierno no atiende á razones, y ha mandado que traigan al pobre hombre en un sillón... Mirad, añadió la vecina, ya lo llevan, y es seguro que no hablará sino de la historia del chiquillo.

— ¡Vive Dios! exclamó el barbero: es fuerza que yo vea lo que pasa. Los porteros del ayuntamiento son amigos míos, y me dejarán entrar...

— También yo tengo gran deseo de asistir al interrogatorio, dijo vivamente don Martin: ¿no pudiera yo entrar con vos, señor Sanchez?



Condescendió el barbero, y ciertamente no había ponderado su influjo con los porteros, que le permitieron entrar con don Martin en la sala del tribunal. Confundido allí entre la turba de espectadores, vió que traían en una silla ante el asiento del tesorero al anciano Perez Cuellar, cuyas vagas miradas y torpe sonrisa indicaban el trastorno de su espíritu. Permanecía á su lado su nieto Perico animándole con palabras llenas de respeto y de ternura. Dirigió Samuel al platero algunas preguntas relativas á cierta suma considerable que algunos años antes debió recibir del tesorero real de Toledo, á las cuales respondió con firmeza y claridad. Entonces mandó el judío traer una cruz y el libro de los evangelios, que el alcalde mayor colocó delante del platero, mientras se acercaba un eclesiástico para recibir su juramento, cuya fórmula le dictó en alta voz, mandándole que la repitiese, estendiendo la mano sobre aquellos objetos venerandos.

A vista del extraordinario aparato y



del eclesiástico con alba y estola, turbóse enteramente la razón del pobre viejo. — No, exclamó con la mayor fuerza, no juraré; conozco el lazo que me tienen para que hable de una cosa que quiero callar: nada diré.

— Volved en vos, amigo Perez Cuellar, dijo Samuel Leví. Aquí se trata de un asunto que os es muy beneficioso, y que os explicará el señor alcalde mayor.

— El alcalde mayor os ha engañado, interrumpió el anciano con vehemencia, y su muger es una embustera descarada, una perversa pecadora, cuyos escandalosos adulterios son el oprobio de su familia, y me avergüenzo de llamarme su pariente. Ella, ella ha inventado las imposturas mas inicuas contra mí para vengarse de las justas reconvenciones que le he hecho; pero algun dia dará cuenta á Dios de sus calumnias. Cuanto le dije es la pura verdad: yo recibí el niño de un caballero, en el bosque de Saldaña, el 5 de mayo del año de gracia de 1352, á la hora de sexta. Paloma Suarez se hallaba



entre los peregrinos que viajaban conmigo, y su marido Matías la acompañaba. La noche anterior habia perdido un niño de pecho, yo le dí el del caballero para que lo criase, y viéndola débil y enfermiza la puse en mi litera. Veinte testigos hay de este suceso, que pueden ser llamados y obligárseles á que digan la verdad. Por último, el niño ha muerto: no se me hable mas de semejante cosa.

Durante este discurso, pronunciado en voz fuerte y con energía cada vez mayor por Perez Cuellar, á quien animaba profunda indignacion, palpitaba vivamente el corazon de don Martin. Sintió que se le partia dentro del pecho en el momento de saber tan inopinadamente la muerte de su querido Enrique, único objeto de su viaje á Toledo, pues habia creido poder llevárselo á Cea y educarlo secretamente, dejándole ignorar siempre el nombre de su madre. Asaltáronle á la vez tantos recuerdos dolorosos, que no pudiendo contener las lágrimas salió precipitadamente de la sala del ayuntamien-



to para dejarlas correr con libertad.

Sus ojos, invariablemente fijos en el anciano, no habian percibido la espresion de las facciones de Samuel en el momento en que Perez Cuellar habló del bosque de Saldaña y de aquel niño, cuyas huellas buscaron tan infructuosamente tanto él como Diego García. La notable época que el buen hombre acababa de citar con exactitud era la de los acontecimientos de Sahagun, y la víspera de aquel dia llegó Margarita de San Juan de Luz á Cea. Los ojos del judío, repentinamente abrasados á las primeras palabras, despidieron diabólicos destellos.

Hizo el alcalde mayor un movimiento para imponer silencio al anciano; pero Samuel asió con una mano el brazo del magistrado, haciéndole una seña con la otra para que no interrumpiese, y tendido el cuello, y abierta la boca, iba devorando las palabras del pobre insensato.

Mas la viva réplica de éste acababa de agotar sus fuerzas, y pasando del exceso de la vehemencia al de la debilidad,



apenas concluido su discurso empezó á llorar amargamente. — Amigo, dijo Samuel muy bajo al alcalde mayor, haced que salgan todos, escepto los prohombres y el notario, y dejadme preguntar al platero.

Ejecutóse la orden del tesorero lentamente á causa del numeroso concurso que llenaba la sala del ayuntamiento, y entre tanto Perez Cuellar lloraba y sollozaba como un niño. Su nieto Perico, hermoso jóven, de la figura mas interesante, consolaba á su abuelo con voz muy dulce, haciéndole observar que el eclesiástico, y especialmente el alcalde mayor, cuya presencia le irritara tanto, acababan de retirarse. — Ya lo veis, amigo Perez, añadió el judío con cariñoso acento, solo estais con personas que os quieren bien; y tú, buen Perico, acaba de tranquilizar su espíritu, y disponle para que me conteste sin alterarse.

— ¡Ah! señor, respondió Perico en voz muy baja, su cabeza está en este momento llena de las imposturas que se han



propalado contra él acerca del niño.

— No importa, repuso Samuel en tono familiar, fingiremos por un rato participar de sus ideas, para que agotado el asunto se tranquilice, pues aquí se trata de que ingrese en las arcas reales una suma considerable, y solo me detiene la deposición de tu buen abuelo. Vaya, háblale del bosque y del caballero y de todo eso. Dile que estamos persuadidos de la realidad de cuanto dice. Y vos, continuó dirigiéndose al notario, poneos junto á mí, y escribid lo que voy á deciros. Estad atentos, señores prohombres.

Dispuesto todo, y mas sereno el anciano, dirigióle el tesorero la palabra con lenguaje afectuoso. — Mi estimado Perez Cuellar, le dijo, estamos penetrados de indignación contra vuestros calumniadores; pero triunfa la verdad, y para quitar en adelante á los malévolos cualquier medio de alterarla, vamos á estender aquí una relación auténtica de los hechos, tales como pasaron, y la firmaremos todos asegurando que es sincera. Con que, el 5.

:



de mayo de 1352, á hora de sexta, el niño llamado...

— Enrique, respondió Perez Cuellar.

— ¡Enrique! ¿y no tenia mas nombres?

— No señor.

— Bueno. El niño llamado Enrique, vino á vuestros brazos entregado por un caballero del hábito de Santiago...

— Yo no he dicho eso, interrumpió Cuellar.

— ¿Pues cómo lo he oido yo? preguntó Samuel: bien seguro estoy de que se ha hablado del hábito de Santiago, y sin duda Perico lo habrá dicho. ¿Estabas tú allí, muchacho? ¿lo viste todo? era un caballero del hábito de Santiago, ¿no es verdad?

— Señor, respondió el mocito poniéndose colorado, mi abuelo hubiera preferido que no se hablase de esta circunstancia...

— Mas tú eres muy candoroso y no querrás alterar en nada la verdad. Era, pues, un caballero del hábito de Santia-



go, cuyas facciones reconociste y que...

— Mirad, señor, que llevaba calada la visera.

— Pero en la voz conociste que era el mismo gran maestro...

— No ha dicho eso Perico, replicó el platero, sino el charlatan de Matías. Por esto solo no quería yo que se hablase del hábito de Santiago. ¿Para qué llegar á la honra del gran maestro de un orden religioso? Yo bien sé que semejantes heridas penetran demasiado, y ese pícaro de Matías, cuyo silencio compré har- to caro, ha cometido una villanía hablan- do de aquella voz que creyó reconocer. El caballero no dijo su nombre...

— Y sin embargo no ha dejado de proveer á la subsistencia del niño: ¿vino á Toledo?

— No señor; si no que yo recibía va- rias sumas por medio de su escudero...

— Llamado Juan Cavedo, dijo Sa- muel en voz muy baja al notario que es- cribia la relacion.

Vivamente afectado por la pretendi-



da indiscrecion de Matías, y volviendo al pasado delirio, comenzó el buen anciano á derramar ardientes lágrimas. Samuel hizo señas á Perico para que no le distragese y se acercase. — ¿Con que murió Enriquito? preguntó en voz baja al mancebo: ¿cuánto tiempo hace? ¿en qué parage?

— Nada de eso sé, respondió Perico sencillamente. Solo puedo decir que una noche estando las puertas cerradas, mi abuelo sacó de Toledo á Matías, su mujer y el niño, hará cosa de seis semanas, cuando empezaron á hablar mal del gran maestro de Santiago y de la reina Blanca; pero despues de aquel dia no ha vuelto á mentar á Enrique ni á su nodriza. Ahora afirma que murió el niño, y yo lo creo por muy cierto, pues mi abuelo jamas ha mentido; y lo que me prueba que su declaracion no procede del momentáneo trastorno de su cabeza, es que le han traído y tiene en su poder la joya que el padre del niño le dió para que la suspendiese á su cuello, la cual puedo enseñaros.



— La joya entregada á Perez Cue-  
llar por el padre del niño, repitió lenta-  
mente Samuel dictando al notario, mien-  
tras que Perico se aproximaba á su abue-  
lo y sacaba una cajita de la faldriquera  
entreabierta de la ropilla del anciano.

— Héla aqui, dijo Perico poniendo-  
la en las manos de Samuel; si os queda la  
menor duda en punto á la verdad del su-  
ceso del bosque de Saldaña, no hay mas  
que buscar á los peregrinos que vieron  
dar á mi abuelo esta mitad de una sorti-  
ja que Enrique ha llevado pendiente del  
cuello mientras ha vivido.

Era tan viva la alteracion de Samuel  
al abrir la caja, que sus manos tembla-  
ban: sacó al fin la joya, y la examinó con  
la mayor curiosidad. El rayo de la infer-  
nal alegría brilló de repente en sus ojos  
al descubrir los caractéres grabados en lo  
interior del anillo, y leyendo el nombre  
de Blanca de Borbon. Pero supo dominar  
el primer movimiento, y dijo al cando-  
roso Perico: -- Basta, estoy satisfecho;  
vuélvete con tu abuelo, y no le hables



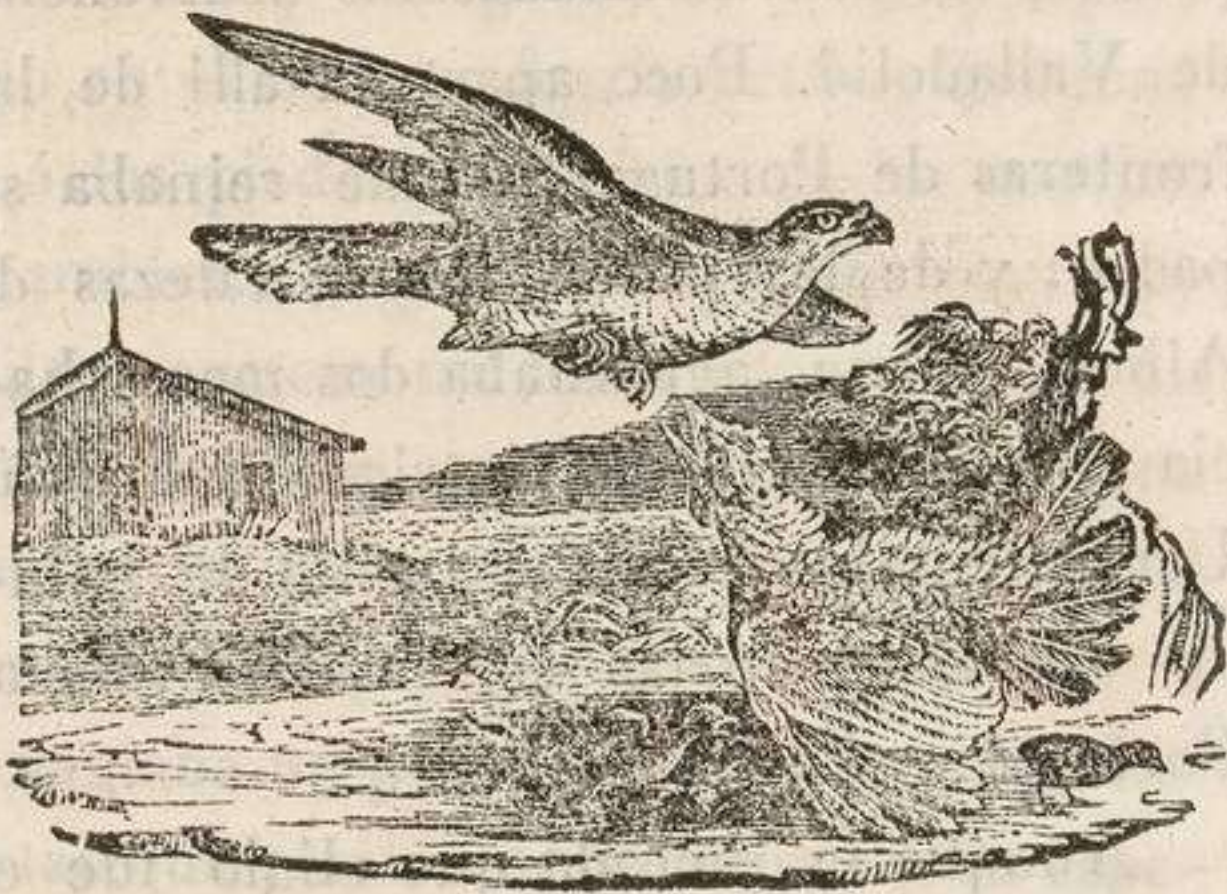
mas de la caja: yo la uniré á este escrito que vamos todos á firmar para convencer á los mas incrédulos, y esto contribuirá sin duda á calmar la agitacion de su espíritu.

Llamando entonces Samuel al alcalde mayor, le mostró el anillo, como tambien á los prohombres. Conversaron un momento en voz muy baja, y concluyeron de concierto la redaccion del escrito, firmándolo uno por uno. Perico enjugó entre tanto las lágrimas de su abuelo, y restituyó la serenidad á su frente venerable con cariñosas palabras, que envolvian la mil veces repetida seguridad de que se hallaba entre sus mejores amigos. Mas tranquilo ya y menos desconfiado, escribió tambien su nombre al pie del pergamino que le presentó Perico. Concluido este negocio, difirió el tesorero mayor para el otro dia el del recaudador, que fue objeto de la interpelacion, y al salir del tribunal dió las convenientes disposiciones para trasladarse aquella misma tarde al castillo de Montalvan, donde el rey de-



bia llegar por la noche de vuelta de su viaje á Segovia.

Ya don Martin habia salido de Toledo, desvanecida la esperanza de encontrar y llevarse á su hijo.





---

**CAPITULO III.**

---

**N**o menos indignada la reina madre del triunfo de los Padillas que del que alcanzó el conde de Trastamara, habíase retirado con Blanca de Borbon á un convento de la ciudad de Toro algun tiempo despues de terminadas las ocurrencias de Valladolid. Poco apartada alli de las fronteras de Portugal, donde reinaba su padre, y de las principales fortalezas de Alburquerque, aguardaba dos meses hacia el resultado de las intrigas que doña Urraca entablara con el auxilio de hábiles emisarios en las cortes de Francia, Portugal y Castilla.

Aunque la morada que eligió fue el claustro de un convento, vivía en él con regio fausto en un edificio separado de la clausura monástica, servida por sus damas y por los oficiales de su casa. Muchos señores portugueses y caballeros vasallos de Alburquerque formaban una corte bas-



tante numerosa, en la cual, bajo el nombre de caballescga galantería, reinaba la disolucion mas desenfrenada. Ella misma ofrecia el ejemplo escandaloso, haciendo gala de sus amores con un favorito jóven y agraciado llamado Martinez Alfonso, elegido entre su servidumbre como el anterior Gonzalo-Gomez, muerto en Sevilla por mano del rey.

Blanca y Margarita se habian sepultado en el mas profundo retiro, asistiendo á los piadosos ejercicios de las monjas, y tambien á su refectorio. Esta vida tranquila y austera no tenia para ellas ni un asomo de triste, pues la seguridad de una conciencia pura no solo consolaba á la reina de sus pasados males, sino que la presagiaba un porvenir mas lisonjero. Las cartas que recibia de Francia, y en especial las de la duquesa de Borbon, prometian la intervencion poderosa del rey Juan, y por otro lado don Martin, ausente hacia un mes, escribia desde Toledo y Carvajales unas epístolas que las nobles reclusas no se cansaban de leer. El caballero



aseguraba que en todas partes iba estallando claramente la mayor indignacion contra los Padillas y los judíos; hablaba del mortal despecho de Trastamara y de su hermano don Tello, dispuestos ya á abrazar abiertamente la causa de la reina Blanca, y á retirarse de la corte, donde la insolencia de los nuevos favoritos, en especial de Diego García y de Samuel, les hacia sufrir diariamente intolerables sonrojos, y don Martin añadia por último, que por mediacion del rey de Portugal se habian entablado algunas negociaciones entre la corte de Castilla y el señor de Alburquerque, estando á punto de firmarse un tratado de paz honroso para este. Por lo demas, no dudaba que el temor de una guerra con Francia, y de la reunion de los mayores potentados contra los Padillas, decidiria al rey á unirse con la reina Blanca, y á volverle su rango y sus honores.

Ninguna de estas cartas de don Martin hacia mencion del gran maestro. Evitaba Margarita con cuidado renovar este



recuerdo; y fiel á su palabra doña Blanca, no pronunciaba ya el nombre de don Fadrique ni aun en sus mas íntimos coloquios con su amiga. Su único recreo consistia en trabajar juntas en un tapiz que representaba el último sitio de Gibraltar, en el cual descollaba un caballero de Santiago, y esta labor ocupaba tan agradablemente á doña Blanca, que consagraba á ella largas vigiliass, sin experimentar un solo instante de cansancio ó enojo, y sin oír á veces á Margarita que le hablaba de don Martin.

Señalaron una mañana desde lo alto de las torres de la ciudad y por el camino de Toledo el estandarte real que ondeaba á la cabeza de un polvoroso escuadron de ginetes de la guardia, que se distinguian por la celeridad de su marcha. Venian precediendo un cuerpo pesado de hombres de armas que se divisaba mucho mas lejos, caminando lentamente. No dudando la reina madre á vista de la considerable comitiva que traeria algun solemne mensaje del rey, acaso favorable,



juntó toda su corte y mandó avisar á Blanca, que no tardó en comparecer seguida de Margarita.

Detúvose poco despues la cabalgata á la puerta del monasterio, y echó pie á tierra un caballero, que introducido al locutorio, donde aguardaba la reina madre, quedóse por un momento á la entrada, encargando dijesen á Blanca de Borbon que Benavides, justicia mayor de la casa real y enviado del rey, solicitaba el favor de ser admitido á su presencia para comunicarle una orden de su alteza, de cuya ejecucion se hallaba encargado.

El inesperado nombre del mensajero y su título formidable hicieron en todos los espíritus dolorosa impresion. — ¡El justicia mayor! repitió irritada la reina madre: ¡extraño mensajero! Que entre. ¿Pero ignora que estoy yo aqui? ¿nada tiene que decirme de parte del rey mi hijo?

Entraba ya por la puerta Benavides, y no pudo menos de oir las altivas palabras de la reina madre; pero guardó si-



lencio, y ni siquiera volvió los ojos á mirarla. Su imponente rostro esprimia profunda tristeza, y dirigiéndose hácia Blanca de Borbon, dobló ante ella la rodilla, y esta le alargó su trémula mano para que la besase.

-- Señora, dijo levantándose el justicia mayor, el rey mi amo me manda arrestar á vuestra alteza y conducirla presa al castillo de Arévalo...

-- ¡Presa! gritó indignada la reina madre: yo quiero saber qué razon hay para esta inaudita é inconceivable violencia. Pero mi hijo no puede haber dado tal orden...

-- Vedla aqui, repuso Benavides desarrollando un pergamino que mostró á Blanca: está firmada por el rey, y sellada con su sello.

-- Yo os seguiré, dijo Blanca con voz mal segura, á pesar de los esfuerzos que hacia para fingir tranquilidad.

-- Y yo la acompañaré, añadió la reina madre en tono áspero. Linda cosa será ver á la madre y á la esposa del rey



de Castilla arrastradas á la cárcel por un alguacil.

— Nada de esto se verá, señora, replicó Benavides con altanería. En primer lugar su alteza ha de partir sola de la ciudad; la orden que traigo me prescribe estorbar que la siga ninguna de las mugeres de esta corte...

— ¿Soy yo por ventura una muger de la corte, insolente Benavides? interrumpió la altiva doña María de Portugal. Repito que quiero acompañar á mi nuera.

— El rey quiere que no la acompañeis, dijo Benavides con fuerza. Señora, continuó dirigiéndose á Blanca, su alteza ha nombrado nuevos oficiales para vuestra casa que me siguen muy cerca. A su cabeza viene don Pedro Gomez Guidiel, obispo de Segovia, vuestro limosnero, encargado de la guarda de vuestra real persona. Este prelado, y no un alguacil, es quien ha de conducirnos con los honores debidos á vuestro supremo rango al castillo de Arévalo, vigilando particularmente que no se consienta la menor co-



municacion entre vos y su alteza la reina vuestra señora madre. Él lo quiere y lo ordena asi.

-- Basta, respondió Blanca con el corazon oprimido de angustia; voy á disponerme para el viaje.

Preparábase á entrar en lo interior del convento apoyada en la dama de Montluzon y Margarita, pero Benavides dijo: -- Señora, mi deber me manda oponerme á que entreis en el recinto del monasterio.

-- Bien lo creo, exclamó la reina madre inflamada de cólera, pues entonces pudiera escaparse la presa de tus garras. No, por muy impudente que seas, nunca hubieras tenido la sacrílega audacia de penetrar en el convento y de arrancar á tu reina del pie de los altares, si por su desgracia y la mia no la hubiese yo traído aqui tan imprudentemente...

-- ¿Y qué, señora, añadió doña Urraca en el mismo tono, creéis que un crimen mas ó menos hubiese contenido al traidor Benavides?



-- Por lo que á vos hace, dama de Montluzon, contestó éste sin alterarse, el rey os quita la plaza de dueña de la reina con que os habia honrado, y doña Margarita de Lara es quien debe acompañarla al castillo de Arévalo. La voluntad del rey es que vos vayais inmediatamente á reuniros con vuestro hermano el señor de Alburquerque, con el cual acaba de concluir un tratado de acomodo y buena amistad, gracias á la intervencion del rey de Portugal.

La reina madre y doña Urraca se miraron con una sorpresa mezclada de placer, y apartándose juntas á un extremo del locutorio, comenzaron á conversar en voz baja con la mayor vivacidad. Blanca, cuyo brazo acababa de abandonar tan toscamente la dama de Montluzon, vaciló, y logró sentarse ayudada de Margarita. Sentia desgarrado el corazon: el exceso del injusto rigor que ejercian contra ella, la publicidad de este último ultrage que ponía el sello á las humillaciones con que la habian abrumado hasta entonces, la in-



certidumbre de la suerte de don Fadrique, el espanto del dudoso porvenir, todo contribuía de consuno á conturbar su alma, pero sin abatirla. La fortaleza de la sangre de San Luis apagaba su femenil debilidad en presencia de los caballeros de la reina madre, y contenía en sus ojos húmedos y oprimido seno el llanto y los suspiros, próximos á brotar. Inmóvil, con los ojos bajos, resignada á su suerte y exenta de voluntad, aguardaba la infeliz que dispusiesen de ella. Margarita de pie, y apoyando la cabeza en el respaldar del asiento, se abandonaba á las lágrimas de la desesperacion.

Tal era el doloroso espectáculo que ofrecia el locutorio del monasterio de Toro cuando, despues de un mes de ausencia, entraba en él don Martin. Habia ido desde Toledo á ver á su padre en Carvajales, atraido por el general rumor de su próxima reconciliacion con el rey. Encargóle el señor de Alburquerque que trajese á las dos reinas la nueva de aquella paz, y venia trasportado de júbilo; pero

:



admirado de las lágrimas de Margarita y del mudo dolor de la reina, exclamó: — ¡Qué es esto! ¿ignora vuestra alteza las agradables noticias de la corte? ¿No venís vos de allá, señor Benavides? ¿Tampoco las sabeis vos?

— Yo vengo de Toledo, señor don Martin, respondió el justicia mayor; y he dejado en el alcázar al rey mi amo, que me envia...

— Para arrestar á la reina, gritó sollozando Margarita.

— Otras órdenes traigo tambien, repuso Benavides mirando tristemente á don Martin, á quien parecia haber petrificado la sorpresa. Yo he instruido á la reina Blanca del acto de sumision firmado por vuestro padre, y del tratado que ha concluido con el rey. Solo me resta hablar de las condiciones de esta paz. El señor de Alburquerque entrará en el pacífico goce de sus dominios, ciudades, ciudadelas, castillos, villas y lugares en toda la estension de los reinos de Castilla y Leon; pero ha jurado por los evangelios nunca ja-



mas levantar el estandarte de la revuelta, y no permitir de parte de sus caballeros y compañías la menor hostilidad contra las tierras y vasallos de la corona. Para fianza de este juramento, el señor de Alburquerque se ha obligado á entregar al rey en rehen á su hijo único...

-- ¡ A mí ! exclamó don Martin asombrado.

-- A vos, señor, respondió Benavides. Vuestro padre habia prometido enviaros aqui, y el rey me ha mandado apoderarme de vuestra persona y conducirlos á Toledo.

Este último golpe triunfó de toda la firmeza de Blanca, bien que fuese para ella menos doloroso que los otros. Pero en un vaso ya colmado de amargura, esta gota de mas provocó el derrame, y el llanto que necesitaba para sus propias penas corrió entonces sin resistencia por las de un amigo. — ¡ Su padre mismo lo entrega ! exclamó. ¡ Ah ! yo soy, mi desgracia sola, que llega á cuantos quieren unirse á mi fatal destino... Margarita, don



Martin , y tú tambien , oh pobre...

-- No , señora , interrumpió el mozo con vehemencia , temblando que imprudentemente pronunciado el nombre de don Fadrique agravase el infortunio de Blanca y designase nueva víctima á la rabia de los Padillas y del judío. No , continuó , no lloreis mi suerte , que nada tiene de funesta. ¿Qué mejor garantía de su sinceridad pudiera haber dado mi padre al rey que su propio hijo ? ¿ qué prenda mas segura para todos ?

Habíanse acercado para oír á Benavides la reina madre y doña Urraca , y mientras que en tono menos áspero le dirigian varias preguntas y escuchaban sus respuestas , bajando mucho la voz dijo Blanca á don Martin : — ¿ Prenda mas segura para todos ? ... ¿ para todos ? ... ¿ para él tambien ? — Confío que sí , señora. -- ¿ Le habeis visto ? -- Sí señora. -- ¿Cuál es su suerte ? mucho valor necesito para soportar la mia , y siento que mi corazon desfallece á la idea de los males que este infeliz puede sufrir por mi causa...



¡ Hablad en nombre del cielo !... ¡ por qué ese silencio que me mata !... ¿ en dónde está ?

-- En uno de sus castillos de Galicia, lejos de todo peligro, y con proporcion de retirarse al territorio de Portugal ó al de Francia por mar.

Un rayo de júbilo resplandeció entre las lágrimas de Blanca. -- ¡ Ah ! dijo con un suspiro de consuelo, la Virgen santa ha escuchado mis mas ardientes súplicas; ella sabe la inocencia de Fadrique...

Don Martin hizo un movimiento de horror. -- Nada temais, continuó Blanca, esta es la vez primera que en mucho tiempo articulan mis labios el nombre de mi hermano Fadrique; ¿ no es verdad, Margarita? ¿ pero han renovado sus calumnias con mas furor todavia? ¿ de dónde nace esta nueva persecucion?

-- Yo, señora, estoy mas sorprendido que vos, pues el rey parecia dispuesto á reconciliarse con él, y el conde de Trastamara lo aseguraba en las cartas que yo he visto.



— ¡ Pues bien ! repuso Blanca consolada , sobre mí sola descargará esta tormenta. La Virgen santa sabrá apartarla de mi cabeza y proteger al gran maestro.

— Entremos , Blanca , dijo en alta voz la reina madre terminando como descontenta su conferencia con el justicia mayor. Venid , y juntas discurriremos lo que convenga escribir á mi hijo para desengañarle de los pérfidos consejos que se han atrevido á darle aun mas contra mí que contra vos. Bien veo que han temido que te llevase á la corte del rey mi padre , en Portugal , donde quisieran obligarme á buscar un asilo. Pero no lo lograrán , pues me quedo en Castilla , y con la ayuda de Dios sabré destruir sus maquinaciones y confundir tanta malicia.

Ayudó á Blanca á levantarse de la silla , y la llevó á su aposento con la dama de Montluzon.

Quedóse atrás Margarita , y dijo vivamente al oido de don Martin : — Ya la has visto , primo , ya la has oido ; ¿ com-



prendes ahora el oculto sentido de mis cartas?

-- ¡Ah! sí, prima mia, y mi corazón está llagado de dolor. Ella le ama apasionada.

-- Pero inocentemente: ¡pobre Blanca! ella mira su pasión como ternura paternal y como piedad por un infortunio no merecido. ¡Ah! cuán delincuente es don Fadrique en haber turbado la paz de aquella alma celestial.

-- También es desdichado, Margarita.

-- Blanca es más digna de lástima, pues ignora su mal y no lo resiste. Cada día hace progresos más espantosos.

-- Ábrele tú los ojos...

-- Es imposible. Irrítase á la sola idea de la sospecha, y cuando esté cierta de que el gran maestro se halla libre de todo tiro, hará frente á sus calumniadores, mas persuadida que nunca de que se trata de su honor.

-- Prima, eso es tentar á Dios...

-- Nada podrá contenerla. El solo te-



mor de los peligros del gran maestro ha podido doblegar su orgullo herido con tanta crueldad... Líbrenla de mal todos los santos, pues es un ángel del cielo.

-- Margarita, los ángeles del cielo cayeron por orgullo.

-- ¡Qué funesto presagio, don Martín! Sea su suerte cual fuere, también ha de ser la mía; pero, ¡oh Dios! ¿habré de morir sin volver á verte? ¿Y se desvanecerá siempre la felicidad cuando parece más cercana?

El obispo de Segovia acababa de entrar en el locutorio: Benavides rogó á Margarita que avisase á las reinas la llegada del prelado; y los amantes, repentinamente interrumpidos, se separaron sin tener lugar de decirse el último á Dios. La penosa misión del justicia mayor estaba ya concluida; por otra parte, indignado de las injurias de la reina madre y doña Urraca, y anhelando huir la ocasión de nueva é inútil entrevista, salió al momento con su prisionero, cuyo tren se había quedado á la puerta del monasterio.



---

---

**CAPITULO IV.**

---

**V**IAJANDO lentamente Benavides y su prisionero con la tropa que los escoltaba, llegaron por la tarde del séptimo día á vista de las torres de Toledo. Faltábales una sola legua para tocar sus muros, cuando un caballero de la guardia, que salió á rienda suelta al encuentro del justicia mayor, puso en sus manos una carta: detúvose Benavides para leerla, y suspendió la marcha de sus hombres de armas.

Hasta aquel momento habia don Martin desdeñado obstinadamente todas las muestras de amistad de su conductor. Por el día se apartaba de él ocultándose en el centro de la escolta, triste, silencioso, avergonzado de verse sin armas; solitario en su tienda por la noche, ó bien en alguno de los aposentos de los castillos donde les ofrecian hospitalidad, y servido por el solo Zafiro, negábase á la compañía de todos. Cuanto mas se acercaba á Toledo



tanto mas imperio adquiria en su abrumado espíritu el negro pesar: en vano se esforzaba en desechar el único é insoportable pensamiento de María. Triunfante ésta, adorada en el alcázar, iba á complacerse en el abatimiento del afligido mozo, á insultar su mortal pesadumbre y la desgracia de la familia que la criara desde su infancia, y cuya ruina conspiró traidoramente. Indignábale la idea de ver á la impúdica favorita convirtiendo su deshonra en título respetuoso para los cortesanos, y usurpando los honores de la noble y pura Blanca de Borbon.

Pero lo que mas dolorosamente heria el alma de don Martin era el recuerdo de la infidelidad de María, de aquel olvido tan súbito y completo del mas apasionado amor y del tierno fruto de su cariño, que debiera ser prenda de eterna union.— ¡Ah madrastra! murmuraba entonces con furor sombrío, la muerte de la inocente criatura, que tantas lágrimas me cuesta, será nuevo motivo de placer



para tu corazón empedernido. — ¡Cuánto te aborrezco! ¡cuán espantoso el suplicio de mirarte otra vez!

— Señor don Martín, díjole acercándose Benavides, es fuerza que os hable; venid á mi lado á la cabeza de la escolta.

Sin proferir una palabra tomó el caballero el lugar que el justicia mayor le designaba. Continuaron de este modo su camino, siguiendo los ginetes á alguna distancia. — Tristes son las nuevas que debo comunicaros, repuso Benavides en voz baja; vuestro padre, á despecho del juramento y del peligro de su hijo, ha vuelto á encender la guerra con el vano pretesto de la prision de Blanca.

— En buen hora, pues, respondió don Martín sonriéndose con amargura, vais á entregar la víctima al verdugo. ¿De dónde nace ese hipócrita dolor? ¿no debe regocijarse por el contrario el prudente Benavides, instrumento de la mas odiosa tiranía, de esta propicia ocasion de señalar su celo y de verter sangre?

— Señor don Martín, replicó Bena-



vides sin alterarse, ¿qué acciones del rey don Pedro son las que llamais de odiosa tiranía?

-- ¿Cuáles decís? acudió el jóven con vehemencia. ¿Habré de recordaros la muerte de Leonor de Guzman, los asesinatos de Garci-Laso y de Fernandez Coronel, la confiscacion de sus bienes, la perfidia que costó la vida al gran maestre de Calatrava, el ultrage hecho á todos los caballeros del reino en el abandono de Blanca de Borbon á su presencia el dia mismo de las bodas á que fueron convocados? ¿contais por nada la prision de la inocente reina?

-- Sí, grandes crímenes son esos, contestó Benavides; pero los mas execrables son obra de vuestro padre y de doña María de Portugal; los demas se han cometido por mano de los Padillas ó á instigacion de Samuel; pero todos deben recaer en la cabeza del señor de Alburquerque. Él fue quien envenenó el corazon del príncipe desde niño, sembrando en él odio y desprecio contra su propio padre, amol-



dándole á todos los vicios para dominar mejor un degradado carácter; él quien favoreció sus culpables amores con Aldonza Coronel, para distraerle de los cuidados gubernativos; y él quien le dió despues, ya casado, una dama con cuyo auxilio se prometia dirigirle mas fácilmente. Todo el mal procede de vuestro padre. En la conducta privada del rey don Pedro descubro algunos actos de violencia, inevitables efectos de su perversa educacion; pero en sus acciones como rey, ¿ dónde está la tiranía, cuyo instrumento me llamais? Él heredó un poder legítimo, y reina por las leyes; dos veces se han reunido las cortes desde su advenimiento al trono; los diputados de la nobleza y de las ciudades han arreglado los negocios del reino de concierto con el soberano; han votado los impuestos que se perciben legalmente, y el tesoro real no exige un maravedí de mas. No hay ejemplar de haberse separado un solo castellano de sus jueces naturales, respétanse religiosamente los fueros de las provincias y de las ciudades, y



este es el poder que me tiene por instrumento. La violencia, la arbitrariedad, la derramada sangre, todo lo que en justicia condenásteis viene de otra parte; y lejos de prestar mi ministerio á semejantes crímenes, me hubiera negado á ello.

— Y sin embargo habeis arrestado á la reina Blanca.

— He hecho mas, señor don Martin; he opinado contra ella en el consejo.

— ¡Y os gloriais de ello!

— Sencillamente os digo que no. En esto he obrado por la voz de mi conciencia y por mi conviccion de que la reina está culpada.

— ¿Y en qué prueba pudiérais apoyaros? preguntó indignado don Martin.

— Bastante os he dicho para justificar mi accion, respondió Benavides. El rey no ha pronunciado aun sobre la suerte de Blanca, y debiendo juzgarla un tribunal, ha obrado prudentemente apoderándose de su persona. Lo demas es un misterio, cuyo velo intentariais en vano levantar.



— Lo demas es un tejido de infames calumnias, señor Benavides.

— Posible es que haya en ello mentira ó equivocacion; no lo niego; pero en este caso el cielo manifestará indudablemente la inocencia de la acusada, pues no tendrán mas influencia en sus jueces las pasiones de sus enemigos que la voluntad del mismo rey ínterin se oiga mi voto en el consejo: esto es lo que puedo aseguraros, y tambien que la decision será cometida á las cortes. De este modo nadie tendrá derecho de acusar al rey de tiranía.

— Si asi sucede, seguro estoy de que entonces la virtud de Blanca saldrá victoriosa de esta prueba.

— Deséolo cordialmente, repuso Benavides; y prométome que ya me juzgais con menos dureza que antes de esta explicacion. Solo quiero ahora recordaros las palabras que os dirigí tres años hace: Detesto la tiranía de un rey malo; pero mucho mas aborrezco aun la rebelion de los grandes, que tiende á substituirle veinte



tiranías aun mas terribles, y los desastres de la guerra civil.

— Hablais razonablemente, Benavides, dijo suspirando don Martin; y no hago un sacrificio al confesar que detesto, como vos, la nueva rebelion de mi padre, que no teme comprometer la vida de su hijo único faltando á la jurada fé.

— Si yo creyese amenazada vuestra vida, respondió resueltamente Benavides, os volveria al momento vuestras armas y libertad, pues yo aconsejé al rey que os admitiese en rehen.

— ¡ Vos, Benavides!

— Yo solo. Vuestro padre os ofrecia, y el rey os desechaba, cediendo en este punto á la enérgica voluntad de María de Padilla. Mas, venciendo por vez primera la aversion que me inspiraba, la ví, y la hice partícipe de mi opinion: ya desea tanto como yo vuestro regreso á la corte. No tembleis, pues, por vuestra vida. De María es la carta que acabo de recibir: dícame que la traicion de vues-



tro padre en nada ha alterado las benévolas disposiciones del rey en favor vuestro. Ahora está ausente de Toledo, y María me ruega que apresure vuestra llegada, y que os conduzca directamente al alcázar, donde quiere veros antes que vuelva el rey.

-- ¡ Verme, hablarme! exclamó don Martín rugiendo de cólera. ¡ En ausencia del rey! ¡ infame! ¡ se atreve á escribíroslo!... No, jamas...

-- Escuchadme á sangre fría, respondió Benavides con imponente tono. Vos no conocéis á María de Padilla...

-- ¡ Que no la conozco yo! ¡ Y os lo ha dicho ella?

-- No ella, sino el rey, los hermanos y el tío de María, á los cuales mas de una vez he oido repetir que erais muy niño cuando salisteis del castillo de Alburquerque para trasladaros al alcázar de Toledo, y que desde entonces no la visteis mas. No podeis, pues, formar la menor idea del carácter de María. Es noble, elevado, lleno de dulzura; su talento es

:



superior , y su alma tiene una firmeza poco comun, y muchísima grandeza. Ni la hija de un rey es mas digna de un trono que María. Ella fue la primera que penetró y descubrió al rey los ambiciosos designios y la perfidia que ocultaban las simuladas caricias del conde de Trastamara ; por ella conoce ya el soberano la insaciable avidéz y las indignas concusiones del judío Samuel. María condena el grosero orgullo y la vil depravacion de su hermano Diego , y le aparta de los consejos y de la intimidad del rey : él se une por esto á los enemigos de su hermana , é insensatamente trabaja para perderla de concierto con ellos...

— Es justicia de Dios , interrumpió agriamente don Martin.

— En el estado que tienen hoy las cosas , repuso Benavides , seria su caida una pública calamidad. Este language os admira , mas bien pronto convendreis conmigo en que es el de la verdad. El medio que imaginan es ¡ay ! harto confor-



me á las inclinaciones del monarca , devorado por su pasion á las mugeres y amigo de mudar de objeto. Trátase de la linda doña Juana de Castro , que el rey conoció en Sevilla y vió despues en las fiestas de Valladolid. No ignorais que Inés de Castro, su hermana, es hoy asunto de una vivísima querella entre el infante de Portugal , que quiere darle la mano , y el anciano señor de aquel reino, cuyo orgullo se resiente de tan desigual enlace. Este negocio ha llamado á Coimbra , donde reside el infante , á los dos hermanos de Inés y Juana. Durante su ausencia ha venido ésta de Galicia , y habita su castillo de Torrijos , á pocas leguas de aqui , creyendo al rey retirado en Segovia con María para mucho tiempo. Despues que volvió á Toledo la corte, los bastardos y el mismo Diego, han usado la astucia de dirigir las monterías del rey hácia Torrijos , y no faltaron pretextos para llevar con ellos á don Pedro. Prestóse Juana á sus proyectos , arrastrada del deseo de reconciliar á su her-



mano don Fernando con el rey, en el momento en que su familia está amenazada de una persecucion en Portugal por la amorosa intriga de Inés con el infante. Juana es sin duda hermosa y entendida, pero incomparablemente inferior á María de Padilla, y sin embargo, el atractivo de la novedad le presta tantos hechizos á los ojos del enamorado rey, que hace algun tiempo anda frio con María. Asi estaban las cosas, cuando con ocasion del tratado con vuestro padre creí conveniente estrechar al rey para que os admitiese como rehen...

— ¿Y con qué designio? dijo asombrado don Martin.

— Vais á saberlo. Consultada María en este punto por el rey, desechó altamente tal idea, y entonces me decidí á verla. Halléla vivamente irritada contra el nombre de Alburquerque, y al parecer os temia mas que á vuestro padre mismo...

— Bien lo creo, interrumpió don Martin impetuosamente.



— Dejadme concluir. Sin darme por entendido de su acogida poco lisonjera, volví á verla repetidas veces, y aprendí á conocerla y apreciarla; referíle las ocurrencias de Sevilla en los primeros dias del reinado de don Pedro; víla enternecida con el relato del papel que en ellas os cupo, y especialmente de la conducta que conmigo observásteis. ¡Qué podré decir! he logrado interesarla tanto en favor vuestro, que no se cansaba de escucharme, y todos los dias pasaba en su aposento horas enteras exclusivamente consagradas á hablar de vos. Preocupada siempre con la idea de que no habrá humano poder que desarme vuestra enemistad para con ella, y que aprovecharéis la intimidad del rey para perderla, derramaba amargas lágrimas hablándome de este temor, siempre nuevo en su corazón. Sin embargo, las repetidas seguridades que le he dado de la generosidad de vuestro carácter la han tranquilizado completamente. Ahora participa ya de las esperanzas que yo fundo en vuestro regre-



so, y son estas: las confianzas con que el rey me ha honrado muchas veces no me dejan duda alguna acerca de la viva amistad que os conserva, y que adquiere mayor grado á medida que va encontrando nueva falsedad, y aun perfidia, en sus actuales favoritos. Por otro lado, á pesar de la inclinacion que le arrastra hácia otras mugeres, está convencido de que María reinará siempre en su corazón, que nunca podrá desasirse de sus lazos. Ella ama tan sinceramente como vos la persona del rey, su honor, su gloria. Desprendida, como vos, de personales intereses, se siente animada solo de generosos sentimientos, y no emplea su crédito sino en objetos de pública utilidad. Vuestra unión...

— ¡Yo! ¡yo unirme con María! exclamó don Martin con un movimiento de horror; no lo espereis, Benavides. La aborrezco, la desprecio... Nunca más volvais á hablarme de esa criatura vil.

— Esa obstinacion confunde todas las ideas que habia concebido en favor vues-



tro, repitió mortificado Benavides. La conducta de María nada tiene de vil, nada de vituperable...

— ¡Nada de vituperable! repitió don Martín indignado.

Encendióse el rostro de Benavides mostrando su turbacion, y guardó silencio por algunos instantes. — No, prosiguió con fuerza despues de momentánea perplejidad, no merece María ese desprecio, injusto es vuestro aborrecimiento. Pero ya estamos en Toledo. Mi deber me manda conducirlos al alcázar, donde os aguarda, y sabré cumplir con él.

— ¡Asi, pues, dijo don Martín con amargo despecho, quiere María emplear mi favor para recobrar á su veleidoso amante, enamorado ahora de la bella Juana de Castro! ¡Y estos son los grandes objetos de bien público á que se propone asociarme el prudente, el venerable Benavides!

Penetraban entonces en la ciudad por la puerta septentrional. No replicó el jus-



ticia mayor, y continuó subiendo la es-  
carpada calle de Santa Leocadia, pasó  
luego por la plaza de Zocodover y la de  
la catedral, trepando por último el di-  
fícil peñasco que el antiguo alcázar co-  
ronaba.





---

**CAPITULO V.**

---

**A**CABABAN de introducir á don Martin en una cámara que separaba la habitación del rey de la de María, cuando entró esta con paso rápido, pálida, desgredada, hinchados los ojos, y detúvose de repente á la vista de un oficial de la guardia, encargado por Benavides de conducir al prisionero. — Salid, le dijo con alterada voz; cuidad de esa puerta... que nadie entre.

Retiróse el oficial; María mientras le hablaba no cesó de fijar sus ojos en don Martin, que de pie é inmóvil apartaba de ella los suyos. Cerróse la puerta, y María acercóse á él vivamente, y con las manos cruzadas. — ¿Dónde está mi hijo? dijo en suplicante tono.

— ¡Me lo preguntas tú, desnaturalizada madre! respondió don Martin estremeciéndose.

— En nombre del cielo, yo os pido



á mi hijo, gritó María cayendo de rodillas.

-- Tranquilízate, repuso don Martin con amarga sonrisa; mi hijo ha muerto.

-- ¡Ha muerto! repitió la Padilla levantándose helada de horror.

-- ¡Sí! dijo don Martin, mientras ella lanzaba un grito doloroso. Tranquilízate, desdichada, yo callaré.

-- ¡Ha muerto! ¡Mi hijo! ¡mi Alfonso!

-- Sí, gracias á Dios.

-- ¡Gracias á Dios! ¡Bárbaro, vos, su padre!... exclamó María desesperada.

— Respira al fin, ya está roto el último lazo que nos unia. Nada queda ya entre nosotros. Yo te aborrezco, María, pero morirá conmigo el secreto de tu infamia. Vete, yo no te buscaba; no vuelvas á verme mas.

— ¡Ha muerto... ha muerto! esclamaba María sollozando y cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Y tu corazon no se dilata de alegría al pronunciar esa palabra? repuso



exasperado don Martin. Ha muerto ya aquel testigo acusador, siempre pronto á deponer contra tí, á revelar la insigne perfidia con cuyo auxilio sorprendiste el corazon de tu leal amante sosteniendo que no me conocias antes de verle á él. Vaya, María, no te reprimas, muestra de una vez toda la bajeza de tu alma. Anda, no puedo despreciarte mas.

— ¡Hombre desapiadado! ¿no te basta con el odio? ¡Ah! líbrame al menos de tu desprecio.

— Tú lo mereciste: súfrelo, devora tu vergüenza. ¿No fuiste traidora á la prometida fé? ¿no olvidaste los mas santos juramentos?

— Tu infidelidad los deshizo. Tú fuiste el agresor, tú me vendiste, me burlaste.

— ¡Yo! ¡María!

— ¿Podrás negarlo? ¿no me sacrificaste al estúpido orgullo de tu rica familia, menos noble que la mia? Tú mentiste el dia que ibas á mi prision á anunciarme que tu padre nos perdonaba. Tú mentiste ha-



blándome de tu amor, de nuestra union, mi mas plácida esperanza. Tú me engañabas cuando al estrechar contra tu seno á nuestro malogrado Alfonso, juraste que tu único deseo, que tu anhelo mas ardiente era el de llevar á su madre al altar... El altar estaba preparado aquel mismo dia, mas para otra muger... Tú amabas á Margarita... Yo ví tus cartas.

— ¿Y quién te las mostró?

— Tu padre.

— Él fue quien te engañó, dijo don Martin enfurecido; por su orden me llevaron al castillo de Cea prisionero, acusado de traicion contra el rey, muerto de angustia y de dolor. Margarita sabia nuestros amores; inmolábase á nuestra felicidad despreciando mi mano, y mis cartas solo esprimian tierno reconocimiento á tan generoso sacrificio...

— Tu padre es un hombre abominable, gritó María con fuerza: con cuánta justicia cae sobre su cabeza la celeste maldicion.

— ¿Y debias tú creer en sus pala-



bras? acudió don Martin desesperado; acúsate á tí sola : tu alma débil se dejó vencer del atractivo del oro, del poder, de los oprobiosos honores que te ofrecia un amante coronado...

— Es falso, Martin, yo desheché esos honores; yo huí de la corte que miraba rendida á mis pies. Mis parientes eran los únicos que penetraban en mi retiro: nunca pedí favores ni para ellos ni para mí.

— ¡Ah! entiendo, repuso don Martin con despecho. Todo fue obra de la pasión. Bastó una mirada del rey para abrasar tu alma, y para borrar hasta la memoria de un cariño poco digno de tí...

— No, cruel, ese amor era la vida de María. Creyéndome burlada, en vano me esforcé en aborrecerte, en olvidarte al menos: tu imágen me perseguia de continuo á todas partes. Importunada por la pasión de otro, hubiera sacrificado el porvenir de mi juventud lisonjera por hallar un solo instante fijas en mis ojos



tus amantes miradas; mi sangre toda por un osculo de tus labios. Hoy, hoy mismo, cuando tu ferocidad resiste á los acentos del materno dolor con bárbara ironía, con atroces injurias, mi liviano corazon, en vez de revelarse, se sácia en el espectáculo de tu cólera: esto es amor todavía, y tu horrible indiferencia hubiera acabado de destrozarlo.

— ¡María! ¡María! ¡cuánta dicha perdida por tu culpa! Tú me amabas, tú no amabas al rey, y la ambicion desenfrenada...

— No, Martin, yo queria vengarme de tí, de tus parientes detestados, que me acosaban, que me abrumaban con ultrages y humillaciones... Ellos me entregaron, ¡perversos! creyendo venderme en su provecho: mi orgullo no pudo mas. Yo destruí tan infame cálculo. Yo haria nuevamente lo que entonces hice, lo que debí hacer, lo que el honor me mandaba.

— ¡Honor! ¡cuando estás cubierta de ignominia!...

— Martin, no repitas ese ultrage.



— ¿El honor fue quien te indujo á entregarte al oprobio?

— No, no puedo soportar ese desprecio que me mata.

— ¡Ah! exclamó delirando don Martin: por él solo puedo esquivar mi amor funesto... Sí, María, tú eres despreciable...

— No, aunque me cueste la vida quiero...

— Recuerda el día en que tu frente se demudaba á la sola idea de ser dama del rey... ¡muger envilecida!

— Yo no soy dama suya.

— ¿Qué eres, pues?

— Su esposa, respondió María en la mayor exaltacion.

— ¡Su esposa! repitió don Martin estupefacto.

— Tú me has arrancado este secreto, de que pende mi existencia: antes la muerte que tu desprecio. Sí, el rey no entró en mi lecho sino con el título de esposo. El abad de Santander nos enlazó en Sahagun. Testigos fueron el gran canciller de la puridad, que redactó el testimonio,



mi tío Hinestrosa, mi hermano don Diego, que lo firmaron. Tu madre misma me condujo al altar.

— ¡ Vos esposa del rey, doña María de Padilla! ¡ y lo erais también cuando en Valladolid se enlazó solemnemente con Blanca de Borbon!

— Maldiga Dios á los que le aconsejaron tal infamia, sugiriéndole el miserable subterfugio de protestar contra este monstruoso enlace, saliendo de la iglesia de Santa María. Estos viles consejeros fueron mi tío y mi hermano, instigados por el pérfido Samuel. Permanecí yo en Montalvan con la esperanza de que el rey no iria á Valladolid sino para declarar públicamente que no podia unirse á Blanca, siendo yo su esposa legítima: así me lo habia prometido, pero me engañó, y engañó á todo el mundo.

— ¿Y para qué tan indigna profanacion del sacramento, cuando su intencion era abandonar al punto á la infeliz Blanca?

— No, no era esta su intencion: el temor que le inspiraba Francia, el que



tenia á sus hermanos bastardos, el de tu padre, todos los temores juntos ejercieron funesto imperio en su debilitado espíritu. ¡Oh Dios! ¡en qué estribaba mi suerte! Si Blanca no hubiese hablado tan inoportunamente del gran maestro de Santiago, ¿quién sabe si se hubiera acordado del proyecto de protesta para anular el matrimonio por las cortes y lograr la absolucion del pontífice por el crimen de bigamia? A su muger legítima, á mí me hubiera sacrificado. ¿Y qué recurso me quedaba entonces? el abad de Santander, el canciller, el comendador y don Diego juraron nunca jamas revelar el secreto de mi matrimonio sin consentimiento del rey. Yo misma he prestado igual juramento, y me lo ha hecho repetir distintas veces sobre el escapulario que lleva siempre suspendido del cuello, y que encierra un fragmento de la verdadera cruz. ¡Perdóname, gran Dios! añadió con un movimiento convulsivo, yo acabo de faltar á tan terrible juramento... pero ha sido por aquel cuyo amor me es cien veces mas precio-

:



so que la vida... perdóname, divina clemencia... Y tú, Martín, ¿has de ser menos compasivo?...

— ¿Qué me pides, María?

— Que guardes mejor que esta débil muger mi fatal secreto... El rey no perdonaría nunca este perjurio... su furor es sanguinario...

— Yo lo callaré, María, te lo juro solemnemente...

— ¿Luego no deseas la muerte de aquella á quien tanto amaste?... dijo María con la mayor terneza.

-- ¿Tu muerte yo?... respondió don Martín tendiéndole los brazos.

— ¡Ah, Martín! exclamó María precipitándose en ellos: ¡cuántas amargas penas destruye este momento de felicidad... tú me acusas de madre desnaturalizada, cuando desde aquel día en que te perdí, en que me robaron el hijo de mis entrañas, cada mañana al despertar tu nombre y el del tierno Alfonso iban siempre envueltos en mi fervorosa oración, cuando día y noche bañaban mi pecho las ar-



dientes lágrimas! Ni un corazón tenía á quien fiar los suplicios de mi alma, ni un amigo que compartiese mi dolor.

— ¡María! ¡infeliz María!... ¡malogrado amor! exclamaba don Martín estrechándola contra su pecho.

— ¡Alma de mi vida! contestaba María en la mayor exaltación: ¿me has amado siempre?

— Te he adorado sin cesar... ¡insensato de mí!...

— Venga la muerte ahora...

— ¡El rey! gritó una voz lejana que retumbó por la inmediata galería.

— ¡Mi marido!... exclamó María desprendiéndose de los brazos de su amante. De mí misma me horrorizo.

— ¡El rey! repitió la misma voz, cuando ya se oían resonar en el mármol de la galería las armas de los alabarderos que escoltaban á don Pedro.

Venia este precipitadamente á reconciliar á don Martín con la Padilla, informado por Benavides de la llegada de aquel y de su aversión á la favorita. Gran-



de fue su sorpresa á vista del espantoso desorden de la una y de la confusion del otro. — Martin, exclamó, mientras sus ojos se inflamaban de furor, ¿te has atrevido á ultrajarla?

— No, respondió María desecha en llanto. Mi cólera sola lo ha producido todo. Yo debí contener, ahogar los sentimientos que tiranizan mi pecho; pero me faltó el valor... y nunca lo tendré. Su presencia los exaspera... nunca volveré á verle... obligarme á ello seria darme la muerte. ¡Oh, por piedad, señor, escusadme este intolerable suplicio!

Dichas estas palabras huyó rápidamente, y se encerró en su aposento.





---

**CAPITULO VI.**

---

**L**LA nueva rebelion del señor de Alburquerque era ya pública en Toledo. Las guarniciones de sus castillos de Cobdévora, Medellin, Carvajales y muchas otras ciudades y ciudadelas de sus estados, que rayaban con las fronteras de Portugal, salieron á una de las plazas, y devastaban el territorio de la corona, dirigiéndose hácia la ciudad de Alburquerque, en Estremadura, donde debian reunirse para caer sobre Badajoz.

Era fama que el rey de Portugal favorecia los intentos de aquel poderoso, su pariente, y que la cláusula principal de su alianza, aun secreta, consistia en la ocupacion de Badajoz por las tropas portuguesas, á las cuales se obligaba Alburquerque entregar aquella plaza, que situada sobre el rio Guadiana en el confin de entrambos reinos, facilitaba á los enemigos la invasion de Andalucía.



Apenas llegó al alcázar esta nueva, cuando reunido el consejo á ruego de Trastámara, decidió que se restituyese al conde el mando de sus antiguas compañías y de todas las del rey, reunidas entonces en Toledo y Talavera. Aumentó su fuerza con una parte de la guardia, y llevándose consigo á don Diego García de Padilla, cuya permanencia en la corte le disgustaba, partió aquel mismo día á la defensa de Badajoz.

Ya en la primera rebelion de Alburquerque le acusaban de haber inspirado al rey de Portugal, abuelo de don Pedro, el proyecto de destronar á este para dar la corona al infante su hijo, pues aquel soberano temblaba la ambicion de este príncipe, ya en edad madura, que habia formado en Coimbra considerable partido á pretesto de la querella suscitada por sus amores con Inés de Castro.

Este proyecto de derribar violentamente del trono al rey don Pedro en favor del infante de Portugal fue despues muy efectivo; pero desnudo entonces de



fundamento, reprodujo con mayor fuerza el mismo temor que la pacificación de Carvajales habia disipado completamente; y Trastamara sacó de él un partido tan ventajoso, que no podia dudarse que era obra suya. Pidió y obtuvo del consejo que su mando se estendiese á toda Andalucía, en su dictámen amenazada de invasion. En consecuencia, el príncipe de la Cerda, gobernador general de Sevilla, recibió orden de reunir todas las fuerzas desparramadas en tan vasta provincia, y de marchar á su cabeza para reunirse con el conde en Badajoz.

En el reino de Leon habia tambien numerosas compañías que mandaban los infantes aragoneses; pero estos mas bien parecian contrarios que favorables á los designios del conde de Trastamara.

El rumor de guerra, las marchas militares, tantos intereses reunidos por la rebelion de Alburquerque, agitaban los espíritus en la capital y en las ciudades y castillos del reino. Hablábbase de las hostilidades empezadas por los franceses y



navarros de concierto con Portugal. Temíase que aprovechando los moros de Granada la division de los reyes cristianos, hiciesen una irrupcion en los obispados de Jaen y de Sevilla, que quedaban sin defensa. Levantaban en todas partes su bandera los ricos-hombres y barones feudales, y proclamaban el bando. Las ciudades reales armaban hombres, proveían los arsenales y reparaban las murallas.

En medio de la general agitacion y de estos trasportes de belicoso ardor, solo don Pedro se ocupaba en amorosos pensamientos. Indiferente á la gloria, fiaba al valor de sus caballeros el cuidado de combatir y vencer, y exento de inquietudes, proseguía embriagándose en las delicias de una vida enteramente muelle y voluptuosa. Consagraba el dia entero á uno de sus placeres favoritos, que era la caza con alcon de los buitres y garzas reales en las riberas del Guadarrama, que confluye con el Tajo á pocas leguas de Toledo y no lejos del castillo de Torrijos,



donde visitaba á la bella Juana de Castro.

La estraña escena que presentó al entrar en el alcázar le tuvo por algunos momentos confuso y sorprendido. María, hasta entonces dulce y pacífica, sometida á sus menores caprichos, reservaba toda su energía para contrarestar los designios de los malos consejeros de la corona, y las ideas que le parecian contrarias á la dignidad y gloria del rey. Escuchábala este reconociendo siempre la utilidad de sus consejos llenos de verdad, é hijos de un cariño desinteresado.

Pero la vuelta de don Martin, que ella misma anhelaba al parecer, ofrecia al rey la esperanza de un placer, cuyo deseo tocaba ya en pasion. Amábale realmente, y en la ausencia de sus demas amigos, de quien ella le habia enseñado á desconfiar, érale indispensable el compañero de su infancia. Asombrado del estrépito anterior, quiso obligarla á presentarse; pero la puerta de su cámara estaba cerrada por dentro. Llamóla, mas en vano: súplicas, órdenes, amenazas,



todo fue inútil: obstinóse María, y no quiso responder.

Lleno de despecho se retiró don Pedro á su dormitorio con don Martin, y por primera vez, despues de su enlace, cenó sin acompañarle María, y tambien por vez primera se negó ésta á admitirle en su tálamo. El amor que ella le inspiraba nada tenia de tierno, y era mas bien, y fue hasta su fin, una especie de furiosa locura, de continuado delirio, que la posesion producía y la menor resistencia provocaba. El rigor desacostumbrado de María en aquella noche exaltó sus deseos hasta el frenesí. Asombróse don Martin de los extremos de aquella rabia de tigre cuando volvió á encontrarle despues de la última tentativa, no menos infructuosa, para ser admitido en la cámara de María, cuya puerta quiso que derribase el Zurdo á hachazos. Puso término á este primer acceso de furor una convulsion nerviosa, accidente que padecía, y al que sucedió profundo abatimiento. Acostáronle, y junto á su cama trajeron otra para



don Martin, como en pasados tiempos.

Pero no tardó el rey en recobrar con las fuerzas su primitivo furor, aunque en grado menos violento. — Martin, díjole viéndose solo con él, amigo Martin, ¿concibes tú el exceso de su audacia? ¿Atreverse á hacerme tan humillante agravio á mí, á su rey! ¡Insolente! ¡y no he de castigarla! ¡no he de separarme de ella!

— A mí, señor, á mí es á quien debéis alejar de este palacio; yo soy quien á él conduce la desgracia que me persigue.

— No, Martin, nunca cederé á su femenil capricho, que me indigna y desespera. Yo soy su dueño, me obedecerá, abatiré su orgullo: tú la verás gemir y humillarse, pero en vano, pues no has de apartarte de mí aunque el despecho la mate.

— ¡Ah! don Pedro, repuso con voz suplicante don Martin, en nombre de nuestra amistad, en nombre de los recuerdos de nuestra dichosa infancia, no despreciéis mi ruego... Si María padece cuando me vé, no es para mí menos in-



soportable su vista... prefiero un calabozo y las cadenas de la esclavitud á tal dolor nunca interrumpido...

— ¿Hasta ese punto la detestas? preguntó el rey con vehemencia. María no ha tomado parte alguna en cuanto hice para librarme de la tiránica tutela de tu padre, que te tenia lejos de mí acusándote de traicion. Jamas me habló María contra él ni contra Urraca, mas insolente aun que su hermano, aunque ambos la habian tratado con la mayor indignidad.

— Ya lo sé, señor.

— ¿De dónde nace, pues, el odio injusto que te inspira?

— Separadnos, tened lástima de los dos...

— No, esa es ya demasiada oposicion cuando carece de motivo, pues tú no eres, como presumes, el verdadero objeto de la momentánea cólera de María. Bien sé yo por qué se irrita... Ella me ama, Martin, á pesar de cuanto acabas de ver; pero su apasionado amor no es menos zeloso que el mio... Escucha; no



habrás olvidado á Juana de Castro , aquella hermosa que me deslumbró cuando la vimos una noche en su balcon en la plaza de San Francisco , en Sevilla , con Aldonza Coronel. Pues bien , he vuelto á verla... hoy mismo , si quieres , y María no lo ignora. Sí , Martin , continuó el rey sonriéndose , hé aqui la única causa de su cólera. Sabe que eres íntimo de Fernando de Castro , y sin duda teme que favorezcas las pretensiones de Juana... Vaya , vaya , una palabra mia disipará mañana la tormenta... y no vuelvo mas á Torriños...

Esta idea calmó la agitacion de don Pedro , que todo lo esplicaba naturalmente por los zelos de María , que no dejaban de lisonjear su pasion. Desde entonces la violencia de aquel ardiente carácter mudó repentinamente de objeto , volviéndose toda entera contra la resistencia de don Martin. Quanto mas rebelde le hallaba á sus esfuerzos y mas frio para con María , tanto mas se animaba en elogiarla y encumbrar aquel ídolo de su ciego



amor, que pocos momentos antes ultrajaba con dura crueldad. — Tú la crees mal intencionada, le dijo; pues al contrario, María á nadie quiere daño, ni aun á sus mas mortales enemigos; María es un angel de dulzura. ¿Qué has visto en su persona que pueda justificar tu extraña aversion? Estaba colérica, apesadumbrada... y sin embargo, ¡cuán hermosa! ¡cuánto brillo en sus ojos animados por el despecho! ¡Ah! Martin, cuando la contemples tierna y apacible... ¿qué será de tu odio?... Has de amarla, quiero que os ameis entrambos por mi amor. Si el de María es indispensable á mi vida como el aire que respiro, faltábame un amigo como tú para completar mi dicha... Martin, no pienses en abandonarme... yo te lo prohibo...

Por último, el sueño cerró los párpados del rey, y don Martin se quedó solo con sus dolorosos pensamientos.





---

**CAPITULO VII.**

---

**D**os semanas habian pasado desde la vuelta de don Martin al alcázar de Toledo. Encerrada siempre María en el aposento mas retirado de su habitacion, donde criaba á su niña Beatriz, negábase obstinadamente á salir de él, y el rey no podia entrar sino vencida la mas tenaz resistencia: hallábala derramando lágrimas, y cada vez mas rebelde á sus caricias, que desechaba con una especie de horror. Renacieron entonces los primeros delirios de don Pedro; el loco furor que habia asombrado á don Martin el dia de su llegada tomó un carácter aun mas espantoso, y la frecuencia de los accesos alteró visiblemente la razon del rey. Las noches eran horribles: lanzábase de su lecho solitario, y recorria las vastas galerías del palacio exhalando agudos clamores. Los médicos no podian contener el mal á pesar de todos sus esfuerzos.



— En tal extremo presentóse un doctor romano que conferenció con don Martin, y respondió de la salud del rey si querian confiarle su delicada curacion. Nuestro jóven reconoció al momento á Maese-Paolo, aquel médico á cuya casa fue con don Pedro en Sevilla la noche de Pascua á consultar al sabio moro Fez-Alhamar. Admitió don Martin la propuesta del romano, é introdujole secretamente en la cámara del enfermo. Maese-Paolo le hizo tragar un brevage, cuyo efecto pareció milagroso. Despues de un largo y apacible sueño, despertó el rey sin otro mal que una estremada debilidad; unióse á ella una tristeza mortal, pues el recobro de su razon solo sirvió para que mas dolorosamente sintiese el abandono en que María le habia dejado durante el curso de su terrible enfermedad.

Fue tan amargo su despecho que prohibió que le hablasen de ella, y no quiso volver á pronunciar su nombre, ignorando que la pobre María luchaba con la muerte al mismo tiempo que él. Por



ocho dias continuos creyeron que á cada instante espiraba en medio de los mas crueles dolores. Su mal era contagioso, y aunque muy violento, le dejaba espedita la imaginacion para conocer su inminente peligro. El abad de Santander, que, á su ruego, nunca la dejaba sola, habia mandado apartar de su lado á la niña Beatriz temiendo que la acometiese la epidemia, y la llevase al rey su padre, que tenia costumbre de acariciarla muchas veces al dia. Supérflua era esta precaucion, pues don Pedro no preguntaba por la hija ni tampoco por la madre.

Hallándose al dia siguiente con bastante fuerza para montar á caballo, mandó disponer su cacería conalcon, y salió de Toledo seguido de todos los hombres de armas que habian quedado para su guarda, y acompañado de don Martin. Bajaron por la ribera derecha del Tajo, volviendo á subir despues por la del Guadarrama sin dejar la caza, en la cual casi no tomaba parte el rey, guardando sombrío silencio, que don Martin no in-

;



tentaba perturbar, pues su corazón no estaba menos triste que el de don Pedro.

Llegaron al puente del camino de Avila, y lo pasaron: el rey no cazaba ya, y parecía agitado por una idea importuna que en vano procuraba combatir. Encendíase su rostro, y volvía á quedar pálido de un momento á otro. Dejaba sueltas las riendas sobre el cuello de su corcel, que se dirigía á una colina, desde donde el rey se había complacido muchas veces en contemplar la perspectiva de un horizonte estenso y variado. Antes de llegar á la cima estremeciése don Pedro repentinamente al aspecto de las almenas del castillo de Torrijos, que descubrió hácia el oeste: detuvo su caballo, é inflamáronse sus ojos. Viéronle titubear un momento, y luego exclamó: — Ya que lo quiere, ¡recaiga mi falta sobre su cabeza!

Mandó en seguida á don Martín que volviese á la ciudad con toda la montería, y llamando á los ginetes de su guardia, partió con ellos al galope, después de haber prevenido á las lanzas de Cas-



tilla, caballería mas pesada, que fuese á encontrarle en el castillo de Torrijos.

Toledo estaba entonces enteramente desprovista de tropas, pues la mayor parte de la guardia habia seguido á Trastámara, Samuel llevaba consigo una compañía, de ciudad en ciudad, para cumplir la comision fiscal, cuyos resultados continuaban aumentando el tesoro del rey, ya muy considerable. Mandaba otra Benavides, empleándola en la ejecucion de diversas órdenes relativas á su ministerio, por la parte de Talavera. En fin, una porcion de la que restaba constituía, bajo el mando del comendador Hinestrosa, la guarnicion del castillo de Montalvan, ordinaria residencia de María de Padilla.

De tal estado de cosas procedia que no habia temor que contuviese ya las sediciosas disposiciones de los habitantes de la capital. Advertido don Martin de que se hallaban reunidos en gran número en el Zocodover, echó pie á tierra delante la cárcel de Santa Leocadia, á corta distancia de la entrada de la plaza; y dejan-



do su comitiva de cazadores, cuyo paso estorbaba el gentío, confundióse entre la multitud, que no solo se componia de populacho, sino que habia hidalgos, caballeros, escuderos y gentes de otras clases. Por la agitacion general, por los confusos clamores de aquellos personajes tan distintos, cuya buena inteligencia se descubria fácilmente, no costaba trabajo discurrir que acababa de llegar la nueva de algun acontecimiento extraordinario que á todos igualmente interesaba. Algunos curiosos que aparecieron al mismo tiempo que don Martin preguntáronle con mucho afan; pero como no podia satisfacerles, tomó el partido de aprovecharse de las respuestas que fueron á solicitar mas lejos. A veinte pasos arengaba con calor el barbero Sanchez á una turba de artesanos; acercóse don Martin. — ¿Os acordais de lo que vaticiné cuando ví que el conde de Trastamara salia á la cabeza de las compañías? gritaba casi ahullando: entonces dije: el bastardo ha logrado el mando, traicion tenemos.



— ¿Cómo así, Sanchez, preguntaron los reciénvenidos, el conde ha hecho traición al rey?...

— ¿No lo sabeis todavía? repuso el barbero. Pues sí señor, apenas llegó á Badajoz, cuando entró en comunicaciones secretas con el señor de Alburquerque, y ocho dias hace firmaron un tratado...

— ¿De paz?

— No señor, respondió Sanchez muy ufano; un buen tratado de guerra contra los Padillas y los judíos, en favor de la reina Blanca, siendo la primera condicion el arresto de don Diego García, á quien han sepultado en un calabozo.

— Bien hecho, ¡vive Dios! dijo un artesano; libertar al rey de la canalla de los Padillas es servirle honradamente. ¿Pero dónde está la traición?

— Pregúntaselo á Domingo, que ahí está, replicó Sanchez; ese es quien sostiene que el conde es un traidor porque ha tomado el partido de la santa reina doña Blanca de Borbon.

— Sí, dijo Domingo, sostengo que



ha habido traicion la mas indigna , pues todo se ha hecho de concierto con los portugueses , á quienes el conde y Alburquerque han vendido la ciudad de Badajoz.

El odio de los castellanos á este pueblo cercano era vivo y rencoroso : el argumento de Domingo puso de su parte á un gran número de oyentes , que declararon su adhesion con repetidos clamores ; pero Sanchez , como hábil tribuno , distrajo al momento su atencion con otra idea aun mas inveterada y popular. — Y aun cuando los portugueses vengan á Toledo , exclamó con vehemencia , si es su ánimo libertarnos de los judíos , bien venidos sean. Tiempo es ya de que un pais cristiano como el nuestro se purgue de la abominable raza de Judas , que atrae sobre nosotros la maldicion del cielo. ¿ De dónde vino la peste hace dos años , y luego el hambre , las inundaciones , la mortandad ? De los judíos malditos. ¿ Y la alcabala ? ¿ quién la percibe ? Los malditos judíos. ¿ Quién nos ha traído la Padilla ? Los judíos malditos. ¿ Quién hizo que el



rey abandonase á su muger legítima , la santa reina Blanca de Borbon , para que no tuviese herederos y todo fuese en Castilla turbulencia , confusion y guerra? Los malditos judíos, que se aprovechan de estos males. ¡ Mueran los Padillas , mueran los judíos !

Y mil voces repitieron al momento los tumultuarios gritos del barbero.

— Todo buen cristiano , continuó éste , todo castellano honrado debe abrazar la causa de la reina contra la abominable María , que tiene pacto con el diablo para hechizar al rey. Ya se ha descubier- to que su enfermedad fue una verdadera posesion del demonio , y que el peniten- ciario mayor le exorcizó el domingo por la noche. El que os está hablando oyó desde la plaza de la Gallinería los ahullidos que daba Satanás cuando se vió precisa- do á abandonar el cuerpo , y que hacian retemblar hasta sus cimientos las mura- llas del alcázar.

El discurso del barbero tomó enton- ces tal grado de interés para el popula-



cho del Zocodover, que todos se esforzaban en acercarse mas; pero don Martin, obrando en sentido contrario, llegó al fin á desprenderse de aquella barahunda. No era menos viva la fermentacion entre los hidalgos, á quienes oyó tambien hablar de las ocurrencias del dia en otro punto de la plaza. Los nuevos favoritos se habian hecho odiosos á la nobleza por la poca deferencia que la manifestaban en la corte, cuyos usos ignoraban afectando despreciarlos; y por esto los caballeros de la ciudad se abstenian de parecer en el alcázar. Pocos habia que no tuviesen quejas ó de un grosero atentado de don Diego contra el honor de las damas de sus familias, ó de una irregular postergacion en las clases y lugar en las ceremonias y galas: ninguno habia querido seguir al conde de Trastamara ni tomar parte en su expedicion de Badajoz, porque acababa de dar el mando de una parte de sus tropas al mismo Diego, objeto del horror general desde el cobarde asesinato del gran maestro de Calatrava.



El venenoso rencor de los nobles toledanos contra los favoritos iba todavía mas lejos que el del pueblo, y alcanzaba al mismo rey; porque mejor informados, por sus conexiones con los oficiales de la real casa, de cuanto pasaba en el alcázar, conocían los pormenores de la postrera enfermedad del monarca, y hablaban abiertamente de su pasajero delirio como de una demencia incurable. Escuchábalos don Martín mientras declaraban que, incapaz en adelante de dirigir los negocios de tan vasta monarquía, debía ponerse bajo tutela y obligarle á que viviese conyugalmente con la reina doña Blanca en privado arresto. Calificaban además de honrada y equitativa la empresa de Alburquerque, que no tenía otro objeto, y mostraban su inclinación á favorecer el éxito de sus armas por cuantos medios estuviesen á sus alcances.

Asombrado don Martín de la osadía de semejante discurso, volvíase al alcázar, sin poder atinar cuál sería, de todas las sensaciones que le agitaban, la que



mas vivamente le heria. La insigne traición de Trastámara abrasaba de despecho su caballeroso corazón, por mas que prometia la libertad ó salvaba acaso la vida de Blanca de Borbon, restituyendo su felicidad á Margarita y allanando cuantos obstáculos se oponian á su ansiado enlace. Mas por otro lado, ¿cuál seria la suerte de María? La muerte... un suplicio espantoso... pues todo conspiraba contra ella. Aborrecíala el clero como aliada de los judíos; la nobleza, la plebe le echaban en cara el abandono de la reina Blanca y los demas desórdenes del rey; acusábanla las potencias extranjeras como motor de la guerra que amenazaba destruir la península, y si la desdeñaba don Pedro, no podia hallar asilo en pais extraño. — Y con todo, preguntábase á sí mismo don Martin, ¿cuál es el crimen de María? ¿No es esposa del rey, madre de la heredera legítima del trono, y verdadera reina de Castilla?... ¿Qué delito pueden imputarla?... Solo yo tengo derecho á quejarme de ella... ¡Ah! todo se lo per-



dono... bastante infeliz es ya... ¡pobre María!

Estos sentimientos de amor y compasión descollaban sobre los otros en el alma de don Martín. Llegado al alcázar, encontró reunidos en consejo los grandes dignatarios del estado y de la real casa, aguardando la vuelta de don Pedro, cuyo paradero ignoraban, pues el tumulto del Zocodover tenía aun detenido el tren de montería al otro lado de la plaza, delante de la cárcel de Santa Leocadia. Sabiendo por don Martín que el rey había ido al castillo de Torrijos, no tardó el canciller en escribirle el acontecimiento de Badajoz, instruyéndole de la conmoción que produjo en Toledo aquella nueva. Cierta caballero, testigo de cuanto acababa de pasar, se encargó de ir á Torrijos á entregar la carta al rey y rogarle, en nombre del consejo, que regresase sin la menor dilación para deliberar acerca de las medidas que en tan extraordinaria crisis se juzgasen convenientes.

Algunas horas despues de la espedi-



cion del mensaje entró Benavides en la ciudad con una compañía de la guardia de vuelta de Talavera. Su inesperada aparición impuso algun tanto á los tumultuarios, que se dispersaron á vista de las lanzas castellanas. Pero esta fuerza era poco considerable, y por esto la condujo el justicia mayor al alcázar, cuyas puertas se cerraron, y la plaza de Zocodover volvió á llenarse muy en breve por la propia multitud.

Luego que Benavides hubo participado al consejo noticias de sumo interés que recibió en Talavera, fue á conversar por algun tiempo con María, cuya salud iba mejorando visiblemente. Cumplidos estos deberes, fue á encerrarse en su cámara con don Martin, y le dijo con sombrío acento: -- Amigo mio, todo presagia una grande y terrible catástrofe. Muchas veces se ha visto que algunos ricos-hombres, hidalgos y señores castellanos se han desnaturalizado por causas legítimas y por las vias legales, y absueltos despues de sus juramentos, segun los usos y leyes de la



caballería, se han armado contra sus señores naturales: todo esto es regular. Se ha visto tambien algunos barones mas atrevidos, arrostrando, como vuestro padre, la desgracia que va unida á la deslealtad, levantar el estandarte de la rebelion contra su rey sin aquella formalidad, á riesgo de la cabeza y de la confiscacion de sus bienes. Pero inaudita monstruosidad en los anales de Castilla, y aun en las tradiciones de todo pais cristiano, es que un caballero, un príncipe, acepte para defensa de su rey el mando de un ejército, y que despues lo subleve contra él. Era de esperar que semejante felonía despertase la indignacion de todos los corazones y los restituyese al monarca, víctima de la traicion mas cobarde, pues sucede todo lo contrario. Este ejército, compuesto casi todo de sus vasallos y de su guardia, se ha sometido á las órdenes del conde, no solo sin vacilar, sino, lo que es mas, con entusiasmo. Cesará vuestra admiracion, amigo mio, cuando sepais que, ocultándose esta vez con infernal artificio bajo



engañadora máscara, la rebelion mas audaz toma el colorido del afecto y de la sumision. El señor de Alburquerque supone haber tomado las armas instigado de su celo y amor á la persona y autoridad del rey; y si el conde ha unido sus fuerzas con las de aquel, fue solo porque únicamente se trata de libertar al soberano de los indignos opresores que bajo el nombre de favoritos le tiranizan y perverten, y de lanzar de su palacio una dama envilecida que le deshonra. Los rebeldes han inscrito en su estandarte la divisa de la lealtad: *Castilla por el rey don Pedro*, y debajo estas palabras perfidamente irónicas: *Humilde demanda en favor de la reina Blanca de Borbon.*

-- ¡ Ah! dijo suspirando don Martin, esta astucia es un golpe de mano en el que no puedo menos de reconocer á mi padre, y que no dudo asegurará el éxito de su empresa.

-- El príncipe de la Cerda se ha reunido abiertamente á los rebeldes, continuó Benavides. Esta misma mañana he



sabido en Talavera que las tropas que trajo de Andalucía y todos sus caballeros han proclamado la *humilde demanda*. La magia de la espresion ha logrado propagar el contagioso ejemplo, y cuéntanse ya muchas ciudades declaradas en favor de vuestro padre...

-- Y no tardará Toledo en imitarlas, exclamó ansiosamente don Martin. Lo que en la plaza de Zocodover he presenciado anuncia la próxima explosion de sangui-naria revuelta. Solo aguardan la señal el pueblo y los caballeros; el alcázar está indefenso, y María... la pobre María...

-- ¿Y qué interés sentís ahora por doña María? preguntó Benavides clavando penetrante mirada en el otro interlocutor.

Bajó los ojos don Martin para ocultar la turbacion de su rostro. -- Amigo, prosiguió el justicia mayor, ya os he dicho que el rey me honra con ilimitada confianza, y que se ha dignado depositar en mi pecho un secreto, cuya revelacion ha variado tambien, como por milagro, mis



ideas en punto á doña María. Por la intimidad que os une al rey y la palabra que acaba de huir de vuestros labios...

-- Nada puedo decir con respecto á esto, interrumpió don Martin en friísimo tono.

-- Está bien, repuso Benavides, guardad vuestro secreto, don Martin. Basta que en adelante nos entendamos. Sabeis, como yo, que el rey puede pronunciar una sola palabra que disiparía como humo todos los proyectos de la *humilde demanda*. Por otro lado, si no he podido daros noticia de la acusacion que pesa sobre la cabeza de la reina Blanca, al menos me queda el recurso de decirlos que su mucha gravedad logrará desconcertar los culpables proyectos que los rebeldes fundan en su pretendida inocencia...

-- La inocencia de Blanca es positiva, dijo don Martin con mucho calor. Yo la sostendré con toda mi sangre, y sus acusadores quedarán confundidos...

-- Y aunque así suceda, replicó friamente Benavides, ¿estará mejor fundado



su derecho á la corona de Castilla?

Don Martin quedó mudo. -- No, prosiguió el justicia mayor bajando la voz, el sacrilegio no constituye derecho. Lo que los verdaderos amigos de Blanca de Borbon deben aconsejarla es que no desprecie la primera ocasion favorable para volverse á Francia.

-- ¡Buen consejo para una prisionera, señor Benavides!

-- Esta favorable ocasion puede fácilmente presentarse. ¿No podríamos proporcionarla nosotros mismos de concierto con María? Comprended ahora mis ardientes deseos de veros en Toledo.

-- ¡Benavides! exclamó el caballero estrechándole contra su pecho. Sí, ahora es cuando leo en vuestro corazon los generosos sentimientos que le animan. Sí, el mio corresponde á ellos, y desde este instante me abandono ciegamente á vuestros sabios consejos.

-- Pues bien, don Martin, no todo se ha perdido. Considerables son las fuerzas de los rebeldes; pero el rey cuenta to-

;



avía con numerosos recursos. Las compañías que los infantes aragoneses mandan en el reino de Leon, que son muchas y aguerridas, se conservarán fieles. Sin embargo, nuestra mayor esperanza estriba en el concurso de los dos hermanos Castro, que poseen gran parte de Galicia: vos sois íntimo amigo de don Fernando, vedle, decididle á que se reconcilie con el rey, mientras María y yo persuadimos á éste la necesidad de que haga las primeras proposiciones, en lo cual he trabajado ya con algun fruto. Encargaos tambien de resolver al gran maestre de Santiago, no menos poderoso que los Castros en Galicia, á que se reuna con ellos. Ya sabeis lo que es fuerza decir para convencerle, porque la vida de Blanca dependerá de él solo en adelante, y si se une con los rebeldes en favor de ella, viendo mayor peligro, podria el rey disponer que la condujesen á alguna fortaleza más lejana y darle otros carceleros. Yo estoy seguro de que no me han de faltar medios de facilitar su evasion si



permanece en el castillo de Arévalo y bajo la guarda del obispo de Segovia, mi pariente, á quien propuse con esta mira...

Interrumpió Zafiro esta conversacion avisando á su amo y Benavides que los llamaban á consejo, por hallarse ya de vuelta el caballero enviado á Torrijos. Contestaba el rey á la carta del canciller, previniéndole únicamente que fuese sin pérdida de momento á encontrarle allí, llevando consigo el real sello, y escoltando á los obispos de Salamanca y Avila, confesor el uno y gran penitenciario del reino el otro, delegado por el pontífice para la absolucion de casos reservados. Hallábanse entrambos presentes á la asamblea del alcázar, que se admiró sobremanera de aquel extraño é inesplicable mandáto, aunque no dejó de obedecerle.

Cada cual se perdía en conjeturas acerca de las causas que podían retener al rey en Torrijos en tan espinosa circunstancia, especialmente cuando las compañías que había llevado para escoltar su persona hubieran bastado, unidas á la de



Benavides, para apagar la efervescencia de los vecinos de Toledo. No tardó la noche, y cerráronse y custodiáronse con esmero las puertas del alcázar. El anciano Benavides se retiró para entregarse al descanso que reclamaba su edad despues de tan penosa jornada. Solo don Martin en uno de los balcones de aquella fortaleza escuchaba inquieto los rumores que se percibian en la ciudad, principalmente hácia el lado de las plazas de Zocodover y de la Gallinería. Entre los gritos de muerte contra los judíos y los Padillas, distinguió mas de una vez, no sin estremecerse, el nombre de María, pronunciado á una con las imprecaciones mas horribles.

Hácia el amanecer quedó disipado el tumulto, tranquila la ciudad, y no tardó en reinar en el ancho alcázar el sueño, compañero del silencio.





---

**CAPITULO VIII.**

---

**D**os horas despues de la salida del sol llegó de Torrijos un mensagero trayendo dos cartas, una para Benavides, á quien el rey prevenia que condujese inmediatamente á María y á su hija al castillo de Montalvan ; la otra contenia una orden dirigida á don Martín para que fuese sin tardanza á Torrijos, llevando consigo la real comitiva. Pero en ninguna de las dos misivas se leía espresion que hiciese referencia á los negocios públicos, ni se recibió comunicacion alguna del canciller al consejo reunido desde la aurora en el alcázar.

Disponíanse á obedecer los dos amigos, cada vez mas asombrados de tantas singularidades, pero simultáneamente heridos de un triste presentimiento separáronse silenciosos. Don Martín llegó temprano á Torrijos, y obtuvo permiso para entrar sin demora en la cámara del rey.



Hallóle con el rostro pálido y desencajado escuchando, flojamente sentado, una lectura que en voz alta le dirigia el canciller, que se hallaba en pie; al lado de éste se veía un anciano venerable condecorado con las insignias de la orden de la Banda, y más allá un caballero jóven. Sin mudar de postura hizo señas el rey á don Martin para que no interrumpiese, y el canciller continuó leyendo en estos términos: “Y siendo por esta decision nullo y de ningun valor el matrimonio de su alteza con Blanca de Borbon, y quedando sin efecto la ceremonia de Valladolid, nos don Enrique Enriquez, tio de la citada señora doña Juana de Castro, y Mendo Rodriguez de Senabria, su primo, prestamos nuestro consentimiento para su matrimonio con el dicho señor rey don Pedro. Las condiciones convenidas por gage y seguridad de esta alianza, que consisten en la donacion de las ciudades y castillos de Dueñas y Castrojeriz, asi como del alcázar de Jaen...”

— Basta, dijo el rey levantándose;



mandad estender la orden conveniente para la entrega de las fortalezas á don Enrique Enriquez, y la firmaré al momento; sígueme, Martin.

Salió don Pedro y le guió á un aposento lejano. Temblaba convulsivamente; estaban alteradas sus facciones, y corria por su descolorida frente abundoso sudor; sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, lanzaban las vagas miradas del demente; y presentaba la imágen de la desesperacion. A pesar de todo se sonreía. — Soy feliz, estoy contento, dijo; hé aqui rotos todos mis vínculos...

— ¿Todos? preguntó don Martin con severidad.

— ¿Qué pretendes decir? replicó vivamente el rey. Sí, todos. ¿Tengo otros por ventura que los que tu padre me impuso en Valladolid?... Pero al pisar el altar, yo protesté contra la fuerza y violencia de aquel acto; ni un solo instante he habitado bajo un mismo techo con Blanca, que los rebeldes quieren obligarme á colocar en mi trono... ¡Ah! conti-



nuó reanimándose, á un cadalso es adonde habrán logrado conducirla. Ya lo has oído, el matrimonio es nulo, y queda para siempre roto tan abominable lazo... El verdugo acabará de cortarlo...

-- No señor, exclamó don Martin horrorizado. ¡Líbreos el cielo de derramar sangre inocente! Blanca de Borbon es una paloma sin mancha...

-- Blanca es una infame adúltera, interrumpió el rey con violencia; algún día, Martin, verás la abrumadora é irrecusable prueba de esto. Su muerte me pagará la afrenta que solo puede lavarse con sangre, y arrojando á los rebeldes su cabeza, quedará decretada su insolente *demandá*. ¿No quieren que tenga muger y legítimos herederos? ¿No dicen que solo entonces veré tranquilos y sumisos á mis vasallos? ; Pues bien! alégrense, dentro de una hora estaré casado. Hermosa es doña Juana y de sangre real; su hermana Inés ha dado secretamente la mano al infante de Portugal, mi primo, y no tardará en ser reina. Yo lo sé, Mar-



tin; y confio á tu amistad este secreto. No pude hacer mejor eleccion ni mas digna de mí entre todas las princesas de la cristiandad. ¡ Ah! ¡ Cuán feliz soy! ¡ cuán contento se halla mi corazon!...

A estas palabras lanzó don Pedro gritos de rabia y se deshizo en lágrimas. — Ella quiere, dijo rechinando los dientes. Todo se concluyó... Repudio á la madre y abandono la hija... Ya son estrañas para mí... Les quito todos mis dones... Vayan lejos á gemir abandonadas, miserables, objetos del desprecio, del odio público. ¡ Llore María con lágrimas de sangre una falta irreparable, y muera de pesadumbre!... Yo me reiré tambien de sus angustias... Ya me rio al pensarlas solamente... ¡ Lo ves, Martin?... El alma satisfecha, gozoso el corazon, todo entregado al amor de una muger jóven y bella, de la hechicera Juana, á quien adoro con idolatría... voy á buscarla, Martin... Tú marcharás sin demora á Galicia para llevar á sus hermanos tan agradable nueva... Aguarda aqui al canciller, que te explica-



rá mi voluntad, y te dará cartas para ellos. Anda, pues, diles los extremos de alegría en que me dejas... Pero Martin, continuó apretándole á su pecho y sollozando, volve pronto... Nunca, no, nunca tuve mayor necesidad de los consuelos de un amigo...

Y alejóse rápidamente, dejando á Don Martin confuso acerca de lo que acababa de ver y oír. Creíase engañado por las ilusiones de un sueño doloroso, pero no tardó en presentarse el canciller á confirmar la triste verdad, que se esforzaba en apartar del pensamiento. -- Señor don Martin, díjole, está el rey tan decidido á terminar cuanto antes la ceremonia de su enlace, que no podemos ocuparnos ahora de otro objeto. Sin embargo, importa al bien del estado preceder á los enemigos que se esfuerzan en atraer á su partido á los dos hermanos de doña Juana de Castro. Todo el día perderiais aguardando las cartas que su alteza me encarga poner en vuestras manos, y un día es demasiado cuando son las horas tan preciosas. El rey



os concede el mando de todas las tropas que habia traído aqui, pero son pesadas y retardarian mucho vuestra marcha. Partid, pues, al momento, que recibida la bendicion nupcial redactaré el tratado que el rey ofrece á los dos Castros y os lo remitiré con dos cartas de él y de doña Juana para sus hermanos, que estan en Monforte de Lemos, y las cuales recibireis esta noche en el camino de Avila, que es el que debeis tomar. La tropa os aguarda á la puerta del castillo. Guárdeos Dios.





---

**CAPITULO IX.**

---

**C**RUZANDO todo el reino de Leon, llegó don Martin al término de su viaje, y supo con disgusto que don Fernando y don Alvaro de Castro habian salido de Monforte de Lemos mas hacía de una semana. Dijéronle que tomaron el camino de Portugal por Orense y Tuy para abocarse en Braga con el infante don Pedro, que con Inés de Castro acababa de llegar á aquella ciudad inmediata á la frontera de ambos reinos. Prosiguió don Martin su viaje por el camino de Tuy.

Una mañana, al salir el sol, llegó á la ribera del Miño, junto á una aldea de risueño aspecto llamada Salvatierra. Era su intencion no detenerse en ella para entrar antes de que el calor fuese muy fuerte en la ciudad de Tuy, donde se proponia pasar el rio que en aquel punto servia de límite á Castilla y Portugal. Pero á vista de un gran número de hombres



de armas que descubrió á alguna distancia en la opuesta orilla suspendió la marcha de su tropa. Esta hostil demostracion llenó de espanto á los vecinos de la aldea, pues el Miño, vadeable en aquel punto, no podia oponer el menor obstáculo á los portugueses. Comenzaban ya á huir los tímidos aldeanos, llevando por delante sus ganados y acarreando sus mas preciosos haberes. Las madres corrian llorosas llevando á sus hijos en los brazos. -- Deteneos, gritóles don Martin, y no temais las asechanzas de estos enemigos, que creyeron hallaros indefensos. Volved á vuestras casas, nadie se atreverá á perturbaros en ellas, y lo juro por Santiago, pues voy á ocupar el paso del vado. -- Adelante, amigos míos, dijo á sus soldados. ¡Castilla por el rey don Pedro!

Lanzáronse entonces á galope los hombres de armas, y en el desorden del rápido movimiento derribaron con violencia á uno de los aldeanos, que en la confusion se habia puesto delante de los caballos. En el momento, abandonando una



muger á su niño al cuidado de los demás, se precipitó hácia el hombre caído, gritando desafortadamente: — ¡Mi marido! ¡mi marido! es un pobre ciego... compadeceos de él.

Detuviéronse los caballeros. — No te asustes, muchacha, exclamó el infeliz, no estoy herido. No hay que temer, pues el comandante de la tropa es el señor don Martin, cuya voz reconocí al instante.

— ¿Quién me nombra? preguntó sorprendido el caballero.

— ¿No oyes, muger? replicó el aldeano. Señor, yo soy el ciego Matías.

— ¡Matías! ¿eres tú?

— Sí, señor don Martin; y esa es Paloma. Haced que se aparten los caballos, y cuida tú de ese niño.

Al ver á Matías completamente seguro, corrió Paloma hácia sus amigas y volvió con un niño de dos años en los brazos.

— ¿Qué niño es ese? preguntó vivamente don Martin.

— Es mi hijo, respondió el ciego en tono resuelto.



-- ¿Su nombre? replicó don Martín.

-- Enrique, para serviros, acudió Paloma algo cortada.

-- ¿Eres tú su madre, Paloma? dijo don Martín en extremo conmovido.

La nodriza, no menos turbada que el caballero, hizole con la mano señas de que guardase silencio, indicando á Matías, á quien sus amigos acababan de levantar del suelo; pero hablaban estos tan recio, que no pudo el ciego oír la pregunta de don Martín. El alcalde comparció al mismo instante, y dió gracias al caballero por la proteccion que habia dispensado á la aldea. -- Felizmente, añadió, ningun peligro debemos temer, pues acabo de recibir pacífico mensage del jefe de la tropa.

-- ¿Y cuánto tiempo hace que se halla en esta aldea? preguntó don Martín siguiendo con los ojos á Paloma, que se iba alejando con el niño en los brazos.

-- No ha entrado todavia, respondió el alcalde señalando la compañía de hombres de armas que estaba en la orilla



opuesta del Miño. El capitán que la manda vió la vuestra desde lejos, y me envia un ginete para manifestarme que es caballero castellano y rico-hombre de Leon...

— ¡Un rico-hombre! interrumpió don Martín: á todos los conozco; ¿cuál es ese?

— Lo ignoro; pero el ginete, que aun está ahí, me ruega que pregunte á vuesañoría si viene con intenciones hostiles contra la tropa que lleva.

— Segun sea el motivo de su venida, señor alcalde; llamad al ginete: sea quien fuere su dueño, yo respondo de la vida y libertad del mensajero. Preséntese sin temor, y sepa que yo soy don Martín Gil de Alburquerque y Cea.

Mientras se alejaba el alcalde para dar cumplimiento á esta orden, llamó el caballero á su page Zafiro, mandándole que siguiese las huellas de Paloma y la rogase que volviera á hablarle concluido el negocio que le ocupaba en aquel momento. No tardó el ginete en presentarse corriendo á galope: echó pie á tierra á



algunos pasos del caballero, acercóse con el mayor respeto y besóle la mano.

— ¡Qué es esto, preguntó don Martin con altivez, un caballero castellano, un rico-hombre de Leon armado en el territorio portugues cuando los dos reinos se hallan en paz!

— Señor don Martin, respondió el ginete, yo ignoro las intenciones de mi dueño y señor don Fernando de Castro...

— ¡Qué! ¿don Fernando es quien capitanea esos soldados?

— El mismo: de Braga venimos, donde han llegado en estos dias últimos muchos mensajeros de doña Juana de Castro, de vuestro señor padre y de los infantes de Aragon. Hánse celebrado muchos consejos con el infante de Portugal, y á consecuencia de estas reuniones salimos anoche de Braga... Pero tantas cosas dicen...

— ¿Qué cosas? habla con libertad, ginete amigo.

Mas echando éste los ojos al alcalde y hombres de armas, guardó silencio.

;



Apeóse al momento don Martín, y apartándose un trecho con él le dijo: -- Ahora bien puedes explicarte sin empacho. ¿Qué dicen?

-- Cosas que atañen al honor de mi amo, ¡y por otro lado tan extrañas!... Sin embargo, no pasan de vagos rumores, de chismes que andan corriendo por el campo...

-- ¡Acaba!

-- Señor, si ha de creerse lo que cuentan, parece que el rey celebró hará cosa de doce días su matrimonio con la hermana segunda de don Fernando, llamada doña Juana, coronándola reina con las mas solemnes ceremonias; y añaden que al día siguiente la abandonó para volver á los brazos de María de Padilla, yendo al castillo de Montalvan...

-- ¡Es imposible! interrumpió don Martín palideciendo repentinamente.

-- Es la pura verdad, replicó el ginetete.

-- Vuelve á tu dueño, añadió don Martín; particípale que yo me dirigia á Braga para encontrarle de parte del



rey, que me encargó un mensaje para él. Iré á buscarle á Monzon cuando allí llegue.

— Mejor será que le aguardeis aqui, repuso el ginete, pues no tardará en venir á Salvatierra despues de oir misa, porque su señoría me ha mandado decir al alcalde que tenga pronto al notario del lugar para que escriba una acta que mi señor quiere dictarle.

Saludando entonces el ginete á don Martin, montó de un salto á caballo, salió al galope, pasó el rio por el vado inmediato, y volvió á tomar carrera por la llanura. La tropa, que continuaba avanzando, no tardó en llegar á sentar sus reales entre la villa de Monzon y la orilla del rio, en una pradera sombreada por álamos y sauces. Mientras que señalaban los sargentos el lugar de las tiendas, y trazaba con su lanza un caballero la línea del recinto en que debia elevarse la barrera del campamento, descargaban los criados una porcion de los enseres que venian en mulos. Sacaron en primer lu-



gar lo que era necesario para levantar en el punto mas visible un pabellon abierto por todos lados, bajo el cual construyeron un altar, que un clérigo cubrió de cirios y ornamentos. Sacó despues unas vestiduras sacerdotales, y habiéndoselas puesto el capellan, cesaron todos los trabajos; á ejemplo de su gefe fueron arrodillándose los soldados al son de una campanilla, y comenzó el santo sacrificio.

Don Martin y sus hombres de armas, que desde la otra márgen del Miño contemplaban esta escena, doblaron tambien las rodillas, y oraron devotamente, no poco sorprendidos de la celebracion de aquella misa en medio del campo y tan cerca de una iglesia, donde hubiera sido mas regular el decirla. Observaron tambien que don Fernando de Castro se acercó al altar despues de la comunión del sacerdote, y recibió el sacramento de la Eucaristía. Acabada la misa, y recibida la bendición, montó en su caballo, que un escudero tenia prevenido. Seguido despues de un solo page que llevaba su lan-



za y escudo, pasó el vado y detúvose al llegar á la orilla derecha.

Adelantóse hácia él don Martin; pero habiéndole precedido el alcalde, rogaba ya al caballero que entrase en la poblacion y dispusiese de su casa. — Señor don Martin Gil de Alburquerque y Cea, dijo en tono solemne don Fernando, y vos, señor alcalde de Salvatierra, y tambien cuantos me ois, sabed que he jurado abstenerme de descansar mi cabeza bajo techado, de comer pan á manteles y de tratar negocio alguno temporal hasta haber cumplido un voto que tengo hecho al apostol Santiago, patron de las Españas. En consecuencia, señor alcalde de Salvatierra, requiéroos que mandeis comparecer aqui al notario de este pueblo del rey de Castilla, trayendo su registro y lo que sea necesario para escribir una declaracion que quiero dictarle. He menester dos testigos que con él y yo firmen este documento y la copia que quiero llevar conmigo.

— Señor caballero, respondió el al-



calde, ya está aquí el notario pronto á ejecutar vuestras órdenes. Yo me obligo á ser uno de los testigos.

— Y yo el otro, dijo don Martín.

— Gracias os doy á entrambos por esta cortesía, repuso don Fernando.

Trageron una mesa y un escabel. Dispuesto el notario para escribir lo que le dictase desde su caballo el caballero, hizo éste la señal de la cruz, y el notario trazó otra en cabeza del pergamino; luego don Fernando dijo lentamente y con voz elevada:

“A loor de Dios, Padre todopoderoso, y de la gloriosa Virgen su madre. Aquí comienza la declaracion de don Fernando de Castro, hijo de don Pedro de Castro de la Guerra, y señor de los castillos, ciudades y tierras de Castro, Monforte de Lemos, Sotomayor, Quiroga, Monterey, Allariz, Paradela, Viana y Rios, ricohombre de Leon, caballero de la orden real de la Banda.

» Digo yo don Fernando, que afirmo que el rey don Pedro de Castilla y Leon



ha querido sin causa, y sin que yo haya cometido la menor falta ni desviádome de mis deberes de buen vasallo y leal caballero, hacerme matar cobarde y traidoramente en un torneo que hubo en Valladolid.

» Afirmo además, que ha deshonorado á mi hermana doña Juana de Castro, con la cual matrimonió públicamente, coronándola por reina; que al día siguiente la abandonó, dejándola ultrajada y envilecida, negándole los títulos de esposa y reina. Por cuyas causas declaro que me aparto del rey don Pedro de Castilla y de Leon, que me desnaturalizo de Castilla, y anulo todos los juramentos de fidelidad y vasallaje que tengo prestados al mismo rey.»

— Ahora, notario de Salvatierra, continuó don Fernando, poned la nota del día y el lugar, con los nombres de los testigos que van á firmar, en vuestro registro; y sacad inmediatamente de esta declaración una copia que quiero llevar conmigo. Para la conveniente regularidad de este acto, he de repetirlo nueve días se-



guidos, en el mismo lugar con nuevos testigos, y cada mañana despues de oír misa y de recibir el santo sacramento. Tenedlo entendido, notario de Salvatierra, y hallaos mañana en este mismo lugar. Tomad ese oro por premio de vuestro trabajo, añadió don Fernando cogiendo de las manos de su page una bolsa que arrojó sobre la mesa: cada vez recibireis igual suma.

Durante el discurso del último reinado y despues del advenimiento de don Pedro se habian visto tantos ejemplares de semejantes desnaturalizaciones en las fronteras de Aragon, Navarra y Portugal, que el acto que acababa de solemnizar don Fernando, y las formalidades que le acompañaban, no causaron sensacion alguna en Salvatierra. Respetando el alcalde el juramento del caballero, no quiso repetirle el convite de entrar en su casa; pero mandó traer viandas, pan y un odre de vino, que se colocó limpiamente en la yerba, á la sombra de una haya, junto al rio. Apeóse don Fernando, dió gracias al alcalde por su fina atencion, y



aceptó aquel frugal refrigerio, que no se oponía á su voto, incitando á don Martín para que se sentase á la sombra de la haya.

Mientras que los caballeros almorzaban juntos, permanecían de pie el magistrado y los aldeanos en respetuosa actitud y á cierta distancia, sin cercenar la libertad de la conversacion de los dos amigos. Refirió primero don Fernando al hijo de Alburquerque los pormenores increíbles del ultraje que el rey hizo á doña Juana. Don Pedro dispuso que fuesen á Torrijos todos los oficiales de la real casa y los dignatarios del estado para que asistiesen á su matrimonio y á la coronacion de Juana, á quien la corte entera saludó con el título de reina. Pasó la noche con ella, y á la mañana siguiente, saliendo del lecho de su nueva esposa, recibió un billete de María de Padilla; salió de repente sin despedirse de Juana, y corrió á Montalvan. — Sí, añadió don Fernando exaltado de furor, no ha temido mofarse segunda vez de cuanto tienen



por mas sagrado la religion y el honor. Averiguada está la furiosa demencia de don Pedro: ya se ha hecho indigno del trono: nosotros le precipitaremos de él.

-- ¡Ah! dijo suspirando don Martin, un fatal destino arrastra al infeliz don Pedro.

-- No, amigo mio, repuso don Fernando. Dejad á los musulmanes esa idea del fanatismo tan falsa como su religion. Don Pedro es un pecador endurecido que se abandona sin freno á las inspiraciones del infierno, y mira como un juguete el sacrilegio y el perjurio. No puede haber excusa á tantos crímenes, á no suponerlos hijos de irremediable locura; pero un loco no debe llevar sino corona de ajos y un sonagero de cascabeles en la mano... ¡Ah! ¡harto leve sería este castigo para ofensa tan cruel!

-- Pronto quedareis vengado, y con mucha crueldad, respondió don Martin. En mi viaje por el reino de Leon he visto dispuestas las ciudades y resueltos los castillos á proclamar la *humilde demanda*.



— Yo no soy partidario ella, repuso don Fernando. Alburquerque quiere lanzar á los Padillas, esclavizar al rey, unirle con Blanca de Borbon, y reinar en su nombre. Trastamara pica mas alto; su mira es la corona. Él aconsejó al rey que abandonase á Blanca en Valladolid, y favoreció la fuga de este insensato. Repudiando de este modo la única muger que podia darle legítimos herederos, y rompiendo violentamente con la Francia, al mismo tiempo que derribaba á Alburquerque y ultrajaba á toda la nobleza de ambos reinos, perdía don Pedro de una vez todos los apoyos de su trono, desquiciado por la rebelion de los grandes y el descontento de los pueblos; esto queria Trastamara, esto ha logrado. Para vencer al rey en este dia y reducirle á la mas miserable esclavitud, emplea las fuerzas y los inmensos tesoros de vuestro padre, lisonjeando su orgullo y adoptando su divisa. Déjale pavonearse en el primer rango, y permanece confundido entre los gefes subalternos de la grande empresa



del señor de Alburquerque. Entre tanto se va madurando con lentitud el cumplimiento de los designios de Trastámara, y cuando llegue el caso arrojará la máscara que le encubre. Algun día le veremos caminando audaz hácia el trono por encima del cadáver de su hermano. Pero ¡vive Dios! que el bastardo nos encontrará cerrándole el camino...

-- ¡Cómo! exclamó don Martín: ¿vos también, don Fernando? ¿también vos aspirais á la corona de Castilla?

-- ¡Yo! de ningun modo. ¿Y con qué derecho? No, nunca he concebido tan necia ambicion. Pero al cabo, si falta don Pedro y muere sin hijos legítimos, ¿no será el trono de Castilla natural herencia del infante de Portugal?

-- Amigo mio, no nos detengamos ahora en discutir los contestados derechos de un príncipe extranjero.

-- ¿Qué hablais de extranjero? replicó don Fernando con sombrío acento. ¿Olividásteis ya cuanto acabais de ver? no soy castellano; y enteramente libre de mis ju-



ramentos para don Pedro, rendiré dentro de ocho dias al rey de Portugal el pleito homenaje de mis estados de Galicia. Fuertes son mis ciudades, leales mis vasallos; bajo la proteccion de tan poderoso soberano declararé guerra al rey de Castilla, que me ha ofendido mortalmente. Pero esta guerra será franca, y digna de un caballero; nadie me verá marchar contra el enemigo con una divisa de paz en mi bandera, ni con el lenguaje de la humildad en los labios, ni con una *demanda* en la mano para herir mas seguro su pecho. Lejos de mí tan cobarde máscara. Yo inscribiré en mi estandarte: *Castilla por el infante de Portugal.*

— ¡ Ah! don Fernando, dijo el heredero de Alburquerque penetrado de dolor, ¿ nada habrá que sea capaz de calmar tan implacable resentimiento?

— Sí, la muerte de don Pedro. Solo con sangre pueden lavarse los ultrajes que hizo á mi hermana y á mí. Antes de dos semanas estarán reunidos mis vasallos y los de mi hermano, que componen una



fuerza considerable. Alvaro y yo marcharemos á la cabeza de nuestros gallegos, que son robustos y belicosos, para ir á reunirnos junto á Salamanca con los dos infantes de Aragon.

— ¡Pues qué! ¿no mandan ya los infantes las compañías reales?

— Sí, las mandan; pero han logrado que se declaren por Alburquerque, proclamando ellos mismos la *humilde demanda*.

— ¡Es posible! dijo don Martin en el colmo de la sorpresa. ¡Acabó, pues el rey de Castilla!...

— Sí, don Martin, tambien ellos han encubierto su enemistad y ambiciosas miras con tan hipócrita disfraz. Pero yo no desconfío de despertar en sus pechos unos sentimientos mas hidalgos, determinándoles á declararse francamente enemigos del rey de Castilla y partidarios del infante portugués. Poco trabajo costó á vuestro padre el atraerlos á su partido, pues es rico, y ellos pobres y codiciosos. Si el honor no les habla al corazon, el interés



nos los ganará. Por lo demas, apenas obtuvo su alianza el señor de Alburquerque salió de Badajoz, dejando esta ciudad á la guarda de don Tello, y se avanza á la cabeza de sus compañías con el conde de Trastamara y el príncipe de la Cerda, que traen tambien las suyas. Todas estas compañías vienen á reunirse con las de los infantes de Aragon en su campo, que está junto á Salamanca. Su proyecto es caer de consuno sobre Arévalo para dar libertad á la reina Blanca de Borbon. Tambien iré yo, don Martin, pues quiero tener parte en esta obra de justicia, siendo deber de caballero el socorrer á los oprimidos.

Pero á esto se limitará mi concurso en semejante empresa; y si mis aliados se niegan entonces á declarar guerra abierta á don Pedro con el designio de destronarle, yo solo sabré hacerlo, y proteja Dios y bendiga mis armas.

A Dios, don Martin, continuó don Fernando levantándose: vais á volver al lado de vuestro rey, que ya no lo es mio.



En respuesta al mensaje que os encargó para mí, decidle lo que habeis visto. Si algún dia quiere la suerte que vos y yo combatamos bajo opuestos estandartes, elegid otro adversario, pues nunca podré resolverme á cruzar el acero con un amigo como vos.

Ambos se acercaron entonces á la mesa del notario, que ya habia concluido las copias. Firmáronlas con el alcalde, y luego don Fernando vadeó el rio y tomó el camino de su campo.





---

**CAPITULO X.**

---

**A** pesar del vivísimo interés que tomaba don Martin en el discurso de don Fernando de Castro, no siempre le escuchó sin distraccion, tanto era lo que le afectaba el inopinado encuentro que habia tenido al llegar á Salvatierra. Paloma, el niño Enrique, la memoria del platero Perez Cuellar, cuyo juicio se habia trastornado porque le acusaban de ser padre de aquel niño, y que habia alejado de Toledo á la nodriza y su marido, todo esto llenaba el pensamiento de don Martin aun mas que la historia de la *humilde demanda*. No dudaba ya que la declaracion hecha por Perez Cuellar en el tribunal de Samuel Leví con motivo de la muerte del niño del bosque de Saldaña habia sido efecto de la demencia del anciano; y palpitando de esperanza, anhelaba el momento de que don Fernando concluyese de hablar y le dejase en libertad

:



para comprobar si el niño era su propio hijo.

Zafiro aguardaba también la misma coyuntura para dar cuenta á su dueño de la comision que le habia encomendado, y apenas partió el caballero, acercóse seguido de Paloma. Ésta traía en sus brazos un párvulo, cuyas facciones, aun no bien formadas, presentaban ya tan notable semejanza con las de María de Padilla, que don Martin se estremeció involuntariamente á su vista. — Paloma, la dijo en extremo conmovido, tú no eres madre de ese niño.

— Asi es la verdad, contestó ella muy confusa, no lo he negado esta mañana cuando me lo habeis dicho, pero temí que mi marido os estuviese escuchando; Enrique pasa por nuestro en este lugar. Perez Cuellar, al enviarnos aqui con unos parientes suyos, nos ha recomendado mucho que no dijésemos que es hijo de padres desconocidos, pues pronto veriamos renovados en esta poblacion los cuentos que se forjaron en Toledo con respecto al an-



¿ciano y á mí, que mataban de pesadumbre al pobre Matías. No los ignorais, señor don Martin, y yo lo he conocido por lo que me habeis dicho del niño...

-- ¿Con que éste es el mismo que dieron á Perez Cuellar en un bosque inmediato á Saldaña?...

-- El mismo, señor...

-- ¿Y tiene el nombre de Alfonso grabado en el brazo derecho?...

-- Hélo aqui, dijo Paloma levantando la manga del vestido. ¿Cómo sabeis?...

No pudiendo don Martin contenerse por mas tiempo, tomó á Enrique de los brazos de Paloma, y cubrió de besos su cara fresca y encarnada. Esta rápida accion, estas apasionadas caricias, y aun mas el desacostumbrado aspecto de la armadura del caballero, espantaron al niño, que lanzó tremendos gritos. Volvió Paloma á cogerlo, y mientras que se esforzaba en calmar su agitacion, tuvo tiempo don Martin de reponerse de la suya. — No os admire cuanto veis, pues



yo conozco á los padres de este niño...  
 -- ¡Lorado sea Dios! exclamó trasportada de júbilo la nodriza. ¡Ah! señor, concluyeron todos nuestros males, pues el pobre Perez Cuellar no sabe de esto mas que nosotros, y en esto estaba nuestra mayor desgracia. Nadie queria creer en la historia del bosque de Saldaña, y mi pobre Matías tambien se hubiera vuelto loco; los muchachos le persiguen por las calles llamándole con mil nombres infames. ¡Y no sufrí yo misma una afrenta en medio de la iglesia! Al fin podremos imponer silencio á las malvadas dueñas de la Solana y confundir su malicia. ¿Son de Toledo los padres de este niño, señor don Martin? ¿cómo se llaman?

-- A su tiempo lo sabrás.

-- ¡Oh! señor, decídmelo al instante. Nosotros tenemos ya una sospecha, pero Perez Cuellar nos prohibió muchísimo hablar de ello...

-- ¿Qué sospecha? ¿sobre quién?

-- Sobre el padre, pues Matías está muy cierto de haber reconocido en el bos-



que la voz del gran maestro de Santiago.  
 ¿Es suyo el niño?

-- No hay una cosa mas falsa, Paloma, respondió don Martin, y Perez Cuellar tuvo muchísima razon en prohibiros hablar de semejante cosa.

-- En hora buena; solo quiero yo decir la verdad, pero es preciso que Matías y yo lo sepamos, sin cuyo requisito renunciariamos á presentarnos en Toledo, donde nos atormentarian mas que nunca, y perderiamos acaso todos los beneficios que Perez Cuellar nos hace, y que ha prometido asegurarnos en su testamento.

-- Pues bien, Paloma, replicó don Martin, yo mismo te llevaré á Toledo con Matías y el niño, prometiéndoo, por la fé de caballero, que alli diré cuanto sea necesario para restituiros vuestra buena fama, como tambien al pobre platero. El padre de Enrique se dará á conocer mostrando la mitad de un anillo que...

-- ¿Tambien sabeis eso?... interrumpió Paloma con nueva alegría. Vaya, bien



veo que podemos confiar en vuestras promesas.

-- ¿No lleva el niño consigo la otra mitad del anillo? preguntó don Martin.

-- No señor: Perez Cuellar vió escritas en él unas letras que indicaban no sé qué cosa que no convenia publicar, y al despedirnos de Toledo se quedó con la alhaja.

-- Nada importa, repuso el caballero; persuádete, Paloma, de que el padre de Enrique hará tu fortuna y la de Matías. Anda, pues, á decirle que voy á llevaros conmigo inmediatamente.

-- Es imposible, pues mi pobre Matías se halla tan molido de resultas de su caída, que no hay quien le mueva...

-- Pequeño obstáculo es ese: yo le enviaré una mula de mi bagage en que le pondrán con comodidad, y otra para tí y el niño.

Estas disposiciones quedaron muy en breve cumplidas; y don Martin, entusiasmado de alegría por haber hallado á su hijo, cuya muerte llorára poco antes, tomó con su comitiva el camino de Toledo.



---

---

**CAPITULO XI.**

---

**A**UNQUE eran entonces raras y difíciles las comunicaciones, penetró en menos de una semana hasta los confines del reino de Leon el rumor de los acontecimientos de Torrijos. Pocos habia que se atreviesen á dar crédito al segundo matrimonio del rey, á aquella coronacion pomposa de otra reina, abandonada despues con el mismo desprecio que la primera, y sacrificada tambien á María de Padilla. Estas relaciones iban ya robusteciendo la opinion de la demencia de don Pedro, cuando los mensajeros de los infantes de Aragon trajeron á las ciudades y castillos la confirmacion de tan increíbles nuevas, y la de su adhesion á la *humilde demanda*.

Esta fue la señal de un levantamiento, tanto mas pronto y simultáneo cuanto que al parecer en nada contravenia al juramento de fidelidad prestado al soberano. El odio contra los judíos animaba el



celo de los eclesiásticos en favor de Blanca de Borbon, mientras aguijoneaba el de los hidalgos su rabiosa aversion á los Padillas. Al entrar don Martin en el territorio leonés halló en todas partes rebeldes armados bajo el nombre de humildes demandantes. A vista de su real estandarte le negaban la entrada de las ciudades y fortalezas, y no se mostraban mas hospitalarios los castillos. Para ser recibido en ellos hubiérale sido indispensable inscribir en su bandera la engañadora divisa de Alburquerque, pues ni bastaban sus armas ni el nombre de su hijo.

Fiel al espíritu como á la letra de sus juramentos, y siendo ademas rehen del rey, indignábase el leal don Martin á la sola idea de la enmascarada traicion que osaban proponerle. Vióse, pues, obligado á evitar el tránsito por las ciudades, y á acamparse cada noche á la inmediacion de alguna aldea. Su camino directo era por Salamanca, pero precisado á apartarse de esta ciudad y su territorio, que, segun don Fernando, habian elegido los



confederados para su general reunion, hizo un largo rodeo por el norte del reino de Leon, y encaminóse hácia Burgos. Pero manifestábase en Castilla la Vieja el mismo descontento con efectos semejantes, y tambien alli despreciaron ciudades y castillos el estandarte de su rey.

Continuaba, pues, alzando cada noche sus tiendas en campo raso y caminando de dia en orden de batalla, y habia ya llegado muy cerca de Toledo sin lograr noticia alguna de la empresa de la *humilde demanda*. Los vecinos de las aldeas donde se iba deteniendo ignoraban hasta el nombre de la grande querella que amenazaba devorar la península entera. No pudiendo calcular el éxito que tendria, y previendo horribles desgracias, cualquiera que fuese el partido vencedor, hallaba al menos dulce distraccion á sus penas en las caricias del inocente Enrique. Familiarizado éste con el aparato militar que tanto le atemorizó á primera vista, divertíase con el rumor de la armadura de su padre, gustaba de hallarse en



sus brazos, sonreíase al mirarle, y jugaba con el pomposo penacho que daba sombra al bruñido casco.

Teníale don Martín tiernamente oprimido contra su pecho, cuando la víspera de nuestra Señora de setiembre aparecieron á sus ojos los torreones del alcázar dominando á Toledo, y el sinuoso curso del Tajo. Llegando á la hora de nonas al pueblo de Olías, tres leguas antes de Toledo, halló á los vecinos reunidos en la plaza de la iglesia antes del oficio. Preguntaban con ávida curiosidad al ginete que acababa de enviar delante de él para informar al cura de sus pacíficas intenciones, pues en los lugares que habia encontrado por la mañana todos los habitantes habian huido al acercarse su tropa. Acercóse don Martín al párroco, que salia casualmente de la iglesia, y le interrogó acerca de la causa de aquel espanto de los aldeanos de la comarca.

— Señor don Martín Gil de Alburquerque, respondió el cura en tono de alegría, á buen seguro que hubieran per-



manecido en sus casas con entera confianza si, como á nosotros, les hubieseis dado cuenta de vuestro nombre. El hijo del gefe de la gloriosa y santa empresa de la *humilde demanda*...

— Decid, señor cura, de la mas insolente rebelion, interrumpió el caballero.

-- Como vueseñoría guste, repuso el cura en tono de temor y desconfianza; pero nosotros tenemos motivos para creer que el hijo del señor de Alburquerque estaba tambien en el ejército de los confederados que hoy se aguarda en Toledo.

— ¡Cómo asi! ¡aguardan en Toledo á los rebeldes! ¿y el rey?...

— Ocho dias hace que se fue, llevando consigo todos los caballeros y escuderos toledanos para poner sitio á Llerena, donde se ha encerrado el gran maestro de Santiago.

— ¿Y quién os ha contado, señor cura, que los confederados vienen á Toledo?

— Todo el dia de ayer estuve en la ciudad, donde no se hablaba de otra co-



sa. Se sabe que salieron de Salamanca contra Medina del Campo, de la cual se han apoderado. Cuando me vine por la noche, aseguraban que desde allí partieron para Arévalo, donde han dado libertad á la reina Blanca.

— Bendito sea Dios, si esta noticia sale cierta; pero confunda los designios de los rebeldes si vienen ahora á apoderarse de la capital para insultar al rey y esclavizarle.

Brilló por un momento la complacencia en el rostro del eclesiástico en la primera parte del período de don Martin, pero no tardó en fruncir las cejas respondiéndole: — Solo Dios juzga los corazones y sondea los proyectos de los confederados, señor mio; su llegada no es dudosa, pues desde las alturas que dominan el curso del Guadarrama acabo de ver yo mismo, en el camino de Salamanca, y á dos leguas cuando mas de la orilla opuesta del rio, la cabeza de sus tropas, que se adelantan en buen orden.

Despues de esta réplica volvió el cura



las espaldas , entró en la iglesia , y siguiéronle todos los aldeanos echando inquietas y desdeñosas miradas al caballero y á los hombres de armas del rey.

Asombrado de estas nuevas , no titubeó don Martin en tomar la resolución de marchar á reunirse con el rey en el sitio de Llerena. Para esto era necesario pasar el Tajo , y no podia verificarlo por los puentes de Toledo , porque , segun toda apariencia , ya sublevada la poblacion por la proximidad de los confederados , negaria á las tropas reales la entrada de la ciudad , siendo tambien probable que le disputarian los pasos del rio en los puntos inmediatos á la capital. De todos modos era forzoso pelear ; el temor de esponer la vida de su Enrique sugirió al pronto á don Martin la idea de dejarle en Olías ; pero habiéndose encerrado todos los vecinos en la iglesia ó en sus casas , fuertemente parapetadas , se resolvió á hacerle partícipe de los riesgos de tan peligrosa aventura , y prosiguió su camino.

Hallábase la tropa solo á media legua



de la puerta septentrional de Toledo, llamada de Visagra, donde confluyen los caminos de Salamanca y Segovia, el último de los cuales seguía don Martín, cuando junto á un bosquecillo próximo á la union de los caminos advirtió una compañía bastante numerosa en emboscada, y mandó hacer alto. Tomando en seguida de las manos de Zafiro su escudo y lanza, se adelantó solo, con la visera calada, para reconocer aquella tropa. Salió de ella un caballero, y vino al paso de su corcel á interrogar á don Martín acerca de sus intenciones. Cuando estuvieron á distancia de oirse, suspendió el primero su marcha, y gritó: *¡Castilla por el rey don Pedro!* Deteniéndose á su vez el caballero, respondió con las mismas palabras, y añadió: — Favor á los confederados de la *humilde demanda* y á su glorioso gefe don Alfonso, el señor conde de Alburquerque.

— Favor al rey nuestro señor y dueño único, replicó el jóven lleno de cólera. Rebeldes son los confederados, y el señor de Alburquerque el mas rebelde. Yo



lo declaro á la faz de Dios y de los hombres, y estoy pronto á sostenerlo con mi cuerpo contra el vuestro si sois caballero, lo que tengo derecho á dudar por ese escudo negro y sin armas.

— Sóilo mejor que tú, respondió el otro; mi causa es mejor que la tuya, y con la ayuda de Dios te lo probará la fuerza de mi brazo.

Entrambos entonces, bajando las lanzas bien afirmadas en el ristre, se dispararon á golpe uno contra otro. Habian andado apenas la mitad de la carrera, cuando el desconocido levantó de repente su lanza y torció la direccion de su caballo. Admirado don Martin detuvo tambien el suyo. — Hijo de Alburquerque, dijo el caballero del escudo negro, acércate á la voz de un amigo que no ha podido desconocerte á vista de tus armas.

— ¡Dios de bondad! exclamó don Martin hecho una estatua. ¿Eres tú?...

— No me nombres, interrumpió el gran maestro de Santiago. Sí, yo mismo soy. ¿Adónde vas?



-- A pasar el Tajo por el vado de la Perusa, adonde confío llegar antes que los confederados.

-- ¿Qué confederados? ¿qué quieres decir con eso? ¿No sabes que los confederados estan en Medina del Campo?

-- ¿Pues qué tropa es la que viene por el camino de Salamanca?

-- La comitiva del comendador Hínestrosa, que trae á Blanca de Borbon prisionera al alcázar de Toledo desde el castillo de Arévalo, sobre el cual los confederados se aprestan á marchar para libertarla. ¿No tienes noticia de estos sucesos?

-- No: yo vengo de Galicia, adonde habia ido para anunciar á don Fernando el matrimonio del rey con doña Juana...

-- Villana accion, don Martin, monstruoso esceso que ha rebelado contra un perverso abandonado del cielo mas enemigos que todas sus iniquidades juntas. La iglesia escandalizada pide al pontífice su excomunion: don Pedro lo ha perdido todo; segura es su caída. Pero en tanto llenará la medida de sus delitos asesinando



á la inocente Blanca; su carcelero Hines-  
trosa la conduce á la muerte...

-- ; A la muerte, don Fadrique! ¿se-  
rá creíble?...

-- Es la pura verdad: María y sus  
parientes ejercen hoy sobre don Pedro mas  
imperio que nunca, y es tanto mas ar-  
diente el odio de los Padillas contra Blan-  
ca, cuanto que la vida de esta infeliz for-  
ma el mayor obstáculo á su proyecto fa-  
vorito de coronar á María por reina de  
Castilla para legitimar á su hija Beatriz,  
en quien el rey idolatra. No se atrevian  
aun á pensar en dársela por esposa al rey,  
pero la pretendida nulidad del matrimo-  
nio con Blanca de Borbon suministra pá-  
bulo á la ambicion de María y á la au-  
dacia de sus parientes. Te lo repito, don  
Martin, necesitan de la muerte de Blan-  
ca, y la matarán...

-- Te engañan, don Fadrique; no,  
no puede María desear la muerte de  
Blanca.

-- Créeme, don Martin, te lo digo  
porque lo sé. El arzobispo de Toledo, con



el cual entré esta mañana en comunicaciones, me avisa que don Diego ha llegado secretamente esta noche al alcázar con el infame Zurdo, y allí aguardan la víctima que Hinestrosa les conduce.

— ¡Cómo! ¡Diego García!

— Sí, Diego y su verdugo tártaro, el execrable Zurdo... Si Blanca sube al alcázar, es muerta. El rey se ha llevado á todos los caballeros y escuderos de Toledo, bajo pretesto de ir á sitiarme en Llerena; pero su único designio era mantenerlos apartados de la ciudad para no dejar á Blanca esperanza de salvacion, pues todos le son adictos. Sin embargo, los ha dejado en el camino, y ha vuelto á pasar el Tajo en Talavera, desde donde se ha dirigido hácia Medina del Campo: los Padillas le han reunido allí algunas tropas, y cuenta con aprovecharse de la turbacion que va á causar entre los confederados la noticia de la muerte de Blanca, en cuyo nombre se armaron.

Pero estos cálculos abominables quedarán frustrados: el cielo, que los reprue-



ba, te envia aqui para secundarme. Esta misma noche, volviendo apresuradamente de Llerena, he pasado el rio por el vado de Perusa con cincuenta caballeros de Santiago mandados por don Lope de Avendaño y emboscados junto al camino. Nos hemos quitado los tabardos y borrado las armas de los escudos: mi designio era entrar en Toledo despues de Hinestroza, pues el arzobispo se ha obligado á que me tengan abierta la puerta, y prometídome el ausilio de toda la poblacion de la ciudad; pero ahora que aqui te veo, amigo don Martin, formo nuevo proyecto: une tus fuerzas con las mias, ataquemos al comendador, que ya se acerca, arranquemos la reina de sus manos.

— No, Fadrique, interrumpió don Martin. Tú exiges de mí mas de lo que puedo hacer...

— ¡Y dejarás asesinar á la desdichada Blanca! exclamó fuera de sí el gran maestro. ¡Oh! corazon indigno, amigo desleal, yo renuncio á tí, y voy solo á acometer esta aventura...



— Detente, Fadrique. No soy amigo desleal, y quiero salvar á la reina. Pero tú olvidas que soy un rehen de don Pedro, que éste pudo disponer de mi vida cuando mi padre faltó á los juramentos de que mi cabeza respondia. El rey ha respetado mi existencia, me ha encomendado una mision de confianza y el mando de su tropa: ¿podré yo, sin cometer una infamia, emplear estas mismas fuerzas en combatirle y hacer traicion á mis juramentos de rehen y de vasallo?

No, Fadrique, pídemme mi sangre, pero no tan cobarde deslealtad. Sin embargo, nada temas por la vida de la reina: yo voy á encontrar á Hinestrosa, cuya vanguardia descubro á poca distancia...

— Ya viene, hélo alli, exclamó desesperado el gran maestro. Martin, dentro de un instante no será ya tiempo de salvar á Blanca... por otra vez y la última, si entra en el alcázar, es muerta...

— Cálmate, Fadrique: si Dios me ayuda ni siquiera llegará á Toledo... No



falto al rey impidiendo que sus indignos favoritos le deshonren con tan abominable asesinato. Yo te respondo de la vida de Blanca... Tú, Fadrique, mira por la de mi hijo...

-- ¿Qué hijo?

-- El que tú diste hace dos años al platero Perez Cuellar y á Paloma...

-- ¡El hijo de María!...

-- El mio, Fadrique. Allí está en los brazos de aquella misma Paloma que ignora mi secreto; yo tiemblo por su vida mientras voy á intentar con Hinestrosa un esfuerzo desesperado.

-- Anda, Martin, anda, y suceda lo que quiera, yo serviré de padre á tu hijo, y nunca lo abandonaré.

-- ¿Me lo juras?

-- Por la fé de caballero, por mi eterna salvacion.

-- Basta, Fadrique: envíame á Juan Cavedo, á quien daré el niño y su nodriza, y no los pierdas de vista. Yo voy á hablar al comendador; yo sé lo que debo decirle para infundirle terror y obli-



garle á que obre segun mi gusto. Mi esperanza estriba en forzarle á libertar inmediatamente á su real prisionera ; si lo logro , ¿ estás resuelto á llevarla desde aqui fuera del reino ?

-- Ese es mi mas ardiente anhelo.

-- ¿ Abandonas la *humilde demanda* ?

-- La abjuro para siempre si Blanca queda libre, y la escolto personalmente hasta la corte del rey Juan.

-- Basta, Fadrique ; permanece oculto en ese bosque con tus caballeros. Pero sobre todo, y sea cual fuere el éxito de mi empresa , júrame tambien evitar un desigual combate, cuyo fruto seria esponer la vida de Blanca, la mia y la de mi hijo confiado á tu fé.

-- Te lo juro , Martin, exclamó con impaciencia el gran maestro. Anda , descansa en mi palabra , parte ya , mira la tropa del comendador que se muestra á menos de un cuarto de legua...

El gran maestro volvió á galope hácia sus caballeros , y envió á Juan Cavedo, encargado de traer al bosque al niño , á



**Paloma y á Matías. Dejando atrás don Martin su bagage y sus criados, marchó con sus hombres de armas hácia el camino de Salamanca á encontrar la comitiva de la reina.**





---

---

**CAPITULO XII.**

---

**A**PENAS hubo distinguido el comendador Hinestrosa el real estandarte de don Martin, destacó un caballero para salirle al encuentro: pronto volvió este mensajero á referirle que el hijo del señor de Alburquerque le rogaba suspendiese la marcha de su comitiva y se adelantase solo para recibir una comunicacion de la mayor importancia, que deseaba hacerle sin testigos. Ya don Martin habia dispuesto que su tropa hiciese alto, y continuaba caminando sin séquito alguno, por cuya razon no titubeó Hinestrosa en acercarse á él. Al hallarse á corta distancia gritaron ambos alternativamente: *¡Castilla por el rey don Pedro!*

-- ¿Dónde le habeis dejado? añadió el comendador. ¿Está en Toledo el rey?

--- ¡Ojalá! respondió el jóven en tono irritado, su presencia opondria invencible obstáculo al crimen que meditais.



-- ¡Yo! exclamó Hinestrosa como herido de un rayo.

-- Tú y los tuyos; la vida de la reina corre gran riesgo; todo lo sé.

-- Os juro, señor don Martin, por mis canas, por el honor...

-- No hables ya de tu honor, viejo sin vergüenza. Tú vendiste tu sangre, la hija de tu hermana, la misma María que me habias dado: tú sabias nuestros amores. Tú le mentiste cuando le decias que yo la abandonaba; tú mentiste al rey cuando le aseguraste que yo no habia conocido á María antes que él. María es aun mi amante, ella detesta tus falsedades, nosotros las descubriremos al rey...

-- ¡Apóstoles benditos! exclamó el comendador quedándose mas pálido que un cadáver: ¡qué delirio! serenaos, don Martin. Sabeis que esta seria la sentencia de vuestra muerte y de la suya, como tambien de la nuestra...

-- ¿Y qué nos importa esta vida que vosotros hicisteis tan amarga? Tiembla de estrecharme á la desesperacion, Hinestro-



sa; en diciendo yo una sola palabra, hablará María á riesgo del suplicio mas horrible... yo sé que tú has formado el proyecto de asesinar á la reina...

-- No señor...

-- ¿Por qué, pues, ha entrado esta noche secretamente en el alcázar Diego García, tu infame sobrino, con su digno amigo el execrable Zurdo?

-- Yo lo ignoraba...

-- Mientes aun, Hinestrosa. Todos teneis sed de la sangre de Blanca; necesitais su muerte para el cumplimiento de vuestros proyectos de ambicion desenfrenada. Pero María los reprueba; ella repele con horror la ensangrentada afrenta que intentais presentarla... ¿Sabes tú hasta dónde llega el imperio que el amor me conserva en su corazon? ¿Sabes tú la ventaja que ella misma me ha dado sobre vosotros? María me ha confesado que es esposa del rey...

-- ¡Dios nos asista! murmuró el comendador. ¿Y vendereis ese secreto confiado á vuestro honor?...



-- Ella, si yo quiero, será quien revele vuestros indignos artificios. María declarará resuelta que prefiere morir conmigo á vivir con el esposo en cuyos brazos la arrojásteis por desesperacion.

-- ¡Pues bien, señor, pues bien! respondió el comendador trémulo de espanto, ¿qué quereis de mí?

-- Que tomes á tu solo cargo el libertar á la reina ahora mismo, con la única condicion de que no irá á reunirse con los rebeldes de la *humilde demanda*, y saldrá de las tierras de Castilla por el camino mas corto. A este precio callaré, y ofrezco entregarme á tí desarmado y como fiel rehen de su alteza... medita la respuesta que vas á darme, Hinestrosa, acuérdate de que esta transaccion es ventajosísima á María, pues la libra de un rival; al rey, porque quita á los confederados el pretesto de su rebelion; y en fin, porque asegura vuestro triunfo y encadena para siempre en mi pecho un secreto aun mucho mas terrible, y cuya revelacion seria sentencia de muerte infame



para cuantos llevais el nombre de Padilla.

— Basta, señor don Martin, respondió Hinestrosa bajando los ojos; yo consiento en favorecer la fuga de la reina con la condicion que proponeis.

-- Y de la cual salgo responsable, replicó el caballero; vamos á conferenciar con su alteza.

Devorando su mortal despecho, volvió el comendador hácia su tropa acompañado de don Martin. Abriéronse las filas á su llegada; descubriendo á la reina y á Margarita, que en sus hacaneas cabalgaban en medio de un bosque de lanzas. El reverendo obispo de Segovia, montado en una mula, rezaba con recogimiento junto á las prisioneras, que lanzaron un grito de sorpresa á vista de don Martin. — Gloria á Dios, que os envia, dijo Blanca sonriéndose; un mensajero como vos no puede traer sino buenas nuevas.

-- ¿Es verdad que Toledo se ha declarado por la reina, primo mio? preguntó vivamente Margarita.

Estremecióse Blanca, é hizo un mo-



vimiento para imponer silencio á su amiga, mirando á Hinestrosa con horror.

-- Comendador, díjole don Martin, haced retirar á esa gente, y manteneos vos á cierta distancia para que su alteza pueda hablarme con toda libertad.

Hinestrosa hizo poner á sus hombres de armas á derecha é izquierda del camino. -- ¡Vírgen santa! exclamó la reina con la mayor sorpresa, ese orgulloso os obedece sin resistencia. Dios obra este milagro. ¿Con que os envia mi señor el rey?

-- No señora, hace un mes que no le he visto; pero dejad de temer...

-- ¿Se han declarado por nosotros los toledanos, primo mio? replicó Margarita; nosotras contábamos con ellos, y el arzobispo nos hizo concebir esta esperanza.

-- Yo no vengo de Toledo, respondió don Martin, é ignoro cuáles sean las disposiciones de los habitantes; ¿pero qué podrian estos sin los caballeros que el rey llevó consigo?...

-- Lo mas seguro, observó el obispo



de Segovia, es no entrar en la ciudad, si puede lograrse. Ya que el señor don Martin está en el caso de ayudar á su alteza á recobrar su libertad, no desperdiciemos tan inesperada ocasion para ganar cuanto antes la frontera de Aragon, en donde no habrá ya obstáculos para volver á Francia. Yo me ofrezco á acompañarla...

-- No, padre mio, interrumpió Blanca con fiereza. No, ya lo he dicho, no saldré de Castilla. Esto seria abandonar cobardemente á los caballeros que se han armado en defensa de mi honor ultrajado, y para el mantenimiento de mis derechos de esposa y reina.

-- ¡Ah! señora, dijo vivamente don Martin, acabad de fundar vuestra esperanza en el frágil apoyo que os ofrecen esos hombres sin fé. Otro interes que el vuestro, la ambicion ó la venganza, puso las armas en sus manos. Todos son traidores al rey, todos estan prontos á venderos. No hay entre todos los rebeldes uno solo á quien podais llamar verdadero amigo.



— ¿Ni uno solo? preguntó la reina avergonzada. ¡Cómo! ¿ni uno, señor don Martín? ¿ni tampoco?...

— Si alguno hay, señora, podeis reconocerlo en el lenguaje que ahora mismo os dirigia el digno obispo de Segovia. Ya no hay para vos honor y seguridad sino en Francia, en la corte del rey Juan. Allí estan los defensores naturales de vuestros derechos; allí vuestros verdaderos amigos. Castilla no es ya para vos sino una tierra sin hospitalidad que intenta devoraros. Huidla, señora, huid al momento. Hinestrosa acaba de prometerme que favorecerá vuestra ocasion. Partid cuanto antes, y en pocos dias, bajo la proteccion del señor obispo, estareis fuera de todo riesgo en las tierras de Aragón.

— ¿Y qué riesgos son esos, don Martín, cuando no hace mucho me asegurabais no haber ninguno?

— Con tal que os guardéis de entrar en Toledo. Pero si subis al alcázar, allí encontrareis á don Diego García...



— ¿Quién? ¿aquel traidor que en Sevilla quiso entregar al gran maestro?...

— El mismo, el hermano de María de Padilla; y ha traído consigo al capitán de los maceros del rey, su verdugo tártaro, el Zurdo...

— ¡Es morir! exclamó Margarita estremeciéndose. Huyamos, Blanca, ceded en nombre de la Virgen Santísima, huyamos á Aragon.

— ¡Cómo! murmuró asombrada doña Blanca: ¡un verdugo!

— Es la verdad, replicó el prelado; ya lo sabia yo, pues el arzobispo me lo ha comunicado secretamente esta mañana.

— ¿Qué mal he podido hacerles? dijo Blanca levantando los ojos al cielo. Pero, ¡oh Santísima Madre del Salvador! ¡puedo huir sin deshonrarme, sin ser criminal á los ojos del rey mi esposo, y perjura á los juramentos de Valladolid!

— Tranquilizad vuestra conciencia, señora; podeis hacerlo sin escrúpulo...

— ¿Creéislo así, padre mio? repuso



la reina mirando á lo lejos por la llanura. Yo tenia esperanzas de que antes de llegar á Toledo encontraríamos un defensor, un amigo...

— ¡Ay! interrumpió Margarita, ya veis que tambien os abandona; no os acordeis mas de él...

— Confiad en Dios solo, dijo el obispo, y apresurémonos á tomar el camino de Aragon.

— ¿Y quién me llevará con seguridad? ¿quién me protegerá hasta allí? No me atrevo...

— Yo, señora, no puedo ofrecer os mi servicio, dijo don Martin, pues ya sabeis que soy prisionero del rey. Pero el gran maestro de Santiago, añadió bajando los ojos, se halla en el bosque que veis enfrente.

— ¡Don Fadrique! exclamó Blanca con ojos encendidos de placer; ¿don Fadrique, mi querido hermano, es quien ha de defenderme? Ya nada temo; ya estoy resuelta. Preséntese, que voy á seguirle.

A este punto llegó corriendo á galope

;



el comendador, que acababa de hablar con los soldados de don Martin. -- ¡Traicion! le gritó desafortadamente. Por vuestra misma tropa acabo de saber que en ese bosque hay oculta una compañía numerosa. Vos no lo ignorabais, vos habeis conferenciado con su gefe...

-- ¿Dónde está la traicion? dijo Margarita; ese gefe es...

-- Silencio, prima, interrumpió don Martin.

-- Yo le conozco, prosiguió Hines-trosa violentamente irritado, yo sé qué gente es la suya. No hay mas que decir, señor don Martin, nuestro pacto queda deshecho. No conteis con vuestros hombres de armas, que acaban de reconocer mi autoridad á vista del sello del rey estampado en la orden que traigo. ¡Acá todos, muchachos! mandó á los suyos; en línea... Y vos, digno hijo de Alburquerque, que traidoramente queriais cogermé en un lazo, sois mi prisionero: dadme vuestra espada.

-- Ven á tomarla, exclamó don Mar-



tin desnudándola furiosamente. Ven, cobarde, perjuro, mentiroso, vil, que recurrees á la impostura para autorizar tu mala fé; ¡ven, y toda tu sangre!...

— ¡Paz! ¡paz! hijo mio, dijo el obispo en imponente tono; no agraveis la desgracia de la reina con una rebelion inútil, ni olvideis que sois prisionero del rey. ¡Y vos, señor Hinestrosa, os negareis á escuchar?...

— Nada escucho, señor obispo; mi comision consiste en llevar la reina al alcázar, y la cumpliré. Vamos, señora.

— ¡Ampáreme la Vírgen y todos los santos! respondió Blanca estremeciéndose. A la muerte es adonde me llevais.

— Los temores que han infundido á vuestra alteza son quiméricos, respondió el comendador con impaciencia. Os han hablado de mi sobrino Diego que acaba de llegar al alcázar con sanguinarios proyectos. Ese es un absurdo; si verdad fuese que maquinara contra vuestra vida, yo la defenderia con riesgo de mi existencia. Mas tarde me hareis justicia... y vos tam-



bien, señor don Martin... Envainad el acero.  
 -- Hinestrosa, díjole en voz baja don Martin, si es cierto que no concebís sin nuestro designio contra la reina, olvidad mis amenazas, y sabed que nunca os perjudicaré ni á vos ni á los vuestros. Aun es tiempo de salvarla. Yo no os he tendido lazo alguno; los caballeros ocultos en ese bosque, que no tienen otro objeto que el de escoltar á la reina hasta Aragon...

-- ¿Qué me importan los caballeros? interrumpió duramente el comendador. Ya os lo he dicho, los conozco y no los temo. --  
 ¡Marchen! gritó á los hombres de armas.

Y continuó su camino la comitiva. Cabalgaba Blanca de Borbon suspirando profundamente y clavados los ojos en el bosquecillo; y cuando lo hubo perdido de vista, humedecieron su rostro amargas lágrimas, que arrancaron otras de su amiga Margarita. Seguías el prelado con frente mustia al paso de su mula, y recitando sus preces. Murmuraba don Martin imprecaciones horribles contra el comendador, que fingia no percibir las.



---

**CAPITULO XIII.**

---

**E**N este orden llegaron dos horas antes de ponerse el sol delante de la torre de Visagra, única entrada de la ciudad por la parte del norte. Habia salido al encuentro de la reina, y obstruía el camino inmediato á la barrera exterior, una turba considerable atraida por la curiosidad. Mucho trabajo costó á Hinestrosa abrirse paso por entre aquella multitud, que la bóveda de la torre iba vomitando á oleadas. Esta parte septentrional de Toledo, mucho menos dilatada que en nuestros dias, ofrecia el aspecto de un peñasco escarpado, al que impedian acercarse el doble muro y unos fosos de inmensa anchura. Pasada la puerta de Visagra se subia á mano derecha por las calles estrechas y tortuosas de las Carretas y de las armas; luego, torciendo á la izquierda, se iba por la de Santa Leocadia á salir al Zocodover. Mas allá se entraba nue-



vamente en una serie de callejuelas sombrías para llegar á la plazuela de la Catedral, desde donde, subiendo sin interrupcion por el cuartel real, se tocaba el castillo del alcázar. Este era el camino que debia llevar la reina.

Desde este punto, el mas elevado de Toledo, baja el terreno mas suavemente hasta el Tajo. El rio, que se precipita al través de altas montañas, á cuyo pie ha escavado su profundo cauce, estréllase al nordeste contra la inmensa roca que sostiene la ciudad. Circulando luego por sus confines, envuelve la parte oriental, el mediodia y el oeste. Este natural recinto solo tiene dos salidas; una á levante por el puente de Alcántara, y otra por el de San Martin, algo mas arriba del punto en que, abandonando el rio los muros de la ciudad, vuelve á seguir su direccion al oeste. Junto á esta última puerta se hallaban los dos barrios de los judíos; el pequeño, llamado la Alcaña, cerrado por una débil barrera hácia la Solana San Andrés, era solo una



especie de bazar. Pero á poca distancia de él estendíase á lo largo del Tajo el barrio mayor, verdadera ciudadela contigua al puente de San Martín; lamian el pie de sus esternos muros las aguas del río; por dentro de la ciudad, la muralla que los separaba de los cuarteles habitados por cristianos se apoyaba en elevadas torres, trabándolas entre sí. La mayor, pertrechada de ballestas, llena de provisiones y de todo género de armas, servia á un tiempo de arsenal y de única puerta á la fortaleza, cuya defensa completaba un ancho y profundo foso. Vigilaba constantemente una guardia á la entrada de la torre, siempre dispuesta á levantar el puente al primer aviso.

Este barrio era el lugar privilegiado del pueblo hebreo en las dos Castillas. Allí, desde que gozaba el favor del rey, habia trasladado Samuel el domicilio que antes tenia en Sevilla y sus ricos almacenes; el tesoro del rey y el suyo se guardaban en ambas fortalezas, cuya posesion disfrutaba hacia algunos meses con varias



compañías que estaban á sus órdenes. Las sumas que allí acumulaba tocaban á un valor ya muy considerable, y crecían diariamente, aumentándose el favor para con su dueño en la misma proporción. Pero el odio de los grandes del pueblo, y aun mas el del clero, contra él y sus compatriotas, se agriaba cada vez mas.

Sabedores los toledados del horror que los judíos inspiraban á la reina Blanca, hallábanse en general muy favorablemente dispuestos hácia ella. Pero en la ausencia de los caballeros que habian ido al sitio de Llerena, ni siquiera habian concebido los vecinos y artesanos la idea de intentar un esfuerzo para libertarla. Por otra parte, los magistrados, vendidos casi todos al favorito Samuel y contrarios al partido de la reina, disponian de una tropa de ballesteros y peones, que aunque poco considerable, bastaba para tener á raya á una multitud desarmada y sin cabeza. Sin embargo, la rara belleza de Blanca, y el dolor, cuya interesante expresion se leía en sus facciones, escita-



ron en el pueblo una viva simpatía, que se aumentaba aun á vista de las lágrimas de Margarita. Débiles y raras aclamaciones saludaron al principio su entrada en la ciudad, y la acompañaron en toda la estension de las dos calles escarpadas por donde empezó á pasar la comitiva. Blasfemaba Hinestroza, despechado de semejantes demostraciones, y de los obstáculos que el gentío cada vez mas agolpado oponia á la marcha de su tropa.

Respondia Blanca á tales muestras de interés con triste y graciosa sonrisa, que acabó de conmover los corazones. Los gritos de *viva la reina* se iban haciendo mas numerosos, unánimes y vivísimos, cuando deteniéndose á la entrada del Zocodover la cabeza de la comitiva, permaneció Blanca parada por algunos instantes delante de la carcel de Santa Leocodia. Imaginando el pueblo que iban á encerrarla alli, estalló repentinamente contra los judíos y los Padillas en imprecaciones que se propagaron á lo lejos, y fueron repetidas por un gran número de damas agru-



padas en los balcones de las vecinas casas.

Acababa Hinestrosa de dejar la comitiva y adelantarse hasta la plaza del Zocodover para desobstruir el paso con el auxilio de sus hombres de armas, pero tardó algun tiempo en conseguirlo por ser muchísimo el gentío. Don Martin miraba á doña Blanca con tierna compasion, estremeciéndose horrorizado á la idea de la funesta suerte que la amagaba. Decidido á morir defendiéndola hasta el último momento, teníale enteramente absorto su triste pensamiento, y no oía á Margarita, que le hablaba con vehemencia, aunque su débil acento se perdía en medio de los clamores de la inmensa multitud. — Primo, le decia, ya ves cómo se animan en favor de la reina, maldiciendo á sus enemigos. Habla á ese pueblo, á esos hombres de armas, yo te lo ruego; Hinestrosa no está aqui, este es el momento... ¿No me respondes, primo? ¿en qué piensas, don Martin?...

— ¡Cómo! dijo un hombrecillo que se habia deslizado entre los caballos, ¿es



este el señor don Martin Gil de Alburquerque?

Y al mismo tiempo le tiraba fuertemente del tabardo. — ¿Qué me quieres, amigo? dijo don Martin saliendo de su enagenamiento.

— Bajaos, repuso el hombrecillo, bajaos para que pueda hablaros al oido; ¿no reconocéis al barbero Sanchez, que hace poco tiempo os llevó al ayuntamiento? Escuchadme: sabed que los caballeros toledanos...

— ¿Qué dices? preguntó admirado don Martin é inclinándose de repente hacia él; los caballeros...

-- Ya vienen, continuó el barbero, y estarán aqui antes de media hora.

— ¿Cómo! ¿de dónde sabes eso?

— Desde lo alto de la torre del puente de San Martin acabo de ver su tropa á menos de una legua mas acá de Pedro-silla.

-- ¡Oh Dios! si fuese el rey... interrumpio Margarita asustada.

-- No, dijo vivamente don Martin,



el rey ha pasado el Tajo en Talavera.  
 ¿Pero por dónde juzgas, Sanchez, que  
 son los caballeros de Toledo?

— Recibieron un mensajero del arzobispo, el cual acaba de llegar anunciando su venida.

— ¡Salvóse la reina! exclamó Margarita.

— Silencio, prima, interrumpió don Martin. Dime, Sanchez, ¿quién manda la guardia del puente de San Martin?

— Don Ramon, un primo del arzobispo; tranquilizaos. Pero acabo de ver subir al alcázar una tropa numerosa, que ha entrado por el puente de Alcántara...

— ¡Malditos sean!

— Samuel Leví los manda.

— ¡El infierno!

— ¡Ah! señor don Martin, ¡si tuviésemos armas!

— Sanchez, replicó el joven poniéndole una bolsa en la mano, reúne tus amigos en gran número; corred á la puerta de Visagra, impedid que la cierren; vuele uno de vosotros hasta el bosque del so-



to, donde encontrará unos caballeros emboscados; dígales de mi parte que vengan á carrera tendida... Tú, buen Sanchez, escúchame bien: detras de esta tropa verás una muger con un niño: es Paloma, la muger de Matías el ciego, ¿la conoces?

-- Sí señor.

-- Protégela, como tambien á su marido, y llévalos á mi palacio de Meneses... Aseguras tu fortuna si desempeñas bien esta comision. Anda...

Pero la cabeza de la tropa habia franqueado ya el camino del Zocodover; seguia el resto, y Margarita, que referia á la reina y al obispo la nueva de la llegada de los caballeros, no habia oido las últimas palabras dirigidas al barbero por su primo. Al llegar á la plaza descubrió don Martin en medio de ella al comendador, que con el tono mas vehemente hablaba á Samuel Leví y á don Diego García, que estaba acompañado del Zurdo, capitan de los maceros. A vista del judío no pudo la reina contener un grito de horror, que fue



sofocado por las continuas aclamaciones del pueblo. Pero en el mismo instante, Samuel por un lado y don Diego por otro con su tártaro partieron á galope, tomando el primero por una bóveda de la galería del Zocodover una calle que bajaba á la Gallinería y al puente de Alcántara, y subiendo los otros dos al alcázar por la de los Latoneros. La comitiva seguía este último camino. Hiriendo don Martín los hijares de su caballo, corrió hácia Hinestrosa y le dijo trémulo de furor: — ¿Lo negareis aun?...

— Nada niego, interrumpió el comendador no menos agitado que el otro; son unos malvados; no les entregaré la víctima.

— Pero vamos caminando hácia el alcázar...

— Venid conmigo, replicó Hinestrosa; y corrió á ponerse á la cabeza de la tropa.

— ¿Qué haceis, comendador? le gritó don Martín siguiéndole por la callejuela de los Latoneros; ya os lo he dicho,



ese es el camino del alcázar, y, á mi parecer, no es vuestra intencion la de arrastrar alli á la reina.

-- Venid, repito, nada temais: los caballeros toledanos estan cerca...

-- Pero tardarán aun, y si subimos al castillo la asesinarán sus verdugos...

-- Ganaremos tiempo...

-- ¡ Como ! ¿ no fuera mejor volver atras y salir al encuentro de los caballeros por el puente de San Martin?

-- No, alli...

Hinestrosa señalaba la catedral. Acababa de desembocar en la plaza de Santa María la cabeza de la tropa; dió orden á los clarines para que tocasen, y continuó adelantándose hasta que apareció la reina. Abrióse á este punto la gran puerta del Perdon, y presentóse en lo alto de las gradas del atrio el arzobispo con vestiduras pontificales trayendo la custodia entre sus manos, y rodeado de todo el clero. ¡ Alto! gritó con voz robusta el comendador.

Y volviéndose luego á don Martin, le



dijo al oído: — Todo sale mejor de lo que yo esperaba, pues la reina pide entrar en la iglesia para orar; el altar de la Virgen es privilegiado. Andad...

No aguardó don Martín á que concluyese; partió como un relámpago, y el comendador se ocupó solamente, al parecer, en disponer á su gente para que recibiese la solemne bendición del Santísimo Sacramento. Dijo el caballero á la reina algunas palabras con mucha rapidez, saltó de su caballo, ayudó á Blanca para que echase pie á tierra, imitaronle Margarita y el obispo de Segovia, y adelantándose los cuatro algunos pasos se arrodillaron devotamente. Entonces al rumor de todas las campanas de Santa María, elevando el arzobispo la custodia, bendijo primero á la reina y luego á la tropa, que saludando con las armas inclinó la frente con la mayor humildad. En el mismo instante, levantándose Blanca, dirigióse con paso rápido hácia el arzobispo, que bendiciendo aun mantenía la tropa en su respetuosa actitud; Margarita,



sosteniendo á la vez y apresurando los vacilantes pasos del obispo de Segovia, tocó con igual celeridad las gradas del atrio. El clero, cuyas filas se abrieron para franquearles pasó, les siguió procesionalmente á la iglesia; el arzobispo entró el último, y retumbando una sobre otra con fracaso las macizas hojas de la puerta del Perdon, se cerraron en pos de él.

El comendador dijo entonces en voz alta á don Martin, que ya habia vuelto á montar en su caballo: -- Bien hubiera podido su alteza guardar las oraciones para la capilla del alcázar; esta detencion es inútil.

Y acercándose despues al caballero, continuó en tono mas bajo: -- Ahora os hago justicia, don Martin; yo sabia que los caballeros toledanos venian ya de vuelta de Llerena; al descubrir una emboscada en el soto imaginé que fuesen ellos, que habiendo pasado el Tajo por el vado de la Perusa estaban alli ocultos de concierto con vos para sorprenderme, y no



he podido dominar el movimiento de cólera que todo lo ha perdido.

-- No, comendador, respondió el joven, nada hay perdido si persistís en vuestro buen propósito. Dentro de poco llegarán los caballeros de Toledo...

-- Harto lo sé, ¡vive Dios! y Diego acaba de decirme que el alcaide de la torre del puente de San Martín se ha negado á franquearnos la puerta...

-- Tanto mejor, ellos salvarán á la reina...

-- Sí, sin duda alguna; pero lejos de consentir que vuelva á Francia, la guardarán en Toledo hasta que lleguen los confederados; sublevaráse la ciudad en su favor, y despues otras, dando margen á una guerra eterna que hubiéramos evitado con la fuga de Blanca á Aragon, como vos me proponiais... ¡Maldiga Dios mi desatinada cólera!

En esto interrumpió sus palabras nuevo y extraño rumor. A la aparición del arzobispo habian cesado las aclamaciones del pueblo, y éste se mantenía tranquilo



detras de los hombres de armas. Mas de repente estallaron en el Zocodover unos clamores mas vivos que los primeros, al mismo tiempo que por el lado del cuartel real salian unos gritos agudísimos, y vióse á don Diego García, que bajando á galope desde el alcázar con espada en mano, derribaba niños, viejos y mugeres. Al llegar á la plaza de Santa María gritó al comendador espumando de cólera:

— ¿Quién os detiene? ¿dónde está?

— Ha querido entrar á rezar á la Vírgen en el altar donde celebran mañana una de sus festividades.

— ¡Llévenme cien mil demonios! interrumpió Diego; ¿y lo habeis consentido? Ved, ved ahora como llegan los caballeros hácia la puerta de Visagra, mientras se acercan otros al puente de San Martin... y si no nos apresuramos...

No acabó el impaciente don Diego, y echó á correr hácia la iglesia; los balles-teros de la guardia, guiados por el Zurdo, le seguian de cerca, bajando tambien del alcázar; reuniéronse con él junto á



las gradas del atrio , por las cuales , á su ejemplo , treparon á caballo y empezaron todos á llamar con los puños de las espadas ó con las mazas en la puerta del Perdon.

Silenciosas por algunos momentos las campanas de la corpulenta torre , comenzaron nuevamente á sonar , mas no ya con aquel jubiloso concierto con que acompañaban poco antes la bendicion arzobispal ; los acelerados golpes del siniestro rebato difundieron á lo lejos la consternacion , llamando á los fieles en defensa del sagrado lugar que iba á ser profanado. A esta señal , el pueblo comprimido en las calles adyacentes forzó la línea de los hombres de armas , abrióse paso , y desembocando por todos lados á la vez , inundó la plaza , lanzando espantosos alaridos.

Indignado don Martin de la perseverancia de don Diego en llamar blasfemando á la puerta de la iglesia , precipitóse contra el perverso. — Vanos son tus esfuerzos , le dijo , tu víctima huye : la reina ha reclamado el privilegio del altar de



la Virgen. Anda, tigre, ya no hay aquí sangre que beber...

— Derramaré la tuya, respondió Diego.

Y al mismo tiempo cayó con espada en mano sobre don Martín, que acababa de sacar la suya, trabándose entre los dos encarnizado combate. El atrio de la iglesia, ya libre para todos, se llenó de gente. Los dos enemigos, igualmente diestros y robustos, se descargaban terribles golpes, y continuaban provocándose con las injurias mas vehementes, cuando el gigantesco Zurdo lanzó de un solo brinco su caballo sobre el de don Martín, hízole tropezar, y enlazando al caballero en sus membrudos brados, presentóle indefenso á su adversario. Precipitóse Diego contra él, é iba á sumergirle la espada en el cuerpo por la juntura de la coraza; pero Hínestrosa tuvo tiempo de desviar el arma mortífera, y reclamando á don Martín como rehen del rey y su prisionero, le arrancó de las manos de sus cobardes asesinos.

Acababan de decir al comendador la



causa de los clamores que se oían hácia el Zozodover. Los caballeros toledanos habían enviado un escudero con la nueva de su próxima llegada. Y viendo don Diego desde lo alto del alcázar que los caballeros de Santiago corrían hácia el norte de la ciudad, convino en retirar la tropa de la plaza de Santa María, limitándose á ocupar las dos salidas orientales que le ofrecían dos retiradas, una al alcázar, y otra hácia el puente de Alcántara, de que era dueño.

En el punto en que los hombres de armas dejaron la plaza desocupada abanzóse el pueblo en tan grande cantidad, que los primeros concurrentes, apiñados contra la catedral, se hallaron como aplastados por aquella masa, y lanzaron en el atrio gritos de sofocado dolor. Mandó el arzobispo abrir la puerta, y el concurso llenó en pocos instantes los espacios del inmenso edificio. Las verjas del coro estaban cerradas; en el centro, que había quedado libre, se veía la reina Blanca sentada en elevado sillón; el arzobispo de



Toledo, el obispo de Segovia y Margarita permanecían de pie á su lado. Los canónigos y capellanes conversaban al rededor con marcada animacion.

Reparando Margarita junto á la verja gran número de mugeres ricamente vestidas, se acercó á ellas. — Nobles damas y dueñas venerables, les dijo en tono de súplica, llamad á vuestros esposos, á vuestros hermanos y á vuestros hijos en favor de la reina Blanca de Borbon. Los Padi-llas y los judíos quieren degollarla. ¿Consentireis que la insigne Toledo, la imperial ciudad, se manche con la sangre de una víctima tan sin pecado? ¡Ah! nobles damas, su inocente sangre recaeria sobre aquellos que hubiesen dejado derramarla, é imprimiria en vosotras y vuestras familias eterna, indeleble mancha...

— No, no, exclamaron todas con fuerza, no perecerá. — Viva la reina Blanca. Ya llegan nuestros maridos y nuestros hermanos. — ¡Valor, reina hermosa! — Abran esta reja. — Nuestros cuerpos le servirán de muralla.



Movida de tales muestras de afecto, rogó Blanca al arzobispo que permitiese entrar las damas en el coro, y los canónigos introdujeron hasta treinta de las principales familias de Toledo. Pero en este número se contaban también Felipa Tellez, muger del alcalde, y la del alguacil mayor de la ciudad, con muchas amigas suyas, las dueñas de la Solana San Andrés. Estas eran las encarnizadas enemigas del partido de la reina Blanca. Hábilas atraído á la iglesia la curiosidad, ó mas bien la esperanza de saborear el triunfo de sus amigos los Padillas.

Felipa Tellez mandaba este grupo de harpías, cuya actitud y hostiles miradas contrastaban con el respetuoso rendimiento de las mugeres de los caballeros, que fueron todas á besar la mano de Blanca y á renovarle sus ardientes protestas de celo y constante amor.





---

---

**CAPITULO XIV.**

---

**O**CULTO el gran maestro de Santiago en el bosque del soto, habia visto pasar á poca distancia la comitiva de la reina Blanca, lisonjeándose aun de que don Martin estorbaria su entrada en Toledo. Esta sola esperanza le impidió ceder al deseo del impetuoso don Lope de Aven-  
daño, que le ostigaba para que con sus cincuenta caballeros acometiese á las trescientas lanzas del comendador, pero éste hubiera sido un acto de locura. Contando á todo evento en la promesa que le hiciera el arzobispo de tenerle abierta la puerta de Visagra, acercóse don Fadrique al punto que la comitiva de la reina acabó de penetrar por ella. Matías y Paloma seguian en sus mulos la marcha sin haber tenido aun ocasion de oir ni ver al gran maestro; ignoraban el nombre y calidad del gefe de la tropa, y tampoco conocian á Juan Cavedo, en-



cargado de conducirles y proteger al niño.

Entraron sin obstáculo en Toledo los caballeros de Santiago en pos del tropel, que por algun tiempo continuó obstruyendo la puerta de Visagra, despues de pasar por ella la tropa de Hinestrosa. Al llegar al Zocodover detuvo su marcha el gentío que llenaba la calle de los Lato-neros. Impacientes Matías y Paloma por salir de aquella confusion, querian alejarse con sus cabalgaduras y llegar á su casa, situada en la Solana San Andrés, pero Juan Cavedo no se lo permitió. Durante esta contestacion alcanzóles el barbero Sanchez, que los habia visto al paso de la puerta de Visagra, y acercóse á ellos llamándoles en alta voz por sus nombres. Los ociosos del Zocodover, principalmente los muchachos, que fueran en otro tiempo los mas acérrimos perseguidores de Matías, le reconocieron al momento, y exclamaron á todo reir: — Mírale, mírale, ese es Matías, el ciego, con su linda Paloma, y el niño del platero Perez Cuellar.



— No es hijo de Perez Cuellar, respondió Matías indignado: ahora, ahora se sabrá quién es su padre.

— ¡Andar con tiento! replicaron los muchachos con estrepitosas carcajadas; ahí va el carnero cabeceando; ¡cuenta con una topetada!

Irritado Matías de esta afrenta, quiso absolutamente echar pie á tierra; tomó á Enrique de los brazos de Paloma para que ésta pudiera bajar primero. Pero apenas hubo recibido el niño, cuando abriéndose paso los caballeros de Santiago, entraron al trote en la calle de los Latoneros; y el mulo de Matías, escitado por Juan Cavedo, siguió el mismo movimiento, llevándose al ciego y al niño. Los muchachos, cada vez mas divertidos con la cólera y confusion del pobre diablo, corrian en pos de él abrumándole con sus sarcasmos. Paloma se quedó atras.

A la aparicion del gran maestro y sus caballeros en la plaza de Santa María comenzaron los Padillas á retirarse hácia el puente de Alcántara, seguidos de todas sus



fuerzas. Levantó don Fadrique la visera y se dió á conocer al pueblo, preguntando dónde estaba la reina. Mostráronle los habitantes la catedral, saludando tan inesperada aparición con el grito de *¡viva el gran maestro de Santiago!*

— *¡El gran maestro!* repitió Matías asombrado deslizándose al suelo con el niño; ¿dónde está? ¿dónde está el señor don Fadrique? Él es el padre de este chico; él se lo dió á Paloma en el bosque de Saldaña.

Los muchachos del Zocodover, sin dejar de mofarse del ciego, le cogieron de la mano y le llevaron hasta la iglesia: subía ya el gran maestro las gradas del atrio, y Matías, auxiliado por sus conductores, logró alcanzarle en el momento de entrar en el sagrado recinto por entre la muchedumbre que le iba abriendo calle hasta el coro. El ciego le asió fuertemente del tabardo gritándole: — Tomad, señor don Fadrique, tomad, recobrad á vuestro hijo...

— ¿Qué es esto? preguntó el gran



maestre haciendo esfuerzos para desasirse; ¿qué quiere este hombre?

— Es vuestro hijo, repitió Matías arrojándose con cólera y á riesgo de matarle. Es vuestro Enrique, que dísteis á Paloma mi muger para que lo criase: acordaos del bosque de Saldaña.

Al nombre de don Fadrique, repitiendo en torno con férvido entusiasmo, levantóse Blanca palpitando de júbilo y esperanza. — Mirad la francesa, dijo Felipa Tellez á sus amigotas, qué colorada se puso á la vista del gran maestre. ¡Ah! ¡cuánta razon tenían en decir que está perdida por él!

— ¿Quién puede detenerle? preguntó la reina impaciente.

— Casi nada veo, respondió conturbada Margarita... Don Martin no está con él... Un hombre le detiene por el vestido...

— ¡Un hombre! exclamó Blanca con el acento del terror; acaso un asesino...

— No, no, repuso Margarita, ahora distingo mejor; es un pobre que im-



plora su piedad para un niño... don Fadrique lo toma en sus brazos...

— ¡ Es tan bueno ! ¡ tan cristiano ! dijo la reina con apasionado acento. ¡ Margarita ! ya me ha visto... ya viene... Fadrique... ¡ Ah , don Fadrique !...

En efecto, don Fadrique habia cogido al niño en el aire en el momento de arrojárselo Matías, y recordando sus juramentos prestados á don Martin de nunca abandonar á su hijo, quedóse con Enrique en los brazos, y corrió así hácia la reina, que acababa de descubrir; ésta, vivamente agitada, se habia sentado otra vez, y el gran maestro dobló la rodilla ante ella. Lanzaba Enrique agudos clamores, pero á la vista de la sonrisa de una mujer se tranquilizó y le tendió sus manecitas. Fascinada con el fuego de los ojos de don Fadrique, y no pudiendo ya dominar la vivísima emociion que trabajaba por salir del pecho, la pobre Blanca estrechó al menos en sus brazos á la débil y dulce criatura que imploraba su auxilio, y cubrió su linda cara de ardientes besos,



mezclando lágrimas de placer con las del niño.

Las aclamaciones, que no habian cesado de resonar en la iglesia desde la entrada del gran maestro, habian ido creciendo en tanto grado, que le hubiera sido imposible hacer oír una sola palabra á la reina; pero ni siquiera pensaba en hablarla. Enteramente embriagado en la dicha de mirarla, contemplaba su belleza con mudo éxtasis. Cuando ella hubo cesado de acariciar á Enrique, tomólo el gran maestro, y recogió en los labios del niño con ardor ansioso los inocentes besos que en ellos acababa de imprimir la reina.

Nada de esto pudo ocultarse á la observacion de las dueñas de la Solana. Habian visto que Matías daba el niño al gran maestro, y ya tenian noticia de su rápida conversacion. — ¿Con que es el padre de Enrique? murmuraban las matronas entre sí; luego era cierta la historia del bosque de Saldaña. — ¿Y la madre? — ¡Buena pregunta! repuso agriamente Felipa Tellez; ¡mirad con qué ma-



ternal ternura abraza la francesa á su bastardo!... ¿No lo dije? ciertos eran los amores de San Juan de Luz, y no hay que preguntar por qué el rey nuestro señor abandonó á la adúltera en Valladolid.

Continuaban los clamores llenando las bóvedas de la iglesia, siendo igual la agitación que reinaba en las afueras por la proximidad de los caballeros toledanos. En medio de tanta gritería y de aquella innumerable turba, cuyos ojos estaban fijos en ellos, Blanca y don Fadrique nada veían ni oían de cuanto pasaba, y solos en el mundo uno para el otro, saboreaban con delicia la felicidad de verse y de hablarse.

— ¡Fadrique, hermano mio! ¿es verdad? ¡tú aquí!

— ¡Blanca, hermana mia! ¡tenían valor de atentar á tu vida!

— Y yo iba á morir sin verte.

— ¡Ah! ya no te abandonaré.

— No, Fadrique, tú eres mi único protector, mi solo amigo. Sino por tí, me asesinan...



— ¡Bárbaros! ¡tigres furiosos!

— Llévame á Francia, Fadrique; llévame á mi amada madre.

— Sí, Blanca, y allí me quedaré contigo.

— Partamos, partamos hoy mismo. Nada dejo aquí cuya pérdida me apesadumbra. ¿De qué sirven todos los tronos de la tierra sin un amigo como tú? ¡cuánto he rezado por tí, de día, de noche, á cada instante!...

— Y yo, Blanca, solo en tí pensaba...

— Señora, dijo el arzobispo acercándose, los caballeros é hidalgos de Toledo están ahí...

— ¡Han llegado ya! interrumpió la reina admirada y levantándose para recibirlos.

— Hace algunos momentos, prosiguió el arzobispo, que aguardan el honor de que vuestra alteza los mire.

— Conocia don Fadrique á todos los caballeros de Toledo que le amaban cordialmente; presentólos uno tras otro á la reina, ponderando el valor y altos hechos

;



de armas de cada uno. Rodeada Blanca de sus mugeres y de sus hermanas, comprometidas ya en su favor, recibió con gracia encantadora á los graves hidalgos, que se complacian de oirla hablar un castellano tan puro y mentarles la gloria de sus abuelos, cuya historia tenia muy sabida.

— No degenerarán de ellos, señora, exclamó el arzobispo en inspirado tono. Estos bizarros caballeros concurrirán al cumplimiento de la divina mision de una reina de la sangre de San Luis que el cielo nos envia para estirpar del cristiano reino el azote que en su cólera le lanzara. ¡Recaiga la abominacion del desconsuelo en la sinagoga, harto tiempo triunfante con la ayuda de los indignos favoritos del rey nuestro señor! Caballeros, jurad no deponer las armas hasta haber sentado gloriosamente en su trono á la piadosa princesa que ha hecho voto de purgar á Castilla de la impía raza de Judas. ¡Bendiga el cielo á la reina Blanca de Borbon! ¡Gloria á Dios! ¡favor á la *humilde demanda!*



Estas aclamaciones, repetidas por millares de voces en la iglesia, se propagaron á las afueras, y el populacho unió el grito de ¡mueran los judíos! En pocos instantes hizose la fermentacion tan espantosa, que tomando los Padillas el partido de la retirada, volvieron á pasar el Tajo por el puente de Alcántara con todas sus fuerzas y su prisionero don Martin. Alejáronse al momento, y siguieron el camino de Consuegra. Alentado el pueblo de aquel dilatado cuartel con la ausencia de sus enemigos, corrió á reunirse con las masas que ahullaban en el Zocodover contra los judíos, cuyas tiendas estaban cerradas. Los jornaleros de las fábricas de armas trajeron de sus talleres alabardas viejas, hierros de lanzas y espadas; otros, provistos de picos, comenzaban á derribar las puertas de los almacenes, pero hallaron la mayor parte sin mercancías ni judíos. Samuel habia tenido tiempo de meterse en el barrio grande, donde se iban reuniendo muchos de sus compatriotas; pero los mas de los



mercaderes del Zocodover, que se creían seguros en el barrio pequeño, no pudieron resolverse á abandonar los fardos que tenían en él depositados.

Allí vivía la familia de Paloma, que aunque de casta judía, como se ha visto en el principio de esta historia, había abjurado su ley para casarse con el cristiano Matías. Luego que quedó separada de su marido en medio de la confusión del Zocodover, corrió á su antigua casa de la Solana; pero hallándola cerrada, tomó el partido de ir á pedir un asilo á sus padres. Matías vino á reunirse con su mujer en el barrio pequeño, después de haber dejado á Enrique en poder del gran maestro dentro de la catedral.

El barrio pequeño, nombrado la Alcana, no podía resistir un ataque formal. Por esto, cediendo muchas familias á las urgentes solicitudes de Samuel, comenzaron á salir al anochecer para refugiarse en el grande. De este número eran los padres de Paloma. Por desgracia, no menos amantes de sus riquezas que de su



vida, se habían cargado de pesados lios y efectos preciosos, bajo cuyo peso tropezaban á cada paso. Matías sin carga alguna precedía la tropa guiado por Paloma; pero rendida ésta del viaje y del dolor de haber perdido á Enrique, apenas podía sostenerse.

Entre tanto irritado el pueblo del mal éxito de su tentativa de pillage, bajaba en tropel desde el Zocodover; los que primero llegaron echaron de ver á los fugitivos de la Alcana, y dieron en perseguirles con espantosos gritos. Los infelices, aménazados con muerte, solo se hallaban á dos ó trescientos pasos del barrio grande: llevaban alguna ventaja á sus perseguidores, y arrojando las cargas podían huir ligeramente. Pero la muerte les parecía menos amarga que la pérdida de sus queridos tesoros. Y abrumados con el peso precipitaban su carrera.

Paloma tropezó fuertemente contra una piedra, y cayó al suelo: levantóla el pobre ciego; pero sobrecogida de espanto, y temblando por sí y por sus padres, no



podía ya caminar, pero él la cogió en los brazos, y ya la tropa de los judíos les había tomado la delantera. Seguíales Matías, á la voz, cargado con Paloma; anhelantes los fugitivos, se llamaban, se alentaban entre sí; ya veían la puerta de la torre, tocaban algunos á este puerto de salvacion... Alzan de improviso el puente por orden de Samuel, que estaba agoviado de pavor.

Desesperados los infelices judíos, cayeron de cara al suelo implorando á sus enemigos con lágrimas y gemidos lastimosos. Pedían la vida al menos. — Perdonad á mi marido, gritaba Paloma, que no es judío. — Paloma es cristiana, repetía el ciego fuera de sí, no la mateis. Pero la rugiente turba, aturdida por sus propios clamores, se había ya atropellado sobre ellos, y no escuchaba tan vanas súplicas; todos perecieron á golpes y cuchilladas. Animado el populacho con este primer triunfo, corrió al barrio pequeño, rompió fácilmente sus débiles barreras, penetró por veinte brechas, y allí, en fin, pu-



do saciarse de venganzas y embriagarse de sangre. Mujeres, niños, ancianos, todos fueron inmolados sin piedad; cayeron mas de mil y doscientas víctimas, cruelmente asesinadas en menos de dos horas.

Llegada era la noche; ignorantes los caballeros de Santiago y de Toledo de tan horribles escenas, condujeron al alcázar con gran pompa á la reina Blanca acompañada de Margarita, que llevaba en sus brazos al niño Enrique, pues una y otra prometieron al gran maestre cuidar de aquel infante que tanto le interesaba. Los patios, los salones y las afueras del castillo relumbraban con las llamas de muchos miles de hachones de cera, y la grosera abundancia de un festin repentinamente preparado y las copiosas libaciones con los espirituosos vinos de la Mancha escitaban el júbilo de los vencedores. Retumbaba el eco de las magníficas salas con gozosos cantos, y repetia largas carcajadas.

Despues de dar piadosas gracias á la escelsa Vírgen por su libertad, vino Blan-



ca acompañada del gran maestro y de Margarita á dar con su presencia nuevo impulso al ardor de los convidados. Habíanse recibido noticias de los confederados de Medina del Campo, cuyas fuerzas reunidas se aprestaban á marchar sobre Toledo. Súpose tambien que Talavera, Jaen, Córdoba, Cuenca, Compostela, Zamora, muchas otras ciudades y no pocos castillos habian proclamado la *humilde demanda*, á ejemplo de Badajoz. Al entrar Blanca en la sala del festin todos los caballeros se levantaron. Propuso don Lope de Avendaño un brindis general á la reina, y añadió: — En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hasta el cumplimiento de la religiosa empresa á que nos hallamos obligados, juremos, caballeros de Castilla, que reconoceremos por única soberana á nuestra señora y dueña la reina Blanca de Borbon. Prestemos todos al instante el juramento sobre los santos evangelios.

Unánimes aplausos acogieron la proposición, que se llevó á término en me-



dio de los arrebatos de un entusiasmo delirante. Blanca, en libertad, restituida á nueva vida, gozaba deliciosamente de estos bienes debidos á don Fadrique. Su dulce y tierna mirada permanecía constantemente fija en las nobles y hermosas facciones del modesto vencedor, que atribuía á Dios y á sus amigos el triunfo que Blanca se obstinaba en apropiarse exclusivamente á su valeroso esfuerzo.

En tanto no se saciaba de matanza el populacho; gritos de rabia respondían desde el barrio mayor de los judíos á los gemidos de las víctimas de la Alcana, y reclamaban del cielo venganza y maldición contra la reina. No menos animados de ira el alcalde mayor y demás magistrados partidarios de Samuel, habíanse reunido en la sombría cámara de Felipa Tellez con sus amigas las dueñas: todos maquinaban la perdición de la reina. Contábanse mutuamente lo que habían observado desde el punto de su entrada en la ciudad. Su conmoción al oír el nombre del gran maestro, su turbación cuando



éste apareció, su mútuo éxtasis, las apasionadas caricias que prodigaron al niño, todo lo notaban, á todo daban criminal interpretacion. La diablesca asamblea empleó gran parte de la noche en formar con el relato de todos estos hechos un escrito henchido de los mas acres venenos de la calumnia, que el alcalde mayor ofreció entregar al rey en propia mano.

Asi, pues, mientras que en torno de Blanca todo respiraba felicidad y regocijo, al otro extremo de la ciudad la sangre que corria á torrentes, las angustias de la desesperacion, de la agonía, y las imprecaciones del odio, protestaban á gritos contra su triunfo. Con tan funestos auspicios entró Blanca por primera vez en el palacio de los soberanos de Castilla, y comenzó su brevísimo reinado. ¡Ah! no mintieron, no, tales presagios.





---

**CAPITULO XV.**

---

**A**DMIRÁBASE Castilla de la inaccion de los confederados. Sus fuerzas reunidas componian un formidable ejército de mas de doce mil peones y siete mil caballeros, lanzas castellanas ó ginetes. Habiendo llegado á Medina del Campo la víspera del dia en que Hínestrosa sacó á la reina de Arévalo, situado cuatro leguas mas allá hácia el lado de Toledo, pudieron perseguirle y alcanzarle antes de que tocase á la capital. Al menos parecia probable que al saber la inesperada libertad de Blanca y la sublevacion de Toledo en favor de la *humilde demanda* corriesen allá y se apoderasen de ella. Este hubiera sido un golpe decisivo para el triunfo de su causa, y solo tenian que andar treinta y cinco leguas, sin mas obstáculo que la fortaleza de Avila, colocada á la mitad del camino, de la que bien podian apartarse. El rey se habia encerrado en ella con qui-



nientas lanzas á lo mas, aguardando impaciente los trescientos hombres de armas del comendador de Hínestrosa, pues entonces no le era dado contar con ningun otro recurso.

Sin embargo, tres semanas habian pasado despues de los acontecimientos de Toledo, y los confederados continuaban pasivos en Medina del Campo.

Pronto se supo la causa de esta inconcebible inmovilidad. El señor de Alburquerque habia caido enfermo de mucho peligro. Al colocarle Trastámara al frente de la confederacion con el título de gran canciller, solo habia sido su intencion lisonjear el orgullo de este ambicioso, cuyos inmensos tesoros eran indispensables para el buen éxito; pero contaba con ser el verdadero gefe de la empresa, enteramente militar, por la fama que tenia de primer capitán del reino. Burló este cálculo la habilidad de Alburquerque, y Trastámara reconoció, con amargo despecho, que él propio se habia dado un señor. No sufría el gran canci-



ller que se tomase resolución alguna, ni la menos importante en apariencia, sin aprobación del consejo general de los ricos-hombres y caballeros, sobre los cuales le aseguraban sus riquezas ilimitada influencia. Deliberábase en él según las fórmulas usadas en la asamblea de las cortes, y todo se resolvía por la mayoría de votos, de que era dueño.

Sorprendido por la dolencia en medio de la carrera de sus triunfos, convocó el consejo en su habitación. Desde el doloroso lecho en que yacía, débil y casi sin poder articular, dirigió con apagada voz á los gefes del ejército la invitación de deliberar, como de costumbre, en su presencia, añadiendo que Ruy-Díaz Cabeza de Vaca, su mayordomo mayor, tomaría la palabra por él y hablaría según las instrucciones que le había comunicado. En vano se opuso Trastámara á semejante novedad, que fue adoptada por todos los caballeros, ganados de antemano, y que por otra parte temían el dominador espíritu del conde.



Resolvióse, pues, en la misma sesión que el ejército permanecería en Medina del Campo hasta el restablecimiento del señor de Alburquerque. Poco tiempo después llegaron el gran maestro de Santiago con sus caballeros y don Fernando de Castro, seguido de sus vasallos, que venían el uno de Toledo y el otro de Galicia á reunirse con los confederados. Estos dos héroes de la rebelión reforzaron el partido del gran canciller contra el conde de Trastámara, pues don Fadrique echaba en cara á su hermano el sacrificio de los intereses de la reina Blanca á su propia ambición, y don Fernando no podía tolerar que el conde se negase á reconocer los derechos del infante de Portugal al trono de Castilla.

En tanto comenzaba á calmarse el mal de Alburquerque; ya había recobrado el convaleciente bastante vigor para dirigir por sí mismo las tempestuosas discusiones del consejo, que continuaba reuniéndose en su habitación. Al mismo tiempo pasó casualmente por Medina el famoso mé-



dico romano Paolo, y se presentó al conde de Trastámara, á quien en otra época conoció en Sevilla. Encontráronle aquella misma mañana varios gefes del ejército que eran sabedores de su habilidad, y ofrecióles curar en un solo día la enfermedad del gran canciller por medio de una composicion de jugos de yerbas, respondiendo de su específica virtud. Hablaron de ello al señor de Alburquerque; quiso probar el remedio, y el médico romano se lo administró al momento, con la recomendacion de que se le dejase descansar toda la tarde. Pasadas algunas horas experimentó el enfermo agudísimos retortijones. Corrieron á buscar al doctor, pero se supo que al salir de la casa de Alburquerque habia montado en un caballo árabe de incomparable ligereza, y desaparecido de la ciudad.

Fue general la alarma, y aun mayor poco despues cuando hallaron al enfermo acometido de dolores los mas atroces, y lanzando lastimosos gritos. No se dudó ya de que estaba envenenado; mas como se ig-





noraba la naturaleza del tósigo que devoraba sus entrañas, todos los medios que se emplearon para neutralizarlo solo sirvieron para agravar el mal. Convocóse el consejo sin pérdida de tiempo, y Ruy-Diaz á la cabecera de la cama de Alburquerque le sostenia la cabeza y recojía las palabras que murmuraba entre gemidos. — Señores ricos-hombres y caballeros, dijo Ruy-Diaz con gravedad, yo repito las propias palabras del conde de Alburquerque mi señor y dueño, de quien soy vasallo.

Y luego añadió con tono vehemente, señalando á Trastamara: — Muero envenenado, y ese es mi asesino.

— Mentís, exclamó Trastamara. Juro delante de Dios que es una calumnia abominable: lo sostendré con mi cuerpo contra quien se presente para acusarme de un crimen que detesto y aborrezco, y apelo al juicio de Dios.

— No me presentaré yo, dijo don Fernando de Castro. Aunque no soy afecto á mi primo de Trastamara, le creo



incapaz de tal delito. Además de esto, un escudero mio que llegó ayer de Avila vió dias pasados que Maese-Paolo salia de la casa de don Pedro, vuestro rey, que ya no lo es mio. A este acuso de envenenador del señor de Alburquerque. ¡ Castilla por el infante de Portugal!

— ¡ Castilla por la reina Blanca de Borbon! replicó con voz de trueno don Lope de Avendaño. Declaro que tengo al conde de Trastamara por inocente de la maldad que se le achaca.

A la voz de don Lope se unieron otras veinte, y mientras los caballeros votaban tumultuariamente en favor de este dictámen, se prodigaban al moribundo brebages dulcificantes que al fin templaron algun tanto la vehemencia del mal.

Iban todos volviendo á sus asientos, cuando apareció en la cámara don Martin, y se dirigió rápidamente hácia el lecho de su padre, delante del cual se arrodilló. — Señor y padre mio, dijo besándole respetuosamente la mano, Dios y todos los santos aparten de vuestra cabe-

:



za venerable el peligro que la amenaza. Sea quien fuere el cobarde que os envenenó, á mí me toca castigarle y vengaros; juro cumplir este deber.

— Martin, hijo mio, respondió Alburquerque con voz apenas perceptible, siento que la muerte se acerca, y los momentos son preciosos; no hablemos ya de venganza, al menos contra ninguno de los caballeros presentes, y me retracto de cuanto dije con respecto al conde de Trastamara.

— ¡Trastamara! exclamó el jóven mirándole con horror; ¿sería él?...

— No, respondió el gran maestro de Santiago; se sospechó de mi hermano injustamente: tu padre lo reconoce: escúchale.

— Sí, presta la mayor atención á mis últimas palabras, repuso Alburquerque; tambien vosotros, ricos-hombres y caballeros, acercaos y escuchadme. Yo soy aun vuestro gefe; yo he recibido vuestros juramentos. Quiero y mando que mi muerte en nada altere la comenzada em-



presa. Yo soy el nudo que os enlaza unos á otros, y por decirlo así, formais un solo cuerpo animado por la misma voluntad: si falta esta unidad todo se pierde. ¿Qué importa mi muerte si revivo todo entero en la persona de mi único hijo don Martin? Sea él vuestro gefe, nombradle al momento en mi lugar gran canciller de la *humilde demanda*.

— No, padre mio, dijo don Martin con fuerza. Yo no puedo...

— ¡No puedes! interrumpió indignado Alburquerque.

— No, señor y padre mio, replicó el jóven en tono resuelto y respetuoso; vos me habeis dado un destino que ya no os es posible variar. Dísteis en rehen al rey don Pedro este hijo único, del cual pretendéis aun disponer hoy dia. Mi persona no es ya vuestra, y mi vida es suya, pues á vueseñoría no plugo guardar los juramentos de que mi cabeza era garante. Yo tambien he prestado un juramento, y sabré cumplirlo. Este es el de volver á ponerme en manos del rey, á



quien me entregásteis, sino doy cabo á la mision de que me ha encargado y que aquí me trae.

— Don Martin habla como leal caballero, dijo el gran maestro de Santiago, y no podemos menos de aprobar sus sentimientos y su resolucion.

— Sí, sí, gritaron todos los caballeros.

— ¿Y cuál es tu mision, don Martin? preguntó Trastamara con altivez.

— Vengo, respondió, á intentar volveros á todos á la obediencia que le debeis.

— Anda, pues, repuso el conde en tono de desprecio, vuelve á tu dueño, y dile que, á falta del señor de Alburquerque, la confederacion de la *humilde demanda* no carecerá de gefe tan ardiente como él para dar cima á nuestra empresa.

— Pero ese gefe no serás tú, dijo Alburquerque, cuyos dolores acababan de renovarse con mas violencia que nunca.

Revolcóse un momento sobre la cama agitado de horribles convulsiones. En este punto entraron dos religiosos y un no-



tario. -- Venid, les gritó, venid, padres  
 míos, bendecidme, confesadme... ¡perdó-  
 neme Dios!... yo imploro su misericor-  
 dia... No, no serás tú, conde de Trasta-  
 mara. Tampoco tú, Martín, hijo indigno  
 de mi sangre... Ninguno de vosotros, ca-  
 balleros... ninguno... Yo solo, solo hasta  
 el fin seré el jefe de la empresa... ¡Oh  
 Dios, qué horribles dolores! Mi alma,  
 ya lo sé, va á huir de mi cuerpo, pero  
 mi cuerpo quedará aquí con vosotros...  
 Notario, ponte ahí y escribe. ¡Ah! re-  
 verendos padres, rogad por mí... yo me  
 abraso... Todos se acercaron á su cama;  
 la crisis fue violenta, pero corta, y des-  
 pues de haber tomado sin intermision va-  
 rios brebages, añadió con voz lánguida: --  
 Escribe, notario; el mal me da alguna  
 tregua. Escribe: "Este es mi testamento.  
 Confío en depósito todos mis bienes, mue-  
 bles, tierras, castillos, villas, lugares, y  
 mis derechos de señor sobre todos mis va-  
 sallos, á los caballeros confederados para  
 la *humilde demanda*. Con la condicion de  
 que hasta el término de esta santa em-



presa los dichos caballeros continuarán obedeciendo las órdenes y reglamentos que he hecho y publicado como á gefe. Mientras no quede consumada, los dichos caballeros conservarán mi cuerpo consigo, y llevado en hombros de mis vasallos, estará siempre á la cabeza de mis compañías en la batalla, y asistirá al consejo, honrado de todos como si viviese. Ruy-Diaz sellará con mi sello todos los actos, y hablará por mi cuerpo en las asambleas. Quiero y mando que mis restos no vuelvan á la tierra sino despues del triunfo de la *humilde demanda*, y solo entonces entrará mi hijo don Martin en posesion de mi herencia. Antes no.”

— Dame para que yo firme, notario.

Tomó Alburquerque la pluma con mano trémula, y escribió su nombre en la parte inferior del pergamino. Ruy-Diaz aplicó el sello de la casa de su amo y el de la confederacion.

— Padres míos, prosiguió el moribundo con voz cortada por el hipo de la agonía, y dirigiéndose á los dos frailes,



abrid vuestro misal por donde esté el evangelio. Ahora venid todos, ricos-hombres y caballeros, jurad respetar y hacer cumplir mi voluntad postrera espresada en este testamento.

— Lo juramos, gritaron todos, excepto Trastamara.

— *Nunc dimittis servum tuum*, murmuró Alburquerque santiguándose con fervor. Voy á espirar... pero no moriré para vosotros... No, no quiero morir mientras que... no puedo mas...

Absolviéronle los religiosos y le exortaron, recitando despues los salmos de la penitencia acercando un crucifijo á sus apagados ojos. Los caballeros se arrodillaron uniéndose cordialmente á las oraciones de los frailes. Al cabo de algunos minutos, y despues de nuevas convulsiones, lanzó Alburquerque el último suspiro. Don Martin le cerró piadosamente los ojos, y cubrió con un velo el horrible y descompuesto rostro del cadáver.

Entonces Ruy-Diaz dijo en alta voz:  
— Señores ricos-hombres y caballeros, yo



hablo en nombre del conde de Alburquerque mi señor y dueño, de quien soy vasallo. El consejo de esta mañana está concluido. Retiraos, y volved todos esta tarde á la hora de nona para deliberar en mi presencia lo que mas convenga al buen éxito de nuestra santa empresa: señores ricos-hombres y caballeros, id con Dios.

Levantáronse todos, y respondieron como tenían de costumbre: -- Quedad con Dios, señor conde de Alburquerque.

Quedábase don Martin junto al inanimado cuerpo de su padre, y de rodillas entre los dos religiosos, que rezaban por el alma del difunto, y díjoles Ruy-Diaz: -- Reverendos padres, y vos, señor don Martin, id á terminar en la iglesia las oraciones que intenteis elevar á Dios, y permitid que yo me ocupe aqui de los negocios del conde mi señor, de quien soy vasallo.

-- De quien *erais* vasallo, Ruy-Diaz, respondió el jóven con fiereza; y ahora lo *sois* mio. Yo os mando que deis fin á este pueril é impío juego...



-- Señor, repuso el anciano en resuelto tono, los juramentos que se prestan sobre el evangelio son piadosos y respetables; yo acabo de hacer también el de continuar honrando este cuerpo, como si su alma inmortal no estuviese de él separada; el conde de Alburquerque mi señor vive para mí todavía. Animado de su espíritu, hablo y mando en su nombre. Acudid, don Hernan Hernandez, continuó llamando al guarda mayor, jefe de los alabarderos del conde.

Presentóse el caballero inmediatamente. -- Don Hernan, le preguntó Ruy-Diaz, ¿has olvidado el juramento con que acabas de obligarte?

-- No señor; y lo cumpliré.

-- ¿Reconoces este sello venerable que hace veinte años custodio en esta caja de plata? ¿este sello, cuerpo místico de mi señor, palabra muda y absoluta á la que no resiste ningun vasallo sin hacerse reo de rebelion?

-- Lo reconozco, señor Ruy-Diaz.

-- Y ahora que reverentemente lo



pongo en mi cabeza, ¿quién te habla por mi boca?

-- Aguardo las órdenes del muy alto y poderoso conde don Alfonso, señor de Alburquerque, mi dueño, respondió el caballero inclinándose.

-- Pues bien, don Hernan, prosiguió Ruy-Diaz ahuecando la voz, yo te mando que hagas salir de esta cámara á mi hijo Martin, y obligues á estos reverendos religiosos á que vayan á continuar sus oraciones en la iglesia, pues me urge ocuparme en los negocios de la santa empresa que he jurado llevar á término.

Salió don Martin con el pecho lleno de indignacion, y siguiéronle los religiosos cabizbajos. Halló en la puerta al gran maestre de Santiago, que le aguardaba.-- ¡Y qué! le dijo colérico, ¿tambien tú, don Fadrique, te has prestado á indigna profanacion? ¿te someterás á las mentidas órdenes de este cuerpo sin vida? ¿reconocerás como gefe en la guerra y el consejo á un cadáver que ya devoran los gusanos?



— Sí, respondió el gran maestro, continuaré obedeciendo la voluntad del alma enérgica que animaba poco hace ese cadáver. El anhelo de tu padre era el triunfo de Blanca; ese es el mio y el del mayor número de nuestros amigos. Pero el conde mi hermano aspira al supremo mando para apoderarse de la corona; don Fernando de Castro para dársela al infante de Portugal; la Cerda para recobrar la herencia de su suegro Fernandez Coronel; los infantes de Aragon lo miran como un paso adelantado hácia el trono. Tú mismo reclamas los bienes de tu padre para arruinar la empresa de la *humilde demanda*. El logro de cualquiera de estos proyectos seria funesto á la causa de Blanca...

— No el mio, amigo don Fadrique, interrumpió el heredero de Alburquerque; tú, tus imprudentes amigos son los que empujan á la desdichada hácia el precipicio. Vosotros la proclamasteis soberana con exclusion del rey; esta falta le ha devuelto muchas ciuda-



des y villas, sin contar á Toro, que la reina no ha dudado entregarle, y donde ahora se halla. Atemorizados con la idea de pasar á su yugo, se han declarado por el rey millares de caballeros. La mayor parte de estos estan reunidos en Toro, entre ellos los Guzmanes, los Toledos, los Mendozas, los Osorios, los Sandovalés, y cien otros no menos considerables.

-- Y los Alburquerque tambien, añadió el gran maestre, pues ya debo contacte entre los enemigos de la desdichada Blanca.

-- ¡ Ah! ¡ qué error el tuyo, don Fadrique! ¡ no sé ya que protegió á mi hijo con ternura maternal? Esto solo bastaria para que yo la amase, aun cuando su desgracia y su inocencia no me inspiraran el interes mas tierno. Pero amigo, es fuerza decírtelo. Blanca ha de renunciar para siempre la corona de Castilla...

-- ¿ Acaso por el nuevo matrimonio del rey con doña Juana? ¡ Cómo! don



Martin, admities tambien tú esa vaga opinion de sus enemigos...

-- No, Fadrique, pero hay otro impedimento mucho mas positivo.

-- ¿Y cuál?

-- No puedo decirlo, y algun dia lo sabrás. Sin embargo, siempre repetiré que el honor y la seguridad de Blanca le mandan volver á Francia. Tú mismo deseabas que adoptase este partido...

-- Y lo deseo todavia; pero hoy mejor puede llamarse prisionera que reina de los toledanos. ¿Qué haremos?

-- Bástame, amigo Fadrique, respondió consolado don Martin, que tu resolucion y la de Blanca sea la misma que me manifestásteis el dia de nuestro encuentro en el bosque del soto junto á Toledo, pues la paz general, su felicidad, la tuya, todo estriba en esta sola condicion. Yo he venido encargado por el rey de proponer á los confederados una entrevista para convenir en los medios de pacificar el reino. Habíame autorizado á ofrecer la separacion de todos los Padillas y de



Samuel Leví si mi padre consentia por su parte en retirarse á sus estados de Estremadura. La muerte acaba de resolver esta cuestion; el rey, previendo el suceso muy probable á mi salida de Toro, me declaró que este en nada mudaria su resolucion, y que estaba en ánimo de restituir á los gefes de los confederados los empleos y dignidades que obtenian en la casa real, y en el gobierno; en fin, que perdonaria lo pasado, pidiendo solamente que Blanca de Borbon volviese á Francia, y se licenciassen las compañías levantadas por los señores desde el principio de la *humilde demanda*.

— Amigo, repuso el gran maestro, yo te respondo de que semejantes proyectos de acomodo no hallarán obstáculo por parte mia y de la reina. Yo ansío verla segura en la corte de Francia, y mi designio es abandonar para siempre á Castilla, yendo á ofrecer mi espada al rey Juan, y naturalizándome en su reino.

— De eso mismo aguardo mi felici-



dad, dijo suspirando don Martín; es fuerza que yo huya este país. El aire que María respira es un veneno mortífero que alimenta mi funesto amor: confío que la ausencia sanará la llaga de mi corazón. Al punto que me halle libre iré á buscaros á Francia, adonde seguirá á la reina mi prima Margarita, mi prometida, la jóven pura y virtuosa que tanto me ama, y á quien tanto quisiera amar. La justicia del cielo, que le es deudora de la felicidad, me volverá digno de ella, y nuestra union colmará sus deseos y los míos... con tal que, añadió con los ojos mojados de lágrimas, mi mal no proceda de algun encanto mágico, y lo temo mucho...

— Amigo Martín, dijo el gran maestro, no pensemos mas que en la ejecución de nuestro proyecto de abandonar este país con Blanca y Margarita. Voy á anunciar á los gefes del ejército el pacífico mensaje que nos traes; esta tarde te presentarás al consejo...

— ¡Al consejo! repitió don Martín



con el acento del horror. ¡Al consejo presidido por el cadáver de mi padre!...

— Vaya, pues, repuso el gran maestro, yo me encargaré de hacer esta declaración á los caballeros reunidos. Los de Toledo y Santiago me son afectos; puedo contar con el mayor número de los demas, y Ruy-Diaz, que anhela sinceramente la paz, prestará al cuerpo de tu padre palabras favorables á nuestro designio. Voy inmediatamente á disponer lo necesario para asegurar el feliz éxito.

Todo salió á medida del deseo del gran maestro, que concluido el consejo fue á llevar á don Martin, que le aguardaba en su casa, una carta firmada por todos los confederados, incluso el señor de Alburquerque, cuyo nombre habia escrito Ruy-Diaz; declaraban al rey en los términos mas respetuosos que dentro de tres dias se hallarian acampados junto á Morales, villa distante dos leguas de Toro en las márgenes del Duero, y que allí aguardarian las órdenes que pluguiese á su alteza darles para arreglar los fór-



mulas y designar el sitio de la entrevista que se dignaba proponer á sus fieles vasallos.

Abrazáronse cordialmente los dos amigos, y montando á caballo don Martin, tomó el camino de Toro con sus hombres de armas.

**FIN DEL TOMO TERCERO.**







*El Primogénito*  
**DE ALBURQUERQUE.**



otimopnis 2 B

DE ALBUM QUERQU.





**EL PRIMOGÉNITO**

*de*

**Albuquerque.**

POR

**DON GREGORIO PEREZ  
DE MIRANDA.**

---

**TOMO IV.**

---

**MADRID.**

IMPRENTA DE REPULLÉS. — ENERO DE 1834.



EL PRIMOGENITO

de

Alfonsos

por

DON GREGORIO PEREZ

DE MIRANDA.

TOMO IV.

MADRID.

IMPRESA DE BAYONA. — Año de 1851.



---

---

# EL PRIMOGÉNITO

DE

Alburquerque.

~~~~~

## CAPITULO I.

---

**A**SUSTADO el rey de la sublevacion de los toledanos y de la pérdida de su capital , que arrastró consigo la de otras muchas ciudades, habíase visto reducido á implorar el auxilio de su madre , á quien detestaba. Pero como poseía la inespugnable fortaleza de Toro , se acogieron á ella varios grandes señores , que vacilaban en unirse con los confederados y resolvieron seguir la próspera ó adversa fortuna de la altiva doña María , y cuando los toledanos proclamaron la soberanía de Blanca de Borbon, con exclusion del rey, hízose Toro centro de un partido muy



considerable. Sin embargo, los caballeros que lo formaban no consintieron en usar sus fuerzas é influjo para disolver la confederacion si don Pedro no se obligaba por su parte á separarse de María y desterrar de la corte á los Padillas y al judío Samuel.

Hizo el rey cuantas promesas le exigieron; y para empezar á cumplirlas abandonó á María y á sus favoritos en el castillo de Urueña, donde entonces se hallaba con ellos, situado á tres leguas del norte de Toro, y vino á esta ciudad, entregándose á la reina y sus amigos. Reducíase su comitiva á los oficiales indispensables para el servicio de su persona, y sus tropas, en número de ochocientos caballeros, estaban capitaneadas por don Martin. El gran canciller y Benavides constituían el consejo.

El rey, hasta entonces tan impetuoso, se mostraba apacible y resignado. Vivía devotamente en el convento de los Dominicos, asistia á los divinos oficios, y no se entregaba al placer de la caza sino



(3)

con visible moderacion. Solo hablaba del designio de reformar sus costumbres, de mantenerse en adelante en buena inteligencia con sus grandes vasallos, y de ocuparse esclusivamente del gobierno de sus pueblos, á los cuales queria hacer dichosos. Ni una sola palabra de María de Padilla, ni asomo de nuevo amor. La reina madre y los caballeros le creían convertido sinceramente; pero don Martin pensaba que el miedo solo habia logrado vencer un genio hasta entonces indomable, y que á falta de otros medios, este solo bastaba para el establecimiento de un orden de cosas tan sólido que no pudiesen turbarlo en lo sucesivo las pasiones personales de don Pedro. Instruido por otra parte de su secreto enlace con María, que acabaca de darle un hijo, no dudaba don Martin que volveria á reunirse con ella asi que las circunstancias dejasen de ser tan inminentes.

Benavides, que nunca habia querido al rey, despreciaba su carácter; pero persistia en la constante idea de que la

:



usurpacion de Trastamara, que no podia tener efecto sin violencia, necesaria, para sostenerse, de tiranías y cadalsos, siendo inagotable fuente de intestinas divisiones y de guerras estrangeras. Su ardiente amor al bien público fue el único móvil para que el virtuoso Benavides trabajase con todo el empeño del espíritu de partido en asegurar las riendas del poder en las manos de un rey cuya persona estaba muy lejos de estimar.

Pasados algunos dias, el desprecio hizo lugar á mas enérgico sentimiento. En Avila sorprendió al rey en conferencia secreta con el doctor romano Maese-Paolo, y hallábase tambien en Urueña, dentro de la cámara de don Pedro, cuando el propio médico se presentó de vuelta de Medina del Campo. La premura del rey por encerrarse con este hombre, y la viva satisfaccion que resplandecia en sus ojos despues de la secreta conferencia, debieron despertar las sospechas de Benavides, que no pudo menos de ver confirmadas en el hipócrita dolor de don Pedro al re-



ferirle don Martin el fin trágico de Alburquerque. Su odio violento al gefe de la rebelion, las incalculables ventajas que sacaba de la muerte de un enemigo tan poderoso, la natural vehemencia de su temperamento, todo presagiaba que las nuevas de Medina transportarian de júbilo su alma vengativa. Asi lo aguardaba Benavides; pero nada de esto sucedió; por el contrario, el rey manifestó sorpresa, afliccion, y aun llegó á mezclar sus lágrimas con el llanto que arrancaba á don Martin el recuerdo de los dolores de Alburquerque. Esta afectacion pareció altamente sospechosa al justicia mayor, el cual á la mañana siguiente vió sobre la mesa del gran canciller el despacho de contador mayor de la casa real estendido á favor de Maese-Paolo, y el acto de donacion de una tierra de cien mil maravedís próxima á Sevilla.

No era ya posible dudar de que don Pedro fuese el asesino de Alburquerque, y tan magníficas recompensas el premio de la derramada sangre. Desde entonces



Benavides solo sintió aversion, y aun horror, al falso carácter y cruel corazón de este mal rey. Pero fiel á sus principios, independientes de toda cuestión personal, continuó en la persuasión de que el poder establecido y fundado en un derecho incontestable seria siempre una prenda de seguridad pública mas firme que ninguna de aquellas que la rebelion pretendia sustituirle. Convencido ademas, como don Martin, de que las lecciones de lo pasado no se habrian perdido para los consejeros de la corona, discurria que en adelante el solo miedo les contendria, lo mismo que á su dueño, en los límites de la justicia. Por estas consideraciones resolvió Benavides no participar á su buen amigo el funesto secreto que acababa de sorprender, y continuar concurriendo con todos sus esfuerzos al triunfo de la causa real. Declaróle únicamente con toda formalidad que al punto de disolverse la confederacion y restablecerse el orden abandonaria para siempre el reino de Castilla, yéndose con él á Francia.



Tres días despues de la llegada de don Martin, una mañana al salir el sol se presentó un heraldo anunciando al gran canciller que los confederados habian llegado por la noche á Morales, donde aguardaban las órdenes del rey su señor. Respondió don Pedro que saldria de Toro á la hora de prima con cincuenta caballos armados de corazas y espadas, pero que ninguno llevaria lanza sino él solo. En consecuencia mandó á los confederados que partiesen de su campo á la misma hora en número igual y con las propias armas para encontrarlos en la aldea de Tejadillo, á la mitad del camino entre Morales y Toro. Hizo el rey este corto viaje de una legua á la cabeza de los grandes señores que el crédito de la madre habia reunido bajo sus banderas: don Martin y Benavides formaban parte de la noble escolta. Al llegar junto á Tejadillo vió en la llanura venir hácia él por la ribera del Duero los cincuenta diputados de la confederacion, á caballo, sin lanzas, y con las espadas envainadas; pre-



cediales un ataúd que se iba acercando lentamente traído en hombros de seis heraldos magníficamente vestidos. Sobre el paño funerario que lo cubría descollaba una corona de conde cuajada de pedrería, y la cinta roja de la orden de la Banda. Dos escuderos caminaban delante, trayendo el uno el estandarte y el otro la caldera, insignias de la dignidad de ricohombre; cuatro caballeros á pie y armados de punta en blanco sostenían los extremos del fúnebre paño. Ruy-Diaz Cabeza de Vaca cabalgaba á la derecha del cuerpo, y á la izquierda venía un page trayendo la espada, lanza y escudo del difunto. Asombrado el rey suspendió su marcha, y el ataúd se detuvo á diez pasos de él. El conde de Trastámara, el gran maestro de Santiago, el príncipe de la Cerda, los infantes de Aragón y los dos hermanos Castro se colocaron en una misma línea detras del ataúd, y algo mas adelante del resto de los confederados.

— ¿Para qué ese muerto? preguntó el rey perdiendo el color.



Don Martin no estaba menos conmovido, pues no pudo creer que los caballeros llevasen hasta tal grado de escrúpulo la ejecucion de la postrera voluntad de su padre, especialmente en la solemne ocasion en que se trataba de una paz. En efecto, cuanto recordaba la memoria de la ambicion de Alburquerque no podia menos de indisponer al rey y reanimar sus ideas belicosas. Al menos asi interpretaba don Martin la violenta agitacion de don Pedro, que Benavides observaba con atentos ojos.

— ¿Para qué ese muerto? repitió temblando el rey.

— Es mi padre, señor, exclamó don Martin con voz colérica; mi padre, á quien unas manos sacrílegas...

— ¡Pero bien! ¿qué me quiere? preguntó don Pedro, cuyos dientes castañeteaban con fracaso. ¿Qué me quiere ese muerto? ¿Oraciones? Yo mandaré que se le rece en la iglesia de Santo Domingo. Quitadle... que lo aparten de aqui...

— No lo espereis, señor, repuso don



Martin ; no , no os concederán ni la ausencia de este lúgubre espectáculo. Mi padre mismo es quien...

— ¡ Tu padre mismo ! repitió el rey estremeciéndose de horror y con los ojos clavados en el féretro.

A vista de este espantoso desorden, hostigando Benavides su caballo, se colocó entre el rey y aquel aparato fúnebre, quitándole la vista de él. — Ricos-hombres de Castilla y de Leon , y caballeros todos, dijo en alta voz , el rey mi señor y vuestro contempla con disgusto que tantos príncipes, grandes y nobles hidalgos de sus reinos, la mayor parte á él unidos por los vínculos de la sangre , se hayan alejado de la corte y sublevado contra su autoridad , sin que hasta el dia ni todos juntos ni ninguno en particular haya dado á entender á su alteza la verdadera causa de todas estas turbulencias. Háblase de una humilde demanda , donde se exponen vuestros agravios. ¿ Y será justo quejaros de que no se haya atendido su razon , cuando no la habeis dado á cono-



cer? Por el amor de la paz viene hoy hasta vosotros, deseando escucharos con atenta intencion para satisfaceros. Hablad, príncipes, ricos-hombres y caballeros.

Y volviéndose Benavides hácia el rey prosiguió: — Señor, ¿no me habeis mandado que diga cuanto he dicho? ¿No me habeis mandado hacer la declaracion que he hecho?

— Sí, respondió el rey.

Los seis primeros capitanes se manifestaban agitados y guardaban silencio. Adelantóse Trastamara para hablar, é imitaron los demas su movimiento. Hallábanse entonces agrupados delante del féretro, y Benavides se retiró. Los gefes de la confederacion acordaron en voz baja entre sí, que no habiéndoles dirigido el propio rey la palabra, convenia que ninguno de los principales capitanes respondiese: en consecuencia encargaron á un simple caballero el discurso de su contestacion. Estendióse el orador prolijamente, enumerando todos los motivos de queja de los confederados, y concluyó supli-



cando al rey que apartase de la corte á María de Padilla, á todos sus parientes, como tambien á Samuel Leví, y restituyese á su palacio, con todos los honores que su dignidad reclamaba, á la reina, su muger legítima, Blanca de Borbon. Hé aqui, continuó, lo que demandan estos ricos-hombres, príncipes, señores y caballeros, por sí y á nombre de todos los de la confederacion, prometiendo á este precio servir con humilde reverencia á vuestra real magestad, de quien son fieles vasallos y súbditos.

Volviendo entonces la cabeza el orador hácia los caballeros confederados, les preguntó si habia respondido segun sus intenciones.— Sí, gritaron todos á la vez.

El rey, á quien entonces ocultaban la vista del ataud de Alburquerque, y que habia recobrado su serenidad, les dijo: — Si asi es, no hay obstáculo que impida ponernos en buena armonía, pues quiero satisfaceros á todos.

— ¡A todos! repitió don Fernando de Castro en tono provocativo. Aun no te



he dicho yo la satisfaccion que necesito, rey de Castilla, que ya no lo eres mio...

— No, interrumpió don Pedro con afectuosa sonrisa; pero me lo dirás, Fernando, de quien siempre fui buen primo y quiero ser amigo.

— ¿Y pensais, señor, dijo la Cerda ásperamente, que basta para contentarme el lanzar á los Padillas de vuestro palacio?...

— ¡Oh! respondió el rey sonriéndose, bien sé que tú deseas aun mas su destierro de los estados y castillos de tu suegro Fernandez Coronel. De esto hablaremos de tí á mí; calma esa terrible cólera, que sabré disipar enteramente. Mis primos, los infantes de Aragon, tambien tienen que hacerme sus confianzas particulares; y no estoy menos dispuesto á escuchar favorablemente las de mis buenos hermanos Trastamara, Fadrique y Tello. Tambien vosotros, oh vasallos fieles, que volveis á mí, me direis vuestros personales motivos de descontento...

— Ante todo la pública paz, dijo en



voz muy alta Ruy-Díaz mandando acercar el féretro de Alburquerque á dos pasos del rey.

— Quitad ese muerto, exclamó con el acento del terror. ¿Qué hace ahí ese viejo loco de Cabeza de Vaca entre estos príncipes y grandes señores?...

— Estoy aquí, replicó con arrogancia Ruy-Díaz, en nombre del conde de Alburquerque mi señor y dueño, de quien soy vasallo; él es quien por mi voz se dirige á vuestra alteza. A vosotros habla tambien el gefe de la santa empresa de la *humilde demanda*, ricos-hombres y caballeros, y se admira de que tan pronto hayais olvidado vuestro deber y sus derechos, fundados en los mas sacros juramentos. No ha mucho que vuestro orgullo repugnaba responder al rey nuestro señor porque habia echado mano del órgano de uno de sus oficiales para interrogaros acerca de los agravios del pais, y ahora estais todos, todos dispuestos á esponerle vuestras quejas personales. ¡Vive Dios! continuó el anciano con vehe-



mencia, el estandarte de Alburquerque, mi estandarte que estais mirando, ondea en el dia del combate sobre ocho mil lanzas, cuya irresistible fuerza puede hacer ó deshacer un rey. ¡Pues bien! traédselas una á una á mi fiel Ruy-Diaz Cabeza de Vaca, y su brazo septuagenario las arrojará hechas astillas á vuestros pies. ¿Pero qué esfuerzo humano lograria romperlas todas juntas?

— Ilustres compañeros, reunámoslas cada dia mas y mas; guardaos para esto de ningun tratado particular. Os lo aconsejo como amigo, y sino basta, os lo mando como gefe.

— Bien dicho, exclamó el conde de Trastamara mirando con ojos irritados á don Fernando de Castro y á la Cerda.

— Por lo que á mí hace, observó el mayor de los infantes de Aragon, en los tratados particulares veo una preparacion para la paz general y...

— Yo veo todo lo contrario, interrumpió el gran maestro de Santiago.

Contemplaba el rey con visible júbi-



lo estos primeros síntomas de division entre los confederados.

— Amigos , replicó Ruy-Diaz , no es este lugar para deliberaciones ; dejad que el solo conde de Alburquerque hable al rey nuestro señor...

— Insolente, dijo indignado don Martin, ¿no pondrás término á esta odiosa truhanería? Vuélveme el cuerpo de mi padre.

— Tu padre mismo es quien te habla , Martin , respeta su voluntad...

— Cumple la mia , vasallo rebelde. Yo soy tu dueño y señor : mi padre es muerto...

— No enteramente...

— Calla , mal cristiano , profanador impío. Ese cadáver me pertenece : ¿por qué lo guardas? Quiero depositarle en tierra sagrada y disponer sus honras. Vuélvemele.

— No , respondió el anciano lanzándole una mirada feroz. No lo lograrás antes del término que él mismo señaló. No ha abandonado el alma este cuerpo frio;



la veo, la oigo, está aquí, inspirando mi pensamiento y mis discursos; y si te maldigo, tu padre te habrá maldecido por mi boca. Y vos, gran rey de Castilla y de Leon, sabed que tambien os desprecia esta alma inmortal; vuestro orgullo y vuestro poder han venido á estrellarse contra un féretro. Ceded, que él no retrocede; ceded, que es depositario de sagrados juramentos recibidos por el cielo; ceded, que como el arca del Señor, es signo y prenda de la alianza entre Dios y un pueblo entero.

El espanto del rey iba creciendo durante este discurso de Ruy-Diaz, cuya vehemencia habia tambien impuesto á don Martin. — ¡Pues bien! tartamudeó don Pedro, consiento... concedo... habla, Benavides, participáales mi voluntad.

Elevando entonces la voz, dijo el justicia mayor: — Ricos-hombres, príncipes y caballeros, el rey nuestro señor os manda elegir cuatro diputados que enviareis mañana á hora de prima á esta aldea de Tejadillo; aqui encontrarán otros cua-





tro caballeros nombrados por su alteza para discutir con los vuestros las condiciones de un tratado definitivo y general que asegure para siempre la paz interior del reino. Señor, ¿he dicho lo que debía? ¿Es esta vuestra voluntad?

— Sí, respondió el rey con tono de desacuerdo y fijos los ojos en el féretro. Sí, lo quiero y lo mando... Yo soy su dueño y señor... Mi poder procede de Dios... Dios lo defenderá... He debido hacer lo que he hecho... Dios es quien me lo ha mandado.

Dichas estas palabras, que pronunció con voz cortada, volvió don Pedro su caballo repentinamente, y tomó á galope el camino de Toro. Los confederados, heridos de estupor, se disponían á volver á Morales. — No, señores, exclamó Ruy-Díaz, no, el conde de Alburquerque ha dicho que no retrocede. Ahora os lo repite: Aquí me quedo: levántense las tiendas; vengan mis compañías y las vuestras, y acámpense hoy junto á Tejadillo. Esta tarde presidiré el consejo, y



mañana marcharemos á Toro. Declaro á la faz del cielo que don Pedro me envenenó. Mude Dios el corazon del tirano, ó yo le precipitaré desde su trono al infierno.





---

## CAPITULO II.

---

**S**OLO un momento se detuvo en Toro el rey; despues de una breve conferencia con los Dominicos, sus huéspedes, prosiguió casi solo el camino de la villa de Uruña, distante pocas leguas, en donde habitaba María de Padilla. La reina madre y sus caballeros, indignados del abandono del rey y de su falta de fé, le dirigieron, aunque en vano, muchos mensajes para obligarle á volver, pero ni siquiera quiso recibirlos.

El dia siguiente, al salir el sol, se presentó ante las murallas de Toro el ejército entero de los confederados; Alburquerque, en su féretro, rodeado de la régia pompa que desplegaba en los dias de la mayor solemnidad, venia á la cabeza de sus imponentes fuerzas; y Ruy-Diaz en su nombre hizo que los heraldos intimaran al gobernador de Toro que abriese las puertas sin demora, si queria evi-



tar los horrores de un asalto. No titubeó la reina madre en enarbolar el estandarte de la *humilde demanda* y en asociarse, por medio de un tratado, así como todos los señores reunidos en la ciudad, á los confederados, á quienes se invitó en seguida á presentarse como amigos. No quiso Ruy-Díaz permitir á ninguno de los gefes que fuese delante de su dueño y señor, *de quien era vasallo*; y sosteniendo hasta el fin la dignidad del difunto, dispuso que los seis capitanes principales lo llevasen en hombros al alojamiento de la reina para firmar con ellos el tratado de alianza.

En efecto, cargado en los hombros del conde de Trastámara, del gran maestro de Santiago, de los dos infantes de Aragón y de los hermanos Castro, hizo su entrada triunfal en la ciudad conquistada el cadáver del gefe de la confederación, y fue conducido al convento de las Agustinas de la Magdalena, que habitaba la reina madre. Designáronle en seguida el mejor alojamiento de Toro, en el cual



cuidó Ruy-Díaz de que se le tributasen los mismos honores que durante su vida, y de convocar periódicamente el consejo, en el cual continuó hasta el fin hablando y mandando en su nombre.

De este modo se desvaneció la postrera esperanza del rey don Pedro. Faltábanle todos los apoyos á la vez, y su caída parecía inevitable. Don Martín y Benavides, enviados por la reina para ir á darle cuenta del último suceso, partieron de Toro el mismo día. — Amigo Benavides, le dijo don Martín en el camino, ¿no es espectáculo digno de lástima el del abatimiento de todos estos grandes señores, sometidos al imperio de un cuerpo muerto por efecto de una vil superstición?

— Los juzgais con escésiva dulzura, amigo mio, respondió el justicia mayor. Si estuviesen convencidos del sobrenatural poder que ese pobre insensato de Ruy-Díaz atribuye de buena fé al féretro de su señor, compadecería la debilidad de su espíritu, sin despreciar sus carac-



téres. Pero no sucede así: ni una supersticiosa creencia, ni el respeto mismo á sus juramentos les induce á sufrir sin resistencia las absolutas órdenes de ese cadáver que habla por boca de Ruy-Díaz. Pero este buen hombre, en su imprudente locura, ha ido mucho mas lejos que ninguno de ellos, y estendiéndose mas allá de la *humilde demanda*, ha declarado abiertamente la guerra al rey, y amenazado destronarle, acusándole públicamente de envenenador de vuestro padre...

— ¿Será verdad? interrumpió don Martín. ¿Ha cometido el rey un crimen tan infame?

— Yo, repuso Benavides con calma, me limito á repetiros que Ruy-Díaz le ha acusado de él públicamente ante todos los caballeros confederados, despues de contemplar el espantoso desorden de sus sentidos, y aun el extravío de su razon, al aspecto del lúgubre ataud. Ruy-Díaz hablaba como oráculo, cual si realmente le hubiese inspirado el alma del señor de Alburquerque, presente á su imaginacion,



y tambien en su nombre ha declarado el designio de precipitar á don Pedro de su trono. Nada habia que mejor pudiese li-sonjear las intenciones del ambicioso Trastamara; yo le he visto estremecerse de placer al escuchar por primera vez en voz alta el secreto anhelo de su alma. En efecto, el aparente gefe de la confederacion tomaba sobre sí solo la responsabilidad de esta empresa temeraria. Sus juramentos, que hubiera sabido despreciar si fuesen obstáculo á su designio, le sirven ahora de salvaguardia contra las consecuencias de un acontecimiento aventurado, pues suceda lo que quiera, él sabrá refugiarse á la sombra de la santidad de la fé jurada que le liga con su gefe. Este es el verdadero motivo de la obediencia, aparentemente servil, á las órdenes del espectro evocado por un viejo imbécil, que es el único que lo ha visto. Trastamara no se ha descuidado en dar el ejemplo de sumision; los demas, que nada temen tanto como la dominacion del conde, han aprovechado esta ocasion de robuste-



cer el imperio que les conviene dejar en manos de Ruy-Díaz en nombre de un fantasma, cuya sombra se desvanecerá al punto que deje de serles útil esta astucia.

— Dios sabe cuándo, dijo tristemente don Martín, pues ya no descubro el término de estas discordias sanguinarias, ni sé qué éxito puede razonablemente apetecerse.

— Yo, repuso Benavides, no titubeo en desear el que parece mas favorable al bien comun.

— ¿Y cuál es?

— El mantenimiento y firmeza del poder real en las manos de don Pedro.

— ¿Pero cómo? si todos los géneros de locura turban su estraviado espíritu; el amor, el odio furioso, una rabia sanguinaria, insaciable de venganza. Él es el asesino de mi padre...

— Estoy de ello convencido, don Martín.

— ¿Y quereis?...

— Quiero arrebatár á unos lobos voraces, aun mas hambrientos que él, la



presa sobre que intentan precipitarse para desgarrarla á dentelladas y repartirse los despojos. El poder que anhele restituir á don Pedro no es el de un tirano déspota, sino el antiguo y venerable poderío de los reyes de Castilla, apoyado, no en los castillos y compañías de algunos grandes vasallos, sino en la fuerza del pueblo y de las ciudades representadas en la asamblea de las cortes. Las alteraciones que esta institucion ha sufrido en el discurso de algunos años la han variado muy poco en la sustancia, y es muy fácil volverle todo su vigor. Este es mi plan, sencillo y de no difícil ejecucion.

— El rey no lo favorecerá, observó don Martin.

— El rey no tiene otro recurso, repuso Benavides, y no dudo que lo adopte con ardor, pues en otro tiempo le hice conocer este proyecto, que desbarataron Samuel y vuestro padre. El canciller, las mejores cabezas del consejo y la misma María están acordes con nosotros sobre este punto; en la actual situacion de los nego-



cios, no veo obstáculo al buen éxito de mi plan, y todo puede salvarse si vos me ayudais.

— ¿Yo, Benavides?

— Sí, vos, don Martin Gil de Alburquerque, que sois ahora el mas grande y poderoso señor del reino.

— ¿Dónde está mi grandeza, amigo mio? ¿dónde mi poder? Un criado retiene mi herencia, y ocho mil lanzas sostienen su insolente pretension.

— Esas ocho mil lanzas van á inclinarse mañana ante un rey prisionero que vamos á llevarles vos y yo, dócil y sumiso á la entera voluntad de los gefes confederados.

— Ya no os entiendo, Benavides.

— Mañana habrá triunfado la *humilde demanda*, don Martin. En presencia del rey vencido y puesto á su merced, satisfecha y calmada el alma del gran Alburquerque, mandará al fanático Ruy-Diaz que cumpla el juramento que hizo de conceder á sus restos el descanso de la sepultura. Entonces entrareis en posesion



de los inagotables tesoros que sostienen las compañías de los rebeldes, tomareis el mando de las vuestras, que componen la mayor fuerza del ejército de los confederados. Desde tal punto os responderé de todo. Yo sé cómo satisfacer la avidez de los infantes de Aragon, y cómo calmar el gran resentimiento de don Fernando de Castro. La reina madre, como ellos, no tiene sino miras personales é interesadas, y la reduciremos sin trabajo. Solo quedan entonces Trastamara y el gran maestro de Santiago...

— Amigo, interrumpió don Martin, nunca consentiré en separarme de don Fadrique. A nada me obligo tampoco si la reina y Margarita no logran su libertad, y si yo no alcanzo la de conducir las á Francia.

— Ese es el constante anhelo de mi corazón, don Martin, repuso el anciano. Despues de la felicidad de mi pais, lo que mas deseo es asegurar la vuestra y la de vuestros amigos. Ya os he dicho que mi designio es unirme en adelante á vuestra



suerte y seguiros á Francia. La persona del rey me es odiosa, y aunque pretendo volverle un poder establecido en sólidas bases, no desisto de la idea de desterrarme voluntariamente y de huir con vos del aborrecido asesino de vuestro padre.

— Vos lo sereis para mí, buen Benavides, y yo os guardaré hasta mi muerte el respeto y ternura de un hijo. Trabajemos, pues, de concierto en la ejecución de vuestro plan, y que el primer resultado de nuestros esfuerzos sea la libertad de doña Blanca y de mi prometida Margarita.

Acercábanse entonces á los muros de Uruña; y viendo al rey que salia á recibirles, suspendieron la conversacion para volar á su encuentro.

Instruido de la ocupacion de Toro por los confederados, y del abandono de su madre, el desesperado don Pedro se mostró tan vil en el infortunio como orgulloso é insolente en la prosperidad. Lloraba y pedia la vida como único favor; la seguridad de que seria respetada le vol-



vió la calma necesaria para escuchar las condiciones impuestas por los vencedores. Aceptólas todas sin la menor objecion, y María y sus parientes salieron al momento de Urueña con direccion á Segovia. En el discurso de la tarde, compadecidos don Martin y Benavides del estúpido abatimiento de don Pedro, le dejaron entrever la esperanza de un porvenir mas dichoso si queria obligarse sinceramente á no reinar en lo sucesivo sino por las leyes, y á confiar el ejercicio del soberano poder á hombres sabios, espertos é investidos de la pública consideracion. Reanimado por estas palabras, quiso el rey jurar sin demora á Benavides que se abandonaria ciegamente á sus consejos. — Mirad, le respondió el anciano, que ese juramento ha de ser para vos mismo y para vuestro propio interes, pues se trata del trono y de la vida. Facil es disolver una junta de rebeldes con la fuerza de las armas ó con la astucia; pero cuando la rebelion subsiste en los corazones renace mucho mas terrible, y entonces es



implacable. Solo hay un medio de vencerla, y este se logra satisfaciendo, no los insensatos y culpables deseos de los rebeldes, sino las necesidades efectivas del pais, cuyo justo descontento presta espantosa energía á la rebelion. Quitadles este apoyo; únanse los pueblos de Castilla con lazos de afecto y utilidad á la persona y poder de un rey justo y bondadoso; y entonces, ¿qué podrán contra él, no digo las ocho mil lanzas que encierran hoy los muros de Toro, sino cien mil otras que, como por encanto, brotasen repentinamente en las llanuras del reino?

— Prudente Benavides, respondió consolado el rey, vuestras palabras han llegado á mi corazon y convencido mi entendimiento. Dios se ha dignado abrirme los ojos: yo os seguiré á Toro, y me retiraré al convento de predicadores de Santo Domingo; alli aceptaré como penitencia para la absolucion de mis culpas las humillaciones y ultrajes que me preparan mis hermanos y mis grandes vasallos, suscitados contra mí por la supre-



ma voluntad. Aguardaré con paciencia la libertad que me inducis á aguardar; y si place al cielo que, con vuestro auxilio y el de mi fiel amigo Martín, recobre lo que he perdido, juro por la salud de mi alma no emplear mi cetro sino como buen rey y buen cristiano, segun vuestros consejos y los de las personas honradas que pongais á mi lado.

— Señor, dijo don Martín, un solo premio os pido por el ardor con que voy á trabajar en favor vuestro: este es la libertad de Blanca de Borbon y de Margarita de Lara, mi dama y señora, con quien tengo empeñada mi fé.

— Martín, repuso el rey con la mayor dulzura, tú me pides una cosa que está en tu mano. Blanca de Borbon es libre y dueña de sí misma; quiera el cielo que para la paz de este reino y nuestra dicha comun haga uso de su libertad retirándose á Francia.

— Ese, señor, es su designio; yo os doy mi palabra de caballero de que lo ejecutaré.



— Y yo, Martin, te doy la mia de no oponer á ello estorbo alguno aun cuando pudiera hacerlo. Perdónole con toda el alma los agravios que me ha hecho; perdono tambien á mi hermano don Fadrique, á Trastamara, á cuantos me han ofendido. Perdónenme tambien ellos mis defectos, y tenga Dios misericordia de mí. No quiero pensar ya sino en la obra de mi salvacion. Andad, fieles amigos, mañana os seguiré á Toro.

Todo sucedia á medida del deseo de Benavides. Sorprendidos y desconcertados los seis grandes capitanes con la pronta y entera sumision del rey, se vieron obligados por Ruy-Diaz y los demas confederados á proclamar el triunfo de la *humilde demanda*; el rey firmó con la mayor docilidad la vergonzosa capitulacion que les plugo imponerle. Repartiéronse las dignidades y empleos de la real casa y del estado, como tambien los gobiernos de las provincias y ciudades. Encargóse una diputacion de los caballeros de ir á Toledo á buscar á la reina Blanca de



Borbon, y de traerla en triunfo al lado del rey, que debia continuar habitando en Toro hasta la entera sumision del reino al nuevo orden establecido por la confederacion.

Arregladas todas estas cosas, pidió Alburquerque por boca de su intérprete que le llevasen á la iglesia para recibir los honores de la sepultura; y don Martin entró por último en el goce de su herencia.

En tanto el rey, fiel á su promesa, vivia en profundo retiro, encerrado en el convento de Santo Domingo, y practicando las mas duras penitencias. La dignidad de camarero mayor habia cabido al gran maestro de Santiago. Este encargo debia ponerle en continua relacion con el rey, y Fadrique, cuyo corazon no tenia hiel alguna, se proponia sacar partido de esta situacion para reconquistar el de su hermano. Pero fue forzoso renunciar á este proyecto. Don Pedro, tan bajamente sometido á los menores caprichos del partido vencedor, se negó obs-



tinadamente á ver á don Fadrique. En vano le manifestaron Benavides y don Martin la imprudencia de su tenacidad; no hubo medio de vencerla. — No, esclamaba con feroz desesperacion, la muerte, primero la muerte que este suplicio: perdono á Fadrique, ¿no es bastante? Por mas que hago y ruego á Dios, detesto al gran maestro, le aborrezco cada vez mas, y quien me obligue á verle me asesina.

Fue forzoso ceder á este ciego furor que amenazaba comprometerlo todo; y don Lope de Avendaño fue el encargado de desempeñar con el rey las funciones de camarero mayor. Este hombre duro é implacable aprovechó ábidamente esta ocasion de vengar sus antiguas injurias. Todo el dia en compañía de don Pedro, y durmiendo por la noche en su cámara, se complacia en abrumarle de ultrajes y humillaciones; seguía á la iglesia para burlarse de su hipócrita devocion, y muchas veces le detenía cuando iba á recibir los sacramentos, declarándole en alta voz impío y sacrílego.

:



Nadie entraba ya en el convento de los Dominicos. Benavides y don Martin habian sido de los primeros escludidos; y la misma reina madre, cansada de no ver á su hijo sino en presencia de don Lope, que tan indignamente le trataba, renunció enteramente al gusto de visitarle. En tal extremo, el confesonario del padre prior de los Domicos se hizo depósito de las secretas comunicaciones del rey con don Martin. Allí se negociaron los tratados particulares, por los cuales se obligaban los principales conjurados á retirarse de la confederacion, sin saberlo los unos de los otros, y bajo la garantia del nuevo señor de Alburquerque y Cea, que con sus grandes tesoros é inmensos estados salió fiador de las sumas estipuladas en estos contratos.

Dispuesto todo para la ejecucion del plan concebido por Benavides, propuso éste al consejo que permitiese en adelante algo mayor libertad al rey, y el inocente recreo de la caza, á vista de todos. Aplaudió la reina madre esta idea, que no tu-



vo mas contrarios que el conde de Trastamara y don Lope de Avendaño; pero á despecho suyo se aprobó la resolucion sin mas obstáculo. Dió el rey en el primer ensayo una prueba de su docilidad, resignacion y cumplida obediencia á las menores insinuaciones de sus guardas, y se le prometió concederle por segunda vez esta favorita diversion.

No mostró don Pedro priesa alguna para usar de este permiso. Sin embargo, pasados pocos dias amanecieron las orillas del Duero cubiertas de espesa niebla, y manifestó el deseo de aprovechar una circunstancia tan favorable para cazar, con halcones, los alcarabanes y garzas reales á la inmediacion del rio. Acogió la reina madre con placer esta demanda; y despues de avisados los principales señores de la corte, fue á buscar al rey al convento de Santo Domingo, acompañada de Trastamara y del gran maestro de Santiago. Hallábanse aguardando en las puertas de Toro los infantès de Aragon, los dos hermanos Castro, don Martin y Benavides, se-



guidos de un gran número de caballeros y de un tren considerable.

Después de una hora de caza estendióse la niebla por toda la llanura, y no tardó en hacerse tan densa que á poca distancia interceptaba la vista de los árboles. Don Lope de Avendaño y Trastámara se acercaban cada vez mas á su prisionero, que parecia exclusivamente ocupado del placer de animar á los cazadores en el descubrimiento de una pieza á la cual anhelaba echar el ave que tenia en la mano. Llegando apresuradamente don Fadrique junto á Trastámara, le detuvo un momento para hablarle de un negocio importante. Poco después, levantando su voz la reina madre á veinte pasos de distancia, llamó á don Lope de Avendaño. Resistíase á obedecer, pero don Fernando de Castro se lo llevó consigo, insistiendo en la necesidad de escuchar lo que la reina queria confiarle.

Apenas hubieron vuelto grupa, cuando don Martín dijo al rey en voz muy baja: — Señor, pronto será tiempo, y voy á restituiros la libertad; ¿me jurais no



atentar jamás contra la de Blanca de Borbon ni la de Margarita de Lara?...  
 — Te lo juro, Martin, respondió don Pedro precipitadamente.

— ¿Y permitirme que las vuelva con honor al territorio de Francia?

— Te lo juro, Martin.

— ¿Y conceder vuestra amistad á don Fadrique?

— Sí, te lo juro.

— ¿Jurais, replicó Benavides, gobernar como buen rey y hombre honrado?

— Sí, Benavides, lo juro.

— Respetar los fueros de las ciudades y provincias, observar religiosamente las leyes...

— Sí, lo juro ante Dios, que me escucha; partamos ya, no perdamos más tiempo.

— No basta, repuso vivamente don Martin; jurad sobre el fragmento de la verdadera cruz que traeis en vuestro escapulario, y recordad las imprecaciones de Fez-Alhamar contra el perjuro después de un juramento prestado sobre esta reliquia.



— ¿Qué exiges de mí, dijo el rey espantado mirando á Lope de Avendaño, que la niebla empezaba á ocultarle enteramente.

— ¿Os negareis? replicó Benavides; recordad que se trata de la vida ó de la muerte.

— No, no me niego, respondió el rey, pero no tengo aquí el escapulario, porque lo puse al cuello de mi hija Beatriz. Martin, dame el tuyo: en él juraré.

No tardó don Martin en presentarle la caja que traía siempre debajo de sus vestidos colgada de una cadena de oro; y el rey hizo en efecto los juramentos que sus libertadores exigian. Ya nada se veía en torno, tan denso era el vapor.

— Llegó el momento, dijo don Martin, seguidme.

Y oprimiendo al mismo tiempo los hijares de su corcel, partió con la rapidéz del rayo; el rey y Benavides se lanzaron en pos de él, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los tres atravesando la nube.



---

**CAPITULO III.**

---

**N**o hubo obstáculo á la fuga del rey, protegida por las compañías de don Martin, colocadas de trecho en trecho en el camino de Morales y mas allá hasta Tordesillas, por donde pasaron el Duero los prófugos. En todas partes hallaron caballos de refresco; y corriendo todo lo que restaba de dia y la noche entera, pudieron llegar á Coca la mañana siguiente. En este castillo, distante pocas leguas de Segovia, hallaron al comendador Hines-trosa, que vino de la ciudad al encuentro de don Pedro, con una tropa numerosa de hombres de armas de la guardia del rey.

Viéndose seguro, recobró el rey toda su audacia, y dió ensanche á unos sentimientos tan largo tiempo comprimidos. — ¡Estoy libre! exclamó al entrar en el salon del castillo; ¡libre y con mas poder que nunca! ¡Ah! vasallos rebeldes, pér-



fidios caballeros, miserables perjuros, no, no emplearé esta libertad, este poder que Dios os ha obligado á volverme, sino para perderos y aniquilaros á todos.

— ¡A todos! repitió don Martin petrificado; ¡y vuestros juramentos, señor! ¿los habeis olvidado ya?

— Me acuerdo, respondió el rey con el mayor orgullo, de los que me importa observar. Mi madre obtendrá doscientos mil maravedís, y la propiedad de las ciudades de Toro y Zamora con su territorio; el marqués de Tortosa igual suma y la ciudad de Cuenca; su hermano la misma cantidad y el castillo de Roa; el mayor de los Castros las ciudades de Tuy y Orense y el gobierno general de Galicia; don Alvaro su hermano el del reino de Leon. La Cerda nada, ya que tuvo la insolencia de pedirme los bienes que he dado á mi hija Beatriz. Bástanme los cuatro capitanes que he nombrado para el mando de mis mas numerosas y mejores compañías, que me traerán con las suyas y con todas las má-



quinas de guerra. Caeré sobre Toledo á la cabeza de estas fuerzas, y aguardo ver en breve destruidas hasta los cimientos las murallas de la odiosa ciudad, é inundadas con la sangre de sus habitantes. Y tú, Blanca, su reina, continuó con un movimiento de rabia, y tú, vil adúltera, infame prostituta, darás cuenta de tus delitos á un verdugo. Pagarás con la vida las de tantos millares de vasallos hebreos asesinados de tu orden, á tu vista...

— Blanca de Borbon no es rea de ese crimen, interrumpió don Martin con energía, ni tampoco del adulterio de que la acusan unos calumniadores abominables...

— ¡Qué es esto! exclamó el rey echando fuego por los ojos. ¿Ha salido otra vez de su tumba el señor de Alburquerque con otra *humilde demanda* en la mano? ¿ha renacido el rebelde en un hijo digno de él?

— No, señor, no soy rebelde, bien lo sabeis. No os presento una *demanda*, ni conviene la *humildad* á quien invoca la santidad del juramento pronunciado sobre la cruz del señor.



— Pero no sobre ésta, repuso vivamente el rey sacando de su seno el escapulario que dijo haber dado á su hija Beatriz. ¿No sabias tú, Martin, continuó con burlona sonrisa, que Dios no acepta sino los juramentos que hago sobre esta sagrada reliquia? Solo temo su justa cólera cuando infrinjo alguno de estos.

— Señor, dijo Benavides con severidad, si el temor de Dios no os contiene, considerad al menos que el interes de vuestra propia seguridad os aconseja no suscitar con la muerte de doña Blanca los horrores de una guerra estrangera.

— Sin embargo morirá, replicó el rey sofocado de furor, y su cómplice tambien. Suceda lo que quiera, me vengaré de Blanca y de Fadrique, á quien, si es posible, aborrezco mas que á ella. Él era quien animaba á aquel Lope que me dió por carcelero en Toro, cuando el miserable me abrumaba en mi carcel con tan crueles ultrajes, cuyo recuerdo hace aun palpitár de rabia mi desgarrado pecho. ¡Morirán, lo juro á Dios! morirán en el su-



plicio mas lento y doloroso; toda su sangre no basta para apagar la sed de venganza que me devora... Ven, Hinestrosa, ven; tú solo me comprendes y compadesces. Estos otros son servidores perversos, almas indignas, corrompidas con el veneno de la *humilde demanda*, falsos amigos, traidores... Ven, comendador.

Dicho esto, entró en su cámara con Hinestrosa.

— Benavides, dijo don Martin fuera de sí, hemos desencadenado un tigre.

— Es cierto, respondió el anciano con sombrío dolor. Me he fiado mucho en la experiencia de mis años; me he engañado; ¡y este error precipita á mi pais en un abismo de calamidades! Sí, Martin, hemos desencadenado un tigre.

— Le abandono, exclamó don Martin, voy á desnaturalizarme...

— Id, pues, ardoroso jóven, repuso Benavides con fuerza; huid un peligro harto inminente. Yo me quedo á sacrificar mi cabeza por la salud de Blanca, de Margarita y de don Fadrique...



— ¡Ah! también me quedo yo. Perdonad el involuntario arrebató de mi justa indignación. Pero, ¡ay! ¿qué esperanza puede quedarnos en favor de nuestros amigos?

— Unámonos estrechamente con María de Padilla...

— No... jamas... no puedo...

— Abjurad un odio indigno de vuestro pecho...

— Si la aborreciese, no vacilaria; iria á implorar por ellos... Pero verla... ¡Oh María!...

— ¿De qué nace esa turbación? ¿porqué os estremeceis? Si no es odio...

— Es amor, Benavides; un amor aun mas furioso que el del rey...

— ¡Infeliz! ella es su esposa.

— Ya lo sé. Pero fue mia antes que de él.

— Don Martin, ¿qué decís?

— La verdad. María se educó en el castillo de Alburquerque. Allí empezó nuestro amor en la niñez. La ví en Sevilla el dia de la exaltación de don Pe-



dro, y mi pasagero favor logró para Hinestrosa el gobierno de la ciudad de Leon. Pero ella no acompañó allá á su tio, segun los Padillas y mi padre mismo se lo han dicho al rey. Condujéronla al castillo de Sahagun, donde estuve yo desterrado por dos años...

— Ya lo veo todo, interrumpió Benavides frunciendo las cejas; ahora conozco el motivo de su temor en traeros á la corte, y despues el amoroso capricho que hizo desear tan ardientemente á esta culpable esposa la vuelta de su amante, que yo mismo le propuse... ¡Fui su juguete, y el instrumento de una intriga vergonzosa!

— No, Benavides; yo soy quien debe defenderla contra vuestro injusto resentimiento, y el honor me lo prescribe. María se muere de amor por mí; pero lo combate heroicamente. No ha querido verme sino esta sola vez, y el motivo que la decidió á ello hallará disculpa á vuestros ojos: era madre, y no podia dirigirse en la tierra sino á mí



para saber la suerte de su hijo. Este secreto...

— ¡Ah! dijo Benavides, déle Dios valor para ocultarlo eternamente, pues los furiosos zelos del rey no perdonarian á la madre, ni al hijo, ni á vos mismo...

— Engañado yo por la demencia de un anciano de Toledo, en cuyo poder estaba mi hijo, declararé á María que este habia muerto. Créelo aun, y no la desengañaré. Los dos huimos uno de otro, amándonos cada vez mas. Ya veis á qué peligros nos espondriais obligándonos á vernos en presencia del rey. ¿Cómo podria ella ocultarle su amor? ¿Cómo resistiria yo al placer de decirle que he encontrado á nuestro hijo, y que podrá todavia estrechar en sus brazos á nuestro Enrique?...

— ¡Enrique! repitió admirado Benavides: ¿no hablabais hace poco de la demencia de un anciano de Toledo? ¿Seria el platero Perez Cuellar?

— El mismo. ¿Por qué?

— ¿Dónde está ahora vuestro hijo?



-- En el alcázar de Toledo, bajo la proteccion de la reina Blanca.

-- ¿Es el mismo que don Fadrique llevaba en sus brazos al entrar en la catedral el dia de la rebelion de aquella ciudad?

-- Sí. El ciego Matías reconoció por la voz al gran maestro de Santiago; este amigo, á quien en el bosque de Saldaña encargué que entregase mi hijo Alfonso á Paloma, quien le dió el nombre de Enrique...

-- ¡Oh juicios de los hombres! exclamó Benavides con vehemencia; ¿y con signos tan equívocos he podido reconocer el crimen de la reina Blanca? Mi voto fue el que decidió su encarcelamiento como rea de alta traicion...

-- ¡Es posible! Benavides...

-- Sí; acusábala Samuel de adulterio; persuadió al rey, al gran canciller, á mí mismo, que el niño llamado Enrique era fruto de los incestuosos amores del gran maestro y de la esposa del rey su hermano. Parecióronme tan convin-



centes las pruebas que produjo, que yo juez los hubiera condenado al cadalso. ¡Y son inocentes!

-- Vamos, amigo, gritó don Martin entusiasmado, corramos á desengañar al rey...

-- Sí, replicó Benavides deteniéndole, y á enviar al suplicio á la no menos inocente María, á la madre de vuestro hijo...

-- ¡María! ¡pobre María! No, no puedo... Pero, ¡oh cielos! ¿qué haré? ¡Blanca!... ¡Fadrique!...

-- Aun estan libres y lejos del brazo que les amenaza. María está á tiro del puñal, y ya conocéis á don Pedro.

-- ¡Fue el asesino de mi padre! exclamó asombrado don Martin. Tambien la mataría... Sí, Benavides, callaré. Encerraré en mi pecho este secreto, y os hago dueño absoluto de él.

-- Basta, don Martin. Me reservo emplearlo segun la necesidad y las circunstancias lo exijan. Convirtamos ahora nuestros esfuerzos en apartar de la cabe-



za de Blanca de Borbon los tiros de la cólera del rey, y tambien los del cielo, amigo mio, pues al cabo, si no está culpada del crimen de que se atrevió á acusarla la vil calumnia de un judío, sé que ama á don Fadrique...

-- No puedo negarlo, respondió don Martin con marcada confusion. El orgullo de su virtud, la satisfaccion del testimonio de su propia conciencia la hacen inocente á su parecer, y la dan fuerzas para no sucumbir; y su altivez rehusa combatir un enemigo que le parece harto facil de vencer. Blanca se burla del peligro...

-- En el borde de un abismo, don Martin. Precaved una caída irreparable abriendo los ojos de esta desdichada. El rey va á dirigirse á Toledo: seguidle, y no le deis motivo á que dude de vuestra fidelidad. Sin embargo, enviad á la reina y á don Fadrique un mensagero fiel que les convenza de la necesidad de la fuga, y disponed algunos de vuestros hombres de armas de modo que protejan su

;



retirada hasta las fronteras de Aragon. Separémonos ahora, amigo mio; vuestra presencia en este palacio solo lograria irritar al rey, y en Segovia no podríais evitar la de María. Yo me encargo de empeñarla en nuestros proyectos. Id á reunir vuestras compañías con las de los infantes de Aragon. A Dios, hijo mio, el cielo os guie y os bendiga.





---

**CAPITULO IV.**

---

**D**ESDE el amanecer corria en Toledo la voz de que las tropas reales acudian por el camino de Avila; que el rey habia dormido en la Puebla de Montalvan, distante seis leguas de la ciudad, y que á la hora de sexta aparecerian frente á la puerta de Visagra sus cinco mil lanzas con enjambres de archeros y ballesteros. Estas tropas, segun se decia, traían un inmenso aparato de máquinas guerreras de todas formas en desmesurados carros tirados por mas de cien pares de mulas y bueyes. No tardó en llenarse el Zocodover de un inmenso tropel, ni fue de los últimos el barbero Sanchez, orador el mas acreditado de aquel foro, oráculo de los artesanos partidarios de la reina Blanca.

Rodeáronle al momento que apareció; preguntáronle todos á una, pero él tomó digno y sosegado continente. — Sí por cierto, respondió, no niego que vienen:



sea en hora buena. La puerta de Visagra es inespugnable. Armen por este lado sus balistas y máquinas terribles; y aunque las piedras que con ellas lancen sean peñascos enteros y troncos de encina los tiros de sus balistas, todos se estrellarán sin fruto contra el doble muro septentrional.

— Pero, señor Sanchez, dijo un mercader, ayer tarde se vieron muchas tropas que pasaban el puente de Guadarrama, y se dirigian despues por Olías hacia Villaseca.

— En hora buena, replicó el barbero con frescura; pasarán el Tajo y vendrán á presentarse por el oriente ante el puente de Alcántara; veremos si los enemigos tienen mejor suerte en las dos torres que lo defienden suspendidas sobre unos abismos sin fondo, y cuyas almenas estan armadas de máquinas mucho mas temibles que sus castillos de corcho.

— ¿Y no está Dios por nosotros? añadió un religioso que se hallaba entre la turba. ¿No es su santa causa la que



defendemos contra la infame casta de Judas, encerrada en su barrio grande?

— Harto bien encerrada, repuso el barbero. ¡ Ah! reverendo padre, si todo hubiese andado á derechas, como era justo, no estarían ya ahí los malvados judíos; lo primero hubiera sido apoderarse de esta ciudadela; esto aconsejaban nuestros mejores caballeros, pero hay traidores...

— ¿ Quiénes son? gritaron mil voces con el acento del furor. Nómbralos, Sanchez.

— Muchos son, respondió el barbero; pero básteos saber que ayer mismo propuso el gran maestro de Santiago al consejo que se atacase el barrio de los judíos, respondiendo tomarlo con sus caballeros si querían darle con que abrir una brecha frente al convento de San Agustín, y le dijeron que era imposible.

— ¿ Y quién ha dicho eso?

— Los traidores.

— ¡ Sus nombres, sus nombres, Sanchez!



— El primero es el alcalde mayor, luego los prohombres y todos los jurados, excepto el platero Perez Cuellar. Entre los caballeros teneis á don Juan Fernando el Ayo, á Íñigo Ortiz de las Cuevas, á Ruy-Perez de Soto y á toda la familia de los Toledos...

— Sanchez, interrumpió un artesano hendiendo la turba, todos esos que nombras y otros muchos acaban de entrar en el barrio, cuyo puente ha mandado bajar Samuel para recibirlos con sus hijos y mugeres.

Esta nueva escitó gran tumulto, que aun duraba cuando se supo que el grueso de las tropas reales habia pasado el Tajo por el vado de la Perusa, á dos leguas de Toledo, y que venia aceleradamente hácia el puente de San Martin. Este, mas accesible que el de Alcántara, estaba tambien defendido por otras dos torres, aunque menos fuertes y mas bajas. Sus almenas, desmoronadas de vejez, no se habian reparado, de modo que las plataformas, enteramente rasas y poco elevadas,



no eran susceptibles de defensa alguna. En general todo aquel lado de las murallas estaba mal conservado por causa de la proximidad del barrio de los judíos, formidable ciudadela que en tiempos comunes formaba su defensa principal. Pero esta vez, como opuesta á la ciudad, era el mejor apoyo y el mas poderoso auxiliar del ataque.

Los caballeros esplicaban todas estas circunstancias á los hombres del pueblo, cuyos espíritus se exasperaban mas y mas contra la traicion de sus magistrados. Sanchez dió el consejo de subir al alcázar para suplicar á la reina que dispusiese el sitio de aquel barrio. Pero vieron al mismo tiempo que el conde de Trastamara y el gran maestro de Santiago bajaban del castillo con todos sus hombres de armas y caballeros, los cuales se detuvieron en medio de la plaza, donde arengó el conde á la multitud, y declaró que ni él ni su hermano abandonarían á los habitantes de Toledo.

— Señor conde, exclamó Sanchez, es



preciso apoderarse del barrio grande.

— A eso vamos nosotros, señor mio, mientras vos estais gastando saliva, respondió Trastamara con altivez. Ya se ha dado orden para sacar del arsenal los materiales necesarios para las máquinas; acudan los buenos oficiales, y apresúrense á poner manos á la obra; antes de una hora se podrá batir el muro en brecha. Id, hijos míos, y no perdais el tiempo escuchando la cháchara de ese hombre, que quiere pasar por entendido.

La multitud se dirigió inmediatamente hácia el punto que acababa de indicar el conde; todos iban llenos de ardor, pues sabian que el rey habia jurado vengar la mortandad de los judíos pasando á cuchillo toda la poblacion. Quedóse Sanchez junto á Trastamara, rodeado de un grupo bastante numeroso. — Señor, le dijo el barbero algo picado del tono de su respuesta, ¿es verdad que Toledo no podrá resistir á las fuerzas del rey?

— ¿Por qué dices eso, bribon? repuso el conde. Es falso: nada tiene que



temer Toledo del ataque que se prepara si peleamos con valor y con la ayuda de Dios.

— ¿Pues por qué quiere abandonar-nos la reina?

— ¿Quién te ha dicho tal, miserable? preguntó el gran maestro poniéndose colorado.

— Personas bien informadas, señor don Fadrique, respondió el rapista con fuerza. Yo sé que esta misma noche se ha introducido por la puerta de Visagra, que guardan vuestros caballeros, cierto page del señor don Martin de Alburquerque, y que este page, llamado Zafiro, á quien conozco perfectamente, ha traído una carta al alcázar...

— Calla, interrumpió el gran maestro arrebatadamente. Calla, hablador maldito...

— ¿Y por qué ha de callar? dijo el conde en tono de autoridad; al contrario, que hable, yo quiero oírle: acaba, buen hombre.

— Señor conde, prosiguió el barbe-



ro, es cierto que en esta carta avisaban á la reina de que un grueso de ginetes del señor don Martin la aguardaba en el pueblo de Olías, á tres leguas de aqui, para escoltarla hasta las fronteras de Aragon.

— Sea de esto lo que fuere, dijo resueltamente el conde, juro á Dios, hijos míos, que la reina no se separará de los toledanos, sus buenos vasallos.

— ¿Y qué mal habria en que saliese de la ciudad? preguntó un jovencito acercándose al grupo. ¿Y por qué no habian de salir tambien con ella los viejos, las mugeres y los niños?

— No, no, Perico, replicó el barbero; el señor conde acaba de declarar que no corremos riesgo alguno.

— Los viejos son inútiles para la defensa, repuso Perico; permítase al menos que salgan con la reina los viejos y las muchachas.

— Nadie, nadie, gritó el pueblo transportado de furor. Si la reina Blanca nos abandona todo se ha perdido. ¡Mueran



los traidores y los cobardes ! ; Viva la reina, y quédese con nosotros !

-- Se quedará, dijo el conde mirando al gran maestro con aire imperioso. Yo respondo de ello, amigos míos. Id, trabajad en la construcción de las máquinas para sitiar á los judíos. Por lo demás, dejadnos obrar con la ayuda de Dios.

Dichas estas palabras, que fueron recibidas con grandes aclamaciones, el conde de Trastámara habló en voz muy baja con su hermano, y volvió grupa dirigiéndose hácia la puerta de Visagra seguido de sus hombres de armas; el gran maestro tomó con sus caballeros el camino del barrio grande.

Afligido Perico del mal éxito de su tentativa, volvió á entrar en casa de su abuelo el platero Perez Cuellar. Obligáronle á abrir la puerta muchos golpes violentos, y entró Zafiro precipitadamente dejándola cerrada. -- Majadero, le dijo el page lleno de cólera, te sacaria esa lengua que todo lo charla : Sanchez...



-- Nada le he dicho, respondió el mancebo con la mayor turbacion.

-- Pero se lo has contado todo á su hija Paquita, tu novia. Nos has perdido, traidor.

-- ¿Y habia de resolverme á dejar aqui á la pobrecilla espuesta á tantos peligros?

-- ¡Vive Dios! ¿y no podias llevártela sin participarle nuestro secreto, secreto del cual dependia la vida de tu abuelo, á quien finges amar tanto? Paquita se lo ha descubierto todo á su padre, que es el charlatan mas impertinente de toda la ciudad. Gracias á él, lo sabe todo el conde de Trastamara, que acaba de ocupar la puerta de Visagra con sus hombres de armas, enviando á los caballeros de Santiago á sitiarse á los judíos. Ya no queda esperanza de evasion.

-- ¡Oh Dios! exclamó Perico perdiendo el color, ¿no habrá otro medio de salir de la ciudad? ¡Pobre abuelo! ¡pobre Paquita!...

-- Tú los asesinas, infeliz, y tambien



á la reina Blanca, pues tan cierto como el sol que nos alumbra, te digo que antes que se oculte en el horizonte estará en Toledo el ejército del rey, y todos pereceréis. Justo castigo de Dios, pues tu abuelo fue el primero que tan indignamente calumnió á la reina...

-- Zafiro, interrumpió desesperado el mancebo, te juro nuevamente que mi pobre abuelo no dijo ni una sola de todas esas infamias que el judío Samuel le hizo firmar por sorpresa en su tribunal; yo me hallaba presente...

-- ¿Y aquel anillo? ¿quién le dió aquel anillo que hizo todo el daño?...

-- No se lo dió él, Zafiro, sino yo, ¡triste de mí! creyendo hacer una gran cosa. Caiga la cólera del cielo en mi cabeza, y perdone á mi abuelito, que de nada tiene la culpa. Su demencia...

-- ¡Qué par de cabezas sois los dos! pero al menos hoy se halla en su cabal juicio, ¿no es verdad?

-- Sí, Zafiro: el espanto que le sobrecogió el día en que perecieron Ma-



tías, Paloma y los judíos, ha obrado en él una revolucion asombrosa y le ha restituido todo el juicio.

— ¡Pues bien! es preciso que yo le hable, dijo el page entrando en la habitacion del platero.

Hallábase éste en un gran sillón rezando sus oraciones. Interrumpióle Zafiro, diciéndole: — Señor Perez Cuellar, pedid á Dios que os dé fuerzas para soportar la prueba que os amenaza. La puerta de Visagra está cerrada, y la ciudad se hallará esta tarde en poder del monarca. Os llevarán á su presencia, y os obligarán á declarar que la deposicion que firmásteis...

— Haré mi deber, interrumpió el anciano en imponente tono; anda, déjame rogar á Dios.

— Perez Cuellar, repuso vivamente Zafiro, vuestro nieto Perico, y no la reina, tiene la culpa de que se os niegue la salida de la ciudad; no acuseis, pues, á Blanca de Borbon. Pero sabed que el rey ha hablado de potros y torturas para for-



zaros á confirmar públicamente la declaración que el judío...

— Diré lo que debo, déjame orar.

— ¡Vive Dios! mejor fuera no decir nada; y para esto ocultaos en algun escondite impenetrable, pues la fuga es imposible. ¿Podreis resistir la violencia de los tormentos?...

— ¡Justo Dios! exclamó Perico, ¿seria el rey tan bárbaro?...

— Si no lo es él, respondió Zafiro, lo será Samuel, que querrá sostener á todo trance su indigna acusacion. ¿No basta ya el mal que hicisteis á la reina? Si pronunciais otra palabra, levantais contra su cabeza el hacha del verdugo.

— No la pronunciaré, repuso Perez Cuellar, pues seria una mentira, y no quiero recargar con una accion vergonzosa y criminal la cuenta que he de dar muy pronto á Dios de mi vida entera. No conozco ni al padre ni á la madre del niño, esto es cuanto he de responder á los verdugos del rey. Déjame, Zafiro, déjame rezar.



-- Ven, ven, dijo Perico en voz baja llevándose consigo al page; sus ojos empiezan á turbarse. Voy á hacer los mayores esfuerzos para convencerle de la necesidad de esconderse. Pero es preciso hablarle con dulzura...

-- ¡ Ah! Perico, repuso Zafiro pateando de cólera cuando se hallaron en la primera sala, tú hiciste todo el daño: tú entregaste el anillo á Samuel: tú has vendido nuestro secreto confiándoselo á Paquita... Reaiga sobre tí la sangre de la reina, pues su muerte y tambien la de tu abuelo son obra tuya.

Dicho esto desapareció.

-- ¡ Oh Dios mio! exclamó Perico levantando las manos hácia el cielo y con los ojos inundados de lágrimas; defiende la vida de mi pobre abuelo, y recibe la pena para espiacion de mi falta.

Desde lo alto de la torre mas elevada del alcázar que dominaba toda la ciudad veían Blanca y Margarita la confusa multitud que se agitaba en la plaza del Zocodover. Descubrian mas allá el



barrio grande desde las almenas hasta los fosos, como tambien una parte de la esplanada que lo dividia de las casas del cuartel de la Solana; á la derecha, junto á la ciudadela, las dos torres del puente de San Martin, y á la otra orilla del Tajo la llanura cubierta de cinco mil lanzas que precedian á millares de archeros y ballesteros, y protegian á los trabajadores ocupados en disponer las máquinas de guerra.

-- ¡Oh! Blanca, Blanca, dijo Margarita suspirando, ¿será posible la resistencia á tantas fuerzas que van á desplegarse sobre la ciudad?

-- No lo dudes, respondió la reina con entusiasmo; Dios está por nosotros. Mira mas cerca, continuó señalando el refugio de los judíos que el gran maestre sitiaba con sus caballeros por el lado de la ciudad. Allí está la salvacion.

-- ¡Ay señora! desde esta mañana solo han logrado sus esfuerzos abrir en la densa muralla algunas brechas que los judíos reparan al momento. Los nuestros pierden su trabajo.

:



— Aun no está con ellos don Fadrique, Margarita. ¡Pero ahora qué ardor los anima! ¡No oyes resonar los golpes de aquella enorme viga ferrada que valancean colgada de unas cadenas? ¡Con qué furia choca en la muralla! ¡No ves mas abajo aquellos peones que la estan minando? Tranquilízate: acaso se desplomará muy en breve, y don Fadrique entrará vencedor; entonces tendremos completa seguridad.

— ¡Ay! aun necesita todo el dia; y me han dicho que las tropas del rey llegarán antes de una hora á escalar las torres del puente de San Martin.

— Pero antes la Virgen Santa concederá la victoria á mi buen hermano Fadrique. ¡Oh, qué placer entonces, Margarita! ¡No se enagena tu alma con la idea de verle aqui lleno de gloria! ¡Cuán dulce me será proclamarle libertador de la ciudad imperial, y por el mas valiente, bello y piadoso de todos esos nobles guerreros castellanos que le admiran y le aprecian!



-- Blanca, reina mia, exclamó Margarita uniendo sus manos en ademán de súplica, por todos los santos del cielo escuchad mi consejo, y hagamos lo que desea don Martín. Zafiro no puede tardar; yo le mandé que fuese á buscar á un anciano que ha de venir con nosotras, y que tuviese prontos los caballos en el patio del alcázar. Mirad hácia el norte: no hay aun tropa alguna en esta ribera del Tajo, y la puerta de Visagra está custodiada por los caballeros de Santiago, que tienen orden de abrírnosla. Bajemos, dispongámonos á marchar así que Zafiro vuelva...

-- No, respondió Blanca, que apenas escuchaba contemplando absorta los movimientos del sitio. No, no me iré sin mi hermano; y menos en tan crítico momento... Mira, mira... los judíos abandonan sus almenas... sus balistas no arrojan ya piedra alguna... ¡ Ah! continuó lanzando un grito de júbilo. ¿ No te lo dije, Margarita? ya está abierta la brecha, todo un lienzo del muro se ha desplomado... ¡ Victoria! ¡ victoria!



— Por piedad, Blanca, replicó Margarita, bajemos. Zafiro estará ya de vuelta; mientras que la atención de todos está fija en el asalto, huyamos; ese es el mayor deseo del gran maestro, que no tardará en reunirse con nosotras... Blanca, no me escucháis...

La reina cogió á su amiga del brazo mostrándole los caballeros de Santiago que se agolpaban á la brecha. Contenia su aliento, fijaba en ellos sus atentos ojos, mientras que su corazón palpitaba tumultuosamente. De improviso exhala un grito penetrante, pues la brecha acababa de vomitar un diluvio de piedras y materias inflamadas; los caballeros, arrastrados por el torrente, rodaban revueltos precipitándose al foso. Levantóse en esto espesa nube de polvo y humo que veló todo el barrio.

Apareció entonces Zafiro en la plataforma del mirador, y Margarita corrió hácia él. — ¿Por qué has tardado tanto? le preguntó.

— Ya no están en la puerta de Vi-



sagra los caballeros de Santiago, respondió el page; sabedor el conde de Trastámara del proyecto de la reina, ha prohibido á sus hombres de armas que la abran á su alteza. He corrido hácia la de San Martín, y desde lo alto del terraplen he divisado á don Martín frente del barrio grande...

— Si está allí, interrumpió consolada Margarita, no nos ha abandonado Dios.

Acababa de disipar el viento la nube que ocultaba el barrio, sitiado á los impacientes ojos de la reina, y vió la explanada cubierta de gente ocupada en levantar y trasportar los heridos. — ¡Virgen Santa! ¡protege á mi hermano! exclamó corriendo hácia la escalera de la torre seguida de Margarita y el page.





---

---

**CAPITULO V.**

---

**E**L arzobispo de Toledo, el obispo de Segovia, muchos abades y religiosos, las damas nobles de la ciudad y las de la comitiva de la reina se hallaban reunidos en el salon del alcázar cuando Blanca se presentó en él. Salieron á su encuentro los prelados manifestando mucha premura. -- Señora, le dijo el arzobispo, la casa de Dios ha ofrecido ya á vuestra alteza seguro asilo contra sus enemigos, y es necesario que recurrais otra vez á su divina proteccion.

-- ¡Pues qué! ¿estamos ya reducidos á ese extremo? preguntó la reina quedando sin color.

-- Señora, respondió el prelado, los judíos resisten á todos los esfuerzos de los caballeros de Santiago...

-- ¿Y el gran maestro?...

-- No se sabe si estará en el número de los heridos...



— ¡Herido! ¡gran Dios! ¿No habeis enviado?...

— Estamos aguardando nuevas de un momento á otro, señora; pero las del ataque del puente de San Martin son cada vez mas tristes. Los archeros del rey y sus balistas han forzado á los nuestros á abandonar la primera torre, cuya plataforma no tiene almenas ni parapetos. Muchos caballeros han muerto en ella, y los enemigos lanzan ahora materias incendiarias contra la armazon de nuestras máquinas, que tambien ha sido forzoso abandonar.

En esto entró en la sala un religioso francisco gritando en voz lamentable: — *Nisi Deus custodierit civitatem, frustrà vigilat que custodit eam* (1).

— ¿Pues qué hay? preguntó el arzobispo con la mayor impaciencia.

— Somos perdidos, contestó el religioso: los ballesteros del rey pasan el Tajo por delante del barrio de los judíos.

(1) Si Dios no protege la ciudad, velan inútilmente los que la guardan.



-- ¿Cómo puede ser, si en ese punto tiene el río mayor profundidad?

-- Señor arzobispo, refiero lo que acabo de ver. Los judíos han atado á sus almenas una maroma, y con auxilio de una balista han lanzado el otro extremo, sujeto á una gran piedra sobre la ribera opuesta del Tajo, donde los soldados del rey lo han fijado á una gruesa estaca. Sostenidos con la cuerda pasan por encima de las azudes junto al puente de San Martín, cuya torre desarmada no defiende ya el curso del río.

-- Dios nos asista, dijo el arzobispo demudado. Samuel los introducirá en su barrio.

-- Eso es cabalmente lo que está haciendo, acudió el religioso; los judíos han colgado de las murallas otras cuerdas con nudos y largas escalas, por las cuales suben ya los ballesteros...

-- ¿Lo oís, señora? dijo el arzobispo á la reina; ya es tiempo de ir á encerrarnos en el santuario y de implorar el auxilio de la divina misericordia.



Interrumpió al prelado el camarero mayor de la reina anunciando la llegada del gran maestro de Santiago. Blanca anduvo involuntariamente algunos pasos, y se detuvo trémula á la vista de cuatro escuderos, precedidos por Juan Cavedo, que traían en una camilla al príncipe, cuya armadura, rota por todas partes, estaba llena de sangre y polvo: el herido clavaba en ella los ojos casi cerrados y ya cubiertos con el velo de la muerte.

— ¡Virgen Santísima! murmuró Blanca cayendo de rodillas con las manos cruzadas, Reina de los ángeles, concédeme la vida de mi hermano Fadrique...

— Señora, dijo el arzobispo en tono severo, en la iglesia es donde debemos orar. No carecerá el gran maestro de los ausilios del arte y de la religion; mas la seguridad de vuestra preciosa vida nos obliga á insistir en que bajeis sin mas demora á la catedral.

Permanecia Blanca de rodillas con los ojos fijos en don Fadrique, y proseguia rezando con voz que los sollozos ahogaban.



— Reina, dijo Juan Cavedo, mi dueño suplica á vuestra alteza como postre—ro y único favor que se sirva detenerse otro momento. El dardo que le hirió está aun dentro de la llaga, y puede espirar al punto que se lo saquen...

— Sí, me quedo, exclamó Blanca levantándose. Bajad á la iglesia, señor arzobispo, seguid al prelado, nobles damas, yo iré á reunirme con vosotros así que sepa fijamente el estado de la salud de mi hermano. No, no le abandonaré...

En vano reunieron sus esfuerzos los dos prelados y las damas para convencer á la reina de la necesidad de salir al instante del alcázar; su exaltacion no le permitia escuchar nada, ni aun las vehementes reconvenciones del arzobispo, cuando la oyó mandar que llevasen al gran maestro á la cámara en donde dormia, y que le colocasen en su propio lecho.

— Esto es ya demasiado, dijo por último el arzobispo deteniéndola por el brazo; al menos no le seguireis.

— Le seguiré, exclamó ella fuera de



sí. ¡Cómo! ¡cuando la religion me ordena prestar mi auxilio y consolar al último cristiano que se halle en tan deplorable situacion, podré abandonar á mi hermano! Fadrique es hermano mio.

-- Éslo de vuestro marido, y ¡ay! de quien escandaliza...

-- ¡Ah! exclamó Blanca desprendiendo su brazo, mi verdadero juez está allí arriba, Dios lee en mi corazon, ve su inocencia, y me manda que no abandone á mi hermano.

Entró Blanca con paso rápido en su cámara, adonde la siguió Margarita; quiso quedarse tambien el obispo de Segovia, enternecido de compasion á vista del extravío de la reina; pero indignado el arzobispo arrastró consigo al pobre anciano, repitiendo muchas veces la palabra ¡escándalo! y todos los circunstantes bajaron en pos de ellos á la catedral, cuyas puertas se cerraron inmediatamente.

Don Martin fue el primero que se lanzó á la ciudadela desde el Tajo atándose á la cuerda que arrojaron los judíos,



los cuales le ayudaron á encaramarse hasta el terraplen. Juzgó que debía pasar necesariamente mas de una hora antes de lograr con este medio la introduccion del suficiente número de hombres para intentar un ataque contra la ciudad. Esto bastaba para su proyecto: corrió á la brecha abierta por los caballeros de Santiago, y sosteniéndose con precaucion en las puntas de muchas piedras desquiciadas logró bajar al foso, cegado en aquel punto por los sitiadores: luego subió rápidamente al alcázar.

En tanto un monje benedictino, célebre por su habilidad en la cirujía, reconoció la herida de don Fadrique y la halló poco profunda, estrajo de ella el hierro, y respondió de la vida del gran maestro. Sin embargo, magullado éste de otros golpes al caer desde los muros, y debilitado por la pérdida de sangre, yacía sin voz ni movimiento en el lecho de la reina, que sentada junto á él oprimía dulcemente una de sus manos, contemplándole con amor. Lloraba Margarita al



lado del tierno Enrique, tranquilamente dormido. No se percibía rumor alguno que turbase la calma de aquella escena silenciosa, pues Blanca había mandado salir á cuantos se hallaban en la cámara, confiando que su hermano pudiera descansar un momento.

Ni la idea de los sitiadores, que iban ya ocupando la ciudad, ni la del rey con sus verdugos, próximos á caer sobre ella, agitaban ya su pensamiento; Blanca no atendía mas que al doloroso lecho en que Fadrique pagaba con dulce sonrisa sus amorosas miradas.

Ábrese la puerta de repente, y aparece don Martin. Lanza Margarita un grito de júbilo, y corre hácia él, pero deteniéndose espantada dice: -- ¡Santo Dios! ¿está el rey en Toledo?

-- Todavía no, responde don Martin, que apenas podía respirar. Huid ó sois víctimas los tres, y también el niño... Venid...

-- ¿Cómo es posible? dijo fuera de sí la reina señalando al gran maestro,



¿cómo huirá? ¿cómo huiré yo sin él?

A este punto entraba Juan Cavedo con los cuatro escuderos de don Fadrique y la camilla en que lo habian traído. Mandó don Martín que le colocaran en ella. -- Va á espirar, exclamó la reina deshecha en lágrimas, dejadle...

-- Obedece, Juan Cavedo, gritó don Martín deteniéndola; ejecuta las órdenes que te he dado; en ello va la vida de tu dueño, dentro de una hora llegará el rey.

-- Martín, salva á la reina... murmuró el gran maestro con apagada voz mientras que sus escuderos le tendian en la camilla.

-- Respondo de ella. Apresuraos, amigos míos; trasportadle á la puerta de Alcántara, que por allí saldrán sus caballeros. A Dios, Fadrique; protéjate el cielo.

-- El infeliz va á espirar, gritaba Blanca con el acento de la desesperacion. No me detengais... quiero seguirle.

-- No, señora, respondió el caballero estorbándole el paso; escuchadme.

En tanto salian los escuderos lleván-



dose al gran maestro, y Margarita cerró inmediatamente la puerta.

-- Nada escucho, replicó Blanca; con él desafío la muerte...

-- ¿Y la deshonra?

-- ¡Qué lenguaje!... ¿hablas conmigo, Martín?...

-- Sí, con vos hablo, reina de Castilla y de Leon; con vos, esposa del rey don Pedro...

-- ¿Me recordais que soy esposa y reina, gritó indignada doña Blanca, insultándome con tal audacia?...

-- Yo os recuerdo los deberes que os imponen esos títulos sagrados.

-- Yo aprecio esos deberes mas que la vida; tanto como el honor...

-- Pero aun quereis mas á don Fadrique.

-- ¿No es Fadrique hermano mio?

-- Es vuestro amante.

-- Y tú su mas cruel enemigo y el mas implacable de los míos.

-- Soy vuestro mejor amigo, pero un amigo severo, cuya obligacion es abriros



los ojos. Fadrique os ama con pasión, y no sois vos menos criminal que él.

— ¡Yo criminal! exclamó Blanca juntando las manos con un movimiento convulsivo: Santísima Madre del Salvador, tú lo sabes...

— ¡Ah Blanca de Borbon! el tierno nombre de hermano ocultaba un lazo en que se enredó vuestra inocencia. Conociólo Fadrique, y huyó de vos. Vuestro destino funesto os ha reunido nuevamente y á vista de vuestros enemigos verdaderos; el odio mismo os perseguía espionando vuestras acciones, interpretando, envenenando vuestras palabras mas sencillas, refiriéndolo todo al rey, todo, hasta la misma espresion de vuestros ojos. ¿Sabeis hasta dónde llegó su audacia? ¿lo creeriais, Blanca de Borbon? Ahora mismo, al cruzar esos salones para venir hasta aqui, he preguntado por vos, y vuestros propios escuderos me han respondido: Ahí está, en su cámara, junto á su amante, á quien ha cedido su propio lecho, y ahí está tambien con ellos su hijo...



-- ¡Su hijo! gritó Blanca penetrada de horror: ¡justo cielo! ¿qué hijo?

-- Este, respondió don Martin señalando á Enrique. Han dicho al rey que este es el fruto del adulterio... y el rey lo cree.

No pudo Blanca resistir mas, y cayó anonadada en un sillón.

-- Esa calumnia ha salido del infierno... exclamó indignada Margarita: primo, tú no la crees.

-- ¡No, y perdóneme Dios el haberla repetido! No, Margarita, cuando llegue el caso, bastará una palabra mia para confundir á los autores de tan infame delacion; mas yo debí desgarrar de una vez la venda que cubria los ojos de la reina. Ella queria seguir al gran maestro... y era fuerza decirle que el deber y el honor le imponen la ley de no verle jamas. Reina, venid conmigo, aun es tiempo. La puerta de Visagra tenemos abierta...

-- Ya no lo está, interrumpió Margarita, el conde nos la ha cerrado.

:



-- ¡Maldito él sea!... Corramos al puente de Alcántara.

-- Eso sería seguir al gran maestro, respondió Blanca con fiereza: nunca, nunca... yo me quedo: yo acepto la muerte en expiación de mi falta. Tú has dicho que con sola una palabra puedes confundir la execrable calumnia. Pues bien, oiga esa palabra el rey en mi presencia... Ya le aguardo sin temor.

-- Blanca, repitió don Martín tomando en los brazos á su hijo, venid en nombre del cielo, que el rey no puede tardar...

-- No: justifícame, y mas que despues me mate. Háblale...

-- No puedo hacerlo aqui, ni en este dia... ¿Quereis condenar á muerte esta inocente criatura?

-- ¡No importa! moriré...

-- Yo no quiero sacrificar á este inocente... Huyamos, Blanca; ¿no oís los horribles gritos que llegan hasta aqui y os dicen que el combate del puente de San Martín se va encarnizando cada vez mas?



Las tropas reales ocupan ya el barrio de los judíos...

— Corred, señor, gritó Zafiro entrando precipitadamente en la cámara: aun hay tiempo; los caballos están prontos.

— ¿Y el platero? preguntóle don Martín.

— Se ha escondido, y no pude encontrarle.

— Partamos, señora, dijo don Martín á la reina. Ven, Margarita.

— Yo me quedo, respondió Blanca resueltamente.

— Toma, Zafiro, continuó don Martín dándole el niño; llévatele. Pronto te alcanzaremos, anda. Y tú, Margarita, ayúdame, llevémonos á la reina.

— No os acerqueis, gritó Blanca fuera de sí. No, quiero morir, pero justificada... tú me lo prometiste.

Abrióse nuevamente la puerta con estrépito, y entró impetuosamente don Lope de Avendaño sin casco, con los cabellos medio abrasados, hecho giras el tabardo y todo salpicado de sangre.



— ¡ Por todos los demonios del infierno ! gritó desafortadamente , ¿ dónde está , dónde está don Fadrique ?

— ¡ Amparadme , Vírgen Santa ! exclamó la reina espantada y metiéndose en un gabinete , adonde la siguió Margarita lanzando alaridos de horror y cerrando la puerta.

— ¿ Sois vos , don Lope ? díjole don Martin no menos azorado.

— El fuego devora ya las puertas de la torre de San Martin ; yo he peleado en las llamas hasta el último momento , el enemigo es dueño de ella... ¿ Dónde está don Fadrique ?

— En el puente de Alcántara.

— ¡ Se ha salvado ! exclamó don Lope con la mayor alegría.

— Pero la reina está ahí... es preciso...

— Que no se mueva , respondió don Lope ásperamente.

— ¡ Qué decís ! el rey va á degollarla...

— Tanto mejor , prosiguió Avendaño en el tono mas feroz. Cometa este



nuevo crimen, y ojalá que la muerte de Blanca de Borbon subleve la Francia entera contra el execrable Pedro. Ese es el afan de Trastamara, ese es mi anhelo... A Dios.

-- ¡Ah infames! la habeis sacrificado... ¡Maldígaos el cielo como os maldigo yo!

Perseguian de cerca á don Lope tres hombres de la guardia del rey conducidos por el Zurdo, armado de su terrible maza. Habian entrado en la cámara en el momento en que dirigia á don Martin la respuesta que provocó la ira del caballero, y que no pudo menos de oír el tártaro. A vista de los ballesteros retrocedió don Lope; aunque solo y debilitado por las heridas, sacó al momento la espada y trató de defenderse, oponiéndoles una heróica resistencia. Durante el combate corrió don Martin al balcon de la galería, debajo del cual le aguardaba Zafiro con las hacaneas de la reina y Margarita; vióle á caballo y con Enrique en los brazos. — Page, le gritó, vuela á la



puerta de Alcántara, y luego á todo correr hasta Olías, donde recibirás mis órdenes.

Volvióse al aposento de la reina; aturcido don Lope con un golpe de la enorme maza del Zurdo, acababa de caer á sus pies vomitando horribles blasfemias, y mientras que los ballesteros ataban fuertemente las manos de Avendaño, dirigíase el tártaro hácia el gabinete donde se habian refugiado doña Blanca y Margarita. — En nombre del rey, exclamó don Martin cortándole el paso, detente. Su alteza me ha encargado conservar la vida de la reina; sal con los tuyos, el rey lo manda.

Sorprendido el tártaro, pero respetando al amigo del rey, al señor mas poderoso de la corte y del reino, detúvose inmediatamente. — Vete, Zurdo, repitió don Martin con fuerza; el rey va á llegar, y me ha mandado que le aguarde aqui. Pon tus hombres á la puerta de la galería, y no consintais que los Padillas entren.



Obedeció el Zurdo, y sus soldados se llevaron á don Lope. Apareció Benavides con una compañía de archeros, que concertado con don Martin, dispuso de modo que defendiesen el aposento de la reina, al menos contra los primeros ataques de don Diego García y sus hermanos.

Entre tanto el rey entraba en Toledo por el puente de San Martin y corria desalentado hácia el de Alcántara, por el cual acababan de salir el conde de Trastámara, los caballeros de la ciudad y los de Santiago. Creyó hallar libre el paso y aprovechar el desorden de la retirada para lanzar sobre ellos de una vez todas sus tropas y conseguir una victoria completa y decisiva. Pero el escudero del gran maestre, el valiente Juan Cavedo, ocupaba aun las torres del puente, y sostuvo en ellas el ataque del rey en persona hasta el fin del dia sin rendirse, hasta que á lo lejos descubrió el ejército del conde, libre ya de todos los obstáculos que se oponian á su marcha y en buen orden para defenderse. Persiguiéronle entonces las tro-



pas reales, aunque sin fruto, pues en el postrer combate fueron rechazadas á la ciudad. Era ya de noche; negóse don Pedro á subir al alcázar, alegando su juramento de no dormir bajo el mismo techo que Blanca de Borbon. En consecuencia fue á alojarse en el palacio de Meneses, propio de don Martin y situado en el Zocodover. Encerróse alli con los Padillas y Samuel, mandando que nadie pareciese á su presencia hasta la mañana siguiente.





---

---

**CAPITULO VI.**

---

**D**os horas habian pasado despues de la salida del sol, cuando Benavides, que bajó al amanecer al palacio de Meneses para recibir las órdenes del rey, volvia al alcázar con la frente cargada de inquietud. — ¿Qué tenemos? le preguntó con ansia don Martin, ¿cuál será la suerte de Blanca?

— Amigo, respondió el justicia mayor, vuestra presencia de ánimo salvó ayer tarde la vida de la reina, pues el Zurdo llevaba orden de inmolarla. Pero solo hubiérais logrado retardar la hora de su suplicio si el arrebatado don Lope no hubiese descubierto en presencia del tártaro el secreto de su partido. La relacion de este hombre no ha dejado duda alguna acerca de lo que yo he dicho cien veces en el consejo: el mas ardiente deseo de Trastamara es que Blanca de Borbon muera asesinada por el rey. Hé



aquí por qué el conde hizo ayer que sus tropas guardasen la puerta de Visagra. Él fue quien mandó á Juan Cavedo que introdujese en el alcázar al moribundo gran maestro para detener á la reina y acabar de comprometerla; de todo se ha valido para facilitar al rey la ejecucion de un crimen que rompia para siempre la buena inteligencia de las cortes de Francia y de Castilla. Comprendiendo Hinestrosa este peligro, acerca del cual le abrí los ojos hace mucho tiempo, ha combatido vigorosamente en el consejo de esta noche las proposiciones de sus sobrinos y de Samuel Leví, que querian la muerte de Blanca y la vuestra en castigo de la resistencia que opusísteis al tártaro. Por último, ha vencido el comendador. La vida de la reina será respetada.

—; Pero ay! mucho temo, Benavides, que un duro cautiverio...

— Con eso me contentaría, repuso el enciano con acento sombrío; ; pero un juicio público, una sentencia deshonorosa!

—; Y qué teméis? si el juicio es pú-



blico no pueden condenar á la reina. ¿En qué pruebas se fundarian?...

-- En la declaracion firmada por Perez Cuellar.

-- Aquel anciano habia perdido la cabeza y sorprendieron su firma: infinitos testigos podrán certificarlo. Yo me hallaba en el tribunal de Samuel durante el interrogatorio, y conozco muchas personas que estaban tambien en el ayuntamiento; haré que las citen, é invocaré su testimonio. Perez Cuellar no pudo huir, pero está escondido.

-- Ya le han hallado, y Samuel le ha puesto preso.

-- ¡Dios todopoderoso! ¿tendrá aliento el pobre hombre para decir la verdad?

-- No lo creo, ademas de que todas las personas que pudiérais nombrar como testigos del interrogatorio, estan acusadas de rebelion, encarceladas y condenadas al suplicio por una sentencia general pronunciada esta noche contra cuantos tomaron parte en la mortandad de los ju-



díos, y se aplicará indistintamente á cuantos quieran sacrificar. No, no queda ya esperanza alguna.

— Aun hay un medio, Benavides, exclamó don Martin, y este es infalible. Yo declararé que soy padre de Enrique...

— Ese secreto no es solo vuestro, replicó con fuerza el justicia mayor, sino tambien de María; recordad que me hicisteis dueño de él.

— ¿Y he de sufrir que deshonren á la reina?...

— ¿Y entregareis á María á los verdugos?

— No, no, respondió don Martin estremeciéndose de horror.

— No quiero hablar de vuestra persona, honrado jóven, pues sé que sin vacilar daríais la vida por salvar á una ú otra de ambas infelices. Pero al cabo tambien conduciríais al suplicio á vuestro amigo Benavides, á quien el honor impondria la ley de declarar que era sabedor de tan funesto secreto. Confiemos aun, que Dios inspirará al anciano Perez Cue-



llar, el cual dirá, sino la verdad entera, pues gracias al cielo la ignora, al menos lo que baste para confundir la mentira de Samuel. A todo extremo, no se trata mas que de una sentencia que autorice al rey á pedir al pontífice la anulacion del matrimonio celebrado en Valladolid, y que justifique este paso á los ojos del rey de Francia. Vos y yo, que sabemos que don Pedro está legítimamente casado con María, y que anhela derramar la sangre de Blanca, aceptemos como favor especial del Altísimo una sentencia que al menos le conserva la vida. El dia de la justicia ha de llegar; ganemos tiempo, y dejémoslo todo en manos de Dios. Os lo repito, María no tiene menos derecho á vuestro interes que la misma Blanca. Es esposa, es madre, y está tan inocente como la reina. ¡Y tendriais por hazaña el inmolarla á su rival, el publicar el secreto de su debilidad, el sumergir un puñal en el seno de aquella á quien tanto amásteis! No, don Martin, no imaginais tan vil infamia.



— Pues bien, dijo el caballero con la mayor exaltacion, callaré por mucho que me cueste, y tomo al cielo por testigo. Pero reciba tambien mi juramento de no tener en la tierra otro empleo ni otro afan que el de restituir á Blanca de Borbon su libertad, conducirla á Francia, y rehabilitar su honor. Juro consagrar mi vida al cumplimiento de este deber.

— Y yo me asocio á vuestro juramento, añadió Benavides. Ahora, amigo mio, bajemos; el rey nos aguarda en el palacio de Meneses. No olvidéis la sagrada obligacion con que acabais de ligaros para con el cielo.

Al llegar á la plaza del Zocodover vieron los dos amigos, no sin sorpresa, los preparativos de una fiesta de toros, espectáculo favorito de los toledanos. Bajo la direccion del alcalde mayor trabajaban los judíos en construir los tendidos al rededor de la plaza y en colgar las ventanas de las casas. Los balcones del palacio de Meneses, y especialmente el que se disponia para el rey, se iban ador-



nando de magníficos tapices bordados de oro y plata. Este festivo aspecto pareció de buen agüero á don Martin. — Amigo, dijo, ¿habrá bajado del cielo la clemencia hasta el implacable del rey? ¿Habrá podido apagar sus sentimientos de odio y de venganza el halagüeño placer de la victoria?

Continuaron caminando, y hallaron cerrada la puerta del palacio que daba al Zocodover para dejar campo mas ancho á los juegos del circo, pero se entraba por otra de la calle de Santa Leocadia. Dirigiéronse á ella, y alli llamó su atención un espectáculo muy diferente, pues delante de la carcel habian levantado una larga fila de horcas, que se prolongaba hasta debajo de las ventanas del palacio. Mientras que los verdugos, encastrados en largas escalas, se ocupaban en proporcionar los dogales, oíanse por todas partes los agudos sonos del clarin y la chillona voz de los pregoneros, convidando á los habitantes para la corrida de toros que la ciudad ofrecia al



rey por la alegría de su triunfo.

La muger del alcalde mayor y sus amigotas corrian de casa en casa llamando á todos á la fiesta. Decian que las nobles damas que se negasen á concurrir á ella, y especialmente aquellas cuyos maridos se habian ido con el conde de Trastamara, los esponian á una sentencia de muerte inevitable. Aseguraban á la gente baja que no habria mas ajusticiados que los hombres presos por la noche y encerrados en Santa Leocadia; pero que para evitar otros rigores, era absolutamente preciso participar de las diversiones que los magistrados estaban disponiendo.

— Amigo, dijo Benavides á don Martin, ¡hé aqui la clemencia del rey! Guardaos de escitar la rabia de esta hiena sanguinaria. La vista de tantas víctimas irritará mas y mas la sed de sangre que le devora. ¡Acordaos de María!

Una guardia numerosa custodiaba la puerta del palacio: abriéronse sus filas para dejar paso á don Martin y al justicia mayor. Hallaron en el salon al rey floja-



mente sentado y rodeado de los Padillas, que estaban sentados con Samuel Leví. A pocos pasos del trono se veía el tribunal de los jurados de Toledo, presidido por el alguacil mayor; en una mesa separada habia un notario, y delante de él descollaba el tártaro Zurdo, apoyado en una hacha larguísima junto á un tajo.

El rey estaba risueño. — ¡Hola, hola! dijo alegremente á Benavides mirando á don Martin, ¿me traes ese rebelde? Yo creí que se habia ido á enarbolar de nuevo el estandarte de la *humilde demanda*.

— No, señor, replicó el heredero de Alburquerque con resolucion, no habeis creido de mí semejante villanía. No pretendo sostener con las armas la causa de la reina Blanca, sino probando la mentira y la perfidia de sus acusadores.

Los ojos de don Martin fulminaban rayos contra el judío Samuel, que respondió á esta agresion con desdeñosa sonrisa, imitada por los hermanos de María y el alguacil mayor. Pero Hinestrosa per-

⋮



dió los estribos y dijo con trémula voz: — Señor, pensadlo bien, y no os empeñéis en un combate cuyo éxito os sería no menos fatal que á...

— No habla con vos, interrumpió Benavides impaciente, y mejor fuera que no despegase los labios.

— ¿Y por qué? dijo el rey con ligereza. El comendador me ha hecho ofrecer, y aun jurar si mal no me acuerdo, que en todo esto obraría yo conforme á las reglas de la equidad y á las fórmulas de la justicia; luego es preciso que me entere de todo. Hablarás cuando te toque, Martin. Tú tambien, Benavides, has de tomar asiento entre mis consejeros, pues necesitaré de tus luces. Pero aun no nos ocupa el negocio de Blanca de Borbon. Que entre el buen Juan Cavedo.

Mientras cumplian esta orden, permanecieron fijos los ojos de don Martin en los del comendador, en los cuales leía el espanto, y al parecer le imploraban en favor de María. Recordó la generosa conducta de Hinestroza para con la reina



Blanca en la plaza de la catedral, y lo que en la noche precedente acababa de hacer por ella. Aprovechando el movimiento que hubo en torno del rey cuando salieron los guardias para traer al prisionero, acercóse don Martin al comendador, diciéndole en voz muy baja: — Olvidad las imprudentes amenazas que os hice en otro tiempo; no os quiero daño alguno, ni tampoco á María.

Apretó Benavides la mano de don Martin, y al pasar dirigió una benévola mirada á Hinestrosa, que respiró recobrando su serenidad. Juan Cavedo acababa de entrar entre dos alguaciles y cargado de cadenas.

— ¿Qué significan esos hierros? preguntó el rey en tono de bondad: que se los quiten, ¿no le he concedido yo la libertad y la vida? Sin duda alguna, amigo Cavedo, continuó mientras le quitaban las cadenas, cometiste una accion digna de castigo defendiendo por tanto tiempo contra tu rey las torres del puente de Alcántara.



-- Señor, respondió Cavedo, si cometí una falta punible, el perdón de vuestra alteza la ha borrado, y estoy absuelto.

-- No digas mi perdón, querido amigo, sino una capitulación en forma, un tratado de potencia á potencia, entre el muy poderoso señor don Juan Cavedo, escudero, príncipe del puente de Alcántara, marqués de la torre de Santa Justa y Rufina, conde de las almenas del baluarte de las máquinas y balistas, por una parte, y el simple rey de Castilla y Leon por otra. Hemos convenido por este tratado, tú en entregarme tus estados y ciudadelas con las máquinas de guerra, armas y municiones que contenian, y yo he jurado por la cruz de no atentar contra tu vida ni contra tu libertad, y cumpliré mi juramento. ¿Estás contento de mí, comendador Hinestrosa, sabio y venerable consejero?

-- Sí señor, respondió éste conmovido hasta el extremo de verter lágrimas, el corazón de vuestro antiguo y fiel servidor salta de alegría al contemplar la se-



renidad de vuestra frente, en la cual creyó ver la obscura nube del enojo. Saboreo deliciosamente esas palabras de justicia, de clemencia y de respeto á la jurada fé, que son segura prenda de la magnanimidad y cristiana moderacion con que tratareis á los demas enemigos vencidos.

-- Hablemos solo de la justicia, valiente Hinestrosa, replicó el rey sin dejar de sonreirse, de la justicia que constituye el mas sólido cimiento de los tronos: ¿no es verdad, Benavides?

-- Sí señor, respondió éste esforzando la voz; la justicia por las leyes y en manos de magistrados rectos es la que asegura los tronos infundiendo respeto y amor á la real autoridad de que dimana.

-- Bien dicho, sabio Benavides; aqui ves un tribunal formado de los jueces que tú deseas para pronunciar muy en breve acerca de la suerte de Blanca de Borbon, de quien solo soy acusador; sus amigos podrán defenderla sin ofenderme; tú, Martin, y cuantos quieran hablarán en



su favor. Pero ante todo es fuerza terminar el negocio personal que el escudero y yo tenemos pendiente. Sí, Juan Cavedo, fiel á la religion del juramento, acabo de mandar que te quiten las cadenas, y no tardarás en ser dueño de salir de la ciudad y de ir adonde quieras. Pero segun nuestro tratado, tú te obligaste á no armar tus manos contra mí; necesito una prenda de tu buena fé, ¿juras concederme la que te pida?

— Sí señor; sin comprometer como es justo ni la vida ni la libertad que me habeis concedido, salvo tambien mi honor, que es un bien mas estimado que los otros. Mandadme ya, que estoy pronto á obedecer.

— Tus reservas son de hombre prudente y avisado, buen escudero mi amigo. No, no quiero tu cabeza, ni tu libertad, ni tu honor; lo que te exijo es las manos... Córtaelas, Zurdo, y tráemelas acá.

Las graciosas y femeniles facciones del rey conservaban su habitual espresion



de burlona alegría, y por esto su orden sanguinaria se tuvo al pronto por una ligereza impropia de tan grave circunstancia. Pero los alguaciles del Zurdo ataron las manos de Juan Cavedo en un abrir y cerrar de ojos; arrastráronlo hácia el tajo, y el tártaro levantó su hacha. Cubrió los gemidos del escudero un murmullo de indignacion, y lanzándose don Martin hácia los alguaciles, exclamó: — Deteneos; su alteza no quiere...

-- ¡Santo Dios! interrumpió el rey, que levantándose rápidamente dirigió á toda la asamblea una mirada de cólera, fijándola despues en don Martin. ¿Quién será el temerario que se oponga á la mas mínima voluntad de su dueño y señor? Yo mando... obedeced... descarga, Zurdo.

Resonó el hacha sobre el tajo; lleváronse á Cavedo medio muerto, y recojiendo el tártaro las sangrientas manos, fue á deponerlas á los pies del rey, muellamente recostado en los cojines del trono, y llena la boca de su acostumbrada sonrisa. Pintóse el horror en los semblan-



tes de todos los concurrentes. Samuel y don Diego García eran los únicos que parecían identificados con los sentimientos de su dueño. Tétrico silencio reinaba en el salón, que colocado en una esquina del palacio, tenía varias ventanas abiertas al Zocodover y otras á la plazuela de la cárcel: bajo las primeras resonaban los jubilosos ecos del clarín, de la flauta y del albogue, y los laúdes de los ciegos acompañaban el canto de los artesanos judíos, que trabajaban alegremente en el adorno del circo de los toros. Por las otras se percibían las exhortaciones de los religiosos que comenzaban á salir de la torre de Santa Leocadia sosteniendo á los sentenciados, que caminaban á la horca entre alguaciles. Los lastimeros acentos de estas víctimas se confundían con las fervorosas voces de los Franciscanos. — ¡ Ah! hé ahí la música que mas me agrada, dijo el rey corriendo á una de las ventanas de la plazuela; tráeme aquí el almuerzo.

No tardaron en acercarse al ancho bal-



con una mesa, ante la cual pusieron varios almohadones unos sobre otros para formar un asiento. Arrellanóse en él; y los primeros oficiales de su casa le sirvieron al momento succulentas viandas, que empezó á devorar, contemplando con alegres ojos el suplicio de mas de cuarenta de los principales vecinos de Toledo condenados aquella misma noche en el tribunal del alguacil mayor.

-- Ahora me acuerdo, dijo riendo á sus oficiales; ninguno de vosotros sabe servirme como el camarero mayor que mi buen hermano Fadrique se sirvió regalarme en Toro; traedle acá.

Salió el Zurdo al momento seguido de cuatro satélites, y no tardó en volver con ellos conduciendo á don Lope de Avendaño con los brazos atados á la espalda, las cejas y cabellos abrasados, el rostro cicatrizado y negro, medio cubierto de harapos manchados de sangre: adelantóse el caballero con paso firme y engallada la cabeza hasta cerca del balcon. Estremeciéronse todos al verle tan espantoso,



y el rey soltó una ruidosa carcajada.

-- Amigo Lope, dijo, enseña á estos hombres el modo de servir á un rey de Castilla. Ninguno sabe dirigirme aquellas palabras oportunas y nuevas para mí con que me saludabas al despertar, que me repetías en la mesa, en la sala, en la iglesia, en todas partes y todos los dias, interrumpiendo tambien mi sueño para volver á encajármelas. ¿Te acuerdas de ellas, oh digno y respetuoso camarero mayor?

-- Sí, monstruo sanguinario, respondió don Lope con voz furiosa; sí, disoluto vil, tan cobarde como cruel; sí, yo soy el único que te ha dicho la verdad.

-- Ya lo oís, amigos míos, prosiguió el rey sin alterarse; esos mismos eran sus discursos, en nada los ha variado.

-- ¿Creías tú, preguntó don Lope con altivez, que el miedo á la muerte me inspiraría otro lenguaje? te equivocas, la deseo.

-- La deseas, Lope, dijo el rey paladeando lentamente una copa de esquisito



licor. Un jóven como tú, rico, valiente y lleno de gloria, ¿no estaria mejor viviendo en el seno de las delicias, acariciado de la belleza que le adora? Mira cuán dulce es la vida en la mesa, rodeado de amigos, de numerosos servidores; tú tienes hermosos castillos, vasallos, oro... ¿no sentirias perder tantos bienes y placeres?

-- Tu odiosa tiranía me los ha envenenado todos. Acaba ya de jugar con tu presa, tigre; acaba de despedazarla. Pronto estoy á comparecer ante Dios; mátame.

-- Don Lope, respondió el rey en tono grave, en otro tiempo me suplicaste que te concediese una gracia, y por cierto que estábamos en Sevilla, ¿te acuerdas? era el mismo dia en que empecé á reinar; quisiste abandonar inmediatamente mi servicio, y te concedí este favor sin vacilar. Hoy me pides que te mate, ¿es razonable esa *humilde demanda*? ¿Es oficio de un rey el matar la gente? ¿Qué dirian estos amigos míos que estan presentes, Hinestrosa, Benavides, á quienes he prometido no salir jamas del estrecho



círculo de la justicia y de la estricta observancia de las leyes? No, Lope, yo no puedo matarte; dirígete á otro. Zurdo, mira si puedes hacer algo en favor de este pobre hombre...

Y no habia acabado aun, cuando la enorme maza del tártaro hizo pedazos el cráneo del caballero, que vaciló y fue á caer á los pies del rey.

-- Buen golpe, valiente Zurdo, dijo acabando de beber. Arroja eso al circo, prosiguió repeliendo con un pie el cuerpo aun palpitante del caballero, y que lo dejen ahí todo el dia.

Cargó el Zurdo el cadáver en sus robustos hombros, y lo precipitó por el balcón á la plaza del Zocodover. El espanto dejó helados á todos los espectadores: don Martin y Benavides se miraron estremecidos de horror. El rey volvió entonces al asiento que ocupaba anteriormente junto al tribunal del alguacil mayor.—

Ahora, dijo á Samuel Leví, llama los testigos que han de deponer en favor de tu acusacion contra Blanca de Borbon.



Obedeció el judío. Perez Cuellar venia el primero, traído en una silla, pues sus piernas paralizadas no podían sostenerle; su nieto Perico caminaba junto á él. Despues de las formalidades ordinarias, leyeron en voz alta, á ruego de Samuel, la declaracion que habia redactado con arte infernal y hecho firmar por sorpresa á Perez Cuellar. El anciano no pudo escuchar hasta el fin. — Todo eso es un tejido de mentiras abominables, exclamó con fuerza.

— Son sus propias palabras, dijo Samuel en tono firme. Él las pronunció en presencia de este mismo tribunal; y apelo á estos venerables jueces para que declaren si recibieron el juramento que Perez Cuellar prestó ante ellos sobre la cruz y los evangelios antes de hacer esta propia deposicion...

— Mientes, judío, repuso Perez Cuellar impetuosamente; no era un tribunal, pues tú tenias lugar entre cristianos. Y hoy mismo, esos venerables jueces que invocas en nombre de la cruz y de los



evangelios, hijo de Judas, no son mas que los jurados de la ciudad, compadres y camaradas míos, reunidos tal vez, como el día de que hablas, para tasar el precio de las verduras, de la miel y de la volatería del mercado, ó para pronunciar sobre los altercados de vendedores y compradores. Y vos, señor alguacil mayor de Toledo, estareis aguardando en esa silla que los archeros os traigan algunos ladrones sorprendidos en el camino, ó los rateros de las ventillas, que anhelais condenar á los azotes ó á la horca; pero no descubro en esta sala un tribunal competente para juzgar á una reina de Castilla...

-- Este hombre está loco, interrumpió Samuel dirigiéndose á don Pedro, que se habia levantado pálido de furor. ¿Pero qué importa? su propia mano firmó el escrito antes de que esa dolencia le turbase el juicio.

-- Al contrario, judío, replicó el platero, entonces fue cuando Dios me habia privado de razon; pero hoy la poseo to-



da entera. Si firmé las inicuas imposturas que acabas de leer, abusaste de mi demencia, y el crimen de la calumnia debe recaer en tí solo. No, jamas dije ni dí á entender que el gran maestro me hubiese dado el niño Enrique; ignoro aun el nombre y calidad del caballero que me lo confió en el bosque de Saldaña; no, jamas afirmé ni pensé, Dios me es testigo, que la reina Blanca de Borbon fuese su madre...

-- Samuel, dijo el rey trémulo de cólera, muéstrale su firma. ¿La reconoces, testigo?

-- Sí señor, respondió Perez Cuellar despues de mirar atentamente el escrito; reconozco los caractéres que trazó mi mano trémula; confiésolo sin vacilar, pues nunca mentí...

-- ¿Y sin embargo has firmado una mentira? Tú propio lo confiesas.

-- Sí; pero...

-- Basta. Alguacil mayor, ¿qué pena impone la ley al que firma un testimonio falso despues de jurar sobre la cruz y el evangelio?



-- La pena que por su perjurio hubiera recibido el acusado, respondió el alguacil mayor.

-- ¿Y cuál hubiera sido en el presente caso?

-- La muerte.

-- Ya lo oyes, Hinestrosa, la ley es la que habla, díjole el rey sonriéndose. Benavides, no te quejarás de mí; esta es la justicia ejercida por un magistrado. Vamos, Zurdo, á la horca el perjurio.

Adelantóse el tártaro para apoderarse del anciano; pero don Martin, Benavides, Hinestrosa y hasta el alguacil mayor corrieron á detenerle. Perico en tanto se precipitaba á los pies del rey vertiendo un torrente de lágrimas.

-- Perdon, señor, decia, perdonad á un anciano sin pecado, compadeceos de sus canas. ¡ Ah ! ¡ señor ! misericordia, en nombre de la Virgen y de todos los santos. Si os ofendió, fue porque estaba demente... Perdonadle, como Dios os perdonará en el dia del juicio...



-- No, respondió el rey con furia, á la horca inmediatamente.

-- Señor, señor, dijo Perez Cuellar en tono de súplica, que me traigan un eclesiástico...

El Zurdo hacia esfuerzos para apartar á los que se interpusieron entre él y el anciano: iba ya á apoderarse de la víctima, cuando Perico se arrojó á él con ímpetu y lo repelió.

-- Aguarda, tártaro, aguarda, gritó desesperadamente. Tomad mi vida, señor, prosiguió echándose nuevamente á los pies del rey, muera yo en su lugar...

-- ¡Tú!

-- Sí señor, proseguia Perico con el mayor entusiasmo y oprimiendo las rodillas del rey, para él la vida, y la muerte para mí... yo la sufriré sin pena, con placer, si satisfecha vuestra clemencia de este sacrificio conserva su cabeza venerable... ¡Ah! señor, el verdugo la profanaría... ¡Qué! ¡las angustias de la horca á su edad!... ¡Pobre abuelo mio!... La muerte para mí, ¡oh! la muerte, por piedad...

;



— No le escucheis, señor, decía Perez Cuellar llorando; él es el verdadero demente. ¡Calla, Perico, noble mancebo, querido hijo mio! ¡Tú morir! ¡oh Dios bondadoso! esto sería para tu anciano padre mil muertes en vez de una...

— ¡Mira lo que dices, viejo loco! gritó el rey; yo puedo y tengo derecho de hacerte sufrir esas mil muertes: tu hijo me ofrece su vida en cambio de la tuya, y la acepto. Piénsalo bien; desde ese balcón vas á verle colgado de una horca si no juras al momento que la declaracion que firmaste es verdadera.

Perez Cuellar clavó un instante los amorosos ojos en su nieto, y luego, levantándolos al cielo, oró fervorosamente vertiendo abundantes lágrimas. Todos los circunstantes estaban pendientes de sus labios, y don Martin, pálido y petrificado, parecia aguardar la sentencia que iba á decidir de su vida.

— Esa declaracion es calumniosa, exclamó Perez Cuellar con energía, venga el verdugo.



— Zurdo, llévate al hijo, dijo el rey ciego de rabia; que le ahorquen al instante. Y vosotros, alguaciles, colocad á su abuelo en ese balcon.

— Don Pedro, exclamó fuera de sí el heredero de Alburquerque mientras el Zurdo salia por la puerta llevándose á Perico cargado en sus hombros, revocad esa sentencia injusta: el padre es inocente, el hijo es digno del amor y admiracion de la tierra: ¡perdon para entrambos! ese es el anhelo de los verdaderos amigos de vuestra persona y gloria; clemencia, ¡oh rey! clemencia: la imploramos de rodillas.

— Postráronse, á imitacion de don Martin, Benavides, los jurados, el alguacil mayor, los oficiales de la casa real, Hínestrosa, todos los circunstantes, excepto Samuel y don Diego, gritando: — ¡Clemencia! ¡misericordia! ¡oh rey! ¡perdonadlos!

— No, no, respondió furioso el rey.

— Temed que el cielo se canse de tantas injusticias y crueldades, le dijo



don Martin levantándose impetuosamente. ¡Acordaos de Fez-Alhamar! estas son sus palabras: Tiembla que en los torrentes de sangre que derrames con placer se confunda la tuya...

— ¡Mi sangre, execrable rebelde! ¿tienes sed de la sangre de tu rey, digno hijo de Alburquerque? ¿conspiras contra mi vida?...

— No, repuso don Martin acercándose á él, yo quiero apartar la muerte de vuestra cabeza.

— ¡Diego! gritó el rey á su favorito retrocediendo lleno de pavor, ¿me dejarás asesinar de este modo?...

— ¡Favor al rey, muera el traidor! exclamó don Diego García desenvainando la espada y arrojándose sobre el desarmado don Martin, á quien derribó en el suelo de una estocada.

— ¡La reina es inocente!... ¡escuchadme!... decia don Martin con apagada voz.

— Llevadle... Anda, pérfido, á morir lejos de aquí, y da gracias á Diego, cu-



yo acero te libra de un suplicio infame digno de tu negro atentado.

Lleváronse á don Martin, y Benavides salió tras él.

— Quédate, Benavides, ó te declaro traidor, gritóle don Pedro.

— ¿Y qué me importa, repuso Benavides con sombría desesperacion: los hombres no han de creeros; el cielo lee en mi corazon. Harto he vivido; á Dios.

— Señor, dijo don Diego agitando la espada, ¿le sigo?...

— No, quédate, Diego; yo sé que no teme la muerte... síguele, Samuel; convéncele... cuida tambien de Martin, pues no quiero que muera ni que se separe de mí... tráemelos inmediatamente: ¡anda!

— Señor, ¿qué disponeis de este infeliz? preguntó Hinestrosa al rey en tono suplicante mostrándole á Perez Cuellar, que permanecia inmóvil y como petrificado en su silla.

— Ya he dicho que lo pongan ahí, respondió el rey señalando la ventana que daba á la calle de Santa Leocadia. Ve-



nid, fieles amigos, vamos á intentar el último esfuerzo contra esta cabeza de hierro, y si persiste en su loca obstinacion, disfrutemos al menos el placer de una justa venganza.

Colocaron los archeros á Perez Cuellar en el punto mas visible del balcon, vuelto el rostro hácia el lugar del suplicio de su nieto. Ya estaban suspendidas de los patíbulos muchas víctimas. El pobre Perico, pálido como un espectro, estaba entre dos religiosos que le auxiliaban, mirando dolorosamente á su abuelo, deshecho en lágrimas. — ¡Vaya! viejo loco, le preguntó el rey en tono de chanza, ¿dejarás colgar á ese pobre muchacho? aun puedes salvarle... mira que en haciendo yo una seña... ¡cómo! ¡ni una palabra dice! ¡oh! ¡cuán dura y desapiadada es la vejez! piénsalo bien... tú le asesinas, tú solo... ¿no tienes entrañas? ¿nada dices?... ¿nada? voy á hacer la seña...

El anciano no pudo hablar. A vista de la angustia de su querido nieto, Perez Cuellar lanzó un grito penetrante, esten-



diendo sus desfallecidas manos para bendecirle, pero volvieron á caer inmediatamente; su corazon destrozado latía por última vez, y espiró.

Horrible sonrisa entreabrió los espumantes labios del rey, que saboreó hasta el fin la agonía del heróico Perico, encaminándose luego con aire de triunfo hácia el balcon que tenia dispuesto para la corrida de toros. — Ahora, dijo alegremente, vamos á la otra fiesta.





---

---

**CAPITULO VII.**

---

**P**ERDIDA ya en Toledo la esperanza de resistir al rey , y justamente temerosos los principales factores de la rebelion de la terrible suerte que los amenazaba , huían á los retiros mas inaccesibles buscando un abrigo contra la venganza de don Pedro. El barbero Sanchez , mas comprometido que ningun otro , lloraba la desgracia de su hija Paquita , novia del infeliz Perico. Al recordar sus arengas contra los judíos en la plaza del Zocodover , dudaba de la inviolabilidad del asilo de las iglesias , donde otros podian al menos aguardar un refugio momentáneo. En tal extremo , sugirióle Paquita una idea , que adoptó con avidez. El conserge del palacio de Mene- ses era padrino de la muchacha , y la quería entrañablemente : como la habitacion del señor don Martin debia ser respetada cual la del amigo mas estimado del rey , podia hallar en ella un retiro impenetra-



ble. Corrió allá con su hija, y no les engañó la benévola acogida del conserge Bernardo.

Sin embargo, cuando por la tarde fue tomada la ciudad y señalaron el palacio de Meneses para alojamiento del rey, creyó el pobre barbero que el terror helaba la sangre de sus venas. Pero la fortuna, que le reservaba mayores pruebas, desvió el peligro que le estaba amenazando. La habitación del conserge quedó libre y reservada para el señor don Martín, que no fue á ocuparla por haberse quedado en el alcázar hasta la mañana siguiente. Durante esta noche, para él eterna, no disfrutó Sanchez ni un momento de reposo. Por una ventana que estaba cerca del arcon en que se habia metido, oyó muchas veces á los pregoneros que publicaban la sentencia de su muerte.

Atreviéndose al amanecer á salir de su escondite, reconoció que el vasto arcon encerraba parte de los atavíos de la difunta muger de Bernardo. Vínole á las mientes usar de aquel espolio para disfra-



zarse. Como nunca dejaba de llevar consigo su barberil estuche, comenzó por rapar sus pelos y barbas blancas; y luego se puso tocas, guardapiés, basquiña, mantilla y chinelas bordadas; colgóse al cuello un rosario de cuentas gordas, á la cintura un enorme manojó de llaves, y encorvando el espinazo y apoyándose en un báculo completó su metamorfosis en dueña. Su negro y arrugadísimo rostro, su diminuta estatura, su voz delgada, todo favorecía la ilusión, y hubiérasele tomado por una de aquellas asquerosas brujas que los gitanos llaman sus tias.

Al entrar Paquita se sobrecogió viendo la ridícula figura; pero desengañada inmediatamente, y á pesar de la gravedad de las circunstancias, no pudo contener una ruidosa carcajada que atrajo al buen Bernardo. La formalidad de este castellano viejo tampoco pudo resistir al grotesco espectáculo que se ofreció á sus ojos. Aplaudió sin embargo la invención de Sanchez, y encareciendo su idea quiso que también Paquita se disfrazase con los ves-



tidos del page de don Martin confiados á su custodia. Las holgadas vestimentas y la emplumada toca de Zafiro disfrazaron completamente el sexo de Paquita, además de que los colores del amo de la casa debían alejar toda idea de superchería para con los criados y escuderos del rey, que podían entrar á cada instante en la habitacion de Bernardo.

Todo estaba dispuesto en estos términos, cuando en el piso superior empezó la espantosa tragedia que hemos descrito en el capítulo antecedente. Advertido de que su señor acababa de llegar del alcázar, subía Bernardo á recibir sus órdenes al mismo tiempo que los archeros del Zurdo bajaban las escaleras acosando al pobre Juan Cavedo, cruelmente mutilado. Sobre cogido el conserge de horror y lástima, les rogó que le permitiesen conducir fuera del palacio á aquel infeliz, y no vacilaron en dejarle con él. Hízole entrar inmediatamente en su habitacion; pero debilitado por la pérdida de la sangre que brotaba á torrentes de sus muñecas cor-



tadas, cayó Juan Cavedo en el suelo sin conocimiento.

Felizmente era Sanchez muy hábil en el arte de la cirujía, y ayudado de su hija logró cortar la hemorragia y calmar la agitación de los dolores. Juan Cavedo debió la vida á este pronto socorro. El cuidado que Paquita tuvo con él proporcionó á esta la ventaja de distraer enteramente su atención del siniestro espectáculo de la calle de Santa Leocadia. No vió, pues, el trágico fin de Perico; mas era imposible que lo ignorase mucho tiempo, y temiendo Bernardo el estrépito de la desesperación de la muchacha, que podía descubrir á Sanchez y comprometer su propia seguridad por haber dado asilo á dos proscriptos, cerró su puerta y no volvió á abrirla en todo el día.

Esta circunstancia le impidió recibir poco despues á su dueño don Martin, á quien los esbirros del alguacil mayor transportaron al alojamiento de Benavides. Allí se presentó Samuel, pero sin poder cumplir la comisión que el rey le habia en-



cargado. No fue dueño Benavides de ver al judío sin explicar á este monstruo todo el horror que le inspiraba: creyendo á don Martin próximo á espirar, resolvió no sobrevivirle, abandonó su consumada prudencia, y no pudo moderarse. Salió Samuel de su casa dueño del secreto de María y de la vida de don Martin.

Aunque grave la herida del caballero no pareció mortal al monje benedictino que habia curado el dia antes la del gran maestre. Reflexionando entonces Benavides acerca de las imprudentes palabras que la cólera acababa de arrancarle, juzgó que lo mas urgente era alejar de Toledo á don Martin: hízole, pues, colocar en una litera, y de este modo le trasportaron á Olías, donde le aguardaban sus tropas reunidas, como tambien Zafiro y el niño Enrique.

Fue Bernardo, á la mañana siguiente, á encontrar al alguacil mayor, que le estimaba, y le confió que movido de compasion habia ocultado en su casa al escudero del gran maestre de Santiago. El



magistrado, que lejos de ser tan perverso como Samuel, ni siquiera habia vacilado en unirse con Benavides y don Martin para obtener el perdon de Perez Cuellar, aprobó la accion de Bernardo y le tranquilizó, manifestándole que el rey se mostraba decidido á respetar el tratado que habia hecho con Juan Cavedo. — Bien puede salir de aqui, prosiguió en voz muy baja el alguacil mayor; y si tomáis interes por ese pobre hombre, aconsejadle que aproveche sin tardanza una libertad que acaso pudieran quitarle. Voy á daros un salvoconducto que le protegerá en todas partes.

— ¡Dios os bendiga! dijo Bernardo sumamente agradecido. Pero os ruego que añadais á este favor el de inscribir en el salvoconducto el nombre de Zafiro, page de mi amo, que sale hoy de Toledo con su tia Zael.

No opuso el magistrado dificultad alguna en conceder esta demanda; escribió el salvoconducto de propio puño, firmólo, é imprimió en él el sello del tribu-



nal. Provisto ya de aquel documento necesario, hizo Bernardo los preparativos del viaje de sus huéspedes, á los cuales dió buenas mulas, guiándolos hasta las afueras de la puerta de San Martín, y al separarse de ellos puso en manos de Sanchez un bolsillo bien repleto.

El primer día caminaron los viajeros cuanto permitió la debilidad del pobre Juan Cavedo, y hallaron asilo por la noche en una aldea, donde se habían detenido varios muleteros de Córdoba aguardando que concluyesen las turbulencias de la provincia y hubiese menos peligro en los caminos. Esta dilacion dió lugar á que Juan Cavedo recobrase las fuerzas necesarias para continuar su viaje sin mucha incomodidad.

Sanchez estaba resuelto á no detenerse en Córdoba, pues como en esta ciudad tenia parientes, temblaba, no sin razon, ser reconocido y entregado á la justicia del rey, cuya sentencia se habria comunicado á todos los tribunales del reino. En el salvoconducto de Juan Cavedo es-



tribaba su mas segura proteccion , y por esto decidió abrirle enteramente su pecho y rogarle que le permitiera seguirle hasta el lugar de su destino. — ¡Ay amigo! respondió el escudero , yo os hubiera pedido como el mas grande favor lo que me estais ofreciendo , pues debo la vida á vuestros esfuerzos , Sanchez , Paquita...

--- Llamadme tia Zael , interrumpió Sanchez azorado. He resuelto conservar este disfraz ; y tambien Paquita ha de ser para vos y para todo el mundo mi sobrino Zafiro , page del señor don Martin Gil de Alburquerque. Acordaos de que peligra mi pescuezo si este misterio se descubre.

-- Basta , replicó el escudero , no lo olvidaré. ¡Qué seria de mí si me abandonaseis! ¡Ah! me haceis feliz consintiendo en acompañarme á mi retiro ; pero nos queda mucho que andar para llegar á él.

-- Os seguiremos muy gustosos , dijo el barbero , aunque sea al cabo del mundo. Nunca me parecerá estar bastante le-



jos de Toledo y de esta ciudad, donde tambien soy conocido.

-- Pues bien, prosiguió Juan Cavedo, iremos juntos hasta el extremo de Andalucía, cuatro leguas mas allá de Jerez de la Frontera. Mi hacienda, compuesta de buenas viñas que pueblan las colinas de Rota, bastará para que vivamos con abundancia. Mi casa, que se halla á poco trecho de la última ciudad, y en una aldea llamada la Gallina, es una habitacion muy agradable en la ribera del mar. Allí viviremos protegidos por mi hermano Marcos Cavedo, alcaide de una fortaleza pequeña que está á dos leguas de allí y junto al Puerto de Santa María, en la bahía de Cádiz.

-- Será un paraíso, exclamó Sanchez lleno de júbilo. Voy á comprar aqui lo que necesito para representar el papel de la tia Zael, gitana vieja que en otro tiempo conocí en Toledo, y que tenia drogas para toda clase de males, que yo sabré curar mejor que ella. Tambien me es preciso renovar mis trages de bruja y los del

:



page Zafiro, pues el salvoconducto canta esos nombres y no pudieramos abandonarlos sin peligro.

Aprovechándose los viajeros de la salida de otro muletero cordobés, se pusieron en camino para Sevilla. Allí asaltaron á Sanchez nuevos temores. Oyó proclamar á son de trompeta los nombres de los proscriptos condenados á muerte por el alguacil mayor de Toledo, y figuraba el suyo en la lista con sus pelos y señales, que no podian menos de darle á conocer. Hablábbase en todas partes de un festin que dió el rey á las nobles damas de Burgos en el palacio arzobispal de la ciudad, á cuyo postre presentaron en platos de oro las cabezas de los mas poderosos señores de Castilla. Enumerábanse tambien las magníficas recompensas concedidas á los Padillas y á Samuel, que desde varios puntos del reino le habian remitido tan horribles presentes.

Todo esto contribuía á aumentar el espanto del pobre Sanchez. Por último, al cabo de una permanencia, para él de-



masiado larga, en la capital de Andalucía, partieron los viajeros hácia Jerez de la Frontera. Supieron allí que el rey acababa de llegar á Sevilla, en donde, abandonándose sin freno á su natural ferocidad por tanto tiempo comprimida, se saciaba de sangre. Los judíos, cuyo aborrecimiento á los cristianos aguijoneaba entonces el insaciable ardor de la venganza, eran los encargados de señalar las víctimas. Nadie se ocultaba de sus vivísimas pesquisas; ni el rango mas elevado, ni la obscuridad de la mas humilde condicion servian de escudo contra el ciego furor de aquel pueblo implacable, y el rey entregaba á los verdugos cuantas víctimas marcaban los judíos con el sello de su reprobacion.

Júzguése del terror de Sanchez; pero al cabo, gracias al favor del cielo y al de su ingenioso disfraz, que juró no abandonar jamas, llegó sin estorbo al término de su dilatado viaje.



---

---

**CAPITULO VIII.**

---

**V**IVIA retirado en su pequeña heredad de la Gallina el escudero Juan Cavedo con su amigo Sanchez, que pasaba en la comarca por la tia Zael, y nadie conocia á Paquita sino bajo el nombre del page Zafiro, su sobrino. Alli, como en todas partes, el supersticioso pueblo atribuía á las viejas, y particularmente á las de origen egipcio, el poder sobrenatural de leer lo venidero en las rayas de la mano, y de curar las enfermedades de los hombres y animales con la virtud de algunas palabras misteriosas ó de ciertos brebages compuestos segun el formulario de la ciencia cabalística. No tardó en difundirse por las cercanías de la Gallina la historia de la mutilacion del escudero Juan Cavedo, y su cura maravillosa, debida á los infalibles específicos de la tia Zael, que trajo en su compañía.

Gracias á sus efectivos conocimientos



en el arte de curar, logró el barbero sostener ventajosamente la reputacion de la gitana. Venian los enfermos á tropel, y su fácil curacion estendió en poco tiempo la fama de la bruja, lo cual fue para Sanchez un manantial de recursos con que no habia contado. Esta circunstancia le dió aun mas apego al disfraz que le dió la vida, y que aun hacia necesario la creciente persecucion contra los enemigos de los judíos triunfantes.

Encantado el buen escudero con la compañía de sus huéspedes, hallaba agradable distraccion á sus penas presentes y á sus tristes recuerdos en los sabrosos coloquios de Sanchez, constituyendo la dulzura y consuelo de su vida la inocente amistad de la agraciada Paquita. Solo faltaba al complemento de su felicidad la compañía de su hermano Marcos, alcaide de la torre de Catalina, próxima al Puerto de Santa María. Aunque separados por la insignificante distancia de dos leguas escasas, nunca se veían, pues Marcos profesaba á la causa del rey y de María de



Padilla todo el apego que Juan á la de los bastardos y Blanca de Borbon. Dos años hacia que el escudero estaba inspirando á todos los habitantes de la comarca el mas tierno interes por un infortunio tan poco merecido; mas dominaba al alcaide tal espíritu de faccion, que siempre se resistia á ver y abrazar á su hermano.

Sin embargo, pasados los dos años, y calmada poco á poco la violencia del rey, comenzaron á estrecharse los vínculos de la sangre y de la amistad, debilitados, mas bien que rotos, á causa de tan funestas divisiones. Por otra parte, el comun odio á los judíos habia sido un punto de contacto siempre perenne entre los cristianos de los dos bandos opuestos. En este artículo se fundó la capitulacion de Juan y Marcos Cavedo. El alcaide dió el primer paso sorprendiendo un dia á los descuidados solitarios de la Gallina. Tendióle Juan los brazos con un grito de alegría. A vista de las mutiladas muñecas del valiente escudero no pudo Marcos contener sus lágrimas. — ¡Hermano! exclamó, ¡los pí-



caros judíos te han maltratado de ese modo, y no nuestro buen rey don Pedro, que Dios guarde muchos años! su corazón acibarado por tantas revueltas y traiciones, cedió con mucha facilidad á los perversos consejos del infernal Samuel Leví, que devora todos los tesoros del estado y no nos paga el sueldo de nuestros oficios. Los judios rebosan y nadan en riquezas, y nosotros nos morimos de hambre en nuestras torres y ciudadelas, que constituyen la seguridad del reino.

— Hermano Marcos, replicó el escudero, tampoco acuso á los judíos de las desgracias que lamentas. Fue voluntad del Altísimo: no hablemos mas de ello. Déjame gozar cumplida la dicha de abrazar á un hermano querido. Ven, ven á mi pecho.

Confundieron entonces sus lágrimas en un largo y sabrosísimo abrazo.— Hermano, continuó el escudero, te digo con sinceridad que no hay odio en mi corazón ni aun para mis enemigos mas crueles. No temas, pues, que te hiera jamas



en tus inclinaciones, y te suplico la misma reciprocidad. No me aflijas ultrajando el infortunio de mis amigos. Ya sabes con cuánta ternura estimo al gran maestro de Santiago...

-- ¡Vive Dios! hermano, interrumpió el alcaide, pocas contiendas tendremos en ese punto. ¿No sabes que el gran maestro es ya de los nuestros?

-- ¡Cómo! Marcos, el señor don Fadrique...

-- Ha vuelto á la gracia del rey, y se ha sometido. Ayer llegó la noticia á Jerez de la Frontera, donde yo me hallaba para ver la entrada de la reina Blanca de Borbon...

-- ¡Que dices! ¡grandes y escelentes nuevas! yo nada sabia.

-- Facil es referírtelas, querido Juan, continuó el alcaide sentándose á su lado; y no hay que decir que no son ciertas, porque las he oido de boca de don Íñigo Ortiz de las Cuevas, gobernador de la ciudad y amigo mio. Sabrás sin duda que el conde de Trastamara con una multitud



de partidarios se han refugiado á Aragon, donde hacen grandes esfuerzos para escitar una guerra contra Castilla.

— Sí, ya lo se; y tambien decian que Francia y Navarra declararían la guerra al mismo tiempo. ¡Ah! querido Marcos, ¡cuán lejos estoy de desear esta calamidad!

— Esos sentimientos te hacen mucho honor, Juan mio, y veo con placer que estaremos siempre de acuerdo. En efecto, esta guerra seria muy de temer en el estado de debilidad y division que debe el reino al espíritu de revuelta, y el rey no puede contar con las ciudades y fortalezas que se vió obligado á entregar á los rebeldes de la *humilde demanda* por precio de la paz. Lo que mas le sobresaltaba era por una parte, el gran maestre de Santiago, que retirado á sus vastos dominios de Galicia habia hecho en ellos un tratado ofensivo y defensivo con don Fernando de Castro; y por otra el señor don Martin Gil de Alburquerque, refugiado en Portugal, que segun pública voz pretendia desnaturalizarse y ofrecer el ausi-



lio de sus inmensos tesoros y de sus numerosas ciudades y ciudadelas al infante de Portugal para apoyar sus pretensiones á la corona de Castilla. Sabia la corte que el gran maestre hacia frecuentes viajes al vecino reino para conferenciar con el señor don Martin. Esta alianza era muy de temer ; pero felizmente doña María de Padilla , que es tan discreta como hermosa , entró en relaciones con el gran maestre por medio del comendador Hinestrosa ; y sabiendo que está enamorado de la reina Blanca , le aseguró que respondería de la vida de la princesa y trabajaría para que se la pusiese en libertad, si él se obligaba á terminar sus ostilidades contra el rey.

El resultado de todo es , que el gran maestre no solo ha prometido lo que le exigia doña María de Padilla , sino que tambien ha salido garante de que los señores don Fernando de Castro y don Martin ajustarian la paz con el rey , si prometia enviar á doña Blanca al reino de Francia , pidiendo , mientras se resolvía



definitivamente, que la princesa saliese de Medina Sidonia, donde manda un hermano de María, hombre perverso y grande amigo de Samuel. Han concertado pues, como preliminares de esta paz tan ardientemente deseada por don Pedro, que Blanca de Borbon seria trasladada á Jerez de la Frontera, mansion muy agradable, donde permanecerá bajo la vigilancia del comendador Hinestrosa, que debe venir inmediatamente en calidad de gobernador de la ciudad y castillo, reemplazando á don Íñigo Ortiz de las Cuevas. Tambien afirman que el rey, por consejos de doña María, manifiesta mucha menos predileccion á Samuel Leví, enemigo el mas encarnizado de Blanca de Borbon. Por lo cual hay esperanzas de que, perdido enteramente el favor del rey, será echado de la corte. Nada entonces habrá que se oponga á la libertad de la reina y á la reconciliacion del rey con su hermano el gran maestre y con el señor de Alburquerque.

A estas palabras no pudo Juan Cave-



do contener un grito de júbilo que resonó en toda la casa. Acudió Paquita inmediatamente, pero detúvose asustada á vista de un extranjero, pues no habiendo hecho intencion de salir aquella mañana, estaba en trage de muger. Su interesante figura hizo en el corazon de Marcos vivísima impresion, que se aumentó extraordinariamente con el espectáculo del cariñoso esmero con que Paquita trataba al pobre mutilado. Luego que se retiró para participar á su padre las buenas nuevas que acababan de contarle, hizo Juan á su hermano una larga relacion de la conducta que hacia dos años observaba con él esta muchacha. Este relato completó el efecto de la primera entrevista, y Marcos se volvió muy pensativo á la torre de Catalina, llevando en el corazon la imágen de la linda toledana.

No pudieron ocultarse al escudero los sentimientos que agitaban á su hermano. Juan Cavedo queria á Paquita con paternal ternura, estaba viudo, no tenia hijos, y destinaba toda su hacienda á su



interesante bienhechora. Pero la reciente reconciliación con Marcos le sugirió otra idea, porque le repugnaba despojar enteramente de su herencia á un hermano único sin mas recursos que el empleillo de que vivía estrechamente. Casándole con Paquita, y concediéndole sus bienes, quedaban conciliados los dos sentimientos que dividían su corazón: agradóle el proyecto y resolvió llevarlo á cabo.

Pero antes quiso aprovecharse de una de las habilidades de Paquita que hasta entonces no le habia llamado la atención. Como hija de un padre regularmente instruido, escribía bastante bien: dictóle el escudero una carta muy circunstanciada para el gran maestro de Santiago, en que le daba noticia de su suerte actual, y le felicitaba por los dichosos acontecimientos que acababa de saber. Pedíale, como única recompensa de sus servicios, una memoria de su afecto para el humilde retiro donde estaba terminando en paz unos dias tan largo tiempo consagrados á su querido amo, objeto de su cons-



tante pensamiento. El comandante de una galera pronta á zarpar del Puerto de Santa María para las costas de Galicia se encargó de ir á Compostela, poner la carta en manos del gran maestro, y traer la respuesta á su amigo Juan Cavedo.

Marcos no era jóven, pero aun conservaba mucho verdor. Su aspecto marcial, su aventajada estatura, sus largos bigotes levantados hasta las cejas, y aquel aire de matasiete peculiar á los valientes de Andalucía, justificaban suficientemente á los ojos de las agraciadas hembras de Rota y del Puerto de Santa María el título de buen mozo que el alcaide de la torre conservaba tenazmente á despecho de una larga posesion. No participaba Paquita en este punto de la opinion general, pues el recuerdo de su amable y desdichado Perico vivia constante en su pecho, aunque ignoraba el trágico fin de este jóven, y tan solo sabia que era muerto. Por esto el ligero carácter de la hija del barbero, unido á su estremada juventud, escusaban el natural anhelo que sen-



tia de recibir las adoraciones de un nuevo amante digno sucesor del objeto de sus primeros suspiros. Ciertamente no era Marcos el destinado á cumplir esta misión. Pero sumisa á la voluntad de su padre y del buen escudero, que le presentaban aquel rancio galan bajo el pie de futuro esposo, guardóse muy bien Paquita de desecharle con dureza. Objetó astutamente la imposibilidad de presentarse en la iglesia para casarse antes de que su padre y ella pudiesen sin peligro recobrar sus nombres y los vestidos de su sexo. Este argumento no tuvo réplica, pues aunque la persecucion contra los enemigos de los judíos era menos ardiente, no estaba todavia revocada la sentencia capital que amagaba al pobre Sanchez.

Convinieron, pues, en que empleando Marcos su favor con el gobernador de Jerez, haria los mayores esfuerzos para obtener el perdón de un proscrito obscuro, contra el cual solo podian alegarse palabras imprudentes, pero ni una sola accion culpable. Recomendóse mucho al



mediador que no le nombrase para no comprometer imprudentemente un secreto del cual dependia la vida del mismo Juan Cavedo, porque igual sentencia de muerte alcanzaba á los que habian encubierto á los culpados.

No tardó Marcos en dar este paso. Fuése á Jerez de la Frontera; pero esta vez le costó mucho trabajo llegar hasta su amigo el señor don Íñigo Ortiz de las Cuevas, pues habian ocurrido grandes mudanzas con la llegada de la reina Blanca de Borbon. Por la especie de tratado concluido con el gran maestre habia permitido el rey que se diese mas libertad á la prisionera: podia ésta recorrer sin obstáculo toda la ciudadela, respondiendo el gobernador con su cabeza de que no entrarían en ella mas hombres que los padres predicadores del convento de Santo Domingo. Fue, pues, preciso que Marcos Cavedo aguardase mucho tiempo fuera del castillo hasta que don Íñigo Ortiz hizo que le llevasen para recibirle á una casa de la poblacion: el po-



bre señor, ya viejo, estaba abrumado de dolores reumáticos que resistían á todos los esfuerzos de los médicos de la comarca.

Entró el alcaide en materia sin tardanza; mas apenas dió á entender que se trataba de un proscrito de Toledo, cuando el gobernador le detuvo. — ¡Vive Dios! amigo Marcos, que venís á buen tiempo, pues ahora mismo acabo de recibir orden para ahorcar en el mismo sitio donde pueda descubrirlos á todos estos, cuyos nombres reza la lista que estais mirando.

Y al mismo tiempo desarrollaba un pergamino ante los ojos de Marcos, que perdiendo su lozano color, vió el nombre de Sanchez á la cabeza de la lista fatal. —

Ya veis, añadió el gobernador: todos los que no van incluidos en ella han obtenido el perdón á ruegos del alguacil mayor de Toledo.

— Esa noticia es la mejor respuesta que podeis dar á mi demanda, replicó Marcos ocultando su agitacion; aqui no veo

;



el nombre del individuo por quien me interesaba...

— En ese caso, bien puede volverse á Toledo, interrumpió don Íñigo, y le daré un salvoconducto. ¿Vive en esta ciudad?

— Lo ignoro, respondió Marcos: hábame lo recomendado cierta linda dama de Rota...

— ¡Ah! señor Marcos, dijo el gobernador sonriéndose, siempre galan y siempre favorecido de las damas. Pero decidme, ¿no pudiérais darme indicios de cierta tia Zael?...

— ¡Yo! exclamó el alcaide poniéndose como un carmin. ¿Imagináis por ventura?...

— No hay que alterarse, amigo; ya sé que es una gitana endiablada, altamente indigna de la atención de un apuesto y amable caballero como vos. Pero os confieso, no sin rubor, que un cuarto de hora de conversacion con la tia Zael, seria para mí en este momento mas agradable y de mayor provecho que toda una no-



che de plática que se dignara conceder al pobre inválido, la mas jóven y linda hembra de Castilla.

— No os comprendo, señor don Íñigo Ortiz, respondió Marcos mortalmente turbado. Si tratáis de burlaros de mí...

— De ningun modo, querido Marcos: este es el hecho. Hace mucho tiempo que estoy oyendo hablar de las maravillosas curas de esa bruja. He indicado el nombre de la vieja á los doctores, que siempre me estan prometiendo la salud sin siquiera dulcificar mis angustias, y me han asegurado que la tia Zael solo es buena para quemada en medio de la plaza de Jerez.

— Hé ahí tambien mi opinion, dijo vivamente Marcos, ya del todo tranquilizado.

— ¿ Con que la conoceis?...

— He oido de ella cosas que os deben confirmar en la idea de los doctores. Guardaos de recurrir á semejante bruja, y aun será mejor que no os acordeis de ella. Tampoco os aconsejo que useis de ri-



gor con ella, pues su habilidad en curar las enfermedades de los animales es tan celebrada, que en ese punto son positivos los favores que hace á los labriegos de las cercanías de Rota. Dejémosla, pues, donde está, y no deis en la ridiculez de llamar á una criatura tan vil, que con razon ó sin ella pasa por hechicera formal con sus ribetes de ilícito comercio con el demonio.

— Ciertamente, replicó don Íñigo con despecho, temo tanto como el primero comprometer mi dignidad con semejante canalla, y acerca de esto no necesito consejos de nadie. Pero al fin y al postre, es muy duro padecer continuamente sin esperanza de mejoría.

— ¿Por qué sin mejoría?

— ¡Por qué! ¡por qué! repitió irritado el gobernador; bien sé lo que me digo. Todos decían que vendria el comendador Hinestrosa á tomar el gobierno de este castillo; pero por lo que me escribe veo que me quedaré á representar el papel de carcelero. Una pícara enfermedad



me encierra en la cama meses enteros; y cuando me da el ataque, no pueden sacarme del castillo, como ahora: si niegan la entrada á los hombres, habré de desesperarme, porque vive Dios que mis médicos no tienen faldas. Será forzoso caer de todo auxilio, y morir miserablemente. Hé ahí por qué habia yo pensado en llamar á esa muger vieja ó bruja, con quien cargue el diablo cuanto antes. Pero ya que este paso ha de ridiculizarme y rebajar el concepto que gozo con ciertas personas á quienes no creí tan timoratas, no hablemos mas del asunto.

— Eso será lo mejor, dijo friamente Marcos al retirarse; y bien veo, si he de interpretar ese tonillo que tomáis conmigo, que mas me valdrá abstenerme de volver á veros hasta que se calme enteramente vuestro espíritu.

— Como gustéis, respondió el gobernador algo amostazado; pero os advierto que mi espíritu no se calmará jamas.

Salió Marcos muy apesadumbrado por el mal éxito de su tentativa, cuya rela-



cion fue á hacer inmediatamente á sus amigos los habitantes de la Gallina. Juan Cavedo y Sanchez quisieron oir cien veces sus menores circunstancias. Por la noche, despues de ausentarse el alcaide, escribió Paquita otra carta muy larga al gran maestro de Santiago en nombre del escudero.





---

---

**CAPITULO IX.**

---

**S**EIS meses hacia que Marcos se estaba desesperando de ver indefinidamente retardada la época de su matrimonio con Paquita, de quien estaba apasionado con locura, mientras que la muchacha se complacia en el obstáculo que negaba al alcaide el cumplimiento de sus deseos. Sin embargo, su corazón permanecía libre, pues en aquel retiro donde las circunstancias la obligaban á vivir, y bajo el disfraz de page que continuaba usando fuera de la casa, tan solo hablaba y veía á los habitantes de la aldea de la Gallina, reducidos á algunas familias de pobres pescadores constantemente ocupados en su trabajo fatigoso y poco lucrativo. Cuando el tiempo estaba sereno y el mar bonancible, se aventuraba á acompañarles en sus expediciones á lo largo de la bahía, y cuando Juan Cavedo descansaba, se reunía con sus mugeres é hijas, y



las ayudaba á hacer las redes nuevas y componer las viejas.

Concurria Marcos con mucha asiduidad á la casa de su hermano, y traía noticias del puerto y de Jerez, que Sanchez y Cavedo escuchaban con el mayor afan, especialmente aquellas que tenían relacion con la escelsa prisionera. Pero Paquita, importunada con la presencia y requiebros del alcaide, se aprovechaba muchas veces de la atencion que su padre y el escudero prestaban á los discursos de su amigo, para escaparse y dar un paseo por la mar con sus queridos pescadores. La evidente indiferencia de su novia despertó al cabo los zelos de Marcos, pues no podia convenirse de que fuera indiferente á su mérito sino tuviese el corazon comprometido en otro amor. Imaginó, pues, que entre aquellos aldeanos, de cuya compañía tanto gustaba, habria necesariamente algun mancebo favorecido con su cariño. Para salir de esta duda, que le tenia inquieto, venia directamente el alcaide de la torre



de Santa Catalina, y sin entrar en la aldea iba muchas veces á horas y sitios diferentes á ponerse en emboscada, detras de los arbustos y de las peñas, para sorprender el secreto de Paquita; mas nada pudo lograr en sus primeras escursiones, y vióla siempre con los mismos compañeros, todos ancianos y padres de familia.

A pesar de esto trató de perseverar en su idea, convencido de que tarde ó temprano daría con el robador de una prenda cada dia mas interesante para él. Pero Paquita, muy poco apesadumbrada con las penas de su fastidioso amante, continuaba entregándose á su entretenimiento favorito. Muellemente mecida en una barca, cuya vela habia aprendido á manejar con destreza, tan pronto cebaba en silencio los sedales que iba largando á las inquietas ondas, tan pronto los recojía con infantil placer, cargados de abundante pesca. Pero nunca se apartaba de la ribera, muy accesible en áquel punto de la bahía de Cádiz, y siempre temerosa se



apresuraba á recobrarla apenas comenzaba á crecer el mar.

Renació la primavera, siempre mas hermosa en los risueños campos de Andalucía que en ningun otro pais, y preparábase en la costa, desde la embocadura del Guadalquivir hasta el extremo de la bahía, la solemne pesca del atun, que en aquella estacion del año atraía un considerable concurso de curiosos y compradores. Aguardaban con impaciencia este momento los habitantes de Sevilla, para bajar á miles por el rio en galeras empavesadas y cubiertas de pabellones que ocultaban coros de regocijados músicos. Sentados junto á unas mesas abundantemente provistas, al son de laúdes, flautas y albogues, hacian en pocas horas, á favor de la marea, aquella travesía de doce leguas por entre encantados jardines.

La principal reunion era en la villa de San Lucar de Barrameda, inmediata á la embocadura del Guadalquivir. Pero como esta poblacion no podia alojar á tanta gente, la mayor parte se desparramaba



en los pueblos y aldeas de la costa, donde el espectáculo de la pesca y el concurso de los bageles extranjeros proporcionaba placeres aun mas atractivos. Acudian los portugueses en gran número desde las riberas de la provincia que riega el Guadiana, y todos los proveedores de los monasterios de los algarbes, que venian á comprar atun, artículo indispensable en la cuaresma.

Trasportada Paquita de placer, apenas salia de la mar suavemente rizada por la brisa envuelta en los esquisitos perfumes de las colinas inmediatas. Una mañana sondeaba profundamente con los ojos las transparentes aguas como si fuesen las de un lago; acechaba el paso de los primeros atunes precursores del innumerable ejército que venia caminando hácia la costa; flotaba la tendida vela de su barca, y seguia la pescadora con el harpon en la mano el rápido movimiento de uno de aquellos peces que jugaba junto á ella. Latía su impaciente corazon, suspendíase su aliento, y veinte veces habia levantado el



dardo para lanzarlo contra la presa que se mostraba, y desaparecía con la rapidez del rayo, cuando decidiéndose por fin, lo disparó con tal fuerza que la cuerda del harpon se le enredó en los pies, la hizo tropezar y caer dentro de la barquilla.

Escuchó repentinamente una ruidosa carcajada que sonó á sus espaldas, y no tardó en ver otra navecilla que se deslizaba veloz por junto á la suya, y llevaba en su bordo una muchacha de morena tez é interesantes ojos que le gritó huyendo á toda vela: — ¡ Ah! lindo page, si no eres mas diestro en el oficio de amante que en el de pescador...

— Calla, aldeana tonta, interrumpió Paquita agriamente y avergonzada de su caída.

— ¡ Yo aldeana! respondió la otra en tono burlon, arriendo la vela con una mano, mientras que con la otra inclinaba el timon haciendo virar la barca, que vino á cruzarse delante de la de Paquita. ¡ Yo campesina! no lo entiendes, lindo page; mírame bien, que es facil engañarse á primera vista.



— No dices mal , repuso Paquita, pues llevas el trage de una cristiana honrada , y si he de juzgar por tu desfachatez y por tu color de cobre , has de ser precisamente alguna gitanilla atraida por las fiestas que se estan preparando. Anda enhoramala , criatura despreciable , que aqui no hay nada que robar.

— ¿ Ni siquiera tu corazon , picarillo ? Convengo en que mi cara es negra ; pero mírala bien , ¿ te parece fea ?

— Fea y muy fea : vete , harto vista te tengo.

— ¿ Hola ! no tienes pocos humos porque llevas á cuestas la librea de algun pobre hidalgo de capa y espada , ó acaso de algun miserable escudero.

— Calla , ó haré que te arrepientas, repuso Paquita ahuecando la voz. Sabe que el caballero á quien sirvo es el rico-hombre mas poderoso del reino , y que estos colores son los del conde de Alburquerque y Cea , mi señor : yo soy Zafiro de Zael , su primer page. Con que cuidado con lo que haces...



— Perdonadme, señor don Zafiro, respondió la gitana con la mayor humildad. Confieso que cometí una imprudencia; pero habíame lisonjeado de que no desconoceríais á una amiga antigua...

— ¡Cómo! ¿qué dices?

— Yo soy Paquita Sanchez, hija del barbero de Toledo...

— ¡Tú!

— Yo, continuó la aventurera echándole una mirada llena de sutileza y mofa, y estoy muy arrepentida y muy apesadumbrada de haber desdeñado en otro tiempo vuestro amor, señor Zafiro, pues aunque el pobre Perico Cuellar ni era tan amable, tan buen mozo, ni tan entendido como vos, tenía mas que heredar; y mi padre, el barbero, que es un ladron antiguo, necio y charlatan como una dueña de la Solana de San Andrés, no supo apreciar vuestro mérito, señor Zafiro de Zael; pero de mí sé deciros que tengo el conocimiento necesario para comprender lo que valeis. Yo escuchaba por la noche desde mi cama las preciosas letras que cantabais



bajo mi balcon con voz melíflua al son del laud. ¡ Ah ! Zafiro de mi alma, ¡ con cuánto gusto oía vuestros amorosos versos ! ¡ cuánto odiaba la estúpida barbarie de mi padre , que no queria casarme con un jóven como vos , tan lindo y digno de mi ternura ! ¡ Ay , Zafiro ! ya lo sabes , tu yo es mi corazon.

Paquita estaba muda de asombro durante este discurso , y no tardó en reconocer al maligno page , cuyo nombre y vestidos llevaba. Mentía descaradamente jactándose del amor que su figura y sus canticios habian inspirado á la hija del barbero , la cual estuvo tentada veinte veces á interrumpir asperamente la charla del fanfaron , pero estremecida con la idea de los peligros de su padre , continuaba guardando silencio ; antes de concluir su cháchara izó Zafiro la vela , presentóla á la brisa que acaba de levantarse mas fresca , y voló su navecilla hácia la ribera con direccion al Puerto de Santa María.

Apresuróse Paquita , ya repuesta de su turbacion , á imitar la maniobra del



page y á seguirle, para suplicarle que á nadie hablase de su encuentro; pero su navecilla, aunque ligera, no lo era tanto como la de Zafiro, el cual le llevaba además mucha ventaja. Después de navegar una hora en la misma dirección, vió con pesar que desaparecía detras de un cabo para ella muy respetable. Sin embargo, armándose de valor continuó siguiéndole por aquellas regiones desconocidas, tan ardiente era el deseo de preguntarle la causa de su sorprendente aparición con el femenino disfraz, y sobre todo de encargarle el secreto del escondite de Sanchez si lo habia descubierto.

Apenas hubo bordeado el promontorio que le robaba la vista del page, cuando le descubrió en tierra al fondo de una ensenada circuida de rocas y bancos de arena: la prudencia le prohibía empeñarse mas, y quiso virar de bordo. Pero como se hallaba muy cerca de la costa, y el viento, interceptado por una colina que descollaba en la ribera, no henchía ya la vela, probó á hacer uso de los remos. No sabia



manejarlos, y la marea, que comenzaba á subir muy despacio, volvía á empujarla hácia la orilla. A despecho de sus esfuerzos no se movía del pie de la colina, coronada de muchas higueras; llamó su atención la caída de un poco de tierra desde la cima, y vió á Zafiro que se columpiaba entre las ramas de los árboles que formaban una bóveda encima del barquichuelo. Tenía en la mano una cuerda cuyo cabo le echó.—  
 Tenla fuerte, Paquita, le gritó; voy á llevarte mas allá de la colina, donde hallarás la brisa que aquí te falta.

— Por la Virgen Santísima, le dijo la muchacha, respondedme, señor Zafiro. ¿ Vivís en esta tierra? ¿ con qué objeto habeis venido? ¿ sabiais que me habiais de hallar aquí? ¿ qué significa ese disfraz?

— Muchas preguntas son esas, respondió el page; pero es muy tarde, Paquita, y tengo mucho que andar. Si mañana á la hora de nonas quieres venir al parage adonde voy á llevarte, te responderé satisfactoriamente y te contaré cosas

;



que te han de asombrar. Pero guardate de decir una sola palabra de mí, y no bables en la Gallina de nuestro encuentro, ni de la cita de mañana. Si Marcos Cavedo lo supiese no tardarian una hora en ahorcar á la tia Zael. ¿Vendrás?

— Sí, Zafiro, respondió Paquita pálida de terror. Os lo prometo.

— Basta, repuso el page, ten bien esa cuerda y échamela cuando me pare; entonces podrás largarte, y en menos de una hora llegas á la Gallina.

Bajando de la colina condujo fácilmente la barca al punto que acababa de indicar. Y despidiéndose de Paquita se lanzó ligeramente en un bosque vecino, desapareciendo de su vista.

Al entrar en su casa pensaba todavía Paquita en la singular aventura de la mañana, de modo que ni siquiera echó de ver á Marcos y su mal humor al mirarla con su vestido de page que detestaba. — Lleve el diablo la toca, la ropilla y los gregüescos, exclamó; ese pícaro disfraz es el que la induce á corretear to-



do el día, y jamás la encuentro en casa.

— ¡Qué galán tan descortés! respondió Paquita sorprendida.

— Y ¿qué cortesía he de tener con un page atolondrado? repuso Marcos. Andad á quitaros esos arreos si quereis oír las buenas nuevas que traigo.

— Despáchate, ponte otro trage, dijo Juan Cavedo, pues estamos rabiando por saber lo que hay.

— ¡Qué capricho! exclamó Sanchez impaciente: ¿no está mucho mejor así?

— A mi gusto no señor, interrumpió el alcaide con aspereza; todos esos colores tan chillones, esos perifollos y esas plumas me hacen mucha menos gracia que el vestido mas sencillo de aldeana andaluza; por ejemplo, el que ayer tenia puesto.

— Justamente, replicó Sanchez poniéndose colorado, ese que decís es el que le sienta peor, y para no volver á verlo se lo he dado esta mañana á una pobre.

— Bravísimo, acudió Marcos arqueando las cejas con singular espresion.



— ¿Y qué tiene de particular? preguntó el barbero en tono avinagrado.

— No hay que incomodarse por semejante friolera, dijo Juan Cavedo con mucha calma. Vaya, Paquita, anda á ponerte el sombrerillo y el jubon encarnado, corre y vuelve pronto.

Latía con violencia el corazón de Paquita durante esta contienda, pues acababa de recordar que el traje de Zafiro era el mismo que ella tenía puesto el día antes, y que su padre dijo haber dado á una pobre. No pudiendo ya dudar que el page habría venido á su casa, salió inmediatamente para ocultar su justa turbación; no había dejado de observar la exclamación de Marcos y el gesto acompañatorio, discurriendo que acaso acababa de encontrar á Zafiro y de reconocer su disfraz. Las terribles palabras del page sobre el peligro de descubrir el misterio al alcaide de la torre no se apartaban de su imaginación.

Cuando entró en la sala apenas podían sostenerlas las rodillas; pero las primeras



palabras de Marcos la tranquilizaron completamente. — ¡Ah! exclamó este entusiasmado de júbilo, ahora reconozco á Paquita, á mi linda novia, que dentro de ocho dias, si Dios quiere, será mi mujer. Sí, amigos míos, las noticias que traigo nos ofrecen el deseado término de nuestras pesadumbres...

— ¿Y por qué tardais tanto en referirlas? preguntó el impaciente Sanchez.

— ¿Cómo quereis que hable de amores á un page? repuso Marcos acercándose á Paquita. Ven á sentarte á mi lado, ven, Paquita de mi corazon, y muestra algo de paciencia si mi relato te parece muy largo, pues te repito que el resultado ha de ser que no concluirá la semana próxima sin que seas la señora alcaldesa de la torre de Catalina.

— Acabemos, interrumpió Juan Cavedo.

— Pues señor, repuso Marcos, habeis de saber que el rey don Alfonso de Portugal ha muerto; ¡téngale Dios en descanso! Era un pícaro viejo, pero no tan



perverso como sus dos favoritos don Diego Lopez de Pacheco y don Pero Cuello, que le hicieron cometer una accion la mas villana en el momento de ir á dar cuenta de su vida al tremendo tribunal. Habeis de saber tambien que el infante su hijo amaba con estremo á una linda dama, llamada Inés de Castro...

— Ya lo sabemos, dijo Sanchez; es la hermana de doña Juana de Castro, con quien el rey de Castilla estuvo casado un dia y una noche. Tambien sabemos que el difunto rey de Portugal bramaba como un leon contra su hijo, porque su desig- nio era matrimoniar con Inés.

— Asi lo hizo justamente, continuó Marcos. Celebróse el matrimonio en la iglesia del monasterio de Santa Clara de Coimbra hoy hace un mes. Pasados ocho dias, y mientras que el infante estaba de caza con don Fernando y don Alvaro, hermanos de su esposa, presentáronse á la abadesa del monasterio dos mensageros del rey con una orden firmada por el arzobispo de Ébora, en que se le mandaba



franquearles las verjas del coro , donde se hallaba doña Inés; arrastráronla á la puerta de la iglesia , y allí la mataron á puñaladas.

— ¡Cuánta sangre! ¡cuántas violencias! exclamó Juan Cavedo levantando al cielo sus brazos mutilados. ¡Oh Dios mio! ¡cuándo desviarás tu cólera de estas comarcas infelices?

— Yo creo, respondió Marcos , que ya tocamos al término de nuestros males. Dicen que el rey Alfonso no habia dado formal consentimiento para aquel asesinato, cuya orden le hicieron firmar Pacheco y Cuello durante una crisis que tuvo en la última enfermedad; y al saber el anciano que se habia consumado el crimen recayó en un acceso mas fuerte que los anteriores , que se lo llevó al otro mundo. Hé ahí , pues , al infante don Pedro en el trono. Muchas cosas cuentan acerca de la desesperacion de este príncipe , que quiere hacer desenterrar á Inés y coronarla reina en su féretro. Lo cierto es que ha enviado un embajador al rey de Castilla



para asegurarse de sus pacíficas intenciones, y los dos soberanos han firmado en Valladolid un tratado por el cual pide el nuestro que se le entreguen todos los partidarios de la *humilde demanda* refugiados en Portugal, y el nuevo rey exige en cambio los asesinos de Inés, y en especial los dos ministros de su difunto padre, que han venido á buscar asilo en el territorio de Castilla inmediatamente despues de la muerte de su señor. En consecuencia de todo, el gobernador de Jerez de la Frontera acaba de recibir y comunicarme orden para buscar y prender á don Diego Pacheco y don Pero Cuello, que han tomado el camino de esta provincia, y á quienes se supone ocultos en nuestras cercanías.

— Eso no tiene visos de probabilidad, observó Juan Cavedo. Desde la ciudad de Ébora, donde el difunto rey de Portugal habia establecido la corte, hay poquísima distancia á las fronteras de Extremadura, y alli habrán ido sus ministros.



— Y por otra parte , añadió Sanchez ¿qué bienes puede traernos esa nueva, cuando se trata de persecuciones contra los proscriptos? ¿De dónde sacáis que semejante orden pueda acelerar la conclusión de vuestro matrimonio con Paquita?

— De ello depende vuestra absolución y mi matrimonio, Maese-Sanchez, por la sencilla razón de que han ofrecido una magnífica recompensa á quien descubra á los ministros portugueses, y Marcos Cavedo será quien tenga esa fortuna.

— ¡ Vos!

— Yo, y estoy muy decidido á no entregarlos si no obtengo vuestro perdón.

— ¡ Entregarlos! ¿están acaso en vuestro poder?

— Lo estarán pronto, amigo Sanchez. Por mas que mi hermano diga que se han retirado á Estremadura, yo tengo motivo para creer que los dos principales no están lejos de aqui, si no mienten los indicios que esta mañana he recibido.

— ¿Qué indicios? preguntó Juan Cavedo algo turbado.



— En primer lugar, el gran canciller escribe al gobernador que los dos señores portugueses se metieron en la provincia de Algarbe por Beja y Castro Verde, donde perdieron sus huellas. Suponíase que acababan de embarcarse en algun punto de la costa meridional; y yo sé que dos bageles genoveses que salieron el sábado de las inmediaciones de Tavira llegaron el mismo día al puerto de San Lucar de Barrameda, y que ayer y el domingo estaban anclados delante de la torre de la Almadraba, mas allá de Rota.

Juan Cavedo se quedó pálido como un difunto. — ¿Y no hay mas que eso? dijo Sanchez riendo. ; Pobres indicios teneis! Hace ocho dias que no dejo de recorrer la costa, y he visto centenares de navíos portugueses, procedentes, como los que decís, de las costas del Algarbe para la pesca del atun.

— No digo portugueses, sino genoveses, replicó Marcos. A buen seguro que Pacheco y Cuello conocidos y detestados en todo el reino que tanto tiempo tirani-



zaron, no hubieran cometido la imprudencia de pedir sus barcos á los navieros del pais. Y justamente los que me han dado el hilo de tan importante descubrimiento son unos portugueses que esta misma noche han llegado al Puerto de Santa María. Ellos vieron durante una semana que los dos navíos genoveses cruzaban delante de Tavira, ciudad que pertenece á Pacheco, y que venian directamente de Lisboa sin tener la menor relacion comercial en Tavira ni en ninguna de las villas comarcanas. ¿Qué traen pues? ¿y qué hacen ahora aqui sin pescar atun ni comprarlo? Vengo directamente de continuar mi observacion; han abandonado la torre de la Almadraba, y estan á un cuarto de legua de aqui en el grao de Rota. Los aldeanos de estas cercanías han visto desembarcar dos hombres al amanecer...

— Vaya, hermano, vaya, dijo Juan Cavedo esforzándose en sonreirse, sé que tienes buen corazon, y aun cuando fuese cierto que esos navíos genoveses hubiesen



traído á nuestras costas dos proscriptos, lo que no acierto á creer...

— Pues yo sí lo creo, hermano, y no hay buen corazon que valga cuando se trata de veinte mil maravedís. Este será el dote de mi linda Paquita.

— Os equivocais, señor Marcos, exclamó esta, si creéis agradarme haciendo el pícaro oficio de alguacil por dinero. Solo con haberos mostrado tan avaricioso y sanguinario habeis perdido mucho en mi concepto.

— ¿Sí, eh? replicó Marcos ciego de cólera, ya lo entiendo Paquita. Por esto me manifestais tanta frialdad hace algunos dias, y aprovecháis este pretesto para maltratarme.

— ¿Qué quereis decir? preguntó Sanchez, ¿y qué es lo que entendeis, señor Marcos? Mi hija es honrada...

— ¡Vive Dios! señor Sanchez, que no está bueno lo que acaba de decirme, y que es una imprudencia el esponerse á perder un marido como yo, pues os declaro que estoy muy harto de esas ausen-



cias continuas, y si siguen como hasta aqui...

— Seguirán, interrumpió Paquita ir-  
ritada, ya que con ellas salgo de un ma-  
rido como vos.

— Apruebo tu resolucion, hija mia,  
dijo Juan Cavedo.

— ¡Cómo! exclamó Marcos petrifi-  
cado, ¿tú te pones de su parte en lugar  
de corregirla?

— Hermano, respondió Juan Cavedo  
con severidad, la has ultrajado aspera-  
mente, y no puedo vituperar su respues-  
ta. Lo mejor que puedes hacer es dar  
tiempo para que se tranquilice.

— ¿Con que me echas de tu casa,  
hermano?

— No, querido Marcos; pero no te  
perjudicará una ausencia de pocos dias.

— Bien lo decia yo, exclamó Marcos  
trémulo de furor; ya no puedo dudarlo;  
amorcito tenemos en campaña. Pero ¡vi-  
ve Dios! que si descubro al lindo galan  
le daré á entender lo que cuesta el bur-  
larse de un hombre como yo.



Dicho esto volvió las espaldas, montó en su mula y se dirigió gruñendo á la torre de Catalina. Juan Cavedo y Sanchez se encerraron inmediatamente sin hacer á Paquita la menor reconvencion, y esta no comprendia cómo pudieron sostener su abierta rebelion contra Marcos, cuando por lo comun reprimian agriamente la menor muestra de indiferencia al rancio presumido. Salió Sanchez por la tarde en trage de gitana, dejando dicho á su hija que dormiría en Rota, adonde iba á cuidar un enfermo, lo cual no admiró á la muchacha, pues eran muy frecuentes las ausencias del barbero.

Acostóse temprano Juan Cavedo, y Paquita pasó la noche cavilando y tratando de aclarar cuanto habia visto y oido en el discurso de aquel dia.





---

---

**CAPITULO X.**

---

**A** fuerza de discurrir llegó Paquita á persuadirse de que los navíos genoveses de que hablaba Marcos habian traído los procriptos de Portugal, y que su padre y Juan Cavedo estaban en el secreto. Recordaba su confusion, y la prontitud con que habian aprovechado la coyuntura de despedir al alcaide de la torre. La venida de Zafiro confirmaba sus sospechas, pues podia estar sirviendo á los estrangeros, y haber salido del grao de Rota en su barquilla para avisar al escudero la llegada de sus amos, recibiendo de Sanchez el trage de muger para disfrazarse.

No cerró los ojos en toda la noche, y apenas amaneció vistióse su disfraz y salió de la casa provista con una cesta de víveres y resuelta á no volver hasta la noche, temiendo que su padre ó Juan Cavedo tuviesen la humorada de detenerla á la hora de su cita con Zafiro.



Halló Paquita á sus amigos los pescadores reunidos en la ensenada que les servia de puerto, y ocupados en echar al agua sus barcas cargadas de redes para la pesca de atun. Ayudáronla á botar la linda navecilla que habia alquilado para toda la estacion, y antes de salir el sol ya navegaba la flotilla lejos de la costa. Andaba Paquita en todas direcciones, y al cabo se acercó á la colina del dia anterior, desde la cual se veía descollar tras un bosque de encinas la torre del convento de San Pablo; aplicó el oido al son de las campanas, que anunciaban la hora de los oficios, y cuando distinguió la señal que llamaba á los religiosos al coro para cantar nonas, dirigióse al punto señalado por Zafiro, dejando su barquilla sobre la arena á favor de la marea, que iba huyendo lentamente de la costa.

No tardó el page en aparecer á la entrada del bosque en trage de aldeana, é hizo señas á Paquita para que fuese hácia él. — No perdamos tiempo, díjole llevándosela consigo, ni nos quedemos aqui.



Hace una hora que me veo perseguido por un diablo de hombre en quien ha hecho viva impresion mi lindo talle. He huido de él con astucia ; pero desde la aldea de Higueras , de donde he salido , tres veces ha vuelto á aparecer detras de mí.

— ¡ Ay Dios mio ! dijo Paquita temblando , acaso será algun muchacho de estas cercanías que puede conocerme.

— De ningun modo ; una muchacha como yo deberia avergonzarse de la conquista de un barbero aldeano , y si he de juzgar por sus vestidos y el penacho de su toca , es algun hidalgo de Jerez que habrá salido de casa.

— Zafiro , tengo miedo ; no nos internemos tanto en este bosque , que cada vez es mas sombrío.

— ¿ Qué temes tú , lindo page ? repuso Zafiro sin dejar de empujar á Paquita por la cintura.

— Mira lo que haces , dijo Paquita , pues si no eres prudente y comedido gritaré tan fuerte que habrá de oirme el enamorado hidalgo que te persigue.

;



— No lo creas, Paquita de mi vida, pues antes de entrar en el bosque he logrado desorientarle de modo que ahora me anda buscando hácia el Puerto de Santa María.

— ¿Por qué temblabas poco hace?

— Para traerte hasta aquí, lindo page; pero nada temas: soy una gitana honrada, y te ofrezco la mayor discrecion si quieres sentarte á mi lado en este espeso musgo, pues tengo muchas cosas que decirte sin hablarte de mi amor.

— En hora buena, dijo Paquita colocándose al pie de una enorme encina al lado de Zafiro. Ten entendido que no quiero oír requiebros, sino saber...

— No te alborotes; traigo buenas intenciones, y solo he querido huir de los curiosos, pues mi presencia en esta costa es un misterio que no puedo descubrirte. Dentro de dos dias lo sabrás todo, y entonces...

— Harto lo sé, Zafiro, y tiemblo por tí y por tus amos. Los bageles genoveses...

— ¡Dios Eterno! exclamó el page pe-



trificado : ¿ te ha dicho Sanchez...

-- Nada absolutamente...

-- ¿ Habrá sido Juan Cavedo ?...

-- Tampoco ; su hermano Marcos...

-- ¡ Demonio ! dijo el page pálido de terror , ¡ Marcos lo sabe !...

-- Sí, Zafiro ; unos portugueses le han dicho que las naves genovesas han venido desde Tavira á San Lucar ; que han anclado en la torre de Almadraba , luego en el grao de Rota , donde los caballeros han desembarcado...

-- ¡ Todo se ha perdido ! exclamó el page echándose de cara contra el suelo, como herido de un rayo , al oír estas palabras. ¡ Mi amo es muerto ! ¿ qué haremos ? ¿ adónde iré ? ¡ y tu padre que ha ido á buscar el niño á San Lucar !... también le matarán...

-- ¡ Qué ! ¿ á mi padre ? ¡ cómo !...

-- ¡ Ah ! Paquita , dímelo todo antes de resolver...

-- ¿ Está mi padre metido en todo eso ? preguntó Paquita. Ya me lo figuraba yo : ¿ de qué niño hablas ?



-- Despáchate, Paquita, los instantes son preciosos; ¿habló Marcos del niño de la reina?...

-- No por cierto: solo trató de los señores Pacheco y Cuello...

-- ¿Y quién son?

-- Los ministros portugueses.

-- ¿Qué ministros? acaba, esplicame...

-- Los dos caballeros de las naves genovesas; los asesinos de Inés de Castro; tus amos...

-- ¡Ah! me vuelves la vida, dijo Zafiro respirando con mas libertad.

-- Y yo estoy muerta de susto, continuó Paquita haciendo un esfuerzo por levantarse á pesar del page que la sujetaba. Vóime á casa á participar á mi padre el peligro que corre. ¿Qué niño es ese? ¿se trata de la reina Blanca? voy á implorar á Marcos...

-- Quédate, Paquita, dijo el page en voz baja, cogiéndola del brazo fuertemente. Quédate si no quieres entregar á los suplicios mas horribles no solo á mi amo, que no es portugues como tú crees, sino



tambien á la reina Blanca de Borbon , á Juan Cavedo , á tu padre y á tí misma.

— Me estremezco , Zafiro ; ¿y quién es tu amo?

— El mismo que tuve en Toledo , el señor don Martin. Tranquilízate , continuó el page sentando nuevamente á Paquita , que le escuchaba con ansiosa curiosidad : tanto te he dicho ya , que no hay motivo para ocultarte lo demas. Discurre ahora lo que importa guardar secreto.

Despues de la toma de Toledo por las armas reales llevaron á mi amo medio muerto al pueblo de Olías , donde estaban reunidas sus tropas. Escoltado con tan imponente fuerza , pudo retirarse en compañía del señor Benavides á Alburquerque , ciudadela inespugnable situada en la frontera de Estremadura y Portugal. Largo tiempo tardó en curarse de la herida que habia recibido de don Diego , y agriaba sus dolores el pesar de saber cada dia algun nuevo atentado de la venganza y barbarie del rey. Corría la sangre á mares en Castilla , y por esto huían los gran-



des señores á los reinos vecinos, resueltos á desnaturalizarse y entrar con sus villas y vasallos en el dominio de los reyes de Aragon, de Navarra ó de Portugal.

Este abandono era mas funesto á Castilla que la confederacion de la *humilde demanda*. Conociólo el rey, hizole el temor mas prudente, y dulcificó su conducta. Mi amo vivia en Ébora, donde tambien se hallaban entonces el gran maestre de Santiago, los dos hermanos Castro, y una multitud de potentados de Leon, Galicia y Estremadura. En esta reunion podian separarse de Castilla aquellas tres provincias considerables, engrandeciendo el reino de Portugal, cuyo monarca se mostraba decidido á sostener esta empresa con todas sus fuerzas, mientras que la Francia de concierto con Aragon, donde se hallaba el conde de Trastamara, concurririan al buen éxito atacando por otro lado á Castilla.

En tan extremo peligro resolvió el rey don Pedro tratar con los señores refugiados en Ébora. Presentaron estos sus



condiciones, siendo la primera que la reina Blanca de Borbon recobrase su libertad y volviese á la corte del rey Juan. Respondió don Pedro que no se negaba á ello; mas como la libertad de la princesa debia ser objeto de una negociacion entablada con la corte de Francia, no se desprenderia de su prisionera hasta la conclusion del tratado, y dió orden de trasladarla á Jerez de la Frontera.

Estaba entonces en Galicia el gran maestre de Santiago para ciertos negocios de su orden, y poco despues volvió á Ébora y mostró á mi amo una carta de su antiguo escudero Juan Cavedo en que le manifestaba su situacion y ofrecia su servicio.

— Bien me acuerdo de esa carta, interrumpió Paquita: yo misma la escribí.

— Y yo traje la respuesta á la Gallina, replicó Zafiro; seguro mi dueño de mi fidelidad, me encargó una comision delicada, pues ni él ni el gran maestre querian escribir los secretos que intentaban comunicar á Juan Cavedo, y no ti-



tubearon en confiármelos. Participaron á don Fadrique los amigos que tenia en la corte, que al ofrecer el rey la libertad de la reina Blanca, solo habia sido su intencion el ganar tiempo. La guerra que empezó despues entre Francia é Inglaterra anunciábase con repetidas y vivísimas hostilidades entre el Poitou y la Guyena, y aguardaba don Pedro que cuando estuviese bien empeñada, tendrían el rey Juan y el de Aragon, su aliado, hartos afanes á que atender, y se olvidarian de atacarle, lo cual le daria lugar á sacar mejor partido de los descontentos refugiados en Portugal. Nadie dudaba ya que se negaria á dejar libre á la reina, y aun era de temer que exento de todo recelo, atentase, pasado algun tiempo, á la vida de aquella infeliz princesa, objeto de su aborrecimiento. En fuerza de estas consideraciones enviáronme á este pais el gran maestro y el señor don Martin, para que hablase secretamente á Juan Cavedo, y supiese de él si con la mediacion de los amigos que tenia en Jerez



de la Frontera podria proporcionar algun medio de introducirse en la prision de doña Blanca para concertar con ella los medios de libertarla.

Dióme mi dueño una carta del prior de los Dominicos de Ébora dirigida al guardian de los Franciscanos de San Lucar de Barrameda, que era su pariente y uno de los fautores mas acérrimos de la *humilde demanda*. Esta carta no contenia en la apariencia cosa alguna que pudiese comprometer el secreto de que yo era depositario; pero por medio de un lenguaje convenido de antemano entre los dos religiosos, inspiraba al guardian ilimitada confianza en favor de mi persona. Embarquéme, pues, en Tavira, y al dia siguiente llegué á San Lucar, donde no tardé en presentarme al religioso, el cual me recibió perfectamente, obligándose á dirigirme en cuantas tentativas fuese necesario hacer.

Por su consejo me presenté en casa de Juan Cavedo como demandadero del convento. Tomé yo algunas noticias pre-



liminares en la aldea de la Gallina, donde me ponderaron en extremo la rara habilidad de la tia Zael, y la piedad del page Zafiro su sobrino. Juzga de mi sorpresa, querida Paquita, cuando oí hablar de mí mismo y de mi difunta tia, la vecina de tu padre en Toledo. Entré con resolucion; pero retrocedí horrorizado á vista de la gitana; era la misma Zael, con sus arrugas, sus ojos ribeteados, su toca chata y su justillo verde; apoyaba su miserable y encorvada humanidad en el propio báculo con que tantas veces me habia sacudido, y de su desdentada boca salió la mismísima voz ronquilla que producía extraño lenguaje, con su mezcla de arábigo y sus puntas de egipcio. Creí que era una aparicion.

Leía Juan Cavedo en la Biblia, recostado en un tremendo sillón, y tú estabas ausente con tus amigos los pescadores. Repuesto de la primera sorpresa, no dudé ya que aquel mamarracho ocultaba la verdadera muger de algun proscrito de Toledo, y queriendo



aprovechar esta ventaja que la casualidad me concedía sobre el escudero para determinarle á contribuir ciegamente al proyecto de mi amo, acerquéme á la falsa gitana, y la dije: seas quien fueres, finges inútilmente; el verdadero Zafiro soy yo, y mi tia ha muerto.

Sin dejarme acabar sacó la vieja una daga que tenia debajo del guardapies, y se lanzó á mí espumando de cólera. Con igual presteza hice yo brillar á sus ojos otra mas larga que llevaba desnuda dentro de la manga. Blandía mi vigoroso brazo el arma terrible con tal destreza, que llenó de terror á mi adversario, y le hizo retroceder, pidiéndome perdon en voz natural. Entonces reconocí á Sanchez. ¡Ah! rapista, rapista, le digo riéndome, ¿eres tú? mira que soy dueño de tu vida y de la de tu hnésped. No intentéis una defensa vana, pues mi muerte no os librará del dogal: el padre guardian de San Lucar sabe que estoy aqui y á qué he venido.

— Señor Zafiro, respondiome Juan



Cavedo en suplicante tono, por el nombre de vuestro amo, que es amigo del mio...

Tranquilicele inmediatamente participándole el objeto de mi visita; pero añadí que era absolutamente indispensable que Sanchez, cuya suerte estaba en mi mano, contribuyese con su persona al buen éxito de mi proyecto, introduciéndose en el castillo de Jerez á favor de su admirable disfraz, pues por las cartas de Juan Cavedo sabia yo que no podia entrar hombre alguno.

— ¡Vive Dios! me respondió Sanchez; ¿y basta eso para contentarte, amigo Zafiro? La cosa es hecha, porque de algunas semanas á esta parte entro y salgo en el castillo con toda libertad, aunque con el mayor sigilo, pues el gobernador don Íñigo Ortiz, que me mandó llamar para curarle de sus dolores reumáticos, teme hacerse ridículo si se divulga que le asiste una bruja, curandera de todos los animales de la comarca. Aun hay mas: si tienes valor te introduciré en la fortaleza, y podrás hablar con la reina



Blanca, ó al menos con doña Margarita de Lara.

— ¿Hablas de veras, compadre Sanchez? le pregunté sorprendido; ¿y de qué manera lo harás, cuando no pueden entrar hombres?

— Te repito formalmente mi proposición, repuso Sanchez. Como don Íñigo trata de ocultar en Rota las visitas que le hago, convinimos en que yo saldria solo de la aldea, y dejaria mi mula en Higueras, á dos leguas de aqui y á una de Jerez. Andando á pie el resto del camino, cojo las yerbas necesarias para sus baños, y cargo con ellas á la primera muchachuela que encuentro. Si quieres tú representar este papel, te daré un vestido de Paquita, irás á aguardarme en el camino, y entrarás sin dificultad en la ciudadela esta misma tarde.

— Acepté al momento su oferta, y todo salió á medida de mi deseo. Cargado de un enorme haz de salvia, yerba-buena y una multitud de plantas, entré en el castillo de Jerez. Mientras que la bruja ade-



rezaba en la cocina el específico, dejáronme andar libremente de aquí para allí. Afectaba yo el encojimiento y asombro de una aldeana inocente; era mi voz flautada, mis palabras dulces como la miel, y saludaba con respeto los encanecidos bigotes de los alabarderos de la guardia, que con sus toscas manos acariciaban mis mejillas: de este modo me permitieron llegar hasta el punto mas apartado de la única puerta de la fortaleza, donde la reina Blanca y doña Margarita tienen libertad de pasearse á cualquier hora. Estaban entonces en la plataforma del castillejo rezando devotamente, única ocupacion de Blanca desde la mañana hasta la noche: aplicábase en aquel momento á sus oraciones con tanto fervor, que ya me habia reconocido doña Margarita, y hablaba conmigo en voz muy baja, sin que la reina oyese cosa alguna. Antes de anunciarle mi llegada, recomendóle con ahinco que conservase la misma postura en que se hallaba, para que si se presentaba algun testigo importuno no pudiese con-



cebir la menor sospecha. Comencé diciendo á Margarita el proyecto que traia para sacarla de alli. -- ¡ Ah! no quiero abandonar aqui á la reina, interrumpió con la mayor viveza. El amor de Martin constituye mi felicidad, y la esperanza de ser suya mi único consuelo; sin embargo, mas quiero morir mil veces, que salvarme dejando sola á Blanca de Borbon.

-- Se trata de que salgais ambas, le repuse y le conté cuanto la importaba saber, preguntándole despues qué medios habia discurrido para conseguir el objeto que nos proponíamos. La pobre muchacha jamas habia pensado en semejante cosa. -- Mira, me dijo, examina todo el castillo con cuidado, comunica tus observaciones á don Martin, y procura venir otra vez para avisarnos lo que haya resuelto; nosotras nada mas podemos hacer que emplear nuestros esfuerzos para la ejecucion.

Concertamos tambien algunas señales desde un punto del campo que teniamos á la vista. Iba yo á retirarme, y conocí



que la reina queria decirme algo y no se atrevia; vió Margarita su turbacion, y me pidió nuevas del gran maestro de Santiago. Mi larga y circunstanciada respuesta despejó el bello rostro de Blanca de Borbon, y cuando concluí clavó en el cielo sus rasgados ojos azules, con la expresion del mas esquisito placer. Separéme entonces de las prisioneras, dejándolas llenas de esperanza, y comencé á examinar con la mayor atencion los interiores del castillo. El dia siguiente, despues de haber reconocido minuciosamente sus muros exteriores, volví á embarcarme para ganar la costa de Portugal, y á los pocos dias dí cuenta de mi viaje al señor don Martin y al gran maestro de Sentiago, que me aguardaban en Eborra. Desde entonces he vuelto dos veces al castillo de Jerez, donde la tia Zael me ha introducido del mismo modo; y hemos podido concertar con la reina y Margarita un plan de evasion que con la ayuda de Dios va á ejecutarse dentro de dos dias, y es el siguiente.



— Aguarda , Zafiro , interrumpió Paquita perdiendo el color , por aqui ha sonado ruido...

— ¿ Dónde ? preguntó el page levantándose repentinamente y sacando una daga que traía oculta.

Señalábale Paquita con el dedo una roca que habia á poca distancia , y Zafiro se lanzó hácia ella como un sacre ; reconocióla por detras , alrededor , y miró los matorrales que la cercaban ; pero en vano. — No , dijo volviendo á sentarse junto á Paquita que aun temblaba , nada he visto , nada absolutamente ; será el eco que repite el embate de las olas contra la colina de las higueras : la marea empieza á subir , pero aun tenemos tiempo.

— No se que te diga , repuso Paquita ; pero en tu brevísima ausencia he percibido entre las hojas de ese arbusto...

— No , no , repuso el page con la mayor frescura. Te digo que lo he mirado todo con mucho esmero y acaso seria algun corzo que habrá huido al ver mi movimiento. Escuchame con atencion. Es-

;



te plan de fuga se ha discutido largamente entre tu padre, Juan Cavedo y yo. Adoptáronlo mi amo y el señor Benavides, su amigo, que no le ha abandonado hace tres años; y tambien se hallaba presente don Fadrique cuando quedó concertado en Eborá. En consecuencia fui á fletar dos naves genovesas que se hallaban entonces en Lisboa; y vine con ellas á cruzar delante de Tavira, junto á la embocadura del Guadiana, á veinte leguas de este punto. Era pretesto la provision de atun para el monasterio de Eborá, pues el abad envia cada año á comprar una enorme cantidad de este pescado á San Lucar de Barrameda. Permaneci una semana entera delante de Tavira sin oír hablar de mi amo; pero al cabo le vi llegar á bordo con el señor Benavides y el niño...

— ¿Pero qué niño es ese de que me has hablado ya? preguntó Paquita.

— ¡Ay! hija mia, respondió el page suspirando, mucho trabajo me cuesta decirte una cosa que hace poco honor á la



reina Blanca de Borbon. Pero no es este ningun secreto que me hayan confiado, sino que lo ha descubierto la sutileza de mi ingenio, y soy dueño de disponer de el.

— Dímelo por Dios Zafirito mio.

— ¿Tanta gana tienes de saberlo?

— Estoy muerta de curiosidad.

— Pues el tal niño, llamado Enrique, es el mismo que en Toledo tenían por hijo de Perez Cuellar y Paloma muger de Matías; pero la verdad es que debe su existencia al gran maestro de Santiago y á la reina Blanca...

— ¡Vírgen Santísima! exclamó la hija del barbero santiguándose fervorosamente.

— No lo dudes, repuso Zafiro, pues me consta positivamente. Traiamos el niño en nuestra compañía, y yo lo llevé al convento de San Francisco de San Lucar, porque creíamos que las naves genovesas permanecerian en aquel puerto, en el cual, conforme á nuestro plan, habian de embarcarse la reina y doña Margarita. Pero acudieron tantas barcas el pri-



mer día para la pesca del atun, que temimos que las prisioneras fuesen descubiertas por algunas personas de la corte. Dejando, pues, al niño en poder del padre guardian, mandó mi amo que viniesen los navíos á la torre de Almadraba, dos leguas mas acá; pero en este punto era la concurrencia tan numerosa como en San Lucar. Entonces concebimos el proyecto de venir al grao de Rota que está mas cerca de Jerez de la Frontera. Allí desembarcaron ayer mañana mi amo y el señor Benavides, y actualmente se hallan seguros en un parage que nunca lograrán descubrir los que andan persiguiendo á los ministros portugueses. El guardian de San Lucar traerá el niño á la Gallina, al principio de la noche que hemos elegido para la ejecucion del proyecto y cuando hayan huido del castillo las prisioneras....

-- Pero ¿cómo han de huir? preguntó Paquita llena de zozobra.

-- El proyecto ha salido de aqui, respondió Zafiro dándose una palmada en la frente. Has de saber que el gobernador



de Jerez estaba cada dia peor de sus dolores. Era de temer que reconociendo el pobre podrigorio la inutilidad del arte de la tia Zael, se desengañase y no confiase mas en la ciencia de la falsa gitana.

Entonces concebi la idea mas famosa. Por mi consejo persuadió Sanchez al mentecato gobernador, que su enfermedad era de aquellas que ceden siempre infaliblemente á la virtud de ciertas yerbas, cogidas á la hora de la segunda víspera durante la luna nueva de abril, y aplicadas inmediatamente por siete noches consecutivas en la parte doliente, con la preparacion necesaria, y diciendo unas palabras misteriosas. Nuestro majadero, mas supersticioso que una doncella de sesenta años, tragó el cebo con la mayor sencillez. Convinimos en consecuencia, antes de mi último viage á Eborá, que la tia Zael iria al castillo en la época y á la hora convenida para comenzar el peregrino experimento. En esto se funda nuestro plan. Tomamos las medidas convenientes para llegar aqui la víspera del dia de la luna nueva, que



era el sábado pasado. A la noche siguiente fuimos al castillo la tía Zael y yo. El gobernador dió orden al llavero de la puerta para que nos la abriese, y bajase el puente un poco antes de media noche, á fin de que pudiesemos coger á la hora prescrita las yerbas necesarias para su curacion. Todo ha sucedido mejor de lo que podiamos esperar, pues nadie ha manifestado la menor desconfianza. Hemos salido y entrado con linternas de vivísima luz, que vueltas hácia el rostro de los carceleros obscurecian extraordinariamente los nuestros, que ademas iban medio cubiertos con las mantillas; murmurabamos al mismo tiempo varias palabras de conjuro que no se atrevian á interrumpir. Esta prueba en que estriba nuestra esperanza, ha salido á las mil maravillas, y ayer la repetimos con la misma felicidad. Tambien ha permitido Dios que se calmáran sensiblemente los dolores de nuestro enfermo. Continuarémos esta noche y mañana, quedando señalada la del dia siguiente para la ejecucion de nuestro gran



proyecto. Avisada la reina de lo que estamos preparando, se queja días hace de una calentura que la obliga á guardar cama, y el gobernador ha mandado á la tía Zael que vaya á visitarla, pues ya sabes que no puede entrar en el castillo médico alguno. Pasado mañana fingirá estar peor y casi moribunda: á la media noche, cuando nos estemos disponiendo á salir con nuestras linternas, nos llamará doña Margarita asustada por una crisis de la fingida enfermedad, é introducidos entonces en su cámara, les daremos nuestros jubones, mantillas y linternas, con cuyo auxilio saldrán del castillo sin el menor estorbo. Entretanto por unas largas cuerdas que están ya dispuestas en el castillo, nos descolgaremos nosotros al foso desde una ventana, de la cual han limado ellas un barrote para franquearnos la salida. Nos reuniremos á doscientos pasos de la puerta, donde mi amo y el señor Benavides nos aguardarán con buenos caballos, y en menos de dos horas estamos en la Gallina: encontramos allí el niño que el



padre guardian traerá al cerrar la noche á casa de Juan Cavedo : nos espera una chalupa de los bageles genoveses , entramos en ella todos , sin olvidar á mi querida Paquita ; ¡ y zarpa la galera !

-- ¡ Cómo ! ¿ tambien yo ? dijo Paquita asombrada.

-- Si por cierto , tú , tu padre y Juan Cavedo : llevaremos á la reina á Francia , donde irá á reunirse con ella el gran maestro de Santiago.

-- ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! exclamó Paquita cruzando las manos , ¡ oh gloriosa madre del Redentor ! ¡ oh santos benditos del cielo ! haced que ese pícaro Marcos , á quien detesto , no estorbe la ejecucion de tan hermoso proyecto !

-- No te de cuidado de ese bárbaro fantasmon , respondió el page. Antes que llegue la noche le enviaremos mensajes de muchos puntos á un tiempo , participándole que los ministros portugueses que busca han desembarcado al otro lado de la bahia de Cádiz , escondiéndose en Chiclana , y te aseguro que no dejará de cor-



rer allá. Tranquilízate pues, Paquita de mis ojos; voy á botar al agua tu barquichuelo; vúelvete á la Gallina y de nada te des por entendida con tu padre y Juan Cavedo. Cuenta con que pasado mañana antes que espire la noche, embarcados en los bageles genoveses bogaremos hácia Francia, en donde concediéndome tu blanca mano podras ser dichosa con el mas lindo, mas amable y mas enamorado de todos los maridos.





---

**CAPITULO XI.**

---

**N**o era objeto Blanca de Borbon de activa y recelosa vigilancia. La dulce resignacion de la prisionera en el espacio de tres años , y su vida enteramente dedicada al piadoso recogimiento de la oracion, inspiraba á sus guardianes tan firme confianza , que ninguno pudo imaginar que meditase una sola vez el mas leve proyecto de evasion. El prior de los dominicos, uno de los conjurados, vino por el dia á oirla en confesion, y dijo que le parecia en peligro de muerte, y que á la mañana siguiente le administraria los sacramentos.

Todas las circunstancias concurrían, pues, á favorecer el plan descubierto por Zafiro á Paquita, dos dias antes, en el bosque inmediato á la colina de las higueras. Cierta mensage de Marcos acabó de tranquilizar completamente á los habitantes de la Gallina, con respecto á la zozobra en que los tenia. Participaba en su



carta á Juan Cavedo que iba ausentarse por algunos dias , porque los negocios de su ministerio le llamaban á Chiclana. No dudaron ya que la astucia de Zafiro habia producido el buen efecto que de ella se aguardaba , y que engañado por sus avisos , corria Marcos á perseguir á los proscriptos de Portugal.

Protegia tambien visiblemente la empresa de los amigos de Blanca , el estado de las cosas de Castilla. Dos meses hacia que el rey habia abandonado á María, viviendo en Córdoba con Aldonza Coronel. El gran maestro de Santiago , de concierto con los aliados refugiados en Eborra , habia venido á Llerena ciudadela de su maestrazgo en Estremadura, distando veinte leguas de Córdoba , y casi otras tantas de Sevilla. Desde alli continuaba con actividad las negociaciones entabladas por el comendador Hinestrosa , y cuyo objeto era la reconciliacion de los descontentos con el rey , que la deseaba ardentemente. Contando don Fadrique con el feliz éxito de la estratagemata urdida por el



page Zafiro, abandonaba al parecer los intereses de la reina Blanca; y encantado el rey de esta frialdad, mostrábase tan apacible con su hermano, y tan dispuesto á adoptar los demas artículos del tratado, que la conclusion de este no sufria por su parte retardo alguno. Insistia, sin embargo, en que el gran maestro viniese á Córdoba á ratificarlo y firmarlo de su propio puño. Pero don Fadrique, tanto para escusarse como para ganar tiempo, mientras llegaban las noticias de Jerez de la Frontera, alegaba la enemistad de Aldonza Coronel, dueña entonces del corazón de don Pedro; porque esta muger de carácter violento y arrebatado, y cuyo amor despreció en otro tiempo el gran maestro de Santiago, no perdía ocasion de manifestarle su implacable aborrecimiento.

Enteramente ocupado el rey en este negocio, solo aguardaba su próxima terminacion para volver á Toledo, donde los diputados de las córtes, por él convocadas, empezaban á reunirse. Por consi-



guiente no llamaba su atención el lejano punto donde don Martín desconocido de todos, y escudado con el misterio mas sutil, procedia sin ruido, con cautela y prevision á la libertad de la reina y Margarita. El impenetrable retiro, donde con su amigo Benavides burlaba todas las pesquisas de las autoridades de la comarca, era un grupo de cabañas, una especie de campamento situado á mil pasos de la aldea de Higueras, en medio de un campo estéril y rodeado de peñascos.

Alli vivia separada del resto del mundo una horda de gitanos, cuyo oficio, detestado por los castellanos, era la cria de mulas y su educacion. Tenian tambien jumentos de extraordinaria talla originarios de Egipto y de la Siria, á los cuales traian de muchas leguas á la redonda las yeguas andaluzas, destinadas á procrear las lindas mulas que usaban entonces generalmente las señoras de alto rango. Fuera de los casos particulares en que los habitantes vecinos necesitaban recurrir á la ignoble industria de los gitanos de Hi-



gueras, nadie se acercaba á su rancho; pues era tan fuerte la aversion mezclada de temor supersticioso que inspiraban, que jamas se hubiera sospechado encontrar entre ellos á un cristiano.

Estas causas decidieron al guardian de los franciscos de San Lucar á señalar al page aquel retiro para que en el se ocultasen con seguridad su amo y Benavides. La horda de los gitanos pagaba un tributo á aquel convento que poseia el señorío de Higueras, distante una legua de Jerez de la Frontera. Vivian aquellos foragidos impunemente bajo la poderosa proteccion de sus señores, y Zafiro, provisto de una carta para Faraon, su gefe, entró sin dificultad en relacion con los gitanos cuya lengua sabia hablar, porque descendia de su raza por parte de su madre y de su tia Zael.

Cuatro dias hacia ya que don Martin y Benavides habitaban en medio de este campo una casita limpia y abundantemente provista de todo lo necesario. Habian elegido y pagado generosamente á Fa-



raon los mejores caballos de la yeguada de los gitanos, en suficiente número para trasportar rápidamente con ellos á la Gallina á la reina, á Margarita, al page y Sanchez. Nada se oponia al parecer al buen éxito de un plan tan bien combinado. Acercábase en fin el momento de intentar el último esfuerzo. Ya habia desaparecido el sol por detras de un espeso grupo de nubes que se elevaban hácia el oeste y amenazaban estenderse en todo el cielo; la luna nueva iba inclinándose al ocaso; y los dos amigos contemplaban silenciosos el imponente espectáculo. Todo les prometia una noche muy obscura, cuyos progresos observaban con el mayor interes.

— Benavides, dijo don Martin suspirando profundamente, tocamos ya al término de nuestra empresa; su éxito está asegurado, gracias al cielo. Voy por fin á restituir la libertad á la inocente Blanca; voy á ver á la dulce Margarita, y unido á ella prontamente con el santo nudo de himeneo, ¡podré descansar en su



seno mi cabeza abrumada con el peso de tantos infortunios, y fatigada hasta aquí de tantos pensamientos dolorosos! Preséntase á mi vista el porvenir enteramente risueño, y colmado de dichas y placeres... Y sin embargo está tan triste mi corazón, como si la muerte estuviera ante mis ojos terrible y amenazadora.

— Hijo mio, respondió el anciano con dolorido acento, leo en vuestro corazón y lo conozco tanto como vos mismo. ¿Por qué no me habláis francamente de la verdadera causa del pesar que lo consume? La imagen de María de Padilla está grabada en él profundamente.

— ¿Y qué pudieran contra este pesar los consejos de vuestra sabia esperiencia y de vuestra amistad paternal? el tiempo no lo debilita y no serán mas poderosos los esfuerzos de la razón. Aquí hay un encanto indestructible.

— ¿Qué locura! ¿qué infantil cavilación! María fue tu primer amor. El golpe que cortó vuestros lazos fue para entrambos una desgracia esenta de remor-



dimiento: espiró en vuestros labios el rencor á las primeras palabras de una esplicacion franca y sencilla. Allí, donde cada uno de vosotros creia hallar un delincuente, solo ha visto una víctima, y la dulce compasion ha sucedido al desprecio, á la injusta cólera, á las injurias del odio. Desde entonces, lejos de repeler unos recuerdos seductores, te has complacido en nutrirlos imprudentemente, y la continua presencia del hijo de tu amante, les prestaba siempre nuevo encanto. De todo esto ha procedido esa triste y meditabunda languidez, manantial y pábulo de las pasiones profundas en las almas tiernas, y á la cual abandonaste la tuya en tal estremo, que ya tiraniza tu pensamiento, como si fuera una demencia. Hé ahí todo el hechizo que con poco esfuerzo puede destruirse.

-- ¿Y dónde encontraré ese esfuerzo contra tan gratas memorias, cuando vos mismo convenís en que María era inocente?

-- Para contigo lo fue: no lo niego,

:



don Martín. Engañada por un artificio infame, te creía infiel á tus juramentos; padre desnaturalizado, caballero desleal; tu familia la habia ultrajado cruelmente, y apetecia la venganza. Noble fue la de María; cautivó á un rey, le obligó á darle la mano, y le encargó el castigo de los que la humillaron. Su grandeza de alma fue todavia mayor cuando se vió segura en la elevada posicion que su espíritu varonil acababa de conquistar: como verdadera reina hizo de la victoria un uso generoso; no manchó el brillo de su triunfo el menor acto de violencia: encaminó al rey por el buen sendero, y hasta entonces no solo fue inocente para contigo, sino tambien digna del público cariño y de la admiracion general.

-- ¿Y acaso ha dejado de serlo? preguntó con orgullo don Martín.

-- ¡Ah! respondió Benavides en tono firme, ya no merece mas que el desprecio de un hombre honrado.

-- ¡Cómo! ¿qué decís, Benavides? ¡María despreciable!



-- Lo repito, amigo mio; ella ha olvidado que era reina para la felicidad de todos, esposa y madre para la de un marido á quien por medio de un ascendiente poderoso, le era fácil contener en la senda del honor. No, no puedo estimar á María cuando huella todas las grandezas, para no ser mas que la desconsolada amante del seductor de su juventud; cuando se abandona á viles recuerdos, cuando niega á su marido el lecho conyugal, cuando lo echa en los brazos de la infame Aldonza Coronel, verdadero genio de la desgracia...

-- ¡Cómo! repuso don Martin pintándose en sus ojos la alegría mas excesiva, ¿no ha sido indiferencia el último desvío del rey? creéis que el amor de María...

-- Lo sé. Yo mismo, ignorando vuestra recíproca pasion, hice la desgracia del reino, permitiendo que os vierais. La débil María no pudo sostener este embate. Exaltóse su imaginacion, y el rey, á quien con tanta imprudencia repelía, concluyó



con doña Juana aquel sacrílego matrimonio que alejó de su trono la familia de los Castros y acabó de sublebar el reino. Desde entonces perdió María el imperio bienhechor con que avasallaba á su marido y que pasó á perversas manos.

El mismo enagenamiento de esta esposa culpable, ha producido ahora igual efecto. Apenas vió que la negociacion entablada con el gran maestro habia de producir tu regreso á la corte, se esforzó en paralizarla. El rey, que deseaba con ardor la engañosa paz para la ejecucion de una perfidia abominable, se irritó contra la resistencia de María. En lugar de hacer frente á la borrasca, en lugar de proteger al gran maestro contra la traicion que se preparaba, lo abandonó todo, y descarriada otra vez por su insensata passion, se ha separado del rey, y se ha encerrado en su vivienda negándose obstinadamente á franquearle la puerta. El indomable don Pedro ha recurrido al único medio que en Toledo le salió bien; la ha despreciado, y sacando á Aldonza Co-



ronel de un convento donde estaba retirada, la ha llevado en triunfo á Córdoba.

--; Y quereis que vitupere á María! exclamó don Martin con entusiasmo: ¡que deje de amar á María, cuya pasion no menos constante que la de mi pecho, resiste por tanto tiempo á pruebas tan crueles! ¡como puedo no adorarla! ¡y vos la despreciais, Benavides!

--Sí, la desprecio don Martin, y con justicia; pues esa criminal debilidad que tu admiras, ha degradado hasta tal punto su carácter, que no podrias hoy hallar en ella el menor rastro de aquella nobleza y elevacion de alma que en otro tiempo cautivó mi estimacion. El guardian de San Lucar, que me ha dado estas noticias por muy ciertas, ignora los motivos secretos de la conducta de María, que solos tu y yo conocemos; pero segun lo que me ha referido, no hay duda en que afligida ahora del abandono del rey, y temblando que recaigan en sus hijos las consecuencias de la imprudencia que cometió, trabaja con celoso



ardor en reconquistar á don Pedro, y en perder á su rival. Ella habia roto estre-  
pitosamente con Samuel Leví, á causa  
del sanguinario furor de este perverso  
contra la reina Blanca y el gran maestro;  
pero hoy es su mejor amigo, y se asocia  
á sus intrigas para reconciliarse con el  
rey. El guardian me ha dicho tambien  
que en San Lucar corria la voz de que  
el judío acababa de llegar á Sevilla, y  
vivía con María en la mayor intimidad.  
¿No es evidente que para conquistar la  
alianza de ese réprobo vil, ha debido pro-  
fesar los mismos sentimientos, y los mis-  
mos proyectos de venganza contra Blan-  
ca de Borbon?...

— No, Benavides, interrumpió don  
Martin con calor, no, María de Padi-  
lla no ha descendido á tal grado de en-  
vilecimiento. Yo la conozco desde su in-  
fancia, y sé que su corazon nunca deja-  
rá de ser digno del mio. Si el cielo no  
hubiese querido coronar nuestra empresa  
con el éxito mas feliz, mi última esperan-  
za para salvar á la inocente Blanca, hu-



biera estrivado en la bondad generosa y en la grandeza de alma de María de Padilla...

Hizo Benavides un rápido movimiento para imponer silencio á don Martin, y oyeron que alguno se acercaba á la casita. Aplicaron el oído con la mayor inquietud, pues no podia ser ni Sanchez ni Zafiro que estaban encerrados en el castillo de Jerez hasta media noche, y aun habian de pasar tres horas antes de ir al punto convenido para aguardar á la reina y Margarita.

Llegaba á su rancho de vuelta de una larga espedicion el gefe de los jitanos, que ignoraba los nombres, proyectos y condicion de sus huéspedes; y solo sabia por la carta que recibió del guardian de San Francisco que aquellos dos señores eran amigos suyos y querian pasar algunos dias escondidos en su retiro. Faraon no se manifestaba deseoso de penetrar su secreto, bastándole la generosidad conque favorecian á los suyos. — Señores, dijo al entrar, grandes noticias traigo; el rey ha llegado á Sevilla.



— ¡A Sevilla! exclamó don Martin estremeciéndose. ¿Estais seguro?

— Os refiero lo que he visto. No he salido de la ciudad hasta tres horas despues de su llegada, y no he tardado seis en ponerme aqui. Hallábame en el alcázar cuando el rey se apeó, pues tengo varios amigos en palacio, y sin vanagloria, yo he vendido los caballos mas nobles de la real caballeriza. Soy muy conocido de todos los palaciegos, y puedo decir que las camaristas de doña María de Padilla son unas muchachas de discrecion y buen gusto.

— Ya que teneis en la corte tantas amistades, dijo Benavides, es fuerza que sepais, amigo Faraon, el motivo de este precipitado viage del rey á Sevilla.

— ¡Oh venerable señor mio! respondió Faraon riéndose, si tuvieseis cuarenta años menos no me hicierais esa pregunta; ¿á que adivina el motivo de este viage vuestro amigo sin necesidad de decirselo? La misma causa que tantas veces atrae á este pobrete al alcázar de



Sevilla es la que acaba de llevar á él al gran rey de Castilla y de Leon. ¿No lo entendeis? Pues es el amor. ¿De dónde venís que no teneis noticia de la ardiente pasion de don Pedro á María de Padilla?

— Bien haceis, amigo Faraon, en burlaros de mi poca curiosidad para esta clase de negocios; pero no dejan de tener mucho interes para mi compañero; y oiremos con placer lo que de ello sepais.

— Lo sé todo, repuso el jitano; mas para deciros como el rey ha venido tan pronto á Sevilla, es preciso que os diga que antes de ayer, martes, dos horas despues de haber cerrado las puertas de la ciudad, se presentó en la que llaman de Jerez un mensajero que pidió que le abriesen inmediatamente para entregar á doña María un despacho de la mayor importancia. Mandó esta que le introdujesen inmediatamente en su cámara, donde se hallaba con Samuel Leví...

— ¡Con Samuel! repitió admirado don Martin. Estais equivocado, Faraon; pues



Samuel estaba en Córdoba con el rey, y además doña María y el judío son enemigos mortales.

— Lo eran, repuso Faraon, y acaso lo son todavía; pero al cabo Samuel estaba en la cámara de doña María hablando al parecer muy amigablemente, y yo en la de las camaristas allí juntito. Media hora después de la entrada del mensajero, salió el judío con una carta en la mano, y dirigiéndose á uno de los escuderos que estaban de servicio, le dijo: — José Castillo, toma el caballo mas veloz de la caballeriza del rey, y sal inmediatamente para Córdoba, donde le entregarás esta en manos propias de parte de la señora doña María de Padilla. ¿Cuánto tiempo necesitas para ir á Osuna?

— Cuatro horas respondió el escudero, si me dan el último caballo árabe que vendió Faraon.

— Buen correr es replicó Samuel: toma ese caballo; en Osuna encontrarás mi comitiva y te darán otro con que llegues



á Córdoba en tres horas; y mañana antes de ponerse el sol estarás de vuelta con la respuesta. Parte inmediatamente. Ya podéis discurrir, señores, que esta orden extraordinaria escitó en el alcázar vivísima curiosidad, y no quise yo salir hasta la vuelta de Jose Castillo, el cual no dejó de presentarse á la hora convenida y nos contó lo siguiente. El rey despues de leer la carta de doña María se mostró locamente alegre; llamó en seguida á don Diego Garcia, encerróse con él, y al cuarto de hora dió orden á su dama Aldonza Coronel para que saliese de palacio y se retirase al monasterio de Santa Magdalena. Luego que obedeció llorando y bramando de furor, presentóse el rey en el salon, donde estaba reunida toda la corte. Llamó á su alferéz mayor, y puso en sus manos un despacho. — Corre al momento á Llerena, lleva á mi querido hermano, el gran maestro de Santiago, esta urgente invitacion para que venga á Sevilla á firmar nuestro tratado de paz y buena amistad, bajo los auspicios de Ma-



ría de Padilla, que no le estima menos que yo, y se lo ruega en un billete escrito de su mano que he recibido junto con otra carta. Quiero que todo el mundo sepa que estoy reconciliado con ella, y que la amo mas que nunca. Y para que mi querido hermano don Fadrique no lo dude dile que has visto salir de mi palacio á su enemiga Aldonza Coronel, y que está encerrada en un convento de esta ciudad, de donde voy á salir esta misma noche para Sevilla.

Hallabase presente el escudero José Castillo, señores míos, y yo refiero exactamente lo que él oyó y me ha repetido.

— Pero bien, preguntó don Martín con impaciencia, ¿nada os ha dicho del misterioso mensaje que llevaron antes de ayer á María de Padilla?...

— ¿Misterioso decis, cuando todos saben que se trataba del descubrimiento de los ministros del difunto rey de Portugal, asesinos de doña Inés de Castro y refugiados en las inmediaciones de Jerez de la Frontera? Esta nueva ha producido



vivísima alegría , pues dicen que en cambio de estos prisioneros admitirá el príncipe portugues todas las condiciones que han de asegurar la paz de ambos paises. Tambien hablan mucho en el alcazar de lo que está sucediendo en Francia , y corre por muy válido que el rey Juan , que en la batalla de Poitiers fue hecho prisionero por el príncipe Negro , ha sido llevado á Londres ; que el delfin su hijo , regente del reino , se halla en el mayor compromiso , pues los aldeanos de las provincias próximas á la capital se han sublevado contra la nobleza , y París ha imitado su ejemplo. Los ingleses de la Guyena se aprovechan de estas turbulencias y abanzan hácia interior del reino con numerosas huestes. El conde de Trastamara ha entrado tambien á la cabeza de infinitas compañías aragonesas para auxiliar al delfin , al cual envia tambien el rey de aragon una gran flota que ha de pasar mañana por estas costas. Por esto queda Castilla libre de todos sus enemigos , y ya podeis dicurrir cuanto se habla-



rá de esto en la ciudad; sin embargo, no todos están contentos, pues al contemplar el júbilo de Samuel Leví, cuando repite que el rey nada tiene que temer de la Francia, se sospecha que corre gran riesgo la vida de la reina Blanca y también la del gran maestro de Santiago...

— ¿Y quién ha de imaginar, dijo vivamente don Martín, que don Fadrique se presentará en Sevilla á pesar de la invitación del rey?

— ¿Pues no se ha de presentar? mañana mismo le aguardan en el alcazar. La carta de María le ha convencido de que no corría peligro alguno.

— ¿Y acaso le ha escrito María? interrumpió don Martín; es imposible...

— Le ha escrito, no lo dudeis; José Castillo vió su carta, y yo estaba allí esta misma tarde cuando llegó la respuesta de don Fadrique. Ya os dije que María y el judío están ahora tan unidos como si fueran los mejores amigos del mundo. Mis noticias son fidedignas; pero se hace tarde y querreis descansar, mañana os contaré...



— No, no, ahora mismo Faraon, yo te lo ruego, dijo don Martin: tu relato nos interesa extraordinariamente, acaba.

— Pues señor, diré cuanto me han comunicado los amigos que tengo en el alcázar, y lo que yo propio he visto. Hace un año, y aun, mas que doña María logró abrir los ojos al rey acerca de las abominables concusiones del judío, que le han valido inmensos tesoros. El rey, codicioso de las riquezas de Samuel, estaba muy dispuesto á declararle culpado, y toda la corte le creia perdido. Pero un dia, mientras que don Pedro estaba de caza, entró el judío inopinadamente en el aposento de doña María que siempre le trataba con desprecio, y le habia prohibido presentarse á su vista. Todos creian que iba á llamar los ballesteros de la guardia para que le echasen fuera ignominiosamente; pero nada de esto sucedió; porque apenas le dijo él una palabra al oido, quedó María sin color, le respondió con la mayor sumision, y despidió al momen-



to á sus camaristas, mandándolas que vigilasen en la puerta para que nadie entrase á interrumpir su conferencia con el señor tesoro.

Hablaron de este modo y sin testigos mas de una hora, y desde entonces mostróse doña María enteramente mudada con respecto á Samuel. Continuaba el rey maltratándole y manifestándole su enemistad; pero ella le defendia vigorosamente, y tomaba su partido con un calor que admiraba á todo el mundo. Desde aquel punto tambien era muy diferente el carácter de María: no se mezclaba en los negocios públicos, ni tomaba la palabra en el consejo sino para apoyar las proposiciones del judío, aunque fuesen escandalosas; y su visible terror al menor fruncimiento de las cejas de este hombre daba muchísimo que pensar. Algun tiempo despues sobrevinieron entre ella y el rey ciertas contiendas, cuya causa no se supo en el alcázar; mas de ellas resultó el abandono de María á quien el rey dejó en Sevilla una mañana, llevándose con-



sigo á Córdoba á su antigua dama Aldonza Coronel.

Siguióles toda la corte; y bien podeis discurrir que Samuel no sería de los últimos; contaba con el favor de la nueva querida de don Pedro; pero á mas de que esta quería venderle su proteccion demasiado cara; conoció, como todo el mundo, que si el rey prodigaba entonces los fastuosos regalos, las magníficas fiestas y los caballerescos torneos á la bella Aldonza, no era tanto por aficion á ella, como por mortificar á María de Padilla y escitar su despecho.

Samuel conoce demasiado bien el carácter de su amo, y sabe que el amor de María y el odio contra la reina Blanca y don Fadrique, son dos pasiones que le dominan enteramente, y mucho mas aun que su estremada codicia. Echaba de ver tambien que el rey se mostraba cada vez mas ansioso de los inmensos tesoros que ha sabido amontonar, y que perdiendo el apoyo de María, no le quedaba medio alguno de sostenerse en la corte, ni de re-

;



tirarse sin peligro. Por último, todos pensaban que iba á prenderle y á cortarle la cabeza, porque el rey necesita de su muerte para la confiscacion que desea.

En tales circunstancias, llegó el judío pocos dias hace al alcázar de Sevilla, donde insensible María á los desprecios del rey, continuaba encerrada en su habitacion sin recibir visita alguna. Sin embargo, asi que Samuel quiso hablar con ella, se abrieron las puertas sin la menor tardanza. Ya sabeis, señores míos, que en los palacios hay pocos secretos que no penetren los criados favoritos; y aunque las camaristas de María no se hallaban presentes á sus misteriosas conferencias con el judío, adivinaron por los indicios cual podia ser su objeto. El violento dolor que al parecer sintió luego que él se hubo retirado, las espresiones obscuras que en su presencia dirigia á sus hijos, dieron motivo á suponer que cansado el rey de su frialdad habia decidido abandonarla enteramente, como tambien á los cuatro hijos que ha tenido de ella, y que iba á



encerrarlos con su madre en un convento de Aragon. Díjole tambien Samuel que el rey pensaba casarse públicamente con Aldonza, y que en Córdoba se preparaban ya las fiestas de la coronacion. Y esto era cierto, señores míos, pues José Castillo vió con sus propios ojos inmensos preparativos.

Espantosa fue la desesperacion de María, que toda la noche estuvo agitada y en continuo delirio. Unas veces gritaba: "No, nunca, nunca pediré su muerte. ¿Por qué sacrificarla?... que la envíen á Francia: asi lo exigen el honor del rey y el bien de su servicio." Otras veces preguntaba por sus hijos y besándolos ardientemente les prometia no abandonar sus derechos, su libertad y aun su misma existencia, por un sentimiento de compasion que no merecian ni la culpada ni su cómplice. Y adoptando luego otras ideas y lenguaje, creia ver al judio Samuel y le pedia la vida de sus hijos, la de la reina y la del gran maestro. Dijo aquella noche tantas cosas que las camaristas sospecha-



ron con fundamento que el judío habia descubierto algun secreto que le hacia dueño de la vida de María y de sus hijos, y que amenazándola con descubrirselo al rey, queria obligarla á favorecer sus proyectos de venganza contra la reina y don Fadrique. En efecto, señores míos, este era el mejor medio para volver al rey á los brazos de María y el judío estaba perdido sino se verificaba la reconciliacion.

— ¿Y cuál puede ser ese secreto terrible? preguntó don Martin, esforzándose inútilmente en ocultar su angustioso sobresalto.

— ¿Qué nos importa? dijo Benavides con serenidad.

— El tal secreto, continuó el gitano, da mucho que pensar á las camaristas. Por el terror que el pícaro judío inspira á la favorita, calculan que habrá descubierto alguna intriguilla de amor; y siendo el rey tan zeloso y tan arrebatado, no hay duda que la mataría con su propia mano y abandonaría á sus hijos, si llegasen á probarle una infidelidad de María.



— Dejemos eso, interrumpió Benavides con sombrío acento. Mas vale que Faraon nos diga donde han sido sorprendidos los ministros portugueses asesinos de Inés de Castro.

— En el alcázar no se sabia positivamente; pero ayer hizo Samuel que doña María firmase dos órdenes que esta mañana se han enviado una á San Lucar de Barrameda y otra á Jerez.

— Me parece muy extraño, observó don Martin cada vez mas turbado.

— A mi no, dijo Benavides haciéndole señas para que se contuviese. Eso prueba únicamente que los asesinos de Inés se hallarían en uno de aquellos dos puntos, ó acaso en los dos, pues era facil que se hubiesen separado.

— No lo creo yo asi repuso el gitano, á quien en aquel punto llamaban desde afuera. Lo mas probable es que estarían los dos en San Lucar de Barrameda, pues á Jerez solo han enviado dos ballesteros de la guardia, mientras que para San Lucar salieron mas de doce ar-



cheros y alguaciles en una barca que en pocas horas habrá corrido todo el Guadalquivir, favorecida por la fuerte marea de estos dias. Y precisamente, añadió el gitano levantándose para salir, el encargado de mandar la expedicion es el mismo que la noche antes fue á dar parte del importante descubrimiento, y sino me engaño ha de llamarse Marcos Cavedo.

Al nombre de Marcos, miráronse rápidamente don Martin y Benavides con una espresion que descubria las angustias de su pecho. Pero ya se habia levantado Faraon y volviéndose hácia lá puerta los dejó solos.

-- Amigo, dijo don Martin en voz baja, ya veo ahora que María es la envilecida muger, cuyo desprecio me aconsejabais: miradla cobardemente sometida al infame Samuel: ¡cómo tiemblo por la vida de don Fadrique á quien atrae á Sevilla con tan pérfidos amaños! Pero precipitemos la ejecucion de nuestro proyecto, pues es harto probable que Marcos



haya descubierto nuestro retiro y nos tome por los hombres que busca.

— No, dijo Benavides, cada vez mas preocupado con sus tristes reflexiones; no, mas temo yo esas órdenes espedidas á un tiempo á San Lucar y al castillo de Jerez... Cuanto mas discurro menos alcanzo de donde puede venir la traicion...

Interrumpióle el barbero Sanchez que entraba precipitadamente en la cabaña. La escasa luz de la lámpara daba de lleno en su rostro; y los dos amigos se estremecieron á vista del terror impreso en sus facciones, y de la fatiga que le impedia respirar. — ¡Todo se ha perdido! exclamó cayendo sin aliento sobre un banco.

— Habla, dijo don Martin con impaciencia, ¿qué ha pasado?

— Señor, respondió el barbero con voz trémula; Zafiro y yo salimos de la Gallina dos horas despues de ponerse el sol, y bien seguros de que las naves genovesas estaban prontas á zarpar. Al llegar al cortijo donde acostumbrabamos dejar las mulas, hemos encon-



trado al gobernador don Íñigo Ortiz...

-- ¡A don Íñigo! exclamó el heredero de Alburquerque con la mayor sorpresa. Si no puede moverse, ¿cómo estaba allí? ¿con qué objeto venia?

-- Lleváronle medio muerto, respondió el barbero, y nos ha dicho que esta tarde habia recibido una orden firmada por María de Padilla.

-- ¿Qué orden era esta? ¿qué le mandaban en ella?

-- Que encerrase estrechamente á la reina Blanca en una habitacion segura en lo mas alto del castillejo; que la separasen de doña Margarita, y que la tuviesen sin comunicacion. El portador de la orden ha sido Miguel de Rebolledo...

-- ¡Rebolledo! dijo Benavides, ¡nombre siniestro y de trite agüero! ese es el teniente del tártaro Zurdo.

-- ¡Y le envia la Padilla! replicó don Martin con la espresion del horror.

-- Si, repuso Sanchez, don Íñigo se ha negado á obedecer, manifestando las órdenes del rey que le prescribian tratar



con la mayor dulzura á doña Blanca, y dejarla enteramente libre en lo interior del castillo; pero el mensajero ha reunido á los hombres de armas de la guarnición y les ha hablado algun tiempo en secreto; despues de esta conferencia han proclamado á Rebolledo governador del castillo gritando: *Castilla por el rey don Pedro y viva doña María de Padilla*. Don Íñigo Ortiz á quien han dado cuenta de esta mudanza, les ha declarado que no queriendo tomar parte alguna en la rebelion ni en las consecuencias que pudiera tener, y contra las cuales protestaba abiertamente, les rogaba que le trasladasen á la ciudad. Pero temiendo Rebolledo que los habitantes tuviesen noticia de su llegada, solo ha consentido en que don Íñigo saliese del castillo; y el pobre hombre ha venido en hombros de sus criados al cortijo, sabiendo que nosotros estaríamos alli para coger las yerbas que cree necesarias para su curacion.

— ¡Santo Dios! murmuró Benavides petrificado. Este golpe destruye nuestras es-



peranzas ; es fuerza que nos hayan vendido.

— ¡ Oh ! María , María , exclamó don Martin con un movimiento de furor , hoy se descubre todo entero tu perverso corazón. ¡ Oprimir á una muger , á una reina ! ¡ enviarle por carcelero un malvado siempre dispuesto á empapar sus manos en sangre !... ¿ Y la pobre Margarita ? la han separado de su amiga ?...

— Si señor , respondió Sanchez , perdonadme , pues me olvidé de deciros que doña Margarita ha salido del castillo con don Íñigo Ortiz...

— ¿ Y dónde está ? preguntó vivamente don Martin.

— En el cortijo ; Zafiro la acompaña... Su desesperacion es horrible...

— Partamos , Benavides , repuso el caballero , salvemos al menos á Margarita , llevemosla á los bageles genoveses , y cuando la veamos completamente segura...

— Escuchad , interrumpió Benavides.

Oíase hácia el camino de San Lucar el ruido de los cascabeles de una mula que venia á todo correr.



— ¿Qué es esto? dijo Sanchez saliendo de la cabaña con la daga en la mano: alerta, señores.

— Si amenazan nuestra vida, repuso don Martin desnudando su espada, preparémonos á defenderlas.

— No, observó friamente Benavides, es un caballero solo y ese rumor no indica designios de sorprender: será algun mensajero del guardian de San Francisco. Ya se acerca.

— Traerá alguna nueva desgracia, añadió don Martin; la convulsiva opresion de mi pecho me lo está diciendo...

— ¡Dios nos asista! exclamó Sanchez al entrar acompañado del guardian de San Lucar. Han robado al niño.

— ¡Robado! repitió don Martin cuyos cabellos se erizaron instantáneamente. ¿Quién lo ha robado?

— Los ballesteros de la guardia y los alguaciles de palacio dijo el guardian. La barca en que llegaron permaneció oculta hasta el fin del dia y confundida entre las



innumerables que se hallan en el puerto para la pesca del atun.

Los hombres se habian esparcido por la villa como los demas curiosos, y correteaban al rededor del convento sin que nadie reparase en ellos. Apenas he salido en mi mula con el niño, cuando me he visto en medio de ellos, y Marcos Cavedo, su gefe, me ha presentado una órden firmada por María de Padilla, en la cual me mandaba en nombre del rey que entregase al momento el niño llamado Enrique, desembarcado en San Lucar el sabado anterior de uno de los navíos genoveses procedentes de Tavira.

— ¡Traicion! ¡traicion! exclamó don Martin fuera de sí. No hay duda, desde aqui ha recibido Maria la nueva de nuestra tentativa y la ha comunicado al rey inmediatamente. No hay duda, Benavides, Marcos ha sorprendido nuestro secreto, ó bien se lo han descubierto... Sanchez, respóndeme como si estuvieras en presencia de Dios; sabia tu hija...

— Antes la hubiera muerto, respon-



dió el barbero con ferocidad; en ello me iba la cabeza.

— Yo me confundo... mis ideas se atropellan... ¡Y el niño! porque apoderarse de él antes que de nosotros...

— Todos ignoraban el lugar de vuestro retiro, respondió el religioso; Marcos Cavedo me lo ha preguntado con la mayor ansiedad, pero he fingido no saberlo y me he refugiado á nuestra iglesia adonde no se han atrevido á perseguirme. Algunas palabras que han soltado los alguaciles, me han dado á entender que María de Padilla está convencida de que Enrique es hijo de la reina Blanca y del gran maestro de Santiago.

— ¿Y adónde se lo llevan? preguntó don Martin estremeciéndose.

— A Sevilla, y llegarán antes del dia favorecidos por la estraordinaria marea.

Al oir esto lanzó don Martin un grito penetrante corriendo hácia el parage donde estaban preparando los caballos para la espedicion de Jerez.

— Yo te sigo, dijo Benavides.



—No, replicó el angustiado jóven; volad todos hácia Margarita, protegedla, respondedme de su vida; conducidla á los bajeles, y si no he vuelto mañana á esta hora, partid con ella para Francia. ¡Am párela el cielo! Y rogad á Dios por mí.

Al mismo tiempo montó ligeramente don Martin en el caballo mas vigoroso, clavóle en los hijares sus agudas espuelas y desapareció como un relámpago por el camino de Sevilla.





---



---

**CAPITULO XII.**


---

**D**ORABA el sol con sus primeros rayos la magestuosa torre de la iglesia mayor de Sevilla, y el jubiloso repique de las campanas le saludaba armoniosamente, llamando á los canónigos al coro para cantar el oficio de prima. Al oirlo el rey, repetido en los ecos del vasto alcázar, salió del pavellon llamado el *caracol*, que habitaba María de Padilla, y tomó el camino de aquella parte del palacio nombrada el *yeso*, acompañado del Zurdo y de dos maceros.

Era lento el paso de don Pedro, afeeminada su vestimenta, lánguidas sus miradas y brillaba en sus labios la acostumbrada sonrisa. Despues de haber corrido las inmensas galerías del magnífico edificio, detúvose en la que descansaba sobre el peristilo del patio de *las Aguas*; nombre que se daba á una fuente de mármol blanco, de donde brotaban vistosos



canastillos de abundantes y puras aguas. Ocupaba este honorífico puesto una compañía de ginetes, única guardia que la precipitación de su viage le permitió sacar de Córdoba. Dormían algunos al pie de la escalera que desde el patio subia al regio aposento; pulian otros su armadura, ó jugaban á los dados, sentados en los zócalos de los jarrones que adornaban la fuente y las esquinas de la columna.

Despues de haberlos contemplado por un momento con satisfaccion, preguntó el rey á su tártaro: — ¿Cuántos?

— Ciento y veinte, señor, respondió el Zurdo: todos escogidos, vigorosos y obedientes.

— Que acaben de armarse, repuso don Pedro, y que se escondan en la sala de los *azulejos*. Cuida de que no hagan movimiento alguno que pueda descubrirlos; pero que esten prontos á comparecer contigo al primer acento de mi voz. Anda; ¿tienes presente?...

— Basta, señor,



Desapareció el tártaro con sus dos hombres. Al entrar don Pedro en su cámara, donde halló reunidos á todos los oficiales de la casa real, turbóse á vista de Samuel Leví á quien miró con inquietud. Pero sosegado al momento por la espresion de júbilo que se leía en el rostro del judío, desapareció la nube que oscurecia su frente. -- ¿Va todo en buen orden? preguntó.

-- Perfectamente, respondió Samuel, señalando con el dedo la puerta de un gabinete, donde un criado suyo acababa de dejar un saco. Luego dirigió los ojos á Rebolledo que se enderezó con ademán de triunfo. Estremecióse el rey al mirar á aquel hombre.

-- Al cabo, al cabo, dijo palideciendo. Y de la otra parte, Samuel, ¿que noticias?

— Las mejores del mundo, señor; ya llega.

La palidez del rey adquirió un tinte amarillento. Dió orden para que trajesen una tabla de ajedrez, y se sentó para jugar con su alferéz mayor; hizo luego seña

;



á Samuel y á los Padillas para que se retirasen, y entraron en el gabinete. Jugaba sin aficion: tétrico silencio reinaba entre los cortesanos que leían con espanto en el rostro de su amo una estraña agitación, presagio de algun acontecimiento estraordinario; y tanto los rumores que corrian en el alcázar, como el aire triunfal del judío y de don Diego, pronosticaban siniestro desenlace á la escena, cuyos preparativos estaban viendo.

Llamó la atencion del rey un ruido estrepitoso de mulas y caballos, levantóse y corrió á la galería que daba al patio de las aguas; y volviendo luego á su lugar con no menor rapidez, prosiguió jugando con aparente tranquilidad. Pero sus mejillas estaban lívidas, y de sus trémulos labios salió entre otras palabras inarticuladas esta esclamacion: — ¡Tantos con él!

Poco despues entró un ugier anunciando la llegada del gran maestro de Santiago. — ¡Eres tú, mi querido hermano? esclamó don Pedro sonriéndose con jovialidad.



— Yo soy , señor y hermano mio, respondió don Fadrique doblando la rodilla y besándole la mano : vengo como leal vasallo á recibir vuestras órdenes.

— Ya se acerca la ocasion de servirme , repuso el rey francamente ; vamos á sacar la espada ; pero esta vez no será contra nuestros amigos naturales ni contra nuestros vasallos. Libres ya de tantas impias guerras contra cristianos , iremos juntos á combatir con los moros de Granada y de Africa. María te habrá escrito algo de esto en su carta , pero no pudo decir que tengo intencion de confiarte el mando general de mis compañías. ¿ Lo sabes , hermano gran maestro ?

— Señor , respondió don Fadrique mientras sus ojos brillaban con el ardor de las batallas , en cualquier rango que os digneis ponerme , como gefe ó como simple caballero , siempre podreis contar con mi celo en favor de vuestro servicio y del de Dios.

— Con él cuento , Fadrique , y quiero mostrarte que te amo y que descanso en



tu fidelidad. ¿De dónde saliste esta mañana? ¿has elegido ya en Sevilla buen alojamiento?

— Todavía no. He dormido algunas horas en Cantillana y no he dejado de andar toda la noche...

— ¡Toda la noche! ¡sin dormir! exclamó el rey con el acento de la compasión. Eso es demasiado, y necesitarás descansar. Anda, toma un alojamiento lo mas cerca que puedas del alcázar, y vayan tus caballeros á las mejores casas del cuartel; esta es mi voluntad y ninguno se atreverá a resistirla. Cuida tú mismo de todo, y cuando hayas descansado vuelve al alcázar, pues tenemos que tratar juntos de negocios importantes y secretos.

Retiróse don Fadrique encantado de tan cordial recibimiento. Su franco y sencillo corazón nada habia visto en el rey, que pudiera descubrir artificio ó mala fé. Al llegar á la galería, sintió no haberse aprovechado de la ocasion que se le proporcionaba al hablar de María, de manifestar sus benévolas disposiciones para



con ella; y no quiso salir del alcázar sin verla, con cuyo objeto se dirigió hácia el aposento del caracol. Las puertas estaban abiertas, y sin guardias. Contemplaba María en mudo éstasis las facciones de un niño de cuatro ó cinco años que una de sus camaristas tenia en los brazos. Era tan profunda su atencion que ni siquiera echó de ver al gran maestro. Vivamente agitada, apartaba con mano tímida la negra cabellera, cuyos rizos cubrian la frente del hermoso niño.

Ya estaba don Fadrique junto á ella, cuando volvió la cabeza, le vió, lanzó un grito de horror é hizo señas á la camarista para que se llevase el niño.

— ¡ Vos aquí! señor gran maestro, le dijo con trémula voz. ¿ A que venis?

— ¿ Vos me lo preguntais? repuso él no poco sorprendido. Vuestra carta...

— ¿ Y la disteis crédito? interrumpió María vivamente. Nunca lo imaginára. Salid del funesto palacio...

— ¿ Qué significa esa turbacion? ¿ qué ese terror, María? acabo de ver al rey, me



ha recibido como amigo, como hermano...

— Huid, huid, don Fadrique.

— María, volved en vos. ¿Qué puedo temer?...

— Os amenaza la muerte...

— ¡Cómo! ¿en este palacio lleno de mis caballeros, de mis hombres de armas, donde el rey no tiene guardia?...

— ¡Ah! huid por Dios, os amenaza la muerte, os lo repito, reunios con vuestros caballeros, salid del alcázar y no volvais jamas.

Y diciendo estas palabras empujaba al gran maestro y le señalaba con el dedo la galería por donde habia entrado, pero al mismo tiempo cerraron una puerta que le interceptó aquel paso. Abrió Maria inmediatamente la de la escalerilla que bajaba al patio del caracol, y con palabras balbucientes le indicó un paso para llegar á las caballerizas, desde donde podria salir sin obstáculo del palacio por una porterna que siempre estaba abierta. — Tomad ese camino, que aun está libre. Idos, idos, corred...



Dichas estas palabras volvió rápidamente María á su aposento. La poterna que acababa de señalar al gran maestro, era la misma por la cual huyeron el rey y don Martin la noche de su llegada á Sevilla, para ir á consultar al moro Fez-Alhamar, mientras que Zafiro les aguardaba velando. Conocíala don Fadrique, y al momento se dirigió hácia ella. Pero á una confianza ilimitada sucedió un recelo mucho mayor, y temiendo una asechanza discurrió que estaria mas seguro en el patio de las aguas, donde sus caballeros y hombres de armas se hallaban reunidos en gran número.

Acababa de tomar la última direccion, cuando oyó resonar en la oscura bóveda de la poterna las pisadas de un hombre que venia en pos de él aceleradamente. Redobló el paso y se introdujo en un estrecho y sombrío pasadizo, cuyas revueltas conocia bien. Seguíale tenazmente el desconocido; y no tardó don Fadrique en entrar en el patio de las Aguas. Encontrólo desierto; la puerta principal y todas las



demas salidas estaban cerradas, y retumbó inmediatamente el lúgubre rumor de los cerrojos de la propia verja por donde habia penetrado. Llamó su atencion el estrépito, y estonces se mostró el hombre que le perseguia al otro lado de la reja. — ¿Eres tú, Martin? exclamó petrificado, ¿y la reina?...

— Todo se ha descubiercto, respondió su amigo haciendo vanos esfuerzos para abrir la verja. Voy á ver á María.

— Nada esperes de ella, mi vida está en peligro; y María es quien me ha tendido este lazo.

— Tambien ha robado á mi hijo, repuso don Martin sollozando... Pero esta puerta... esta puerta maldita se resiste,.. Aguarda Fadrique... tiembla separarte de mí... ven...

— No puedo aunque quisiera, respondió el gran maestro con la mayor angustia... si hubiese otra salida... ¡qué soledad!... ¡qué horrible silencio!

Adelantóse hasta el centro del patio. — ¡Nadie, nadie parece! dijo,



¿no hay ningun paso abierto!

Levantó los ojos hácia la parte del yesso y vió que el rey estaba de pechos sobre la barandilla; Samuel permaneció de pie á su lado. Don Martin no podia verlos, pero al observar el estremecimiento del gran maestro, quedó inmóvil escuchando con ansiedad. — Señor y hermano mio, preguntó don Fadrique en tono de afliccion, ¿disteis vos orden para que me encerrasen aquí?

-- Sí, hermano gran maestro, respondió el rey sonriéndose.

-- ¿Y qué destino me aguarda?

-- La muerte.

-- ¡La muerte!... hermano mio, ¿por qué?...

-- ¿Y me lo preguntas, traidor? ¿me lo preguntas á mí, infame adúltero? Toma, continuó don Pedro levantando por sus largos cabellos rubios una cabeza sangrienta que le presentó Samuel, toma Fadrique, pregúntaselo á tu cómplice.

En esto arrojó al patio la cabeza, que vino rodando hasta los pies del gran maes-



tre. — ¡ Blanca ! exclamó el infeliz temblando de horror. ¡ Blanca de Borbon !

— ¡ Oh furor ! gritó don Martin, que apenas podia sostenerse en los barrotes de la verja.

La esplosion de una aguda carcajada resonó entonces bajo las bóvedas de la co-jumnata : era la horrible alegría de Samuel. — Blanca , repetia don Fadrique con desolado acento. ¡ Ha muerto !... ya no quiero la vida... ¡ Blanca !... ¡ pobre Blanca ! ¡ la han degollado ! ¡ abominables asesinos ! esta inocente sangre recaerá en vuestras cabezas... ¡ Tomad la mia , bárbaros, por qué tardais ?

— Sufre mas , aborrecido bastardo, replicó don Pedro rechinando los dientes. Sufre en una hora si es posible todos los dolores con que me has atormentado tantos años.

Habiáse arrodillado don Fadrique delante de la cabeza de Blanca , y la contemplaba derramando amargo llanto ; dirigíala delirando amorosas palabras , interrumpidas por sus sollozos convulsivos y por



las espantosas risotadas de Samuel. Mue-  
llemente sentado don Pedro y recostado  
en un sedoso tapiz que encubria el már-  
mol de la balaustrada, agitaba ante su  
frente un abanico de perfumadas plumas.  
Continuó por algun tiempo cebándose en  
aquel espectáculo de muerte y desespera-  
cion, que su ferocidad saboreaba con de-  
licia. Y cuando se sació dijo levantando  
la voz: -- Fadrique recuerda tus delitos;  
tu sedugiste á la esposa de tu hermano,  
tu hiciste traicion á tu rey, tu te rebe-  
laste contra mi. Los ultrajes con que me  
abrumó en Toro el infame carcelero á  
quien me entregaste, están aun en mi co-  
razon y le devoran con el ardor de la ven-  
ganza, que no puede apagar toda tu san-  
gre derramada gota á gota. Yo te abor-  
rezco vivo y execraré tu memoria cuan-  
do mueras. Yo he sabido tus últimas ma-  
quinaciones; el hermano de tu escudero,  
el alcaide Marcos las ha descubierto. Tu  
querias robar del castillo de Jerez á la  
adúltera Blanca; querias llevarla á Fran-  
cia con intencion de unirte á mis ene-



migos. Tu formabas este designio, vil impostor, en el mismo instante en que me estabas ofreciendo el auxilio de tu espada, con la amistad en los labios y la mas negra perfidia en el corazon. Tiempo es ya de que recibas la justa recompesa de tantos crímenes. Ya te he castigado con la muerte de tu cómplice; llevate, al espirar, la certeza de que al momento que me entreguen el fruto del incesto, que estoy aguardando de San Lucar, morirá al golpe del mismo brazo que va á dar el justo pago á tu abominable traicion.--  
¡Acá Zurdo!

Nada habia oido don Fadrique de este largo rugido del rey. Con los ojos clavados en la cabeza de Blanca, la hablaba, imploraba la muerte y gemia sin descanso. Abrióse la puerta de la sala de los *azulejos* y compareció el tártaro. Mientras que blandiendo una enorme hacha de armas se adelantaba hácia el gran maestro, á la cabeza de cuatro maceros, salian los ginetes de la guardia repartiéndose á derecha é izquierda bajo la co-



lumnata formando un impenetrable muro de acero , que robó á los ojos de don Martin el término de la sangrienta escena.

-- Señor , preguntó el tártaro al rey , ¿qué mandais?

-- Mata al gran maestro , ahulló don Pedro.

Como un leon á quien acaba de despertar el dolor de profunda herida , levantóse de repente don Fadrique , desnudó la espada , y los maceros retrocedieron asustados. — Traidores , les gritó el Zurdo , ¿qué haceis? no habeis oido al rey que os manda matarle.

Aun hablaba cuando un choque irresistible derribó el gran maestro aquel coloso ; clavóle el acero en el corazon y sacándolo teñido de negra sangre , se precipitó sobre los maceros. Pero ya los ginetes habian abierto calle á los fugitivos , y rehechas inmediatamente sus filas , presentaban por todos lados un bosque de lanzas. Iba estrechándose su círculo en torno de don Fadrique que en vano luchaba aun contra el funesto destino ; á



cualquier parte que se volviese, la muerte, la inexorable muerte se acercaba cada vez mas, é iba á arrebatár su víctima. Vióse el infeliz vencido sin poder lidiar, y doblando la rodilla, levantó al cielo sus ojos anegados en lágrimas, y acercó á sus labios el puño de la espada, cuya cruz figuraba el signo de la redencion. Deslizóse por detras de él atravesando el espeso muro de lanzas el gigantesco Rebolledo, uno de los cuatro maceros, y antes de que concluyese su ardiente oracion, reuniendo el verdugo todas sus fuerzas, descargó en la cimera del gran maestro el golpe mas terrible que dió jamas su pesada maza: voló el casco en mil pedazos, cayó don Fadrique con el cráneo hendido cogieron sus palpitantes manos la ensangrentada cabeza de Blanca, y espiró estrechándola contra su corazon.

Don Martin no habia soltado la reja que inútilmente se esforzaba en desquiciar, lanzando desesperados gritos confundidos por los de los maceros y ginetes. Vió por encima de sus cabezas la maza



levantada, oyó el golpe y la estrepitosa risa de Samuel, que sobresalía agudamente por entre aquel horrible tumulto. Sintió que el corazón se le partía y cayó sin sentido sobre el mármol del pavimento.

Allí estuvo algún tiempo, hasta que le sacudió ásperamente y le levantó un escudero que la casualidad guió á aquel sitio. -- Venid, señor, le dijo este hombre en voz muy baja tirándole del brazo. Venid, que todos vuestros amigos los caballeros del gran maestro, perecen degollados sin piedad en el recinto del alcázar... ¿Pero qué veo? ¡Dios bondadoso! ¡sois vos señor don Martín!

-- Amigo, respondió este reconociendo á José Castillo que le amaba desde la niñez, amigo llévame á la cámara de doña María...

-- Libreos Dios de semejante furia, respondió el escudero; ella es quien hizo todo el mal. Esa indigna criatura me dió la carta que atrajo al gran maestro á este pérfido lazo.

-- He de verla José...



— No señor, replicó vivamente el escudero; todos los criados han abandonado los patios de las caballerizas; venid, os daré un caballo; franca está la poterna...

— Por piedad, interrumpió don Martin, ¿dónde está María? El rey acaba de decir que aun no ha llegado el niño que aguarda de San Lucar.

— Ya está aquí, señor, y lo han introducido en el aposento de la Padilla, poco despues de salir el rey esta mañana.

— ¿En qué aposento? ¿hácia que lado?

— En el *caracól*...

Recobró don Martin todas sus fuerzas, y se dirigió rápidamente con el escudero á aquella parte del palacio que estaba cerca de la poterna; entraba ya en el patio de las caballerizas, cuando se presentó Zafiro repentinamente. — ¿Donde está Margarita? le preguntó.

— Fuera de la poterna...

— ¡Qué no entre!...

— El señor Benavides no puede contenerla.

— Vuelve allá, Zafiro;... protégelos



buen José. Pronto estaré con vosotros.

Corrió don Martín hacia el caracól y presentóse de improviso á María como una vision sobrenatural. Siempre ocupada de su imágen, tiranizada por su funesto amor, habiále visto en sueños pálido, flaco, con los ojos desencajados, con aspecto amenazador, como entonces se presentaba á su vista. Sobrecogida de supersticioso espanto, lanzó un lúgubre alarido y se le erizaron los cabellos. Acudieron las camaristas; una de ellas traía á Enrique de la mano. Cogiólo don Martín é iba á llevarselo consigo... Entró el rey acompañado de Samuel, y detúvose al hallar un extranjero. — ¿Qué hombre es este? gritó. ¡Acá Rebolledo!

Presentóse el macero con sus tres satelites.

— ¡Cómo! ¿es Martín? ¿el traidor Martín! Le han descubierto, ¿le han prendido!... ¿Pero por qué le introduces aqui, María?

— No señor, respondió esta temblando y mirando á Samuel llena de susto; no, no le he introducido yo...

;



— ¿Pues cómo ha entrado?

— Lo ignoro, así me salve.

— ¿Qué niño es ese que trae? ¿Es el que yo aguardaba?

— Si señor.

— ¡Y tú se lo das! exclamó el rey con furia: ¿cuál es tu designio? ¿también me vendes?

— Este niño es mio, dijo don Martín resueltamente.

— A que viene esa mentira, hombre sin ley, cuando los dos criminales acaban de espigar su delito con una muerte infame...

— Ya lo se, ya lo he visto: la reina y don Fadrique han sido asesinados, estaban inocentes: este es mi hijo.

— ¡Te atreves á repetirlo! ¿no es este el que llamaban Enrique, el que estaba en poder de Perez Cuellar?

— El mismo. Yo soy su padre.

A estas palabras se estremeció Samuel, y descubrió su rostro la mortal angustia que le oprimia.

— Mientes, rebelde, dijo el rey á don



Martin. María, ¿eres tú cómplice de esta insigne superchería?

—Yo, ¿señor! ¡yo que he mandado traer á este bastardo!...

—¡Dios de justicia! exclamó don Martin. ¡Vos María, vos!...

—¿Y de qué nace vuestra admiración? replicó María como fascinada por las penetrantes miradas del rey. La suerte de mis hijos, la defensa de sus derechos, la de su existencia, me imponían la ley de apoderarme del fruto de un amor culpable. ¿Qué madre no hubiera hecho lo mismo en este lugar?

—¿Y vuestras entrañas maternas, repuso exasperado don Martin, no se conmovían á vista de la inocente criatura que entregabais á la muerte?

—Responde tu mismo, gritó el rey con nueva furia.

—Responded, señor don Martin, y calmad la cólera de mi señor. ¿De qué nace esa enemistad con que me estais persiguiendo? ¿Qué mal os he hecho? ¿Qué poderoso motivo fue el que os atrajo al



partido de la infame adúltera y su hijo, contra mí y los del rey?

— Este es mio, replicó con ímpetu don Martín: es mio; ¿lo oyes bien? es mio. ¿Y nada te dice el corazón?

— ¿Y qué pudiera decirme? respondió María llena de turbación y mirando alternativamente á don Pedro y al judío. ¿Qué tengo yo con el? Que salga... que salga de este aposento donde nunca debió haber entrado...

— He venido á buscar lo que me pertenece, dijo don Martín señalando á Enrique.

— ¡Inútil fingimiento!... exclamó irritada doña María.

— ¡Superchería criminal! añadió el rey. Rebolledo, apoderate del infame bastardo...

— Antes me arrancará la vida, gritó don Martín echando mano á la espada.

— ¡Martín! replicó el rey deteniendo á Rebolledo y poniéndose entre los maceros: si sacas el acero, pronuncias la sentencia de tu muerte.



-- Pronunciadla vos, Pedro... ¡y recordad la prediccion de Fez-Alhamar! ya está cumplida una parte de ella, pues el hermano ha perecido asesinado por el hermano. Muera ahora el amigo á manos del amigo... Despreciad el sagrado juramento, la fé que prometisteis en esta misma cámara el primer dia de vuestro reinado, sobre el fragmento de la verdadera cruz, que descansa aun en vuestro pecho... y pronto se cumplirá la terrible prediccion: mezclado con los torrentes de sangre que hayais derramado, correrá toda la vuestra...

-- Basta, Martin, basta... sal de este palacio, sal, rebelde y no vuelvas jamas á mi presencia... Pero yo no he prometido perdonar á este execrable niño...

-- Es mi hijo... os lo repito...

-- Tu quieres impacientarme...

-- He dicho la verdad...

-- Pruébala: ¿quién es su madre?

-- No puedo nombrarla... Nunca venderé el secreto de una muger.

-- ¡Ah! ¡que diga su nombre!... gri-



tó María arrebatada de zelos; que hable al instante. Señor, que le quiten ese niño...

-- ¿Qué dices, María? replicó don Martin fuera de sí.

-- Habla, perjuro, nómbrala.

-- Jamas, jamas...

-- Mucho la amas, Martin... prosigió María con el acento del furor. ¡Ah! esto es demasiado... Rebolledo, obedece á tu señor, toma ese niño; y que el puñal levantado contra su seno obligue á ese traidor á revelar el secreto de esa muger odiosa... Su nombre, Martin... ¿cuál es su nombre?...

-- María de Padilla: respondió una voz de trueno, y todos los circunstantes volvieron sus ojos hácia la puerta.

-- Sí; prosiguió Benavides apareciendo en el salón: esa muger eres tú, María de Padilla. El niño se llama Alfonso; descubre su brazo derecho y lee en él este nombre que tu misma grabaste con indelebles caracteres.

-- No, no... ¡ya ha muerto!., gritó María precipitándose sobre el niño y



descubriéndolo la marca de su brazo. ¡Alfonso!... ¡Qué, Martín!... ¡nuestro Alfonso!...

Volvióse en esto hácia el rey, y observando sus ardientes miradas, su agitación y el puñal que brilla en su diestra, lanza un alarido penetrante y cae sin sentido.

— ¡Con que es verdad, infame!... exclamó el rey corriendo hácia ella.

— Deteneos: replicó Benavides cogiéndole del brazo. Ya se amaban antes de que llegáseis á Sahagun. Alfonso había nacido... Sabíalo Samuel...

— ¿Y lo sabías tú, raza de judas?

— Sí; continuó Benavides: todo se lo digo en Toledo el día de la muerte de Pérez Cuellar. El sabía que la víspera del día en que llegasteis á Sahagun, encargó don Martín al gran maestro que diese á aquel anciano el niño de María, traído desde Leon al castillo de Cea.

— ¡Tu lo sabías, mónstruo de perfidia! gritó el rey encarándose con Samuel; y eras tu el que me impelías al



asesinato de Blanca y de mi hermano!...  
 ¡ Eran inocentes! ¡ tú lo sabias! ¡ Ah, trai-  
 dor maldito! en tí recaerá su sangre, tu  
 morirás tambien, pero en los horrores de  
 un largo y espantoso suplicio. El fuego  
 consumirá lentamente la carne de tus  
 miembros... alli estaré yo... allí gozaré de  
 tus lágrimas, de tus desesperados gritos....  
 Todos tus tesoros estan escondidos en las  
 entrañas de la tierra, ya lo sé; pero te  
 arrancaré este secreto á fuerza de dolo-  
 res; tu entregarás hasta el último doblon  
 antes de recibir el postrer golpe... Rebo-  
 lledo, apoderate de ese malvado, que le  
 carguen de cadenas... y tú, María, á  
 quien aborrezco ahora tanto como te amé  
 antes...

Ya habian traído las camaristas los  
 cuatro niños de María, y se los presen-  
 taban al rey lanzando gemidos lamenta-  
 bles. Colocó una de ellas el mas pequeño  
 en el seno de la desmayada, haciendo de  
 él un escudo contra la furia del rey, que  
 venia con el puñal levantado.

— Señor, le gritó, ya no respira.



— ¡Ojalá; pues no puedo asesinar á la madre de estos niños!... dijo el rey con voz sofocada por las lágrimas, y arrojando el puñal con un movimiento de furor. No, no la mataré... pero su suplicio será mas cruel, mas horrible su muerte... Que la sepulten en el mas oscuro calabozo del alcázar, y que abrumada bajo el peso de los hierros, muera de desesperacion deseando siempre y no consiguiendo jamás la vista de sus hijos... Sígueme, Rebolledo; arrastra al execrable judío; ven, entreguémosle á los verdugos... despedácnle á mis ojos hasta que haya vomitado todo el oro que devoró.

Y dicho esto, salió con precipitacion, seguido de los maceros que llevaban arrastrando á Samuel Leví, el cual imploraba con tristes gemidos la real clemencia.

— Huyamos sin tardanza, que aun es tiempo: dijo Benavides á don Martin.

— Amigo, ya no me queda mas que compasion á su desgracia, respondió el caballero mirando á María con interes. Ya se desvaneció el encanto, ya veo que



no era digna de mi amor. Venid, vamos á buscar á Margarita.

Pero ya entraba esta por la puerta con el cabello suelto y en el mayor desorden: al descubrir á su amante corrió á él lanzando un grito de placer. María que habia vuelto ya de su desmayo, la miraba con ojos desencajados; y don Martin exclamó: ¡Margarita! ¡amada mia!

-- ¡Amada! repitió María desesperadamente.

-- Margarita, proseguia don Martin, ¡vuelvo á verte! ¡pero en qué lugar! ¡á qué vienes?

-- A morir contigo.

-- ¡Ah! no esperaba yo menos de tu valor. Tu alma generosa se eleva y engrandece en el peligro... En el peligro, escollo de los corazones cobardes y envilecidos.

-- ¡Ah, Martin! si leyese en el mio... dijo María lanzando un grito lastimero.

-- He leído la bajeza, la crueldad...

-- ¡Martin! prosiguió María deshecha en lágrimas, disculpa el terror de



una madre, disculpa los delirios de un zeloso frenesí...

--- Implora al cielo, María, respondió don Martín enternecido. La sangre de tus nobles y puras víctimas pide venganza contra tí. ¡Consagra á la penitencia el resto de tus dias, y perdónete Dios! yo te perdono tambien, pero no te amo. Esta, continuó poniendo sobre el corazon la mano de Margarita; esta es la que adoro, esta mi digna esposa. Ella tiene todo mi amor; el suyo será hasta la muerte el consuelo y placer de mi existencia. A Dios, María, á Dios... para siempre...

Dicho esto salió llevándose á Margarita y al niño Alfonso y acompañado de Benavides.

El escudero José Castillo guiaba á Margarita, á Benavides y Zafiro á las caballerizas del alcázar, donde se proponia darles caballos frescos para favorecer su fuga y la de don Martín, cuando volviendo repentinamente en sí, se acordó de que la barca llegada de San Lucar,



media hora antes, les ofrecia un recurso mas fácil y seguro. La poterna presentaba un paso muy corto hasta la torre del embarcadero, en el cual debia hallarse aun la chalupa. Corrió José Castillo á asegurarse de ello, y entonces fue cuando inquieto Benavides por la tardanza de su amigo, subió al *caracol* adonde poco despues le habia seguido Margarita, desoyendo los ruegos de Zafiro, que no pudo contenerla. Cuando bajaron los cuatro con el niño, entraba el escudero en el patio de las caballerizas y los guió precipitadamente á la orilla del rio, donde se embarcaron sin pérdida de tiempo.

Impelíalos la rápida corriente. El movimiento mas vivo de la marea y la brisa fresca del éste, aceleraban el curso de su pequeña nave, que auxiliada por cuatro remeros vigorosos, volaba por la superficie de las aguas.

En tanto, deleitábase el rey en los tormentos de Samuel Leví, cuya violencia moderaba ó aumentaba á medida que



le iba arrancando el secreto de alguno de sus tesoros ocultos. Olvidando en el primer delirio que no habia traído de Córdoba sino una parte muy pequeña de su guardia, y persuadido de que todas las salidas del alcázar estaban cerradas, como de costumbre, no reflexionó que don Martin y Benavides podian salir sin estorbo por la misma poterna que les franqueó la entrada. Creíalos á todos prisioneros en el palacio; y á no haber muerto el Zurdo, que era en extremo vigilante, no les hubiera quedado efectivamente el recurso de la fuga. En tal persuasion abandonó por un momento el rey aquella presa segura, desplomándose sobre la que mas irritaba su sed de oro y de sangre.

Pero al fin, despues de dos horas de atroces tormentos, iba á espirar Samuel sin haber revelado aun todos los secretos de su inmensa riqueza. Mandó el rey que diesen al paciente algun descanso. Fatigado, pero no harto de matanza, dijo á Rebolledo que fuese á buscar el niño de don Martin, cuya memoria se



presentó repentinamente á su imaginacion, y solo entonces supo que aquella víctima huía de su furor. Noticioso del embarco de los fugitivos, partió sin demora de Sevilla á la cabeza de su caballería ligera de ginetes, confiando llegar por tierra antes que aquellos á la embocadura del Guadalquivir.

Favorecida por el viento y la marea, continuaba la barca de don Martin bogando con rapidez, y llegó á San Lucar de Barrameda antes de la hora del reflujo. Los viageros tomaron tierra y fueron al convento de San Francisco, donde se reunieron con Sanchez, Juan Cavedo y Paquita refugiados en aquel sagrado asilo. Un acontecimiento imprevisto habia obligado á las naves generosas á separarse del grao de Rota, antes de la vuelta del barbero. Varios pescadores acababan de avisar al patron de entrambos buques, que habia entrado aquella noche en la bahía de Cádiz la flota que el rey de Aragon enviaba al delfin de Francia; y como la república



de Génova habia declarado la guerra á este soberano , temió el capitán con fundamento que el almirante aragonés apresaría sus naves.

Pareció muy fundado este recelo , cuando al amanecer descubrió muchas galeras enemigas que cruzaban á lo lejos para cortarle el paso. Vióse , pues , el genoves en la precision de acercarse mas á la costa , y vino á echar el ancla ante la torre de Chipiona , no lejos de la embocadura del Guadalquivir , á legua y media de San Lucar. Avisado de esta circunstancia el guardian del convento , indujo á don Martin y á sus amigos á que se aprovecharan de ella para embarcarse. El riesgo de verse prisioneros del capitán aragonés , era en su situacion muy prefible al de caer nuevamente en manos del rey de Castilla. Adoptaron el consejo ; mas apenas llegaron á bordo de una de las naves genovesas , cuando se vieron amagados de dos peligros á la vez. Por un lado apareció en el horizonte la flote entera del rey de Aragon , maniobrando pa-



ra acercarse á la torre de Chipiona; y por el otro vieron en la pradera de San Lucar los ginetes de la guardia, que corrían á rienda suelta.

Mandó don Martin al patron que se alejase un poco de la costa y aguardase en el mar el resultado. Salieron inmediatamente del Guadalquivir muchas galeras, dirigiéronse á las genovesas que iban alcanzando ya, cuando un enorme bagel aragonés, forzando los remos y las velas, logró alcanzarlas antes y apoderarse de ellas. Era este bagel el que llevaba al almirante de la flota el señor Empero Lopez. Dióse á conocer don Martin, y trató generosamente con él del rescate de los genoveses, del suyo, del de Margarita y del de Benavides. Las galeras castellanas llegaron despues de concluido el trato, y reclamaron á los fugitivos en nombre del monarca. --- Andad y decid al señor don Pedro, respondió el capitan, que el rey mi amo tiene guerra con los genoveses, y que los navíos de esta república que caen en mi poder son



de buena presa, como tambien todo lo que llevan. No cedo cosa alguna.

Exasperado de esta respuesa el rey don Pedro, se adelantó hasta la orilla del mar que empezaba á subir con violencia, y pidió á gritos la chalupa de una de sus galeras, en la cual se hizo llevar junto al bagel de Empero Lopez. Renovó alli su demanda, declarando que miraria como un ultrage personal la captura de las naves genovesas en las costas de su reino, y á su propia vista, y exigiendo que se las restituyesen al momento.

Negóselo con firmeza el capitan. Descendió luego á suplicarle, pero fue en vano. Sus amenazas no produgeron mejor efecto. Para colmo de humillacion, contemplaba junto á él, y en el puente de una de las naves á la dulce Margarita, que tenia en sus brazos el niño, objeto de su furor. A sus dos lados estaban don Martin y Benavides, cuyo sereno continente y despreciadoras miradas exaltaban mas y mas su cólera. Deshízose en arrebataadas injurias y en atroces impreca-

;



ciones; pero desdeñándose de responderle, le volvieron las espaldas.

El viento henchia ya las velas; á una seña del capitán viraron de bordo todos los bageles, y continuó la inmensa flota su magestuoso vuelo, dejando allí al tirano entregado á las convulsiones de una rabia impotente, arrancándose los cabellos, y llenando el aire de gritos y espantosos alaridos.





---



---

## CONCLUSION.

---

**L**a negativa del capitán Empero Lopez de entregar á don Pedro los dos navíos genoveses apresados á su vista, fue origen de aquella larga y sangrienta guerra entre Castilla y Aragon, que preparó la caída y el castigo del perverso Monarca. Pero antes que la justicia del cielo, cansada de sus delitos, vengase con su muerte la tierra que habia empapado en sangre, le hizo sufrir largos y crueles tormentos.

Al verle en Sevilla de vuelta de su vana escursión hasta San Lucar, creían todos que todo el peso de su ciego furor recaería sobre María de Padilla. Pero sucedió todo lo contrario; esclavo mas que nunca de su pasión indómita, presentóse á ella humillado, trémulo, é implorando su perdon. Horrorizóse María á su aspecto, y reclamó la ejecucion de las promesas que le habia hecho, declaran-



do que prefería las cadenas y la soledad del calabozo, al insoportable suplicio de verle. La misma muerte nada tenía que la espantase, y era la única que podía romper los vínculos que la ligaban á un monstruo aborrecido. Pedíasela con ardor, y para alcanzar mas pronto el término de sus angustias, se negó obstinadamente á tomar alimento.

Pero en vano le abrumaba con amargas quejas, en vano le provocaba á la venganza: don Pedro no se enfurecía ya, sino que gemía como un niño al lado de aquel lecho donde María de Padilla, tan jóven aun y tan hermosa, se empeñaba en morir del odio que le tenía, siendo la única criatura humana que su corazón de tigre hubiese amado.

Observaba con ansiedad siempre mayor los progresos de la languidez de aquella muger adorada. Huía el sueño de sus ojos inundados de lágrimas, invocaba de rodillas á todos los santos, conjurándola á que viviese al menos para sus hijos, que le presentaba á menudo; ponía al mas



tierno sobre su seno suplicándola que le mirase; pero ella apartaba los ojos lanzando lastimeros gritos, y maldiciendo á aquellos inocentes por causa de su padre, á quien llamaba asesino de Alfonso, del único hijo digno de su amor. En su delirio veía la infeliz teñidas con la sangre de su niño, las propias manos que el rey tendia ahora hácia ella en ademán suplicante.

Y cuando pasados algunos dias en convulsiva angustia, espiró la desdichada llamando sobre su cabeza la maldicion de Dios, abrazó don Pedro el inanimado cadáver con el ardor de una pasión impaciente, largo tiempo privada de las caricias del amor, y cubrió de ardorosos ósculos su boca fria y descolorida. Fue necesario que los robustos maceros empleasen todas sus fuerzas para arrancarle del cadáver, al cual el insensato se aferaba, como si hubiese querido devorarle. Fue tan violenta su desesperacion, que renunció al placer de asistir al suplicio de Samuel, el cual, segun la espresion



del candorosa historiador de tan infeliz reinado, pereció de una muerte *asaz fea de contar*.

Don Pedro mandó enterrar á María con toda la pompa regia, y que todos sus vasallos se vistiesen de luto. Convocó las cortes en Sevilla, y declaró solemnemente su secreto enlace con María, produciendo el testimonio del comendador Hínestrosa, del Abad de Santander, de don Diego García y del canciller de la puridad.

Entretanto la flota aragonesa bogaba á velas desplegadas hácia la costa de Francia, donde el capitan don Empero Lopez desembarcó á don Martin y á doña Margarita de Lara con toda su comitiva. Recibiéronlos en la corte con el honor debido á su clase, y á los servicios que habian prestado á la causa y persona de la desdichada reina Blanca de Borbon. Pero solo residieron en París el tiempo necesario para la celebracion de su matrimonio, cuya ceremonia se verificó en la capilla real.



Retiráronse los recién casados con Benavides al castillo de Monluzon, patrimonio de Margarita. Siguiéronles allá Juan Cavedo, Sanchez, como tambien Zafiro, esposo ya de la linda Paquita. Desimpresionado don Martin de su amor á María, solo experimentó un pesar muy pasajero á la nueva de su muerte. Satisfecho con la ternura de Margarita, á quien la felicidad habia embellecido, y cuya alma pura y noble carácter admiraba, aprendia á apreciar cada vez mas sus virtudes é inalterable apacibilidad, tesoros de la vida doméstica.

En esta época despedazaba la Francia los males de las discordias intestinas; pero don Martin no tomó parte alguna en la contienda. Limitándose á proteger á sus vasallos contra las incursiones de las bandas indisciplinadas que asolaban el reino, y de los ingleses de la Guyena y del Poitou, mantuvo el señor de Monluzon sus vastos dominios en paz con todos sus vecinos, y gozó por muchos años las dulzuras de un descanso lleno



de placeres entre su querida esposa y su mejor amigo el venerable Benavides. Esmerábanse los tres en la educacion del niño Alfonso, á quien la buena Margarita quiso servir de madre.

Mas tarde, cuando reuniendo Bertrando Duquesclin las grandes compañías, los malandrines, los ladrones, los rezagados y todos los demas bribones, azote de la Francia, entró en Castilla con Trastamara para derribar á Pedro el Cruel que habia deshonrado la corona, no quiso seguirle don Martin, pues le repugnaba estraordinariamente llevar la guerra y la devastacion á su país, bajo el estandarte de un extranjero. Y aun cuando la victoria coronó al dichoso Trastamara en el campo de batalla, negóse á tratarle como soberano.

Pero asi que los representantes de la nacion castellana reunidos en cortes, declararon en Burgos la caducidad del tirano violador de las leyes, desheredando á sus descendientes del cetro que dieron á Trastamara, no vaciló don Martin en



reconocer sus derechos procedentes de legítimo origen, y volvió á Castilla á prestar al electo rey el juramento de fidelidad, á que no faltó jamas.

Sin embargo, como habia aprendido á detestar la corrupcion de la corte, cuyos peligros no temia menos Margarita, prefirieron la tranquila mansion de la casa paterna, y fueron á vivir en el casti-  
llo de Alburquerque. Alli, como esposos amantes, y rodeados de bella y numerosa posteridad, gozaron completamente la mayor dicha que puede el cielo conceder á nuestra imperfecta naturaleza humana, que es la de contentarse con la propia suerte, sin anhelar jamas otra mejor.

**FIN DE LA NOVELA.**



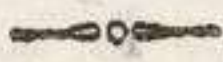
reponer las cosas procedentes de la  
 último origen, y volver a Castilla a presen-  
 tar al obispo el juramento de fidelidad  
 a por no haber jurado a ningún otro  
 Sin embargo, como había apretado  
 a detestarse la corrupción de la corte, en-  
 los peligros no tenía menos diligencia,  
 procuraron la tranquilidad de la corte  
 a pararse, y fueron a vivir en el casti-  
 llo de Alburquerque. Allí, como epósa  
 suaves, y redondas del bello y unidas  
 rosa pastores, gozaron con tranquilidad  
 la mayor dicha que puede el cielo con-  
 ceder a nuestra ingratitud. En el  
 mundo, que es la vida continuarse con el  
 propio suceso, sin ambición para otros  
 mejor, oculto la obra a otros y el obispo  
 según, alabado de otros y en su  
 a tratar a otros y a otros.

FIN DE LA NOVELA



# CATÁLOGO

de varias obras que se hallan de venta en Madrid en la librería de Escamilla, y en las provincias donde se suscribe á esta Colección.



TITULOS.      Actos. Actrices. Actores. Precio.

DE DON FRANCISCO MARTINEZ  
DE LA ROSA.

|                                                                    |   |   |    |       |
|--------------------------------------------------------------------|---|---|----|-------|
| Edipo, tragedia. . . . .                                           | 5 | 1 | 5  | 8 rs. |
| Morayma. . . . .                                                   | 5 | 3 | 4  | 8     |
| Aben Humeya, drama. . . . .                                        | 3 | 4 | 12 | 8     |
| La conjuración de Venecia. . . . .                                 | 5 | 3 | 23 | 8     |
| Los Zelos infundados, ó el Marido en la chimenea, comedia. . . . . | 2 | 2 | 4  | 8     |
| Epístola de Horacio á los Pisones. . . . .                         | " | " | "  | 8     |

DE DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

|                                         |   |   |   |   |
|-----------------------------------------|---|---|---|---|
| Contigo pan y cebolla, comedia. . . . . | 4 | 3 | 4 | 6 |
|-----------------------------------------|---|---|---|---|

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

|                                                   |   |   |   |   |
|---------------------------------------------------|---|---|---|---|
| Marcela, ó ¿A cuál de los tres?, comedia. . . . . | 3 | 2 | 4 | 6 |
| Engañar con la verdad. . . . .                    | 3 | 3 | 6 | 4 |
| Los Primeros Amores. . . . .                      | 1 | 1 | 4 | 3 |



| <u>TITULOS.</u>                                              | <u>Actos.</u> | <u>Actrices.</u> | <u>Actores.</u> | <u>Precio.</u> |
|--------------------------------------------------------------|---------------|------------------|-----------------|----------------|
| A la Zorra candi-<br>lazo. . . . .                           | 1             | 1                | 1               | 3              |
| El Amante prestado                                           | 1             | 2                | 4               | 3              |
| Un Paseo á Bedlam.                                           | 1             | 1                | 4               | 3              |
| Mi tio el jorobado.                                          | 1             | 3                | 3               | 3              |
| La familia del boti-<br>cario. . . . .                       | 1             | 3                | 3               | 3              |
| El segundo año, ó<br>¿quién tiene la<br>culpa? . . . . .     | 1             | 1                | 3               | 3              |
| No mas muchachos,<br>ó el solteron y<br>la niña. . . . .     | 1             | 2                | 3               | 3              |
| La loca fingida,<br>drama. . . . .                           | 1             | 2                | 5               | 3              |
| Coleccion de Poe-<br>sías, un tomo en<br>octavo. . . . .     | cc            | cc               | cc              | 10             |
| El Carnaval, sátira.                                         | cc            | cc               | cc              | 2              |
| Id. contra el furor<br>filarmónico. . . .                    | cc            | cc               | cc              | 3              |
| Id. en defensa de las<br>mugeres. . . . .                    | cc            | cc               | cc              | 4              |
| Id. contra la manía<br>de escribir. . . .                    | cc            | cc               | cc              | 2              |
| DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.                                |               |                  |                 |                |
| No mas mostrador,<br>comedia. . . . .                        | 5             | 2                | 8               | 6              |
| Felipe. . . . .                                              | 2             | 2                | 4               | 4              |
| Roberto Dillon, ó<br>el Católico de Ir-<br>landa, drama. . . | 3             | 3                | 12              | 5              |



**TITULOS. Actos. Actrices. Actores. Precio.**

**Pobrecito hablador,**  
sátira: 15 núms. . . . . 30

DE DON VENTURA DE LA VEGA.

**El Tasso, drama. . . . .** 5 4 6 4

**El Testamento. . . . .** 1 1 4 3

**El cambio de diligencia, comedia. . . . .** 3 4 8 4

**Hacerse amar con peluca. . . . .** 2 3 9 4

**Las Capas. . . . .** 2 2 3 4

**Shakespeare enamorado. . . . .** 1 2 1 3

**La Máscara Reconciliadora. . . . .** 1 3 2 3

**El Gastrónomo sin dinero. . . . .** 1 1 8 3

**Miguel y Cristina. . . . .** 1 1 3 3

**La vuelta de Estanislao, ó continuación de Miguel y Cristina. . . . .** 1 2 2 3

DE DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.

**El afan de figurar. comedia. . . . .** 5 2 4 4

**La Cuarentena. . . . .** 1 1 4 3

**El Peluquero de Antaño y el de Ogaño. . . . .** 1 2 4 3

**El Pobre Pretendiente. . . . .** 1 2 6 3

DE DON JUAN DE GRIMALDI.

**La Pata de Cabra. . . . .** 3 2 15 4



DE DON ANTONIO GIL Y ZARATE.

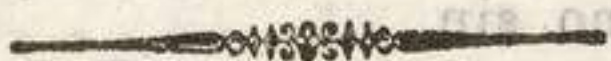
El día mas feliz de  
la vida, comedia. 1 3 6 3

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

El Conde de Can-  
despina, novela  
histórica: dos to-  
mos en 16.º pro-  
longado. . . . . 16

DE DON JOSÉ MARÍA ALVAREZ.

Derecho Real de  
España, dos to-  
mos en 4.º. . . . . 44



NOTA. En las provincias se aumenta un real á los precios señalados por razon de porte, excepto el *Edipo*, *Los Zelos infundados*, *No mas mostrador*, *Felipe*, *Roberto Dillon*, *Hacerse amar con peluca* y *Las Capas*.



## LISTA

*de los Señores Suscriptores que, hasta la presente, hay en Madrid.*

---

La Serenísimá Señora Infanta Doña Luisa Carlota.

Doña María Luisa Calderon.

El R. P. Fr. Ramon Andrés de Albelo.

D. Gerónimo del Campo.

D. Andrés García Navarro.

Doña Ana de Norigat y Gamboa.

La Señora de Aranda.

Doña Antera Baus.

Doña María Josefa Hernandez de Blanco.

D. M. A. C.

El Señor Marqués de los Llanos.

La Señora Condesa de Mansilla.

D. Manuel Toledo.

D. Joaquin Tablada.

La Excma. Señora Doña Dolores de Cuadra.

D. A. S.

D. Felipe Andreu.

D. Juan José del Peche.



D. Felix Mendez.  
D. Joaquin Temprado.  
La Excma. Señora Marquesa de Perales.  
D. Andrés Villamartin.  
D. Valentin Sigüenza.  
D. Alvaro de Verindúaga.  
D. Javier de Iribarren.  
D. Antonio Salvatierra.  
D. Juan Antonio Carcellér.  
Doña Josefa de Burgos.  
Doña Josefa Grande.  
La Señora Marquesa de Malpica.  
El Señor Conde de Teva.  
D. José Perez.  
D. Juan Pertiñés.  
D. Luis Gonzalez Bravo.  
D. Francisco Victoriano Corral.  
D. Antonio Massoni.  
La Señora Condesa de Bruneti.  
D. José Ortiz.  
D. Pablo Hilario.  
Doña Manuela Trujillo de Galiano.  
D. José María Cambronero.  
D. Vicente Armesto.  
D. Carlos Latorre.  
D. Pedro García.  
D. Joaquin Romana.



D. I. S.  
D. Manuel Ortiz de Lanzagorta.  
D. Sebastian Ruiz Alvarez.  
D. José Rodrigo.  
D. Nicolás Melida Lizana.  
D. Leonardo Clemente de La Torre.  
D. Hipólito Delance.  
Doña Isabél de la Pezuela.  
D. Ambrosio de Mella.  
El Excmo. Sr. Marqués de Alcañizes.  
D. Urbano Lopez.  
D. José Tamariz.  
D. José Lancha.  
D. Manuel de Odiaga.  
La Señora Marquesa de Casa-Tavares.  
Doña Ana María Gutierrez.  
D. Simon Chicharro.  
D. Juan de Iturralde y Pison.  
D. Pedro Alcántara de la Llave.  
D. N. V.  
La Excma. Señora Condesa de Cervellon.  
D. Francisco Gonzalez de Vera.  
D. Antonio de Lara.  
D. Felix Casamayor.  
D. P. A. Martinez Heredero.  
D. Mariano Barbé.  
El Excmo. Señor Duque del Infantado.



**El Señor Conde de Castañeda.**  
D. E. J.  
D. Juan Fernandez del Pino.  
D. José Gonzalez Carvajal.  
Doña María Ignacia Rico.  
Doña J. C. de E.  
D. Santiago Martinez.  
D. Cipriano del Hoyo y Manso.  
D. Manuel Pedro Alvarez.  
D. Vicente Diez Canseco.  
D. Luis María Echaburú.  
D. Casimiro Gregori Dávila.  
D. José de Clavijo y Basile.  
D. Jaime Ceriola.  
D. Antonio Alvarez.  
D. Victoriano Huesca.  
La Excm. Señora Duquesa de San Lorenzo.  
D. A. T. G.  
Doña Cármen Alpuente de Ibarrola.  
La Señora Marquesa de Serdañola.  
D. José Fernando Poves.  
D. Marcelino Guillermo Lopez.  
D. Rafael Ruiz Gordon.  
D. Rafael Justo.  
D. Esteban Herrero Villanueva.  
D. Ramon Duran y Piñuela.  
D. Juan Antonio Martinez.



D. Juan Miguel de Inclan.  
El P. Fr. Lorenzo Calderon.  
D. Miguel Espada.  
D. José Castaños.  
D. Juan Bautista Canapa.  
D. Fernando del Rio.  
D. Manuel Infante.  
D. Carlos de Sierra.  
D. Saturnino Calderon y Collantes.  
Doña Emilia Solís.  
Doña Noberta Alonso.  
D. Julian Lopez,  
Doña Rosa Perez,  
D. Isidro Eleuterio de Alcalá.  
D. Manuel Barrio Pedro.  
D. M. L. B.  
D. Manuel Varela y Limia.  
D. Joaquin Lozoya.  
D. Esteban Martin.  
D. Quirico Aristizabal.  
D. Fernando Gutierrez.  
D. Juan Gualberto Aviles.  
D. Joaquin de Artiaga.  
D. Segundo Guerra.  
D. Manuel Magro.  
D. Antonio Martinez.  
D. Calisto Montalvo.



D. Manuel Passuti.  
D. Vicente Reinoso.  
D. Bernardino Contesini.  
D. José María de Soto y Pulgar.  
D. Manuel de Larrea.  
D. Francisco Peironceli.  
D. Vicente Candil.  
D. Diego Somera.  
D. José Antonio de Urbina.  
D. Mariano Usoz.  
D. Rafael Alcon y Mendoza.  
La Excm. Señora Marquesa de Santa Cruz.  
D. Francisco Javier de Ribas.  
D. Niceto Aguilera.  
D. Pedro Donoso Canedo.  
D. José Elizondo.  
D. Manuel Correal.  
Doña Julia Santos y Machado.  
D. Juan de Alreal.  
D. Santiago Tejada.  
D. Nicolás Luis de Lezo.  
D. Mariano Fernandez y Cuvero.  
D. Juan Rivera.  
D. José Vargas.  
D. José de la Torre de Trassierra.  
D. Mariano Gonzalez Samano.  
D. José García y Angulo.



- D. Rafael Aparicio.  
D. José Domingo de Leguina.  
D. Javier de Leon Bendicho.  
D. Pio Usera y Alarcon.  
D. Victor Prubeda y Soriano.  
D. Eulogio Parraverde.  
D. Antonio Cubero y Fernandez.  
D. Julian Alvarez.  
D. Ramon de Echegaray.  
D. Antonio Gonzalez.  
D. Melchor Batista de Caballero.



*La lista de los Señores Suscriptores de las Provincias se pondrá en el último tomo de la segunda Novela de la Coleccion, titulada el Doncel de don Enrique el doliente.*











La Obra de el Fray Juan de Alburquerque  
que se vende á la rs. un real y 40 en  
pasta en Madrid en la libreria de Escamilla,  
dónde se suscribe á la Coleccion, y con  
un real de aumento en tomo en las provin-  
cias por razon de portes y derechos.









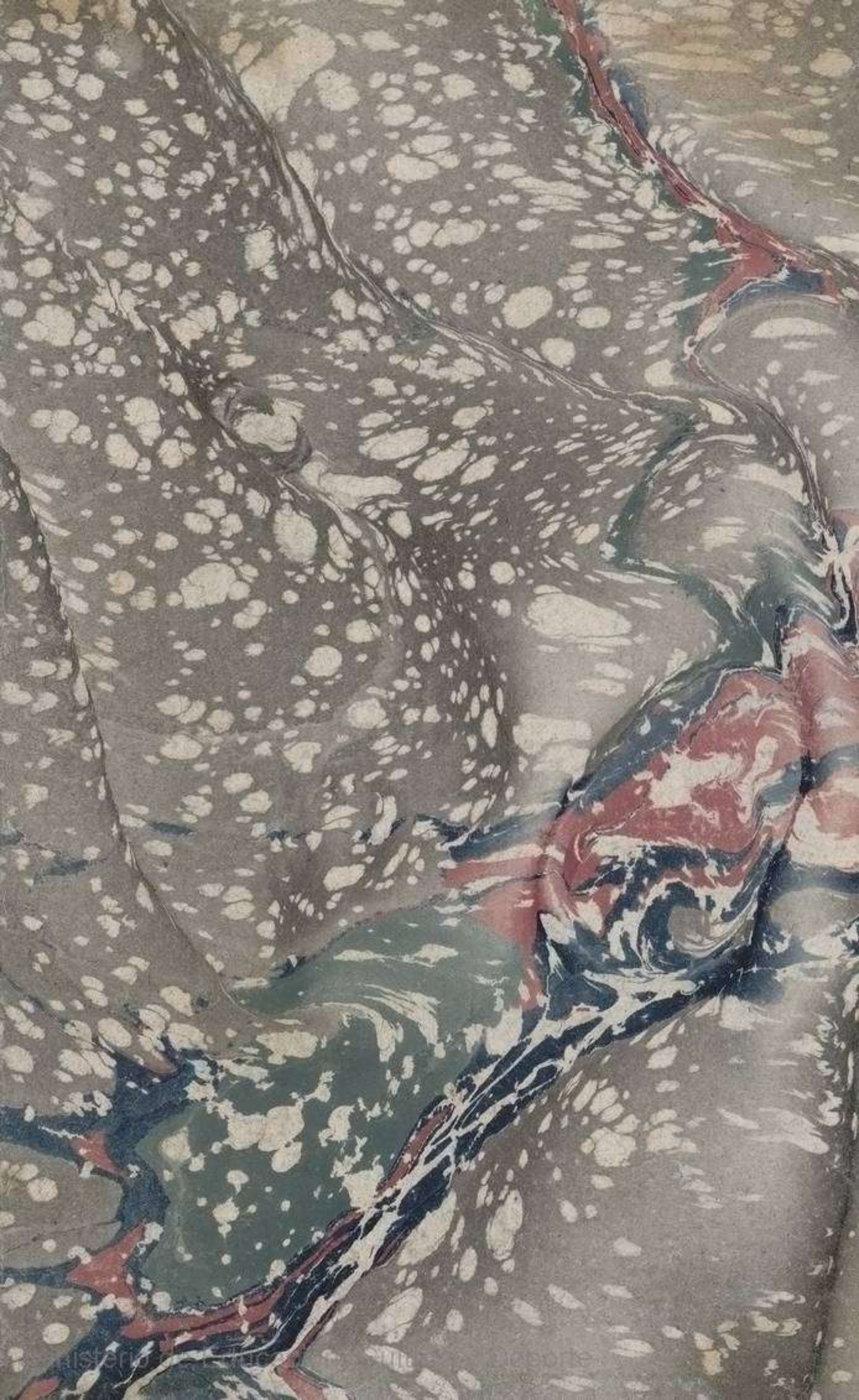


















EL  
PRIMOGENITO  
DE  
ALBURQUERQUE.

3.Y4.

**D-1**

**1140**